Libros del Asteroide

Graham Greene

Brighton Rock

Traducción de Miguel Temprano García

Graham Greene

Brighton Rock

Traducción de Miguel Temprano García

Libros del Asteroide

Índice

Portada

Brighton Rock

Créditos

Primera parte

1

2

3

Segunda parte

1

2

Tercera parte

1

2

3

4

Cuarta parte

1

2

3

Quinta parte

1

2

3

4
5
6
Sexta parte
1
2
Séptima parte
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
Colofón
Nota biográfica
Notas

Primera edición, 2022

Título original: *Brighton Rock*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución

de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Verdant SA, 1938

© de la traducción, Miguel Temprano García, 2022

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Andrew Leo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-19089-11-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Primera parte

Nota a la primera edición: «Brighton Rock es un tipo de caramelo en forma de barra tan típico de los lugares de veraneo en Inglaterra como el tofe salado lo es en Estados Unidos. La palabra “Brighton” aparece en los extremos de la barra con independencia de por dónde se rompa».

1

Hale supo que querían asesinarlo cuando no llevaba ni tres horas en Brighton. Con sus dedos manchados de tinta, las uñas mordidas y su actitud cínica y nerviosa, cualquiera podía darse cuenta de que estaba fuera de lugar, de que no encajaba con el sol de principios de estío, el viento de Pentecostés que soplaba del mar o la multitud de veraneantes. Llegaban en tren desde Victoria cada cinco minutos, bajaban traqueteando por Queen's Road a bordo de la imperial de los pequeños tranvías locales, se apeaban en multitudes confusas bajo el aire fresco y brillante; en los muelles brillaba la nueva pintura plateada, las casas de color crema se extendían hacia el oeste como en una desvaída acuarela victoriana; una carrera de coches en miniatura, una banda que tocaba, jardines floridos en primera línea, un avión que anunciaba algo bueno para la salud con nubes claras y evanescentes en el cielo.

A Hale le había parecido facilísimo perderse en Brighton. Aparte de él, otras cincuenta mil personas habían ido allí a pasar el día, y durante un buen rato se dedicó a disfrutar del buen tiempo y a beber ginebra con tónica mientras su horario se lo permitió. Porque tenía que ceñirse estrictamente a su horario: de diez a once, Queen's Road y Castle Square; de once a doce, el Acuario y el muelle del Palace; de doce a una, el paseo marítimo entre el Old Ship y el muelle del Oeste; de vuelta para comer, entre la una y las dos, en cualquier restaurante de las cercanías de Castle Square, y luego tenía que bajar por el paseo hasta el muelle del Oeste y volver a la estación por las calles de Hove. Estos eran los límites de su absurda y muy pregonada ronda.

Anunciado en todos los carteles del *Messenger*: «Kolley Kibber, hoy en Brighton». En el bolsillo llevaba un mazo de

tarjetas para dejarlas en sitios ocultos a lo largo de su ruta: quienes las encontraran recibirían diez chelines del *Messenger*, pero el primer premio estaba reservado para quienquiera que abordara a Hale con las palabras adecuadas y un ejemplar del *Messenger* en la mano: «Usted es el señor Kolley Kibber. Reclamo el premio del *Daily Messenger*».

Ese era el trabajo de Hale, hacer su ronda, hasta que alguien lo liberase, en todas las ciudades costeras, una detrás de otra: ayer Southend, hoy Brighton, mañana…

Apuró la ginebra con tónica a toda prisa cuando el reloj dio las once y salió de Castle Square. Kolley Kibber siempre jugaba limpio, siempre llevaba el mismo tipo de sombrero que en la fotografía publicada por el *Messenger*, siempre era puntual. El día anterior, en Southend, nadie lo había identificado: al periódico le gustaba ahorrarse unas guineas de vez en cuando, pero no muy a menudo. Hoy, su deber, y también su inclinación, era que alguien lo identificara. Tenía motivos para no sentirse demasiado seguro en Brighton, ni siquiera entre la muchedumbre el día de Pentecostés.

Se apoyó en la barandilla cerca del muelle del Palace y mostró su rostro a la multitud que se desenrollaba como un cable de alambre retorcido y pasaba incesantemente de largo, de dos en dos, todos con un aire de sobria y decidida alegría. Habían aguantado de pie todo el viaje desde Victoria en vagones abarrotados, tendrían que hacer cola para comer; a media noche, medio dormidos, volverían en tren a las calles estrechas y los pubs cerrados y la fatigosa caminata hasta llegar a casa. Con inmenso esfuerzo e inmensa paciencia extraían una pizca de placer del largo día: el sol, la música, los golpes de los coches de choque, el tren del terror que traqueteaba entre los esqueletos sonrientes bajo el paseo del Acuario, las barras de caramelo con la palabra «Brighton», las gorras de marinero de papel.

Nadie prestó la menor atención a Hale; nadie parecía llevar un ejemplar del *Messenger*. Dejó con cuidado una de

sus tarjetas encima de una cestita y siguió andando, con las uñas mordidas y los dedos manchados de tinta, solo. No reparó en su soledad hasta después de la tercera ginebra; hasta entonces, había despreciado a la multitud, pero luego sintió el vínculo que lo unía a ella. Había salido de las mismas calles, pero tener un sueldo mejor le condenaba a fingir querer otras cosas; y todo el tiempo lo atraían los muelles y los espectáculos eróticos. Quería volver pero lo único que podía hacer era cargar con su desprecio por el paseo marítimo, la marca de la soledad. En algún lugar que no alcanzaba a ver, una mujer cantaba: «Cuando llegué de Brighton en tren», una voz profunda y cervecera, una voz que salía de una taberna. Hale entró en el salón privado y contempló sus grandes y generosos encantos a través de dos barras y una separación de cristal.

No era vieja, tendría entre treinta y cuarenta años, y solo estaba un poco borracha de manera cordial y complaciente. Al verla, pensabas en bebés lactantes, pero si los había tenido no había dejado que la marchitaran: se cuidaba. Se notaba en el lápiz de labios y en la confianza de su cuerpo robusto. Iba tapada, pero no era descuidada: conservaba sus curvas para aquellos a quienes les gustasen las curvas.

A Hale le gustaban. Era un hombre menudo y la observaba, libidinoso, por encima de los vasos vacíos en el escurridor de plomo, por encima de los grifos de cerveza y entre los hombros de los dos camareros.

—Cántanos otra, Lily —dijo uno de ellos.

Y la mujer empezó: «Una noche, en un callejón, lord Rothschild me dijo…». Nunca cantaba más que unos versos. Tenía demasiadas ganas de reírse y no le daba una oportunidad a su voz, pero su memoria para las baladas era inagotable. Una de ellas Hale no la había oído nunca; se llevó el vaso a los labios y la observó con nostalgia; había vuelto a empezar una canción que debía de remontarse a la época de la fiebre del oro en Australia.

—Fred —dijo una voz detrás de él—, Fred.

La ginebra de Hale se derramó sobre la barra. Un muchacho de unos diecisiete años lo observaba desde la puerta: traje raído y elegante, la tela demasiado fina por el uso, el rostro de una intensidad famélica y una especie de orgullo espantoso y antinatural.

—¿A quién llamas Fred? —preguntó Hale—. Yo no soy Fred.

—Da igual —dijo el chico. Se volvió hacia la puerta y siguió mirando a Hale por encima del hombro escuálido.

—¿Dónde vas?

—Tengo que avisar a tus amigos —dijo el chico.

Estaban solos en el salón excepto por un viejo conserje, que dormitaba al lado de una pinta de cerveza suave.

—Oye —dijo Hale—, tómate una copa. Ven aquí, siéntate y tómate una copa.

—Tengo que irme —dijo el chico—. Sabes que no bebo, Fred. Se te olvidan mucho las cosas, ¿no?

—Por tomar una copa no te pasará nada. Un refresco.

—Tendrá que ser algo rápido —dijo el muchacho.

Observaba constantemente a Hale, con atención y sorpresa, como miraría un cazador que buscara por la selva a un animal semifabuloso, al leopardo manchado o al elefante pigmeo, antes de matarlo.

—Un zumo de pomelo —dijo.

—Vamos, Lily —imploraron las voces en el bar—. Cántanos otra, Lily.

El chico apartó por primera vez los ojos de Hale y miró a través de la separación de cristal los grandes pechos y su generoso encanto.

—Un whisky doble y un zumo de pomelo —dijo Hale.

Los llevó a la mesa, pero el chico no le siguió. Estaba mirando a la mujer con una expresión de aversión furiosa. Hale sintió como si el odio se hubiese aflojado, igual que unas esposas, para apretarse en torno a las muñecas de otro. Intentó bromear:

—Un alma alegre.

—Alma —dijo el chico—. ¿Qué derecho tienes tú a hablar de almas?

Volvió a concentrar su odio en Hale y se bebió el zumo de pomelo de un solo trago.

Hale dijo:

—Solo he venido por trabajo. Un día nada más. Soy Kolley Kibber.

—Eres Fred —dijo el chico.

—De acuerdo —dijo Hale—. Soy Fred. Pero tengo una tarjeta en el bolsillo por la que te darán diez chelines.

—Sé lo de las tarjetas —dijo el chico.

Tenía la piel pálida y suave, un poco de vello y los ojos grises, con un aire despiadado como los ojos de un viejo de los que hubiera desaparecido todo rastro de humanidad.

—Lo hemos leído todo —añadió— en el periódico de esta mañana.

Y soltó una risita como si hubiese entendido de pronto un chiste verde.

—Llévate una —dijo Hale—. Mira, toma este ejemplar del *Messenger*. Lee lo que dice ahí. Puedes llevarte el premio gordo. Diez guineas —dijo—. Basta con que envíes este formulario al *Messenger*.

—O sea que no te confían el dinero —dijo el chico.

En el bar, Lily empezó a cantar: «Nos vimos entre la multitud y pensé que me daría esquinazo».

—Dios —exclamó el chico—, ¿es que nadie le va a callar la boca a esa furcia?

—Te daré cinco libras —dijo Hale—. No llevo nada más. Eso y el billete de vuelta.

—No vas a necesitarlo —replicó el chico.

—«Llevaba mi vestido de novia y me quedé aún más blanca.»

El chico se levantó furioso y, dejándose llevar por un exasperado ataque de odio —¿por la canción, por el hombre? —, estampó el vaso vacío contra el suelo.

—El caballero lo pagará —le dijo al camarero, y salió decidido por la puerta abatible del salón privado.

Entonces fue cuando Hale comprendió que querían asesinarlo.

La siguiente vez que nos vimos
llevaba una guirnalda de flores de azahar;
la expresión de su gesto
era más pensativa que antes.

El conserje siguió durmiendo y Hale observó a Lily desde el salón vacío y elegante. Sus grandes pechos se marcaban a través del vestido veraniego fino y vulgar, y pensó: «Tengo que irme de aquí, tengo que irme»; la observó con tristeza y desesperación, como si observara la vida misma en el bar. Pero no podía irse: tenía que hacer su trabajo; en el *Messenger* eran muy quisquillosos, era un buen periódico donde trabajar, y una leve chispa de orgullo se encendió en el corazón de Hale cuando pensó en el largo peregrinaje que tenía a su espalda: cuando vendía periódicos en las esquinas, los cinco años de reportero en Sheffield por treinta chelines a la semana en un periódico local con una tirada de diez mil ejemplares. Que le

partiese un rayo, se dijo con el valor momentáneo que le prestó otro whisky, si iba a dejar que esa pandilla lo atemorizase y se quedara sin trabajo. ¿Qué podían hacerle mientras hubiese gente a su alrededor? No tenían valor para matarlo en pleno día delante de testigos… Estaba a salvo con los cincuenta mil veraneantes.

—Ven aquí, corazón solitario.

Al principio no reparó en que le estaba hablando a él, hasta que vio que todas las caras del bar le sonreían, y de pronto pensó en lo fácil que sería para esos pandilleros atraparlo con la única compañía del conserje. No hacía falta salir para llegar al bar, bastaba con describir un semicírculo pasando por tres puertas y por el salón «Solo para señoras».

—¿Qué quieres beber? —preguntó, acercándose a la mujerona con anhelante gratitud.

«Podría salvarme la vida —pensó—, si me dejara quedarme con ella.»

—Tomaré un oporto —respondió ella.

—Un oporto —pidió Hale.

—¿Tú no quieres uno?

—No —dijo Hale—, ya he bebido bastante. No quiero quedarme adormilado.

—¿Por qué no, si estamos de vacaciones? Tómate una Bass* a mi cuenta.

—No me gusta la Bass.

Miró su reloj. Era la una en punto. Repasó el programa en su imaginación. Tenía que dejar tarjetas en cada barrio: así era como lo controlaba el periódico y se aseguraba de que no se escaquease.

—Ven conmigo a comer alguna cosa —le imploró.

—Oíd esto —les gritó ella a sus amigos. Su risa aguardentosa llenó el bar—. No le falta frescura, ¿eh? No me fío de mí misma.

—No vayas, Lily —le dijeron—. No es de fiar.

—No me fío de mí misma —repitió ella, guiñando un ojo bovino y cordial.

Hale sabía que había una manera de hacer que lo acompañara. En otros tiempos había sabido cuál. Cuando ganaba treinta chelines a la semana había sabido cómo hacer que se sintiera cómoda; había sabido la frase indicada, la broma apropiada, para separarla de sus amigos, para hacerse el simpático en una cafetería.

Pero había perdido práctica. No supo qué decirle; solo acertó a repetir:

—Ven a comer conmigo.

—¿Y dónde iremos, sir Horace? ¿Al Old Ship?

—Sí —dijo Hale—. Si quieres. Al Old Ship.

—¿Lo habéis oído? —les dijo a los del bar, a las dos ancianas de sombrero negro que había en el reservado para señoras, al jubilado que dormía solo en el salón privado y a su media docena de amigos—. Este caballero me ha invitado al Old Ship —dijo con voz burlona y refinada—. Mañana iría encantada, pero hoy tengo una cita en el Dirty Dog.

Hale se volvió impotente hacia la puerta. El chico, pensó, aún no habría tenido tiempo de avisar a los otros. Estaría a salvo a la hora de comer; lo que más temía era la hora que tendría que pasar después de comer. La mujer dijo:

—¿Te encuentras mal o qué?

Hale volvió la mirada hacia los grandes pechos; ella era como la oscuridad para él, un refugio, el conocimiento, el sentido común; se le encogió el corazón al pensarlo; pero en sus huesos roídos, cínicos y manchados de tinta volvió a

asomar, burlón, el orgullo: «Vuelta al útero…, será una madre para ti…, ya no tendrás que estar solo».

—No —dijo—, no me encuentro mal. Estoy bien.

—Estás raro —dijo en tono preocupado y amistoso.

—Estoy bien —repitió él—. Solo tengo hambre.

—¿Por qué no picas algo aquí? —dijo la mujer—. Podrías prepararle un sándwich de jamón, ¿verdad, Bill?

El camarero respondió que sí, que podía prepararle un sándwich de jamón.

—No —dijo Hale—. Tengo que irme.

Se marchó. Al paseo marítimo, mezclándose lo más deprisa posible con la afluencia de la multitud, mirando a izquierda y derecha, y por encima de los hombros.

No vio ninguna cara conocida por ninguna parte, pero eso no le alivió. Había pensado que podría estar a salvo perdiéndose entre la muchedumbre, pero ahora la gente le parecía un bosque espeso en el que un indígena podía preparar su venenosa emboscada. No podía ver más allá del hombre con pantalones de franela que tenía delante y, al volverse, su vista quedó bloqueada por una blusa de brillante color escarlata. Tres ancianas pasaron en una calesa descubierta: el rumor de los cascos del caballo se desvaneció como la paz. Así vivían, aún, algunas personas.

Hale cruzó la calle y se apartó del paseo marítimo. Allí había menos gente, podía andar más deprisa y llegar más lejos. Estaban bebiendo cócteles en la terraza del Grand, el delicado pastiche de un parasol victoriano retorcía sus cintas y sus flores al sol, y un hombre que parecía un estadista jubilado, con el pelo cano, la piel empolvada y unas anticuadas antiparras, dejaba discurrir la vida con naturalidad, muy digno, mientras bebía un jerez. Por las escaleras del Cosmopolitan bajaba una pareja de mujeres con peinados llamativos y abrigos de armiño y las cabezas muy juntas como dos loros,

intercambiando estridentes confidencias. «“Cariño”, le dije con mucha calma,“si no conoces la permanente Del Rey, solo puedo decir que…”», y se mostraron las uñas pintadas y soltaron una carcajada. Por primera vez en cinco años, Kolley Kibber iba con retraso. Al pie de las escaleras del Cosmopolitan, a la sombra que arrojaba el extraño y enorme edificio, recordó que los de la banda habían comprado el periódico. No les había hecho falta vigilar el pub: sabían dónde encontrarlo.

Un policía a caballo llegó calle arriba: el bayo bien cuidado andaba con delicadeza sobre los adoquines calientes, como el juguete caro que un millonario compra para sus hijos; el acabado era admirable, el cuero reluciente, oscuro como el tablero de una mesa de caoba antigua, la placa, brillante y plateada; a nadie se le ocurría que el juguete fuese para utilizarlo. A Hale no se le ocurrió, al ver pasar al policía; no podía recurrir a él. De pie en el bordillo había un hombre vendiendo objetos en una bandeja; había perdido toda una parte de cuerpo: la pierna, el brazo y el hombro; y el precioso caballo, al pasar a su lado, apartó la cabeza con tanta delicadeza como una viuda.

—Cordones para zapatos —le dijo sin demasiadas esperanzas el hombre a Hale—, cerillas. —Hale no le oyó—. Cuchillas de afeitar.

Hale pasó de largo, las palabras se alojaron en su cerebro: la idea de la fina herida y la agudeza de la agonía. Así era como habían matado a Kite.

Veinte metros calle abajo vio a Cubitt. Cubitt era un hombretón con el pelo rojo cortado a cepillo y pecas. Vio a Hale, pero no dio muestras de reconocerlo; se apoyó como si tal cosa en un buzón y lo observó. Llegó un cartero a recoger el correo y Cubitt se apartó. Hale lo vio bromear con el cartero, que se rio y llenó la saca mientras Cubitt desviaba continuamente la vista hacia la calle, esperando a Hale. Hale sabía con exactitud lo que haría; los conocía muy bien a todos;

Cubitt era lento y cordial con él. Lo tomaría del brazo y se lo llevaría a donde quisiera que fuese.

Pero el viejo orgullo insistió, un orgullo del intelecto. Estaba muerto de miedo, pero se dijo: «No voy a morir». Bromeó sin convencimiento: «No soy carne de primera plana». Esto era lo real: las dos mujeres subiendo a un taxi, la banda tocando en el muelle del Palace; la palabra «píldoras» desvaneciéndose en humo blanco en el cielo limpio y claro; y no el pelirrojo Cubitt esperando al lado del buzón. Hale volvió a desviarse, cruzó la calle y retrocedió hacia el muelle del Oeste andando deprisa. No estaba huyendo, tenía un plan.

Lo único que tenía que hacer, se dijo, era encontrar una chica; debía de haber cientos esperando que alguien las abordara en un día de Pentecostés, las invitara a una copa y las llevara a bailar a Sherry's y luego a casa, borrachas y cariñosas en el pasillo del vagón. Era lo mejor: tener siempre un testigo cerca. De nada serviría, aunque su orgullo se lo hubiese permitido, ir a la estación. Seguro que estarían vigilándola, y siempre es fácil matar a un hombre solo en una estación de tren: no tenían más que rodearlo a la puerta del vagón o liquidarlo entre la multitud a la entrada; la banda de Colleoni había matado a Kite en una estación. A lo largo de todo el paseo marítimo había chicas sentadas en tumbonas que se alquilaban por dos peniques, esperando que alguien las abordara, todas las que no habían ido con el novio: oficinistas, dependientas, peluqueras; se reconocía a las peluqueras por sus permanentes nuevas y atrevidas, por sus cuidadas manicuras; todas se habían quedado hasta tarde en la peluquería la noche anterior, peinándose unas a otras hasta la medianoche. Ahora estaban impecables y adormiladas al sol.

Delante de las tumbonas, los hombres paseaban en grupos de dos y de tres; era el primer día que se ponían el traje de verano, pantalones de color gris plata con la raya marcada como un cuchillo y camisas elegantes: no parecía que les importara gran cosa conseguir una chica o no, y Hale se mezcló con ellos con su traje raído, su corbata fina, su camisa

de rayas y sus manchas de tinta, diez años más viejo, y desesperado por conseguir una chica. Les ofrecía cigarrillos y ellas lo miraban como duquesas de ojos grandes y fríos, y le decían: «No fumo, gracias», y veinte metros por detrás, no le hacía falta volver la cabeza para saberlo, estaba Cubitt.

Eso hacía que la actitud de Hale fuese extraña. No podía evitar mostrar su desesperación. Cuando se iba, oía a las chicas reírse de él, de su ropa y de su forma de hablar. Hale tenía una profunda humildad: su orgullo era solo profesional, no le gustaba lo que veía en el espejo, sus piernas huesudas y el pecho hundido, y vestía con descuido como una señal, una señal de que no esperaba que ninguna mujer se interesase por él. Ahora dejó a las guapas y elegantes, y buscó, angustiado, alguna lo bastante vulgar para alegrarse incluso de recibir sus atenciones.

«Sin duda, esta chica», pensó mientras sonreía con ansiosa esperanza a una criatura gorda y granujienta vestida de rosa cuyos pies apenas rozaban el suelo. Se sentó en una tumbona vacía a su lado y contempló el mar lejano al que nadie prestaba atención y que se enroscaba en torno a los pilotes del muelle del Oeste.

—¿Un cigarrillo? —dijo al cabo de un rato.

—No te diría que no —respondió. Sus palabras sonaron dulces, como un indulto—. Se está bien aquí —añadió la gorda.

—¿Has venido de la ciudad?

—Sí.

—Bueno —dijo Hale—, no irás a pasarte aquí sola todo el día, ¿no?

—No lo sé —dijo la chica.

—Se me había ocurrido que podríamos ir a comer algo, y luego podríamos…

—¿Nosotros? —lo interrumpió la chica—; vaya un descarado.

—Bueno, no irás a pasarte aquí todo el día, ¿verdad?

—¿Quién ha dicho que vaya a hacerlo? —respondió la gorda—. Eso no quiere decir que vaya a ir contigo.

—Ven a tomar una copa y lo hablamos.

—No me importaría —dijo la chica abriendo una polvera y tapándose un poco más los granos.

—Pues ven —dijo Hale.

—¿Tienes algún amigo? —preguntó la chica.

—Estoy solo —respondió Hale.

—Entonces no puedo —dijo la chica—. Imposible. No podría dejar sola a mi amiga.

Y por primera vez Hale vio, en la tumbona de atrás, a una criatura pálida y exangüe que esperaba con avidez su respuesta.

—Pero ¿te gustaría venir? —suplicó Hale.

—Sí, claro, pero no puedo.

—A tu amiga no le importará. Encontrará a alguien.

—No, claro que no. No puedo dejarla sola.

Se quedó contemplando el mar, impasible y pálida.

—A ti no te importaría, ¿verdad? —Hale se inclinó e imploró a la imagen exangüe, que soltó una risa chirriante y avergonzada.

—No conoce a nadie —dijo la gorda.

—A alguien encontrará.

—¿Tú crees, Delia?

La joven pálida acercó la cabeza a la de su amiga y las dos conversaron; de vez en cuando, Delia lanzaba un chillido.

—Entonces ¿está decidido? —preguntó Hale—, ¿te vienes?

—¿No podrías encontrar a un amigo?

—No conozco a nadie aquí —dijo Hale—. Ven. Te llevaré a comer donde quieras. Lo único que quiero —esbozó una sonrisa desdichada— es que vayamos juntos.

—No —dijo la gorda—. No puedo, sin mi amiga no.

—Bueno, pues venid las dos —dijo Hale.

—No será muy divertido para Delia —objetó la gorda.

Les interrumpió la voz de un muchacho.

—Conque estás aquí, Fred —dijo.

Hale alzó la vista y vio los ojos grises e inhumanos de diecisiete años.

—¡Caramba! —chilló la gorda—, y decía que no tenía amigos.

—No hay que creer lo que diga Fred —dijo la voz.

—Ahora sí que podemos ir —dijo la gorda—. Esta es mi amiga Delia. Yo me llamo Molly.

—Encantado —dijo el chico—. ¿Dónde vamos, Fred?

—Tengo hambre —dijo la gorda—. ¿Tú no, Delia?

Y Delia chilló y se retorció.

—Conozco un buen sitio —dijo el chico.

—¿Preparan fruta con helado?

—La mejor —le aseguró, con su voz seria e inexpresiva.

—Eso es lo que me apetece, fruta con helado. Delia prefiere un Banana Split.

—Vámonos, Fred —dijo el chico.

Hale se puso en pie. Le temblaban las manos. Esto era ahora lo real: el chico, el corte con la cuchilla, la vida que se

escapaba dolorosamente con la sangre; y no las tumbonas ni las olas, ni los coches en miniatura tomando la curva en el muelle del Palace. El suelo se movió bajo sus pies, y solo pensar en dónde lo llevarían si quedaba inconsciente impidió que se desmayara. Pero, incluso entonces, el orgullo, el instinto de no hacer una escena siguió siendo abrumadoramente fuerte; la vergüenza era más intensa que el terror, le impedía gritar su miedo en voz alta, incluso lo impulsaba a ir sin rechistar. Si el chico no hubiese vuelto a hablar, tal vez habría ido.

—Será mejor que nos vayamos, Fred.

—No —dijo Hale—. Yo no voy. No lo conozco. No me llamo Fred. No lo he visto en mi vida. Es un caradura.

Y se alejó a toda prisa, con la cabeza gacha, sin esperanza: no quedaba tiempo; solo quería seguir andando, seguir fuera bajo el sol…, hasta que oyó a lo lejos, en el paseo marítimo, la voz aguardentosa de una mujer cantando sobre una novia, ramos nupciales, lirios y guirnaldas mortuorias, una balada victoriana, y fue hacia ella como quien lleva mucho tiempo perdido en el desierto y se dirige hacia el resplandor del fuego.

—Caramba —dijo ella—, pero si es el corazón solitario. —Y para sorpresa de Hale, estaba sola entre varias tumbonas vacías—. Han ido al lavabo de caballeros —dijo.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Hale. Su voz sonó entrecortada de alivio.

—Si tiene dos peniques —respondió ella—. Yo no los tengo. —Se echó a reír y sus grandes pechos se marcaron contra el vestido—. Alguien me ha robado el bolso —dijo—. Hasta el último penique. —Él la miró, perplejo—. ¡Ah! —continuó ella—, y eso no es lo más gracioso. Lo mejor son las cartas. Podrán leer todas las cartas de Tom. ¡Con lo apasionadas que eran! Tom se pondrá furioso cuando se entere.

—Necesitará usted dinero —dijo Hale.

—Bah —dijo—, no me preocupo. Algún alma caritativa me prestará diez chelines cuando salgan del lavabo de caballeros.

—¿Son amigos suyos? —quiso saber Hale.

—Los he conocido en el pub —respondió ella.

—¿Usted cree —preguntó Hale— que van a volver?

—Caramba —replicó ella—, ¿usted no? —Miró hacia el paseo, luego a Hale y volvió a reírse—. Usted gana, me han tomado el pelo. Pero solo había diez chelines y las cartas de Tom.

—¿Querrá venir a comer conmigo ahora? —preguntó Hale.

—He picado algo en el pub —dijo—. Me invitaron ellos, así que al menos he sacado algo de mis diez chelines.

—Coma algo más.

—No, no tengo más hambre —replicó, y recostándose en la tumbona con la falda subida hasta las rodillas para mostrar las bonitas piernas, con un aire de suntuosidad procaz añadió —: ¡Menudo día! —Volvió a mirar hacia el mar brillante—. Da igual —dijo—, desearán no haber nacido. No me rindo fácilmente cuando están en juego mis derechos.

—¿Se llama usted Lily? —preguntó Hale.

Había perdido de vista al chico: había desaparecido; Cubitt había desaparecido. Por lo que podía ver, no había nadie conocido.

—Así me llaman ellos —respondió ella—. Mi verdadero nombre es Ida. —El nombre griego, antiguo y vulgarizado, recobró un poco de dignidad. Luego añadió—: Tiene mal aspecto, debería ir a comer algo.

—Solo si viene usted conmigo —dijo Hale—. Lo único que quiero es quedarme aquí con usted.

—Vaya, bonitas palabras —replicó ella—. Ojalá Tom pudiera oírle…; es muy apasionado cuando escribe, pero cuando se trata de hablar…

—¿No quiere casarse con usted? —preguntó Hale.

La mujer olía a jabón y a vino, a consuelo y a paz y a un deleite físico lento y soñoliento; un no sé qué de niñera y de madre salió de su boca ebria, de sus magníficos pechos y piernas, y llegó al cerebro marchito y asustado de Hale.

—Estuvimos casados —dijo Ida—. Pero no supo la suerte que tenía. Ahora quiere volver. Tendría que ver sus cartas, se las enseñaría si no me las hubiesen robado. Debería darle vergüenza —se rio complacida— escribir esas cosas. Ni se lo imagina. Y era un tipo muy tranquilo. En fin, siempre he dicho que es divertido estar viva.

—¿Le dejará volver con usted? —quiso saber Hale, mirando desde el valle de las sombras, con envidia y amargura.

—No creo —dijo Ida—. Lo tengo calado. No habría nada de emoción. Si quisiera un hombre, ahora podría encontrar algo mejor. —No estaba siendo jactanciosa; solo se sentía feliz y un poco achispada—. Podría casarme con algún ricacho, si quisiera.

—¿Y de qué vive ahora? —preguntó Hale.

—Hago lo que puedo para ir tirando —respondió ella, y le guiñó un ojo e hizo un gesto de levantar una copa—. ¿Cómo se llama usted?

—Fred.

Lo dijo mecánicamente: era el nombre que daba siempre a los desconocidos; por algún oscuro motivo ocultaba su propio nombre, Charles. Desde pequeño le gustaban los secretos, los escondrijos, la oscuridad; pero en esa oscuridad había conocido a Kite, al chico, a Cubitt, a toda la banda.

—¿Y de qué vive usted? —le preguntó alegremente.

A los hombres siempre les gustaba hablar de eso, y a ella le gustaba escuchar. Había acumulado un montón de vivencias masculinas.

—De las apuestas —respondió él, a modo de evasiva.

—A mí también me gustan las emociones. ¿No podría darme algún pronóstico para las carreras de Brighton del sábado?

—*Black Boy* —dijo Hale—, en la de las cuatro en punto.

—Está veinte a uno.

Hale la miró con respeto.

—Lo toma o lo deja.

—Lo tomaré —dijo Ida—. Siempre acepto un pronóstico.

—¿Le da igual quién se lo dé?

—Es mi sistema. ¿Estará usted allí?

—No —dijo Hale—, no puedo.

Le puso la mano en la muñeca. No iba a correr más riesgos. Le diría al director del periódico que se había puesto enfermo; dimitiría; haría cualquier cosa. La vida estaba aquí, a su lado, no iba a jugar con la muerte.

—Venga conmigo a la estación —dijo—. Vuélvase a la ciudad conmigo.

—¿En un día como este? —dijo Ida—. No seré yo. Lleva usted demasiado tiempo en la ciudad. Parece harto de todo. Un poco de aire en el paseo marítimo le sentará bien. Además, hay muchas cosas que quiero ver. Quiero ver el Acuario y Black Rock y hoy aún no he estado en el muelle del Palace. Siempre hay cosas nuevas en el muelle del Palace. He venido a divertirme un poco.

—Haremos todo eso y luego…

—Cuando haya aprovechado el día —dijo Ida—. Quiero que sea un día memorable. Ya se lo he dicho, no me rindo

fácil-mente.

—No me importa —dijo Hale—, si se queda conmigo.

—Bueno, el bolso no me lo va a robar —dijo Ida—. Pero le advierto que me gusta gastar. No me contento con una anilla aquí y un disparo allá: quiero probarlo todo.

—De aquí al muelle del Palace hay una caminata muy larga —dijo Hale—. Será mejor tomar un taxi.

Pero no le tiró los tejos enseguida a Ida en el taxi, apretados allí los dos, con la mirada puesta en el paseo: no había ni rastro de Cubitt ni del chico en el día luminoso que pasaba por la ventanilla. Se volvió a regañadientes, e intuyendo sus pechos grandes y amistosos, apretó la boca contra la de ella y notó el sabor a vino de oporto en la lengua, y vio, en el espejo retrovisor, el viejo Morris de 1925 que les seguía, con la capota rasgada y aleteando, el parachoques abollado, y el parabrisas rajado y descolorido. Lo observó con la boca en la de ella, temblando contra ella mientras el taxi se abría paso despacio a lo largo del paseo.

—Déjame respirar —dijo ella por fin, apartándolo y colocándose el sombrero—. Creéis en el trabajo duro —dijo —. Los tipos menudos… —Notó que Hale tenía los nervios de punta y le gritó por el tubo al conductor—: No pare, dé la vuelta y luego vuelva otra vez.

Parecía un hombre febril.

—Estás enfermo —le dijo—. No deberías estar solo. ¿Qué te pasa?

Hale no pudo disimular.

—Voy a morir, tengo miedo.

—¿Has ido a ver a un médico?

—No sirven para nada. No pueden hacer nada.

—No deberías estar solo —dijo Ida—. ¿Te lo han dicho…? Quiero decir los médicos.

—Sí —dijo él, y volvió a poner la boca sobre la de ella porque, mientras la besaba, podía ver en el espejo el viejo Morris traqueteando detrás de ellos por el paseo.

Ella volvió a apartarlo, pero siguió abrazándolo.

—Qué locura. No estás tan enfermo. No irás a decirme que no lo notaría si estuvieses tan enfermo —dijo—. No me gusta ver a nadie tirar así la toalla. Si resistes, el mundo no está tan mal.

—Está bien —dijo él—, mientras estés aquí.

—Así está mejor —dijo—, domínate. —Bajó la ventanilla a toda prisa para que entrara el aire, le tomó del brazo y dijo, en tono dulce y asustado—: Hablabas en broma, ¿no?, cuando dijiste eso de los médicos, no era cierto, ¿verdad?

—No —replicó Hale, fatigado—, no era verdad.

—Así me gusta —dijo Ida—. Por un momento me habías asustado. Menudo papelón si te mueres en este taxi. Como para que Tom lo leyese en el periódico. Pero en eso los hombres son raros conmigo. Siempre intentan fingir que algo no va bien, problemas de dinero, o la mujer, o el corazón. No eres el primero que me dice que se está muriendo. Aunque nunca es nada infeccioso. Quieren aprovechar al máximo sus últimas horas y todo eso. Supongo que tiene que ver con que sea tan corpulenta. Creen que seré maternal con ellos. No digo que no colara la primera vez. «Los médicos me han dado un mes de vida», me dijo… Fue hace cinco años. Ahora lo veo a menudo en Henekey's. «Hola, espectro», le digo siempre, y él me invita a ostras y a una Guinness.

—No, no estoy enfermo —dijo Hale—, no te asustes.

No iba a dejar que su orgullo se rebajase tanto otra vez, ni siquiera a cambio de aquel abrazo relajado y natural. Dejaron atrás el Grand, al viejo estadista dormitando al sol, el Metropole.

—Ya hemos llegado —dijo Hale—. Te quedarás conmigo, aunque no esté enfermo, ¿verdad?

—Pues claro —dijo Ida, hipando levemente al apearse del coche—. Me gustas, Fred. Me caíste bien desde el momento en que te vi. Eres un buen tipo. ¿Qué hace ahí esa gente? —preguntó con alegre curiosidad, señalando a un grupo de pantalones pulcros y elegantones, blusas coloridas, brazos desnudos y pelos oxigenados y perfumados.

—Con cada reloj —gritaba un hombre en el centro de todos— recibirán un obsequio gratuito valorado en veinte veces su precio. Solo un chelín, damas y caballeros, solo un chelín. Con cada reloj…

—Cómprame un reloj, Fred —dijo Ida, empujándolo con delicadeza—, y dame tres peniques antes de ir. Quiero adecentarme un poco.

Se quedaron en la acera a la entrada del muelle del Palace; había mucha gente a su alrededor, entrando y saliendo por los torniquetes, observando al vendedor ambulante; el Morris no se veía por ninguna parte.

—No necesitas ir a adecentarte, Ida —le dijo, implorante, Hale—. Estás bien así.

—Tengo que ir —dijo ella—, estoy toda sudada. Tú espera aquí. Serán solo dos minutos.

—Ahí no podrás lavarte bien —insistió Hale—. Ven a un hotel y toma una copa.

—No puedo esperar, Fred. De verdad que no. Sé buen chico.

Hale dijo:

—Los diez chelines. Más vale que te los dé antes de que se me olvide.

—Eres muy bueno, Fred. ¿Puedes permitírtelo?

—Date prisa, Ida —dijo Hale—. Estaré aquí. Aquí mismo. Al lado de este torniquete. No tardarás, ¿verdad? Estaré aquí —repitió, apoyando la mano en el torniquete.

—Caramba —dijo Ida—, cualquiera pensaría que estás enamorado.

Y se llevó con ternura su imagen en la memoria mientras bajaba las escaleras del lavabo de señoras: el hombrecillo ajado con las uñas mordidas (no se le escapaba detalle) y las manchas de tinta y la mano apoyada en el torniquete. Es un buen tipo, se dijo, me gustó su aspecto en el bar, y eso que me estaba burlando de él, y empezó a cantar de nuevo, esta vez en voz baja, con su voz cálida y aguardentosa: «Una noche, en un callejón, lord Rothschild me dijo…». Hacía mucho que no se apresuraba por un hombre, y apenas pasaron cuatro minutos antes de que, limpia, empolvada y serena, saliera a la tarde luminosa de Pentecostés y descubriese que se había ido. No estaba al lado del torniquete, ni entre la multitud al lado del vendedor ambulante. Se metió entre la gente para asegurarse y acabó delante del vendedor acalorado y permanentemente enfadado.

—¿Cómo? ¿Es que no van a pagar un chelín por un reloj a cambio de un obsequio que vale veinte veces más? No digo que el reloj valga más de un chelín, aunque lo vale solo por su aspecto, pero con él recibirán gratis un obsequio veinte veces más…

Le dio el billete de diez chelines y cogió el paquetito y el cambio, pensando: «Probablemente haya ido al lavabo de caballeros; volverá»; fue al lado del torniquete y abrió el sobre que envolvía el reloj. «*Black Boy* —leyó— en la carrera de las cuatro en punto de Brighton», y pensó con orgullo y ternura: «Ese fue su pronóstico. Es un tipo enterado», y se preparó, feliz y paciente, a esperar su regreso. No se rendía fácilmente. Un reloj en la ciudad dio la una y media.

2

El Chico pagó sus tres peniques y pasó por el torniquete. Se movió con rigidez más allá de las sillas en filas de cuatro donde la gente esperaba a que tocase la orquesta. Visto por detrás, parecía más joven, con su traje fino y oscuro un poco más grande de la cuenta en la cadera, pero cuando lo veías cara a cara parecía mayor: sus ojos de color gris pizarra estaban marcados por la eternidad aniquiladora de la que procedía y a la que se dirigía. La orquesta empezó a tocar; sintió la música como un movimiento en el estómago: los violines gemían en sus tripas. No miró ni a derecha ni a izquierda sino que siguió adelante.

En el Palacio de la Diversión pasó por delante de las máquinas de fotos eróticas, las máquinas tragaperras y el juego de los aros, hasta un puesto de tiro al blanco. Los estantes de muñecas miraban con vidriosa inocencia, como vírgenes en un repositorio de la iglesia. El Chico alzó la mirada: rizos castaños, órbitas azules y mofletes pintados; pensó: «Santa María… en la hora de nuestra muerte».

—Quiero seis disparos —dijo.

—Ah, eres tú —dijo el dueño del puesto, mirándolo con inquietud y disgusto.

—Sí, soy yo —replicó el Chico—. ¿Tienes hora, Bill?

—¿Cómo que si tengo hora? Hay un reloj en la entrada, ¿no?

—Dice que son casi las dos menos cuarto. No creía que fuese tan tarde.

—Ese reloj siempre va bien —dijo el hombre. Fue al otro extremo del puesto, escopeta en mano—. Siempre va bien, ¿lo

ves? —insistió—. No sirve para coartadas de pacotilla. Son las dos menos cuarto.

—De acuerdo, Bill —dijo el Chico—. Las dos menos cuarto. Solo quería saberlo. Dame la escopeta.

Apuntó; la mano joven y huesuda era firme como una roca: los seis disparos acertaron en el blanco.

—Quiero mi premio —dijo.

—Llévate el puñetero premio —dijo Bill—, y lárgate. Qué quieres, ¿chocolatinas?

—No me gustan las chocolatinas —dijo el Chico.

—¿Un paquete de Players?

—No fumo.

—Pues tendrás que llevarte una muñeca o un jarrón de cristal.

—La muñeca me va bien —dijo el Chico—. Me llevaré esa de arriba del pelo castaño.

—¿Vas a fundar una familia? —preguntó el hombre, pero el Chico no respondió, anduvo muy envarado por delante de los otros puestos, con el olor de la pólvora en los dedos, sujetando a la Madre de Dios por el pelo.

El agua, de color verde oscuro como una botella de veneno y moteada por las algas, se enroscaba alrededor de los pilotes al final del muelle, y el viento salado le picaba en los labios. Subió por la escalerilla hasta la terraza del té y miró a su alrededor; casi todas las mesas estaban ocupadas. Entró en la parte acristalada y pasó al largo y estrecho salón de té que daba al oeste, colgado quince metros por encima de la marea, que estaba bajando lentamente. Había una mesa libre y se sentó donde podía ver todo el salón y, más allá del mar, el paseo desvaído al fondo.

—Esperaré —le dijo a la chica que acudió a la mesa—. Van a venir unos amigos.

La ventana estaba abierta y se oían las olas que golpeaban contra el muelle y la música de la orquesta triste y vaga, arrastrada por el viento hacia la orilla. Añadió:

—Llegan tarde. ¿Qué hora es?

Sus dedos tiraban sin darse cuenta del pelo a la muñeca, y arrancaban la lana marrón.

—Son casi las dos menos diez —dijo la chica.

—Todos los relojes de este muelle adelantan —dijo.

—Oh, no —respondió la joven—. Es la hora londinense exacta.

—Quédate la muñeca —dijo el Chico—. Yo no la quiero. Acabo de ganarla en uno de esos puestos de tiro al blanco. No la quiero.

—¿De verdad? —dijo la chica.

—Vamos. Quédatela. Ponla en tu habitación y reza.

Se la lanzó mientras observaba la puerta con impaciencia. Su cuerpo estaba tenso pero controlado. El único indicio de nerviosismo que demostraba era un leve tic en la mejilla, detrás del suave vello, donde habría sido de esperar que hubiese un hoyuelo. El tic se intensificó con impaciencia cuando apareció Cubitt, y con él, Dallow, un tipo rechoncho y musculoso con la nariz rota y una expresión brutal y estúpida.

—¿Y bien? —preguntó el Chico.

—Todo en orden —respondió Cubitt.

—¿Dónde está Spicer?

—Ahora viene —dijo Dallow—. Ha ido un momento al lavabo a refrescarse un poco.

—Tendría que haber venido aquí directamente —dijo el Chico—. Llegáis tarde. Dije a las dos menos cuarto en punto.

—No te pongas así —dijo Cubitt—. No tenías más que cruzar.

—He tenido que arreglar unas cosas —dijo el Chico. Hizo un gesto a la camarera—. Cuatro de pescado rebozado con patatas fritas y una tetera. Aún falta otro.

—Spicer no querrá pescado rebozado con patatas fritas —dijo Dallow—. No tiene hambre.

—Más le vale tenerla —dijo el Chico; apoyó la cara en las manos, observó el lento avance de Spicer hasta el salón de té y notó la rabia que le reconcomía el estómago igual que la marea en los pilotes de abajo—. Son las dos menos cinco —dijo—. Es así, ¿no? ¿Son las dos menos cinco? —le preguntó a la camarera.

—Hemos tardado más de lo que habíamos pensado —dijo Spicer, desplomándose en la silla, sombrío, pálido y granujiento. Miró con náuseas el trozo de pescado dorado y crujiente que le puso delante la chica—. No tengo hambre —dijo—. No puedo con esto. ¿Quién te crees que soy?

Los tres dejaron su pescado sin probar y miraron al Chico como niños ante sus ojos sin edad.

El Chico echó salsa de anchoa sobre las patatas.

—Come —dijo—. Vamos. Come.

Dallow sonrió de pronto.

—No tiene hambre —dijo, y se llenó la boca de pescado.

Todos hablaban en voz baja, sus palabras se perdían entre las de quienes les rodeaban, el ruido de los platos y las voces, y el murmullo constante del mar. Cubitt fue el siguiente y empezó a picotear el pescado; solo Spicer seguía sin comer. Siguió allí, terco, mareado, con el pelo gris.

—Pídeme una copa, Pinkie —dijo—. No puedo tragarme esto.

—Hoy, nada de copas —dijo el Chico—. Vamos. Come.

Spicer se metió un poco de pescado en la boca.

—Si me lo como, vomitaré —dijo.

—Pues vomita —replicó el Chico—. Vomita si quieres. No tienes valor de vomitar. —Luego se volvió hacia Dallow —. ¿Ha ido todo bien?

—Todo perfecto —respondió Dallow—. Cubitt y yo lo hemos dejado allí. Le hemos dado las tarjetas a Spicer.

—¿Las has repartido? —preguntó el Chico.

—Pues claro que sí —respondió Spicer.

—¿A lo largo de todo el paseo?

—Pues claro. No entiendo a qué viene tanto lío con las tarjetas.

—Hay muchas cosas que no entiendes —dijo el Chico—. Son una coartada, ¿no? —Bajó la voz y susurró encima del pescado—. Demuestran que ha seguido con su itinerario. Demuestran que ha muerto después de las dos. —Volvió a alzar la voz—. Escuchad. ¿Habéis oído?

A lo lejos, en la ciudad, un reloj dio la hora y sonaron dos campanadas.

—¿Y si lo han encontrado ya? —dijo Spicer.

—En ese caso, mal asunto —dijo el Chico.

—¿Y qué hay de la palurda que estaba con él?

—Esa da igual —respondió el Chico—. No es más que una furcia; le dio media libra. Vi cómo se la daba.

—No se te pasa nada por alto —dijo Dallow con admiración. Se sirvió una taza de té negro y le echó cinco terrones de azúcar.

—No se me pasa por alto nada de lo que hago yo mismo —dijo el Chico—. ¿Dónde has dejado las tarjetas? —le preguntó a Spicer.

—He dejado una en Snow’s —dijo Spicer.

—¿Cómo que en Snow’s?

—Tenía que comer, ¿no? —dijo Spicer—. Es lo que decía el periódico. Me dijiste que hiciera lo que decía el periódico. Parecería raro si no comiese, ¿no? Siempre deja una donde come.

—Más raro parecerá —dijo el Chico— si la camarera te lo notó en la cara y la encontró nada más irte. ¿Dónde la dejaste?

—Debajo del mantel —respondió Spicer—. Es lo que él hace siempre. En esa mesa ha habido muchos clientes después de mí. No sabrá que no la dejó él. No creo que la encuentre hasta la noche, cuando vaya a quitar el mantel. Hasta es posible que sea otra chica.

—Vuelve —dijo el Chico—, y trae aquí esa tarjeta. No pienso correr riesgos.

—No voy a volver. —La voz de Spicer se elevó por encima del susurro, y una vez más los tres miraron al Chico en silencio.

—Ve tú, Cubitt —dijo el Chico—. Tal vez sea mejor que él no vuelva.

—Yo no voy —dijo Cubitt—. Imagínate que han encontrado la tarjeta y me ven buscándola. Mejor arriesgarse a dejarla allí —insistió con un susurro.

—Hablad con naturalidad, con naturalidad —les advirtió el Chico al ver que la camarera se acercaba a la mesa.

—¿Algo más, muchachos? —preguntó.

—Sí —respondió el Chico—, tomaremos helado.

—Basta, Pinkie —se quejó Dallow cuando se fue la chica —. No queremos helado. No somos un montón de fulanas, Pinkie.

—Si no quieres helado, Dallow —replicó el Chico—, ve a Snow’s y recupera la tarjeta. Tienes agallas, ¿no?

—Pensaba que ya estaba todo resuelto —dijo Dallow—. Ya he hecho suficiente. Soy valiente, y lo sabes, pero estaba muerto de miedo… Caramba, si lo han encontrado antes de tiempo, sería una locura ir a Snow's.

—No hables tan alto —dijo el Chico—. Si nadie quiere ir, iré yo. No tengo miedo. Pero a veces me canso de trabajar con una pandilla como vosotros. A veces creo que me iría mejor solo. —La tarde se deslizó sobre el agua—. Kite tenía razón —dijo—, pero Kite está muerto. ¿En qué mesa la has dejado? —le preguntó a Spicer.

—Dentro. Al entrar a la derecha. Una mesa para uno. Con flores.

—¿Qué flores?

—No sé qué flores —replicó Spicer—. Amarillas.

—No vayas, Pinkie —dijo Dallow—, mejor déjalo correr. Vete a saber qué pasará.

Pero el Chico ya estaba en pie, andando muy envarado por el largo y estrecho salón sobre el mar. Era imposible saber si estaba asustado, su cara de póquer, joven y vieja al mismo tiempo, no revelaba nada.

En Snow's la hora punta había terminado y la mesa estaba libre. En la radio sonaba con desgana un programa de música, presentado por un organista de cine; el registro de *vox humana* temblaba en un desierto de manteles usados cubiertos de manchas y de migajas: la húmeda boca del mundo lamentándose de la vida. La camarera sacudía los manteles en cuanto las mesas quedaban libres y las preparaba para el té. Nadie prestó atención al Chico; cuando los miró, le dieron la espalda. Metió la mano debajo del mantel y no encontró nada. De pronto el pequeño surtidor de rabia volvió a brotar en su cerebro y el Chico golpeó un salero en la mesa con tanta fuerza que la base se rajó. Una camarera se apartó de un grupo que estaba cuchicheando y fue hacia él, una rubia ceniza codiciosa de ojos fríos.

—¿Sí? —dijo, mirando el traje raído y el rostro demasiado joven.

—Quiero que me atiendan —dijo el Chico.

—Es tarde para comer.

—No quiero comer —replicó el Chico—. Quiero una taza de té y un plato de pastas.

—¿Le importa ir a una de las mesas que están puestas, por favor?

—No —respondió el Chico—. Esta mesa me va bien.

Ella volvió a marcharse con un gesto de superioridad y desaprobación, y él le gritó:

—¿Quiere tomar nota?

—La camarera que atiende su mesa vendrá en un minuto —dijo, y volvió con las cotillas que había al lado de la puerta de la cocina.

El Chico movió la silla, el nervio de su mejilla volvió a contraerse, una vez más metió la mano debajo del mantel; era un gesto insignificante, pero podía llevarlo a la horca si lo veían. Aun así, seguía sin notar nada, y pensó furioso en Spicer: «Siempre lo complica todo, nos iría mejor sin él».

—¿Quería usted té, señor?

Él alzó bruscamente la mirada con la mano debajo del mantel: una de esas chicas que se mueven despacio, pensó, como si les asustara el ruido de sus propios pasos, una chica pálida y delgada, más joven, incluso, que él.

—Ya he pedido —dijo.

Ella se disculpó, humillada:

—Hemos tenido mucho lío. Y es mi primer día. Este es el primer momento de descanso. ¿Ha perdido alguna cosa?

Él apartó la mano, observándola con ojos peligrosos e insensibles; la mejilla volvió a contraerse; esas pequeñas cosas

eran las que te condenaban; no se le ocurrió ningún motivo que explicara que tuviese la mano debajo del mantel. La joven continuó con diligencia:

—Tengo que cambiar el mantel para servir el té, así que si ha perdido…

En un segundo se llevó la pimienta, la sal y la mostaza, los cubiertos y la salsa O.K., las flores amarillas; agarró el mantel por las esquinas y, con un solo gesto, lo levantó, con las migas y demás, de la mesa.

—Ahí no hay nada, señor —dijo.

Él miró la mesa vacía y replicó:

—No he perdido nada.

Ella empezó a poner un mantel nuevo para servir el té. Parecía ver algo agradable en él que la animaba a hablar, algo que tenían en común, tal vez la juventud y el desaliño, y una especie de inexperiencia en los asuntos mundanos. Al parecer, ya había olvidado lo de su mano. Pero, le habría gustado saber a él, ¿lo recordaría si le hicieran preguntas después? Despreció su calma, su palidez, su deseo de complacer: ¿observaría también, recordaría?

—No adivinaría —dijo— lo que he encontrado aquí, hace solo diez minutos. Al ir a cambiar el mantel.

—¿Cambiáis el mantel cada vez? —preguntó el Chico.

—No —respondió ella, colocando las cosas del té—, pero a un cliente se le volcó una bebida y al ir a cambiarlo, encontré una de las tarjetas de Kolley Kibber, valorada en diez chelines. Fue una auténtica sorpresa —dijo, demorándose, agradecida, con la bandeja—, y a las otras no les gustó. Verá, es solo mi segundo día aquí. Dicen que he sido una tonta por no abordarlo y llevarme el premio.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque no se me ocurrió. No se parecía en nada al de la fotografía.

—A lo mejor la tarjeta llevaba ahí toda la mañana.

—No —replicó—, imposible. Fue el primero en ocupar esa mesa.

—Bueno —dijo el Chico—, a mí me trae sin cuidado. Tienes la tarjeta.

—Claro que sí, la tengo. Pero no me parece justo, quiero decir que era muy diferente. Podría haber conseguido el premio. Le aseguro que salí corriendo a la puerta cuando vi la tarjeta. No esperé.

—¿Y lo viste?

Ella negó con la cabeza.

—Supongo —dijo el Chico— que no lo miraste con atención. Si no, lo habrías reconocido.

—Siempre miro con atención —respondió la chica—, quiero decir, al cliente. Verá, soy nueva. Me asusta un poco. No quiero hacer nada que les moleste. ¡Ay! —dijo espantada —, como quedarme aquí hablando cuando ha pedido una taza de té.

—No pasa nada —dijo el Chico. Le sonrió con rigidez; era incapaz de usar esos músculos con naturalidad—. Eres mi tipo de chica. —Las palabras no eran las adecuadas; lo vio enseguida y rectificó—: Quiero decir, que me gustan las chicas simpáticas. Algunas de estas te tratan fatal.

—A mí me tratan fatal.

—Eso es porque eres sensible —dijo el Chico—, igual que yo. —Y añadió con brusquedad—: Supongo que no reconocerías al tipo del periódico. Lo digo porque puede que siga por ahí.

—¡Sí, sí! —dijo—, claro que lo reconocería. Tengo buena memoria para las caras.

La mejilla del Chico se contrajo.

—Veo que tú y yo tenemos mucho en común —dijo—. Deberíamos quedar alguna tarde. ¿Cómo te llamas?

—Rose.

Él dejó una moneda en la mesa y se levantó.

—Pero ¿y el té? —preguntó ella.

—Nos hemos enredado charlando, y tenía una cita a las dos en punto.

—Lo siento mucho —dijo Rose—. Tendría que haberme dicho que me callara.

—No pasa nada —replicó el Chico—. Me ha gustado. Según su reloj son solo las dos y diez. ¿Cuándo termina de trabajar?

—No cerramos hasta las diez y media, excepto los domingos.

—Ya nos veremos —dijo el Chico—. Tenemos cosas en común.

3

Ida Arnold cruzó el Strand, no podía permitirse esperar a la señal y no se fiaba de los pasos de peatones. Se abrió camino entre los radiadores de los autobuses; los chóferes frenaban en seco y la miraban con odio, y ella les sonreía. Siempre terminaba un poco acalorada cuando el reloj daba las once al llegar a Henekey's, como si saliera muy pagada de sí misma de una aventura. Pero no fue la primera en llegar a Henekey's.

—Hola, espectro —dijo, y el hombre lúgubre y delgado del sombrero hongo que estaba sentado al lado de un tonel de vino respondió:

—Olvídalo, Ida. Olvídalo.

—¿Te lamentas por ti mismo? —preguntó Ida, colocándose el sombrero en un ángulo mejor en un espejo que anunciaba whisky White Horse; no aparentaba más de cuarenta años.

—Mi mujer ha muerto. ¿Quieres una Guinness, Ida?

—Sí. Tomaré una Guinness. Ni siquiera sabía que estuvieses casado.

—No sabemos mucho el uno del otro, Ida —replicó él—. Ni siquiera sé cómo te ganas la vida ni cuántos maridos has tenido.

—Solo ha habido un Tom —dijo ella.

—Ha habido más hombres aparte de Tom en tu vida.

—Tú deberías saberlo —replicó Ida.

—Ponme otra copa de Ruby —dijo el hombre lúgubre—. Cuando has entrado, estaba pensando… Ida, ¿por qué no

volvemos a juntarnos?

—Tom y tú siempre queriendo volver —dijo Ida—. ¿Por qué no os quedáis con una chica cuando la tenéis?

—Con lo poco que tengo yo y lo que tú ganes…

—Quiero empezar de nuevo —dijo Ida—. No romper con lo nuevo y seguir con lo de siempre.

—Pero tú eres muy buena, Ida.

—Eso dices siempre —dijo Ida, y en la oscura profundidad de su Guinness su bondad le guiñó un ojo, un poco astuta, un poco mundana, divirtiéndose—. ¿Alguna vez te pasan algún pronóstico de las carreras? —preguntó.

—No creo en las apuestas. Es un juego de incautos.

—Cierto —dijo Ida—. Un juego de incautos. Nunca sabes si vas a ganar o a perder. Me gusta —añadió con apasionamiento, mirando al otro lado del tonel de vino al hombre delgado y pálido, con el rostro más sonrosado que nunca, más joven, más amable—. *Black Boy* —le dijo, en voz baja.

—¿Eh? ¿Cómo dices? —replicó con sequedad el espectro, mirando de reojo su rostro en el espejo de White Horse.

—Es el nombre de un caballo —dijo ella—, solo eso. Me lo dio un tipo en Brighton. Estaba pensando si quizá lo vería en las carreras. Se perdió. Me caía bien. No sabías por dónde iba a salir. Además, le debo dinero.

—¿Te has enterado de lo de ese tal Kolley Kibber en Brighton el otro día?

—Lo encontraron muerto, ¿no? Lo vi en un cartel.

—Ya ha terminado la investigación judicial.

—¿Se suicidó?

—No. El corazón. Por el calor. Pero el periódico le pagó el premio al tipo que lo encontró. Diez guineas —dijo el espectro— por encontrar un cadáver. —Dejó el periódico con amargura en el tonel—. Ponme otra copa de Ruby.

—Oye —dijo Ida—. ¿Ese de la foto es el que lo encontró? Menuda rata, ahora sé adónde fue. No me extraña que no quisiera recuperar su dinero.

—No, no, ese no es él —dijo el espectro—. Ese es Kolley Kibber.

Sacó un mondadientes de un paquete de papel y empezó a hurgarse los dientes.

—Ah —dijo Ida. Fue como un golpe—. Entonces no mentía. Estaba enfermo.

Recordó cómo le había temblado la mano en el taxi y cómo le había implorado que no lo dejase, como si supiera que iba a morir antes de que ella volviera. Pero no había hecho una escena.

—Era un caballero —añadió con dulzura.

Debió de desplomarse al lado del torniquete cuando ella se dio la vuelta y bajó sin darse cuenta al lavabo de señoras. Le entraron ganas de llorar en Henekey's, recordó los escalones blancos y brillantes a los lavabos como si fuesen las lentas fases de una tragedia.

—Bueno —dijo, lúgubre, el espectro—, todos tenemos que morir.

—Sí —admitió Ida—, pero él tenía tan pocas ganas de morirse como yo. —Empezó a leer y exclamó casi en el acto —: ¿Por qué iría tan lejos con ese calor?

Y es que no se había desplomado al lado del torniquete: había vuelto a pie por donde habían venido, se había sentado bajo la marquesina de un autobús…

—Tendría que hacer su trabajo.

—No me dijo nada de ningún trabajo. Me dijo: «Estaré aquí. Al lado de este torniquete». Dijo: «Date prisa, Ida. Estaré aquí mismo».

Y mientras repetía lo que recordaba de sus palabras tuvo la sensación de que más tarde, al cabo de una hora o dos, cuando las cosas se calmaran un poco, querría llorar un poco por la muerte de ese saco de huesos asustado que se hacía llamar…

—Pero —exclamó— ¿qué dicen? Lee aquí.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre.

—Los muy canallas —dijo Ida—, ¿por qué cuentan una mentira así?

—¿Qué mentira? Tómate otra Guinness. No vale la pena disgustarse por eso.

—No te diré que no —dijo Ida, pero, después de echar un largo trago, volvió al periódico. Tenía instinto, y ahora su instinto le decía que ahí había algo raro, algo que olía a chamusquina—. Esas chicas con las que intentó ligar —prosiguió— dicen que se acercó un hombre que lo llamó Fred y que él dijo que no se llamaba Fred y que no conocía a aquel hombre.

—¿Y qué? Oye, Ida, vayamos al cine.

—Pero sí que era Fred. A mí me dijo que se llamaba Fred.

—Se llamaba Charles. Aquí lo dice. Charles Hale.

—Eso no significa nada —dijo Ida—. Los hombres se inventan nombres cuando están con desconocidas. No irás a decirme que tu verdadero nombre es Clarence. Y no se pueden inventar uno diferente con cada chica. Sabes que siempre usas el nombre de Clarence. No puedes enseñarme nada de los hombres que no sepa.

—No quiere decir nada. Ya ves cómo ha sido. Ahí lo cuentan. Nadie se ha percatado de eso.

Ella dijo con tristeza:

—Nadie se ha percatado de nada. Léelo tú mismo. No tenía parientes que protestaran. «El forense preguntó si se hallaba presente algún familiar del difunto, y el testigo de la policía declaró que no habían encontrado más que a un primo segundo en Middlesbrough.» Suena muy solitario —dijo—. No había nadie que hiciera preguntas.

—Yo sé lo que es la soledad, Ida —dijo el hombre, melancólico—. Llevo ya un mes solo.

Ella no le hizo caso. Estaba de vuelta de Brighton, el lunes de Pentecostés, pensando que, mientras ella esperaba, él debía de haber estado muriéndose, andando por el paseo marítimo hasta Hove, muriéndose, y pensar en esta tragedia vulgar y penosa ablandó su corazón. Era una mujer del pueblo, lloraba en los cines al ver *David Copperfield*; cuando se emborrachaba, acudían a sus labios las viejas baladas que cantaba su madre; su alma sencilla se conmovía con la palabra «tragedia».

—«Al primo segundo de Middlesbrough… lo representó un abogado» —dijo—. ¿Qué significa eso?

—Supongo que si el tal Kolley Kibber no ha dejado testamento, heredará él. No querrá que se hable de suicidio por lo del seguro de vida.

—No hizo preguntas.

—No hubo necesidad. Nadie pensó que se hubiera suicidado.

—Pues, aun así, tal vez lo hiciese —dijo Ida—. Había algo raro en él. Me habría gustado haberle hecho algunas preguntas.

—¿Sobre qué? Está todo muy claro.

Un hombre con pantalones de golf y una corbata de rayas entró en el bar.

—Hola, Ida —dijo.

—Hola, Harry —respondió ella, apesadumbrada, con la vista clavada en el periódico.

—¿Quieres una copa?

—Tengo una copa, gracias.

—Bébetela y tómate otra.

—No, no quiero otra, gracias —dijo—. Si hubiese estado allí…

—¿De qué habría servido? —dijo el hombre, melancólico.

—Podría haber hecho preguntas.

—Preguntas, preguntas —replicó, irritado—. No haces más que repetir lo de las preguntas. Pero no entiendo qué ibas a preguntarle.

—Por qué dijo que no se llamaba Fred.

—No se llamaba Fred. Se llamaba Charles.

—No es normal.

Cuanto más lo pensaba, más deseaba haber estado allí: pensar que nadie se había interesado durante la investigación judicial, que el primo segundo se había quedado en Middlesbrough, que su abogado no había hecho preguntas y que el propio periódico de Fred no le había dedicado más que media columna era como una espina clavada en su corazón. En la página principal había otra fotografía: el nuevo Kolley Kibber estaría en Bournemouth al día siguiente. Podían haber esperado, pensó, una semana. Habría sido una muestra de respeto.

—Me habría gustado preguntarles por qué me dejó así para deambular por el paseo marítimo bajo el sol.

—Tenía que hacer su trabajo. Tenía que dejar todas esas tarjetas.

—¿Por qué me dijo que me esperaría?

—Ah —dijo el hombre, melancólico—, eso tendrías que habérselo preguntado a él.

Y al oírlo le dio la sensación de que Fred estaba intentando responderle con su propio estilo jeroglífico, con ese dolor, hablándole a sus nervios como lo haría un fantasma. Ida creía en los fantasmas.

—De haber podido, habría dicho muchas cosas —dijo. Volvió a coger el periódico y leyó despacio—. Hizo su trabajo hasta el final —añadió con ternura.

Le gustaban los hombres que hacían su trabajo: eso demostraba cierta vitalidad. Había dejado sus tarjetas por todo el paseo marítimo: las habían enviado a la redacción desde debajo de un bote, de una papelera, del cubo de un niño. Solo le quedaban unas pocas cuando «el señor Alfred Jefferson, que dijo ser un oficinista de Clapham, lo encontró».

—Si de verdad se mató —dijo (ella era el único abogado para representar al finado)—, antes hizo su trabajo.

—Pero no se mató —dijo Clarence—. Lo puedes leer aquí. Hicieron la autopsia y dicen que fue muerte natural.

—Es raro —dijo Ida—. Se fue a comer y dejó una tarjeta en un restaurante. Yo sabía que tenía hambre. No hacía más que repetir que quería comer, pero por alguna razón se largó y me dejó esperándolo. Es absurdo.

—Supongo que cambió de idea respecto a ti, Ida.

—No me gusta —dijo Ida—. Es muy raro. Ojalá hubiese estado presente. Les habría hecho un par de preguntas.

—¿Qué te parecería ir a ver una película, Ida?

—No tengo ganas —dijo—. No todos los días pierdes a un amigo. Y a ti tampoco debería apetecerte si tu mujer ha

muerto.

—Ya ha pasado un mes —dijo Clarence—. No puedes pedirle a nadie que esté siempre de luto.

—Un mes no es tanto tiempo —replicó Ida, mirando, pensativa, el periódico.

Un día, pensó, solo lleva muerto un día, y me atrevo a decir que la única que piensa en él soy yo: alguien con quien compartió una copa y algo de cariño; y, una vez más, el sentimentalismo fácil conmovió su corazón amable y sencillo. No habría pensado más en ello si hubiese habido otros parientes, además del primo segundo de Middlesbrough, si no hubiera estado tan solo, además de muerto. Pero ahí había gato encerrado, aunque ella solo podía agarrarse a aquel «Fred», y todos dirían lo mismo: «No se llamaba Fred. No tienes más que leerlo. Charles Hale».

—No deberías preocuparte tanto, Ida. No es asunto tuyo.

—Lo sé —dijo—. No es asunto mío.

Pero tampoco era asunto de nadie, seguía repitiéndole su corazón: eso era lo malo, que no había nadie más que ella para hacer preguntas. Una vez, había conocido a una mujer que había visto a su marido, después de muerto, de pie al lado de la radio, intentando sintonizar una emisora: ella la había puesto y él desapareció, y en el acto, oyó a un locutor de la emisora regional de Midland que decía: «Aviso de temporal en el Canal». Ella estaba pensando en hacer una de esas excursiones dominicales a Calais, eso era. Estaba bien claro, no se podía bromear con la idea de los fantasmas. Y si Fred, pensó, quería decirle algo a alguien, no iría a decírselo a su primo segundo de Middlesbrough; ¿por qué no iba a acudir a mí? La había dejado esperando allí; lo había esperado casi media hora: tal vez quisiera decirle por qué.

—Era un caballero —dijo en voz alta y, muy decidida, se ladeó el sombrero, se alisó el cabello y se levantó del tonel de vino—. Tengo que irme —dijo—. Adiós, Clarence.

—¿Dónde? Nunca te he visto con tanta prisa, Ida —se quejó con amargura detrás de su Guinness.

Ida puso el dedo en el periódico.

—Alguien debería estar ahí —dijo—, aunque no vayan los primos segundos.

—Le dará igual quién lo meta bajo tierra.

—Nunca se sabe —objetó Ida, recordando al fantasma al lado del aparato de radio—. Es una muestra de respeto. Además… me gustan los funerales.

Pero en el nuevo, luminoso y florido barrio residencial donde se alojaba no iban a meterlo exactamente bajo tierra. Allí no había enterramientos antihigiénicos. Dos torres de ladrillo como las de un ayuntamiento escandinavo, claustros con plaquitas en las paredes como los memoriales de la guerra en las escuelas, una fría y sobria capilla secular que podía adaptarse discreta y convenientemente a cualquier credo: ni cementerio, ni flores de cera, ni modestos tarros de mermelada con flores silvestres marchitas. Ida llegaba tarde. Mientras dudaba en la entrada, temiendo que el lugar pudiese estar lleno de amigos de Fred, pensó que alguien había puesto las noticias en la radio. Conocía esa voz inexpresiva y cultivada, pero cuando abrió la puerta no vio una máquina sino a un hombre con sotana diciendo «Cielo». Allí solo había una especie de patrona, una criada que había aparcado un cochecito de bebé al lado de la puerta y dos hombres que susurraban, impacientes.

—Nuestra creencia en el cielo —prosiguió el cura— no se debe a nuestra incredulidad en el viejo infierno medieval. Creemos —dijo, con una rápida mirada hacia la rampa suave y pulimentada que conducía a las puertas de estilo modernista por las que el ataúd se deslizaría hacia las llamas—, creemos que nuestro hermano ya se ha hecho uno con el Uno. —Subrayó sus palabras con su marca personal, como si untara unas pellas con mantequilla—. Ha alcanzado la unidad. No sabemos qué es el Uno con quien (o con el que) se ha hecho

uno. No conservamos las viejas creencias medievales de mares vidriosos y coronas doradas. La verdad es belleza y hay más belleza para nosotros, una generación que ama la verdad, en la certeza de que nuestro hermano es reabsorbido, en este momento, en el espíritu universal.

Apretó un botoncito, las puertas modernistas se abrieron, las llamas aletearon y el ataúd se deslizó despacio hacia ese mar abrasador. Las puertas se cerraron, la niñera se levantó y se fue hacia la puerta, el cura sonrió con amabilidad desde detrás de la rampa, como un mago que ha sacado el enésimo conejo de la chistera sin inmutarse.

Todo había terminado. Ida soltó con dificultad una última lágrima en un pañuelo aromatizado con amapolas de California. Le gustaban los funerales, aunque le inspiraban pavor, igual que a otros les gustan las historias de fantasmas. La muerte la espantaba, la vida era tan importante… No era religiosa, no creía en el cielo ni en el infierno, solo en los fantasmas, en los tableros de espiritismo, en mesas en las que sonaban golpes y vocecillas que hablaban, quejosas, de flores. Que los católicos trataran la muerte con pompa; tal vez para ellos la vida no fuese tan importante como lo que venía después pero, para ella, la muerte era el final de todo. Hacerse uno con el Uno no era nada comparado con un vaso de Guinness en un día soleado. Creía en los fantasmas, pero no se podía llamar vida eterna a esa existencia leve y transparente: el crujido de un tablero, un ectoplasma en una vitrina de cristal en la oficina de estudios psíquicos, una voz a la que había oído decir una vez, en una sesión: «Todo es bello en el plano superior. Hay flores por todas partes».

Flores, pensó con desprecio Ida; eso no era vida. La vida era la luz del sol en los postes de la cama, el oporto Ruby, el vuelco que te da el corazón cuando el caballo no favorito por el que has apostado cruza la línea de meta y ves los colores del *jockey*. La vida era la boca del pobre Fred apretada contra la suya en el taxi, vibrando con el motor a lo largo del paseo. ¿Qué sentido tenía la muerte si te hacía balbucir sobre unas

flores? Fred no quería flores, quería… y volvió a notar la agradable desazón que había sentido en Henekey's. Se tomaba la vida con una seriedad mortal: estaba dispuesta a causar a cualquiera la desdicha que fuese necesaria para defender lo único en lo que creía. Perder a tu enamorado: «Un corazón roto siempre se acaba curando», diría; quedar mutilado o ciego: «Tienes suerte —te diría— de estar vivo». Su optimismo tenía algo de peligroso e implacable, ya estuviese riéndose en Henekey's o llorando en un funeral o en una boda.

Salió del crematorio y allí, de las torres gemelas sobre su cabeza, salió lo último que quedaba de Fred, una fina voluta de humo gris de los hornos. La gente que pasaba por la florida calle del barrio residencial alzaba la mirada y reparaba en el humo; había sido un día ocupado en los hornos. Fred se posó en una indistinguible ceniza gris sobre las flores rosas: se convirtió en parte de la contaminación de Londres, e Ida lloró.

Pero mientras lloraba creció su determinación; creció durante todo el trayecto hasta la línea de tranvías que la llevarían de vuelta a territorio conocido, a los bares y los carteles luminosos y los teatros de variedades. El hombre se adapta a los sitios donde vive, y la imaginación de Ida funcionaba con la sencillez y la regularidad de los carteles luminosos en lo alto de los edificios: el vaso siempre inclinado, la rueda que no para de girar, la pregunta sencilla que se enciende y se apaga: «¿Utiliza Forhams para las encías?». Haría lo mismo por Tom, pensó, por Clarence, ese viejo y engañoso espectro de Henekey's, y por Harry. Es lo mínimo que se puede hacer por alguien: preguntas; en las investigaciones judiciales, en las sesiones de espiritismo. Alguien había hecho desdichado a Fred y, a cambio, alguien iba a ser desdichado. Ojo por ojo. Si creías en Dios, podías dejar la venganza en sus manos, pero no se podía confiar en el Uno, en el espíritu universal. La venganza era cosa de Ida, igual que el premio, la boca suave y pegajosa saboreada en los taxis, el cálido apretón de una mano en el cine, el único

premio que había. Y tanto la venganza como la recompensa… eran divertidas.

El vagón del tren se estremecía y soltaba chispas por Embankment. Si era una mujer quien había hecho desdichado a Fred, le diría lo que pensaba. Si Fred se había matado, lo averiguaría, los periódicos publicarían la noticia, alguien sufriría por ello. Ida iba a empezar por el principio y a investigar a partir de ahí. Nunca se rendía.

La primera parada (había tenido el periódico en la mano mientras duró el oficio) fue Molly Pink, «identificada como secretaria personal», empleada en el bufete de Carter & Galloway.

Ida salió de la estación de Charing Cross a la luz ventosa y cálida del Strand, que parpadeaba en los carburadores; en uno de los pisos superiores de Stanley Gibbons,* un hombre con un largo bigote gris de estilo eduardiano estaba al lado de la ventana, observando un sello de correos con una lupa; un enorme carro con barriles pasó a su lado y las fuentes jugaban en Trafalgar Square, como una flor fresca y traslúcida que florecía y caía en los estanques grises y sucios de hollín. Costará dinero, se repitió Ida para sus adentros; si se quiere saber la verdad, siempre cuesta dinero, y subió despacio por Saint Martin's Lane calculando, mientras, por debajo de su tristeza y su resolución, su corazón latía cada vez más deprisa al son del estribillo: es emocionante, es divertido, es la vida. En el barrio de Seven Dials, los negros pululaban cerca de la puerta de los pubs con trajes ajustados y llamativos, y corbatas a la antigua. Ida reconoció a uno de ellos y cruzó unas palabras con él.

—¿Qué tal el negocio, Joe?

Los grandes dientes blancos aparecieron como una hilera de luces en la oscuridad por encima de la llamativa camisa de rayas.

—Bien, Ida, bien.

—¿Y la alergia?

—Fatal, Ida, fatal.

—Adiós, Joe.

—Adiós, Ida.

Había una caminata de un cuarto de hora hasta el bufete de Carter & Galloway, que estaba en el último piso de un edificio muy alto cerca de Grays Inn. Tenía que ahorrar, ni siquiera cogió un autobús, y cuando llegó al edificio anticuado y polvoriento, no había ascensor. Los empinados tramos de escalera de piedra fatigaron a Ida. Había tenido un día muy largo y solo había comido un bollo en la estación. Se sentó en el alféizar de una ventana y se quitó los zapatos. Le ardían los pies, movió los dedos. Un señor mayor bajó por las escaleras. Tenía un largo bigote y una mirada esquiva y disoluta. Llevaba un abrigo de cuadros, un chaleco amarillo y un sombrero hongo gris. Se quitó el sombrero.

—¿No se encuentra bien, señora? —preguntó, mirando a Ida con sus ojillos legañosos—. ¿Puedo ayudarla?

—No permito que nadie me rasque los dedos —respondió Ida.

—¡Ja, ja, ja! —replicó el señor mayor—. Muy lista. Es usted de los míos. ¿Sube o baja?

—Subo. Al último piso.

—Carter & Galloway. Un buen bufete. Dígales que va de mi parte.

—¿Cómo se llama?

—Moyne. Charlie Moyne. La he visto antes por aquí.

—No.

—Pues en otro sitio. Nunca olvido una mujer con tan buena figura. Dígales que la envía Moyne. Le harán buen precio.

—¿Por qué no tienen ascensor en este sitio?

—Son anticuados. Yo también lo soy. La he visto en Epsom.

—Es posible.

—Siempre reconozco a una aficionada a las carreras. La invitaría a compartir una botella de vino espumoso a la vuelta de la esquina si esos sinvergüenzas no me hubiesen limpiado las últimas cinco libras que llevaba al salir. Quería ir a apostar un par de libras. Ahora tendré que pasar antes por casa. Las apuestas bajarán mientras voy y vuelvo. Ya lo verá. No podrá usted prestarme algo, ¿verdad? Dos libras, Charlie Moyne.

Los ojos enrojecidos la observaron sin esperanza, un poco distantes y despreocupados; los botones del chaleco amarillo se agitaban con el latido de su corazón.

—Tome —dijo Ida—, puedo prestarle una libra; y ahora váyase.

—Es usted muy amable. Deme su tarjeta. Le enviaré un cheque esta noche.

—No tengo tarjeta —replicó Ida.

—Yo también he salido sin las mías. No se preocupe. Charlie Moyne. Lo enviaré a Carter & Galloway. Todos me conocen.

—Estupendo —dijo Ida—. Ya nos veremos. Tengo que subir.

—Agárrese a mi brazo. —La ayudó a levantarse—. Dígales que la envía Moyne. Le harán un precio especial.

Ida se volvió al girar las escaleras. El hombre estaba guardándose la libra en el bolsillo del chaleco, atusándose el bigote, que aún era rubio en las puntas como los dedos de un fumador de cigarrillos, y colocándose el sombrero hongo. Pobre viejo, nunca pensó sacar tanto, se dijo Ida, mientras lo

observaba bajar las escaleras con su desesperanza garbosa y anticuada.

En el último piso había solo dos puertas. Abrió una con un cartel que decía INFORMACIÓN, y allí, sin duda alguna, estaba Molly Pink. Estaba chupando un caramelo al lado de un hornillo de gas en un cuartito un poco más grande que el armario de las escobas. Un hervidor de agua le silbó a Ida al entrar. Una cara hinchada y granujienta la miró, airada, sin decir palabra.

—Disculpe —dijo Ida.

—Mis jefes están fuera.

—He venido a verla a usted.

La boca se le abrió un poco, con un trozo de tofe pegado a la lengua, el hervidor silbó.

—¿A mí?

—Sí —respondió Ida—. Será mejor que tenga cuidado. Se va a salir el agua del hervidor. ¿Es usted Molly Pink?

—¿Quiere una taza de té?

El despacho estaba forrado de archivos desde el suelo hasta el techo. Una ventanita mostraba, a través del polvo de muchos años, otro bloque de edificios con la misma disposición de las ventanas, que devolvía una imagen polvorienta, como un reflejo. Una mosca muerta colgaba de una telaraña rota.

—No me gusta el té —dijo Ida.

—Es una suerte. Solo hay una taza —replicó Molly, llenando una gruesa tetera marrón con el pitorro desportillado.

—Un amigo llamado Moyne… —empezó Ida.

—¡Ah, él! —dijo Molly—. Acabamos de desahuciarlo.

Molly tenía un ejemplar de *Woman and Beauty* apoyado en la máquina de escribir y desviaba la mirada continuamente

hacia él.

—¿De desahuciarlo?

—De desahuciarlo. Ha venido a ver a mis jefes. Intentó engatusarme.

—¿Y los ha visto?

—Mis jefes están fuera. ¿Quiere un tofe?

—Es malo para la figura —dijo Ida.

—Yo lo compenso no desayunando.

Por encima de la cabeza de Molly, Ida vio las etiquetas de los archivos: «Alquileres de los números 1-6 de Mud Lane». «Alquileres de Wainage Estate, Balham.» «Alquileres de…» Estaban rodeadas por el orgullo de la propiedad, los bienes inmuebles…

—He venido —dijo Ida— porque usted conoció a un amigo mío.

—Siéntese —replicó Molly—. Esa es la silla de los clientes. Ahí es donde se sientan. El señor Moyne no es un amigo.

—Moyne no. Alguien llamado Hale.

—No quiero saber nada más de ese asunto. Tendría que haber visto a mis jefes, se pusieron furiosos. Tuve que tomarme un día libre por la investigación judicial. Al día siguiente me tuvieron aquí hasta las tantas.

—Solo quiero saber qué le pasó.

—¡Qué me pasó! Mis jefes son horribles cuando se enfadan.

—Digo a Fred… a Hale.

—En realidad no lo conocía.

—El hombre que se le acercó, según dijo en la investigación…

—No era un hombre. Era solo un muchacho. Conocía al señor Hale.

—Pero el periódico decía que…

—Bueno, el señor Hale dijo que no lo conocía. Yo no les dije lo contrario. No me preguntaron. Solo si había notado algo raro en su actitud. Bueno, no había nada raro, solo estaba asustado y nada más. Aquí vienen muchos así.

—Pero ¿no se lo dijo a la policía?

—No tiene nada de raro. Me di cuenta enseguida de lo que pasaba. Le debía dinero al chico. Aquí vienen muchos así. Como Charlie Moyne.

—Tenía miedo, ¿eh? Pobre Fred.

—«No me llamo Fred», lo dijo con esas mismas palabras. Pero yo me di cuenta de todas formas. Y mi amiga también.

—¿Cómo era el chico?

—Pues un chico.

—¿Era alto?

—No mucho.

—¿Rubio?

—No sabría decirle.

—¿Qué edad tenía?

—Más o menos mi edad, diría yo.

—¿Y cuántos tiene usted?

—Dieciocho —respondió Molly, mirándola, desafiante, por encima de la máquina de escribir y el vapor del hervidor de agua, chupando el tofe.

—¿Le pidió dinero?

—No tuvo tiempo de pedirle dinero.

—¿No se fijó usted en ninguna otra cosa?

—No hacía más que insistir en que me fuese con él. Pero no pude porque estaba con mi amiga.

—Gracias —dijo Ida—, ahora sé un poco más.

—¿Es usted policía? —preguntó Molly.

—No, solo soy una amiga suya.

Desde luego, ahí había gato encerrado: ahora estaba segura. Recordó una vez más lo asustado que había estado en el taxi, y mientras bajaba por Holborn hacia su pensión detrás de Russell Square, bajo el sol del atardecer, volvió a pensar en el modo en que le había dado los diez chelines antes de que ella fuese al lavabo de señoras. Era un auténtico caballero, tal vez fuesen sus últimos chelines: y esa gente, ese chico, apremiándolo con el dinero. Tal vez estuviese arruinado como Charlie Moyne, y ahora que el recuerdo de su rostro empezaba a desdibujarse, no pudo evitar prestarle algunos de los rasgos de Charlie Moyne, los ojos enrojecidos al menos. Caballeros aficionados a las carreras, caballeros generosos, auténticos caballeros. Los faldones de los anuncios colgaban en el vestíbulo del hotel Imperial, el sol caía vertical sobre los plátanos de sombra, y una campanilla llamaba y llamaba a la hora del té en una pensión de Coram Street.

Probaré con el tablero, pensó Ida, y así lo sabré.

Cuando entró había una tarjeta en la mesa del recibidor, una tarjeta del muelle de Brighton: si fuese supersticiosa, pensó, si fuese supersticiosa… Le dio la vuelta. Era solo de Phil Corkery, invitándola a bajar. Recibía la misma tarjeta cada año desde Eastbourne, Hastings y, una vez, de Aberystwyth. Pero ella no iba nunca. No era alguien a quien quisiera dar esperanzas. Demasiado callado. No lo que ella consideraba un hombre.

Fue a las escaleras del sótano y llamó al viejo Crowe. Necesitaba dos pares de manos en el tablero y sabía que el viejo se alegraría.

—Crowe —gritó, escudriñando las escaleras de piedra—. Crowe.

—¿Qué pasa, Ida?

—Voy a celebrar una sesión.

No lo esperó, sino que subió a su habitación con salita para prepararse. La habitación daba al este y el sol había desaparecido. Hacía frío y estaba oscuro. Ida encendió la estufa de gas y echó las viejas cortinas de terciopelo rojo para ocultar el cielo gris y las chimeneas. Luego ahuecó los almohadones del diván y acercó dos sillas a la mesa. En el espejo del armario se reflejaba toda su vida, una buena vida: figuras de porcelana compradas a la orilla del mar, una fotografía de Tom, un libro de Edgar Wallace, otro de Netta Syrett comprados en un puesto de segunda mano, unas partituras, *Compañeros de fatigas*,* el retrato de su madre, más objetos de porcelana, unos cuantos animales articulados hechos de goma y madera, baratijas que le habían regalado unos y otros, *Sorrell e hijo*,* el tablero.

Bajó el tablero con cuidado y cerró el armario. Era una pieza plana y ovalada de madera pulida con ruedecitas, que parecía haber salido a hurtadillas de la alacena de la cocina del sótano, aunque, en realidad, quien había salido a hurtadillas era el viejo Crowe, que llamó despacio a la puerta y se coló dentro, con el cabello blanco, la cara gris y unos ojos miopes como los de los ponis que trabajan en las minas, y al ver la bombilla desnuda de la lámpara de lectura de Ida, parpadeó. Ida la cubrió con un pañuelo rosa de gasa para atenuar la luz.

—¿Tienes algo que preguntarle, Ida? —dijo el viejo Crowe.

Se estremeció un poco, asustado y fascinado. Ida sacó punta a un lápiz y lo insertó en el extremo del tablero.

—Siéntate, Crowe. ¿Qué has hecho todo el día?

—Han celebrado un funeral en el número veintisiete. Uno de esos estudiantes indios.

—Yo también he estado en un funeral. ¿Estuvo bien el tuyo?

—En estos tiempos ya no hay buenos funerales. Ya no ponen plumas.

Ida le dio un empujoncito al tablero, que se deslizó sobre la mesa pulida, más parecido que nunca a un escarabajo.

—El lápiz es demasiado largo —dijo el viejo Crowe.

Se sentó, apretándose las manos entre las rodillas, y se inclinó hacia el tablero. Ida atornilló un poco el lápiz.

—¿Al pasado o al futuro? —preguntó el viejo Crowe, jadeando un poco.

—Quiero establecer contacto hoy —respondió Ida.

—¿Con un vivo o con un muerto? —dijo el viejo Crowe.

—Muerto. He visto cómo lo incineraban esta tarde. Cremación. Vamos, Crowe, pon los dedos.

—Será mejor que te quites los anillos —dijo el viejo Crowe—. El oro lo confunde.

Ida se desvistió los dedos y apoyó las yemas en el tablero, que se apartó de ella, crujiendo sobre el folio.

—Vamos, Crowe —dijo.

El viejo Crowe se rio. Dijo:

—Es travieso. —Y puso los dedos huesudos sobre el borde, donde dio unos golpecitos nerviosos—. ¿Qué le vas a preguntar, Ida?

—¿Estás ahí, Fred?

El tablero crujió bajo sus dedos y trazó largas líneas en el papel de aquí para allá.

—Tiene voluntad propia —dijo Ida.

—¡Chis! —replicó Crowe.

El tablero rodó un poco sobre la rueda trasera y se detuvo.

—Podríamos mirar ahora —dijo Ida.

Apartó el tablero a un lado y los dos miraron los trazos a lápiz.

—Parece una S —dijo Ida.

—O una N.

—En cualquier caso hay algo. Volveremos a intentarlo. —Puso los dedos con firmeza sobre el tablero—. ¿Qué te pasó, Fred?

En el acto, el tablero se apartó. Toda la fuerza indómita de Ida se expresó a través de sus dedos: esta vez no iba a tolerar ninguna tontería. Al otro lado del tablero, el viejo Crowe frunció el ceño, concentrado.

—Está escribiendo letras de verdad —dijo Ida, triunfante, y mientras sus dedos dejaban de apretar un momento, notó que el tablero se deslizaba con firmeza, como si alguien lo empujara.

—Chis —dijo el viejo Crowe, pero el tablero dio una sacudida y se paró.

Retiraron el tablero y, ahí, de manera inconfundible, con letras grandes y finas había una palabra, aunque no supieron qué significaba: «SUCILL».

—Parece un apellido —dijo el viejo Crowe.

—Tiene que significar alguna cosa —replicó Ida—. Lo que dice el tablero siempre significa algo. Volveremos a probar.

Y una vez más, el escarabajo de madera echó a andar dibujando su tortuoso recorrido.

La bombilla ardía, roja, bajo el pañuelo, y el viejo Crowe silbó entre dientes.

—Ya —dijo Ida, y levantó el tablero.

En diagonal en el papel había escrita una palabra larga: «FRESUICILLTOJO».

—Bueno —dijo el viejo Crowe—, menudo trabalenguas. No se entiende nada, Ida.

—Pues yo sí lo entiendo —replicó Ida—. Caramba, no puede estar más claro. «Fre» es la abreviatura de Fred y «suici» de suicidio y «ojo» es lo que digo yo siempre: ojo por ojo y diente por diente.

—¿Y las dos eles?

—Aún no lo sé, pero pienso tenerlo presente.

Se reclinó en el asiento con una sensación de poder y triunfo.

—No soy supersticiosa —dijo—, pero esto no se puede pasar por alto. El tablero sabe lo que dice.

—Sabe lo que dice —repitió el viejo Crowe, entre dientes.

—¿Hacemos otro intento?

El tablero se deslizó y crujió, y de pronto se detuvo. El nombre apareció más claro que el agua: «PHIL».

—Bueno, bueno. —Ida se ruborizó un poco—. ¿Quieres una galleta?

—Gracias, Ida, gracias.

Ida sacó una lata de un cajón del armario y se la acercó al viejo Crowe.

—Lo empujaron a la muerte —dijo encantada Ida—. Sabía que había gato encerrado. Mira lo del ojo. Es como si me dijese lo que tengo que hacer. —Siguió con los ojos clavados en «Phil»—. Voy a hacer que esa gente lamente

haber nacido. —Exhaló el aliento voluptuosamente y estiró las magníficas piernas—. El bien y el mal. Creo en el bien y el mal. —E insistiendo un poco más, con un suspiro de satisfacción, añadió—: Va a ser emocionante, va a ser divertido, hay que vivir la vida, viejo Crowe.

Era el mayor elogio que podía hacer de algo, mientras el viejo sorbía entre dientes y la luz rosa temblaba en el libro de Warwick Deeping.

Segunda parte

1

El Chico estaba de espaldas a Spicer, contemplando la oscura extensión del mar. Tenían el extremo del muelle para ellos solos; a esas horas y con ese tiempo, todo el mundo estaba en el Auditorio. Los rayos resplandecían de vez en cuando en el horizonte y empezaba a chispear.

—¿Dónde has estado? —preguntó el Chico.

—Paseando —respondió Spicer.

—¿Has estado allí?

—Quería comprobar que todo estaba bien y que no habías olvidado nada.

El Chico dijo con calma, apoyado en la barandilla y en dirección a la lluvia:

—He leído que cuando alguien comete un asesinato, a veces tiene que cometer otro… para no dejar cabos sueltos. —La palabra «asesinato» significaba para él lo mismo que «caja», «cuello» o «jirafa», y añadió—: Spicer, no vuelvas por allí.

La imaginación no se le había despertado. Era su punto fuerte. No sabía ponerse en el lugar de los demás, ni sentir lo que otros sentían. Solo le inquietaba la música. Los instrumentos de cuerda estallaban en su corazón. Era como si los nervios perdieran su frescura, como si le asediara la vejez, las vivencias ajenas se le agolpaban en el cerebro.

—¿Dónde están los demás?

—Han ido a Sam’s, a tomar una copa.

—¿Y por qué no has ido tú también?

—No tengo sed, Pinkie, necesitaba un poco de aire fresco. Estos truenos hacen que me sienta raro.

—¿Por qué no paran esa puñetera música? —dijo el Chico.

—¿Tú no vas a ir a Sam's?

—Tengo que hacer un trabajito —dijo el Chico.

—Todo ha ido bien, ¿no, Pinkie? Después de las conclusiones, todo sigue bien. Nadie ha hecho preguntas.

—Solo quiero estar seguro —dijo el Chico.

—La banda no tolerará más asesinatos.

—¿Quién ha hablado de asesinatos?

El relámpago centelleó e iluminó su chaqueta raída y demasiado ajustada, el pelo suave de la nuca.

—Tengo una cita, nada más. Cuidado con lo que dices, Spicer. No tendrás miedo, ¿verdad?

—No tengo miedo. Me has entendido mal, Pinkie. Es solo que no quiero más muertes. Las conclusiones de la investigación judicial nos han descolocado a todos. ¿Qué han querido decir? Lo matamos nosotros, ¿no, Pinkie?

—Tenemos que seguir siendo cuidadosos, nada más.

—Pero ¿qué han querido decir? No confío en los médicos. Es demasiada suerte.

—Tenemos que ser cuidadosos.

—¿Qué llevas en el bolsillo, Pinkie?

—No llevo pistola —dijo el Chico—. Tienes demasiada imaginación.

En la ciudad, un reloj dio las once; los truenos en el canal de la Mancha amortiguaron tres campanadas.

—Será mejor que te vayas —dijo el Chico—. Ya llega tarde.

—Llevas una navaja, Pinkie.

—No me hace falta una navaja para tratar con una palurda. Si quieres saberlo, es una botella.

—Tú no bebes, Pinkie.

—Nadie querría beber esto.

—¿Qué es, Pinkie?

—Vitriolo —dijo—. A las palurdas les da más miedo que las navajas. —Apartó con impaciencia la vista del mar y volvió a quejarse—: Esa música…

Gemía en su cabeza en la noche calurosa y electrizada; era lo más parecido que conocía al pesar, del mismo modo que el leve y secreto placer sensual que sentía al acariciar la botella de vitriolo con los dedos, mientras Rose se acercaba corriendo desde el Auditorio, era lo más parecido que conocí a la pasión.

—Lárgate —le dijo a Spicer—. Aquí está.

—Oh —dijo Rose—, llego tarde. He venido corriendo —dijo—. Creí que pensarías que…

—Te habría esperado.

—Hemos tenido una tarde horrible en el café —dijo la chica—. Todo ha ido mal. He roto dos platos y la leche estaba agria. —Se lo contó todo de un tirón—. ¿Quién era tu amigo? —preguntó, escudriñando la oscuridad.

—Da igual —dijo el Chico.

—Me ha parecido que… No he podido verlo bien…

—Da igual —repitió el Chico.

—¿Qué vamos a hacer?

—He pensado que podíamos charlar aquí un poco —dijo el Chico—, y luego ir a alguna parte… ¿A Sherry's? A mí me da igual.

—Me encantaría ir a Sherry's —replicó Rose.

—¿Has cobrado ya el dinero de la tarjeta?

—Sí. Me lo pagaron esta mañana.

—¿No ha venido nadie a hacerte preguntas?

—No. ¿Pero no te parece horrible que muriese así?

—¿Viste su fotografía?

Rose se acercó a la barandilla y miró vagamente al Chico.

—Pero no era él. Eso es lo que no entiendo.

—La gente parece distinta en las fotografías.

—Tengo buena memoria para las caras. No era él. Debieron de mentir. No se puede fiar una de los periódicos.

—Ven —le dijo el Chico.

La llevó a la vuelta de la esquina, hasta que estuvieron un poco más lejos de la música, más solos, con los relámpagos en el horizonte y los truenos, que sonaban cada vez más cerca.

—Me caes bien —dijo el Chico, con una sonrisa poco convincente en la boca— y quiero advertirte. Ese tipo, Hale, he oído hablar de él. Estaba metido en líos.

—¿Qué clase de líos? —susurró Rose.

—Da igual —dijo el Chico—. Te lo advierto solo por tu propio bien, ahora que tienes el dinero, yo en tu lugar lo olvidaría, olvidaría lo del tipo que dejó la tarjeta. Está muerto, ¿entiendes? Tienes el dinero. Eso es lo que importa.

—Lo que tú digas —replicó Rose.

—Puedes llamarme Pinkie, si quieres. Es como me llaman mis amigos.

—Pinkie —repitió Rose, pronunciándolo con timidez mientras los truenos resonaban en lo alto.

—Habrás leído lo que le pasó a Peggy Baron, ¿no?

—No, Pinkie.

—Salió en todos los periódicos.

—Antes de conseguir este trabajo no leía el periódico. En casa no podíamos permitírnoslo.

—Se mezcló con una banda —dijo el Chico— y la gente empezó a hacer preguntas. No es seguro.

—Yo no me mezclaría con una banda —objetó Rose.

—No siempre se puede evitar. A veces ocurre sin más.

—¿Qué le pasó? —preguntó Rose.

—Le estropearon la cara. Perdió un ojo. Le echaron vitriolo a la cara.

—¿Vitriolo? ¿Qué es el vitriolo? —susurró Rose.

Un relámpago iluminó un pilote de madera alquitranada, una ola que rompía y el rostro pálido, huesudo y asustado de ella.

—¿Nunca has visto vitriolo? —dijo el Chico, sonriendo en la oscuridad. Le enseñó la botellita—. Es esto. —Quitó el tapón de corcho y echó unas gotas en las tablas de madera del muelle: soltó un silbido como el vapor—. Quema —dijo el Chico—. Huélelo.

Le puso la botella delante de la nariz. Ella lo miró boquiabierta.

—Pinkie, tú no…

—Te estaba tomando el pelo —le mintió él, sin inmutarse —. Esto no es vitriolo, solo es alcohol. Quería advertirte, nada más. Tú y yo vamos a ser amigos. No quiero que le quemen la piel a una amiga. Avísame si alguien te hace preguntas. Da igual quién sea. Llámame enseguida donde Frank. Tres seises. Es fácil de recordar.

La tomó del brazo y se la llevó del extremo más solitario del muelle hacia el Auditorio iluminado. El viento arrastraba la música hacia la costa, la pena en las tripas.

—Pinkie —dijo ella—, no quiero entrometerme. No me meto en los asuntos de nadie. Nunca he sido indiscreta, palabra de honor.

—Eres una buena chica —dijo él.

—Sabes un montón de cosas, Pinkie —dijo ella, con una mezcla de espanto y admiración.

Y de pronto, al oír la rancia tonada romántica que estaba tocando la orquesta, «Da gusto verte, me encanta abrazarte, eres el cielo en persona…», una pizca de rabia y odio envenenados acudió a los labios del Chico:

—Para moverse por ahí hay que saber muchas cosas —dijo—. Vamos, iremos a Sherry's.

Cuando salieron del muelle tuvieron que correr; los taxis los salpicaban; las bombillas de colores en el paseo de Hove brillaban como charcos de gasolina bajo la lluvia. Se sacudieron el agua en el suelo de Sherry's y Rose vio la fila de los que esperaban en la escalera para subir a la galería.

—Está lleno —dijo, decepcionada.

—Iremos a la pista de baile —dijo el Chico.

Pagó sus tres chelines con tanta desenvoltura como si fuese siempre por allí y avanzó entre las mesitas, las parejas de baile con el pelo brillante y metálico y bolsitos negros, mientras las luces de colores destellaban, verdes, rosas y azules. Rose dijo:

—Se está bien aquí. Me recuerda a…

Y mientras iban a la mesa enumeró en voz alta todas las cosas que le recordaban las luces, la melodía que tocaba la banda, la muchedumbre en la pista de baile intentando bailar una rumba.

Tenía un inmenso repertorio de recuerdos triviales y cuando no vivía en el futuro vivía en el pasado. En cuanto al presente, pasaba por él lo más deprisa posible, huyendo de

unas cosas, corriendo hacia otras, de modo que su voz era siempre un poco jadeante, y su corazón fluctuaba entre la escapatoria o la esperanza. «Entonces me metí la bandeja debajo del delantal y ella dijo: "Rose, ¿qué escondes ahí?".» Y un momento después, estaba volviendo los ojos grandes e ingenuos hacia el Chico con una mirada de profunda admiración y de respetuosa esperanza.

—¿Qué quieres beber? —dijo el Chico.

Ella ni siquiera sabía el nombre de ninguna bebida. En Nelson Place, de donde había salido como un topo a la luz del día del restaurante Snow's y el muelle del Palace, nunca había conocido a ningún chico con dinero suficiente para invitarla a una copa. Habría dicho «cerveza», pero no había tenido ocasión de averiguar si le gustaba. Un helado de dos peniques en un carrito Everest de venta ambulante era a lo más que llegaban sus conocimientos en materia de lujos. Miró impotente al Chico.

Él le preguntó con brusquedad:

—¿Qué te apetece? No sé qué te gusta.

—Un helado —dijo, un poco decepcionada, pero no podía seguir haciéndole esperar.

—¿Qué tipo de helado?

—Un helado normal —replicó ella.

En todos los años que había vivido en los barrios bajos, los carritos Everest no le habían ofrecido elección.

—¿Vainilla? —preguntó el camarero.

Ella asintió; supuso que debía de ser lo que tomaba siempre, y así resultó ser, solo que más grande; por lo demás, podría haber estado lamiéndolo entre dos obleas al lado de un carrito.

—Eres una chica muy sosa —dijo el Chico—. ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete —replicó ella, desafiante; había una ley que decía que un hombre no podía salir con una chica si no había cumplido los diecisiete.

—Yo también tengo diecisiete —dijo el Chico, y esos ojos que nunca habían sido jóvenes miraron con desprecio gris a los ojos de ella, que acababan de empezar a aprender algunas cosas—. ¿Bailas?

—No he bailado mucho —respondió ella con humildad.

—Da igual —replicó el Chico—. Yo no soy de bailar.

Contempló el lento movimiento de las bestias de dos espaldas: placer, pensó, lo llaman placer. Le embargó una sensación de soledad, una espantosa falta de comprensión. La pista se despejó para el último número de variedades de la noche. Un foco iluminó una parte de la sala: un cantante con una chaqueta de fiesta, un micrófono sobre un pie portátil, largo y negro. Lo sostenía con delicadeza, como si fuese una mujer, moviéndolo con dulzura de aquí para allá, cortejándolo con los labios, mientras sus susurros reverberaban, ásperos, en la sala, a través de los altavoces de debajo de la galería, como un dictador anunciando la victoria, igual que las noticias oficiales después de un largo período de censura.

—Te engancha, te engancha —dijo el Chico rindiéndose al gigantesco y descarado hechizo.

La música habla, habla de nuestro amor.

El estornino en nuestros paseos habla, habla de nuestro amor.

El claxon de los taxis,

el ulular del último búho,

el rumor del metro,

el zumbido de la abeja

habla de nuestro amor.

La música habla, habla de nuestro amor,

el viento del oeste en nuestros paseos

habla, habla de nuestro amor.

El canto del ruiseñor,

el cartero que llama al timbre,

el chirrido del taladro eléctrico,

los teléfonos de la oficina

hablan de nuestro amor.

El Chico miró fijamente el foco: la música, el amor, el ruiseñor, los carteros. Las palabras se agitaban en su cerebro como si fueran poesía; una mano oprimía la botella de vitriolo del bolsillo, la otra acariciaba la muñeca de Rose. La voz inhumana silbó en torno a la galería y el Chico se sentó en silencio. Esta vez era él quien estaba recibiendo una advertencia; la vida sostenía la botella de vitriolo y le advertía: te arruinaré la cara. Le hablaba por medio de la música, y cuando objetó que él nunca se metería en algo así, la música tenía la respuesta preparada: «No siempre se puede evitar. A veces ocurre sin más».

El perro guardián en nuestros paseos

habla, habla de nuestro amor.

La multitud estaba en posición de firmes seis filas detrás de las mesas (no había suficiente sitio en la pista para tanta gente). Guardaban un profundo silencio. Era como cuando sonaba el himno el día del Armisticio, cuando el rey depositaba la corona de amapolas todo el mundo se quitaba el sombrero y las tropas se convertían en piedra. Lo que

escuchaban era una especie de amor, una especie de música, una especie de verdad.

Gracie Fields divirtiéndose,

los gánsteres disparándose,

hablan de nuestro amor.

La música sonaba bajo los farolillos chinos y el foco de luz rosa iluminaba al cantante, que acercaba el micrófono a su camisa almidonada.

—¿Has estado enamorada? —preguntó, en tono brusco y cohibido, el Chico.

—¡Sí, claro! —respondió Rose.

El Chico replicó con insidia repentina:

—Cómo no. Estás muy verde. No sabes lo que hace la gente. —La música se terminó y él se rio en voz alta en medio del silencio—. Eres una ingenua.

La gente se volvió y lo miraron; una niña soltó una risita. Sus dedos pellizcaron la muñeca de Rose.

—Estás muy verde —repitió.

Estaba dejándose llevar por una rabia sensual, igual que había hecho con los chicos más débiles en el colegio.

—No sabes nada —dijo, apretando desdeñoso las uñas.

—No es así —se quejó ella—. Sé muchas cosas.

El Chico le sonrió.

—Nada de nada. Le pellizcó la piel de la muñeca hasta que las uñas casi se tocaron—. Querrías que fuese tu novio, ¿eh? ¿Estaremos juntos?

—Ah, me encantaría —dijo ella. Lágrimas de orgullo y dolor brotaron de sus párpados—. Si te gusta hacer eso —dijo

—, sigue.

El Chico la soltó.

—No seas tonta —dijo—. ¿Por qué iba a gustarme? Te crees muy lista —se quejó.

Se quedó allí, con la rabia como un tizón encendido en el estómago, cuando volvió a empezar la música; todos esos buenos ratos que había pasado en los viejos tiempos con clavos y astillas, los trucos que había aprendido después, con la cuchilla de afeitar, ¿qué gracia tendrían si la gente no chillara? De pronto dijo, furioso:

—Vámonos, no soporto este sitio.

Rose, obediente, empezó a meter las cosas en el bolso y guardó su polvera de Woolworth y su pañuelo.

—¿Qué es eso? —preguntó el Chico al oír entrechocar algo en el bolso; ella le enseñó el extremo de un hilo con cuentas.

—¿Eres católica? —preguntó el Chico.

—Sí —respondió Rose.

—Yo también —dijo él.

La tomó del brazo y la empujó al callejón oscuro y lluvioso. Se subió el cuello de la chaqueta y corrió mientras un relámpago flameaba y un trueno llenaba el aire. Corrieron de un umbral a otro hasta que volvieron al paseo, a una de las marquesinas vacías. La tenían para ellos en la noche ruidosa y sofocante.

—Una vez, hasta estuve en un coro —le confió el Chico y, de pronto, empezó a cantar en voz baja con su voz de niño mimado—: *Agnus dei qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem*.

En su voz se agitaba todo un mundo desaparecido: el rincón iluminado debajo del órgano, el olor a incienso y a sobrepellices almidonadas, y la música. La música, daba igual

cuál, «*Agnus dei*», «da gusto verte, me encanta abrazarte», «el estornino en nuestros paseos», «*credo in unum Dominum*», toda la música lo conmovía, aunque hablara de cosas que no entendía.

—¿Vas a misa? —preguntó.

—A veces —respondió Rose—. Depende del trabajo. La mayoría de las semanas no podría dormir mucho si fuese a misa.

—Me da igual lo que hagas —dijo cortante el Chico—. Yo no voy a misa.

—Pero crees, ¿no? —inquirió Rose—, ¿crees que es cierto?

—Pues claro que es cierto —dijo el Chico—. ¿Cómo no iba a serlo? —prosiguió con desprecio—. Caramba, es lo único que encaja. Esos ateos no se enteran de nada. Por supuesto que hay infierno. Llamas y perdición y tormentos —dijo, con los ojos fijos en el agua oscura y cambiante, y los relámpagos y las farolas que se apagaban sobre las negras riostras del muelle del Palace.

—Y también el cielo —añadió, angustiada, Rose, mientras la lluvia seguía cayendo, incansable.

—Ah, tal vez —dijo el Chico—, tal vez.

Empapado hasta los huesos, con los pantalones pegados a las piernas delgadas, el Chico subió el largo tramo de escaleras sin moqueta hasta su cuarto en la pensión de Frank. La barandilla tembló bajo su mano, y cuando abrió la puerta y se encontró a toda la banda, sentados en el somier metálico y fumando, dijo furioso:

—¿Cuándo van a arreglar esa barandilla? No es segura. Un día se va a caer alguien.

La cortina no estaba echada, la ventana estaba abierta, y el último rayo centelleó sobre los tejados grises que se extendían hacia el mar. El Chico fue hacia su cama y sacudió las migas del hojaldere de salchicha que estaba comiendo Cubitt.

—¿Qué es esto? —dijo—, ¿una reunión?

—Hay problemas con los cobros, Pinkie —dijo Cubitt—. Hay dos que no han llegado. El de Brewer y el de Tate. Dicen que ahora que Kite ha muerto…

—¿Los rajamos, Pinkie? —preguntó Dallow.

Spicer estaba de pie al lado de la ventana, contemplando la tormenta. No dijo nada, miró las llamas y los abismos del cielo.

—Pregúntale a Spicer —dijo el Chico—. Últimamente no hace más que pensar.

Todos se volvieron y miraron a Spicer.

—Tal vez deberíamos ser discretos una temporada. Sabéis que muchos de los chicos se fueron cuando mataron a Kite.

—Sigue —dijo el Chico—. Escuchadle. Es lo que llaman un filósofo.

—Bueno —dijo Spicer, enfadado—, en esta banda tenemos libertad de expresión, ¿no? Los que se fueron no acababan de ver claro que un chaval pudiera dirigir el cotarro.

El Chico se sentó en la cama, observándolo con las manos en los bolsillos mojados. Se estremeció una vez.

—Siempre he estado en contra del asesinato —dijo Spicer—. Me da igual quién lo sepa.

—Un amargado y un gallina —replicó el Chico.

Spicer fue hasta el centro de la habitación.

—Oye, Pinkie —dijo—. Sé razonable. —Apeló a todos ellos—. Sed razonables.

—No le falta razón —intervino, de pronto, Cubitt—. Hemos tenido suerte. No nos interesa llamar la atención. Será mejor dejar en paz a Brewer y a Tate una temporada.

El Chico se levantó. Unas pocas migas se pegaron a su traje mojado.

—¿Listo, Dallow? —preguntó.

—Lo que tú digas, Pinkie —dijo Dallow, sonriendo como un perrazo noble.

—¿Dónde vas, Pinkie? —preguntó Spicer.

—Voy a ver a Brewer.

Cubitt dijo:

—Actúas como si hubiésemos matado a Hale hace un año y no hace una semana. Tenemos que ser prudentes.

—Eso es agua pasada —replicó el Chico—. Ya oísteis lo que dijeron en la investigación judicial: causas naturales —dijo, contemplando cómo se disipaba la tormenta.

—Olvidas a esa chica de Snow's. Podría llevarnos a la horca.

—Déjame a mí a la chica. No hablará.

—Vas a casarte con ella, ¿no? —dijo Cubitt.

Dallow se rio.

Las manos del Chico salieron de sus bolsillos, con los nudillos lívidos y apretados.

—¿Quién te ha dicho que voy a casarme con ella?

—Spicer —respondió Cubitt.

Spicer se apartó del Chico. Dijo:

—Oye, Pinkie. Solo dije que así estaríamos seguros. Una esposa no puede testificar…

—No necesito casarme con una palurda para asegurarme de que no hable. ¿Cómo podemos asegurarnos de que no hables tú, Spicer? —Su lengua asomó entre los dientes y se lamió el borde de los labios resecos y agrietados—. Quizá si te rajáramos…

—Solo ha sido una broma —dijo Cubitt—. No hace falta ponerse tan serio. Te falta sentido del humor, Pinkie.

—Te ha parecido gracioso, ¿eh? —replicó el Chico—. Yo… casarme con esa tipeja. ¡Ja, ja, ja! —graznó—. Tomo nota. Vamos, Dallow.

—Espera a mañana —dijo Cubitt—. Espera a que llegue alguno de los chicos.

—¿Tú también te has vuelto un gallina?

—No me crees, Pinkie. Pero tenemos que ir con cuidado.

—¿Estás conmigo, Dallow? —preguntó el Chico.

—Estoy contigo, Pinkie.

—Pues vámonos —dijo el Chico.

Fue hasta el lavabo y abrió la puertecita donde estaba el orinal. Palpó detrás del orinal y sacó una cuchilla minúscula, como las hojas de afeitar que utilizan las mujeres, aunque cubierta de esparadrapo por un lado. La deslizó debajo de la larga uña del pulgar, la única que no tenía mordida, se puso el guante y dijo:

—Volveremos en media hora con el dinero. —Y se puso en camino hacia las escaleras de la pensión de Frank.

Estaba tan empapado que el frío le había calado los huesos; salió un paso por delante de Dallow, con el rostro contraído por la fiebre, y un escalofrío hizo que se le estremecieran los escuálidos hombros. Le dijo a Dallow por encima del hombro:

—Iremos donde Brewer. Con una lección será suficiente.

—Lo que tú digas, Pinkie —dijo Dallow, andando despacio tras él.

La lluvia había cesado: la marea estaba baja y el borde somero del mar arrastraba los guijarros de la orilla a lo lejos. Un reloj dio la medianoche. De pronto, Dallow se echó a reír.

—¿Qué te ha dado ahora, Dallow?

—Estaba pensando —respondió Dallow— que eres un tipo listo, Pinkie. Kite hizo bien en reclutarte. Vas directo al grano, Pinkie.

—Tienes razón —dijo el Chico con la vista fija hacia delante, la fiebre contrayéndole el rostro.

Pasaron por delante del Cosmopolitan, donde había luces encendidas aquí y allá desde la fachada hasta las torretas que se recortaban contra el cielo nuboso. Cuando pasaron por Snow's se apagó la única luz. Se desviaron por Old Steyne. Brewer tenía una casa cerca de la línea del tranvía, en la carretera de Lewes, casi debajo del viaducto del tren.

—Se ha ido a la cama —dijo Dallow.

Pinkie llamó al timbre y dejó el dedo sobre el botón. A ambos lados había tiendas con la persiana echada, un tranvía pasó sin nadie a bordo, con el cartel «Retiro», traqueteando y balanceándose por la calle vacía, el cobrador, adormilado en uno de los asientos y el techo brillante de la tormenta. Pinkie siguió apretando el timbre.

—¿Por qué habrá dicho Spicer eso de que iba a casarme? —preguntó el Chico.

—Pensó que así le cerrarías la boca —dijo Dallow.

—No es ella quien me preocupa —dijo el Chico, sin dejar de apretar el timbre.

Arriba se encendió una luz, se entreabrió una ventana y una voz gritó:

—¿Quién es?

—Soy yo —dijo el Chico—. Pinkie.

—¿Qué quieres? ¿Por qué no vienes por la mañana?

—Quiero hablar contigo, Brewer.

—No tengo nada que hablar contigo que no pueda esperar, Pinkie.

—Más te vale abrir, Brewer. No querrás que venga toda la banda.

—Tengo a la parienta muy enferma, Pinkie. No quiero líos. Está dormida. Lleva tres noches sin dormir.

—Esto la despertará —dijo el Chico con el dedo en el timbre.

Un mercancías pasó despacio por el viaducto, echando humo hacia la carretera de Lewes.

—Deja de llamar, Pinkie, y abriré.

Pinkie empezó a temblar mientras esperaba, con la mano enguantada en el bolsillo húmedo. Brewer abrió la puerta, un hombre gordo de edad avanzada, con un pijama blanco cubierto de manchas. Le faltaba el botón de abajo y la chaqueta se abría en el vientre grueso y el ombligo.

—Pasa, Pinkie —dijo—, y no hagas ruido. Mi parienta está mal. He estado muy preocupado.

—¿Por eso no has pagado, Brewer? —preguntó el Chico.

Miró con desprecio el recibidor estrecho, la carcasa de un obús convertida en paragüero, la cabeza de ciervo apolillada con un sombrero hongo en uno de los cuernos, un casco de acero lleno de helechos. Kite debería haberles hecho ganar más dinero. Brewer acababa de dejar las apuestas en las esquinas y los bares. Era galés. Era inútil intentar ganar más del diez por ciento de sus apuestas.

—Pasa y ponte cómodo —dijo Brewer—. Aquí se está caliente. Qué noche más fría.

Tenía una falsa actitud alegre incluso en pijama. Era como un lema en un billete de apuestas: «La Casa de siempre. Puede confiar en Bill Brewer». Encendió la estufa y una lámpara de pie con la pantalla con flecos de seda roja. La luz brilló sobre un plato de galletas plateado y un grupo de personas en una foto de boda enmarcada.

—¿Queréis un poco de escocés? —les ofreció Brewer.

—Sabes que no bebo —dijo el Chico.

—Ted sí —objetó Brewer.

—No me importaría echar un trago —replicó Dallow. Sonrió y dijo—: Así está bien.

—Hemos venido por lo de ese cobro, Brewer —dijo el Chico.

El hombre del pijama blanco se echó agua de soda, que silbó en el vaso. De espaldas, observó a Pinkie en el espejo que había sobre el aparador, hasta que lo miró a los ojos. Dijo:

—He estado preocupado, Pinkie. Desde que se cargaron a Kite.

—¿Y bien? —preguntó el Chico.

—Pues verás. Me dije: si la banda de Kite ni siquiera puede proteger a…

Se interrumpió de pronto y escuchó.

—¿Ha sido mi parienta?

En la habitación de arriba se oyó muy levemente el ruido de alguien que tosía. Brewer dijo:

—Se ha despertado. Tengo que ir a verla.

—Quédate donde estás —dijo el Chico—, tenemos que hablar.

—Querrá que le dé la vuelta.

—Puedes ir cuando terminemos.

Tosía y tosía; era como un motor intentando arrancar sin conseguirlo. Brewer dijo, en un tono desesperado:

—Ten compasión. No sabrá dónde me he metido. Será solo un minuto.

—No necesitamos más de un minuto —dijo el Chico—. Solo queremos lo que nos debes. Veinte libras.

—No las tengo en casa. De verdad que no.

—Mala suerte para ti.

El Chico se quitó el guante derecho.

—Mira, Pinkie. La verdad es que pagué todo ayer. A Colleoni.

—¿Y qué demonios tiene que ver Colleoni con esto? —preguntó el Chico.

Brewer habló deprisa y con desesperación, escuchando la tos incesante del piso de arriba.

—Sé razonable, Pinkie. No puedo pagaros a los dos. Si no le pago a Colleoni, me raja.

—¿Está en Brighton?

—Se aloja en el Cosmopolitan.

—Y Tate… ¿también le ha pagado a Colleoni?

—Eso es, Pinkie. Está dirigiendo el negocio a lo grande.

A lo grande… Fue como una acusación, un recordatorio del somier de hierro en la pensión de Frank y las migas en el colchón.

—¿Crees que estoy acabado? —preguntó el Chico.

—Sigue mi consejo, Pinkie, y vete con Colleoni.

El Chico apartó de pronto la mano y le rajó la mejilla a Brewer con la cuchilla que llevaba en la uña. Le hizo sangre a lo largo del pómulo.

—No —dijo Brewer—, no. —Retrocedió hacia el aparador y tiró la caja de galletas—. Tengo protección. Ve con cuidado. Tengo protección.

El Chico se rio. Dallow volvió a llenarse el vaso con el whisky de Brewer. El Chico dijo:

—Míralo. Tiene protección.

Dallow se sirvió un poco de soda.

—¿Quieres más? —preguntó el Chico—. Esto ha sido solo para demostrarte quién te está protegiendo.

—No puedo pagaros a los dos, Pinkie. Por el amor de Dios, aparta.

—He venido a por las veinte libras, Brewer.

—Colleoni me arrancará el pellejo, Pinkie.

—No tienes de qué preocuparte. Nosotros te protegeremos.

La mujer de arriba continuaba tosiendo, y luego se oyó un grito apagado como el de un niño dormido.

—Me está llamando —dijo Brewer.

—Veinte libras.

—No tengo el dinero aquí. Deja que vaya a buscarlo.

—Ve con él, Dallow —dijo el Chico—. Te espero aquí.

Se sentó en la silla recta de madera del comedor y se quedó con la mirada fija en la calle sucia, los cubos de la basura en la acera, la ancha sombra del viaducto. Se quedó totalmente inmóvil, sin revelar nada a través de los ojos grises y viejos.

A lo grande; Colleoni iba a ocuparse a lo grande. Sabía que no podía fiarse de nadie de la banda, salvo, tal vez, de Dallow. Daba igual. Si no te fiabas de nadie no podías equivocarte. Un gato rodeó con cautela un cubo en la acera, se detuvo de pronto, se agazapó y, en la semioscuridad, sus ojos

de ágata miraron al Chico. El Chico y el gato no se movieron y se quedaron mirándose hasta que volvió Dallow.

—Tengo el dinero, Pinkie —dijo Dallow.

El Chico volvió la cabeza y sonrió a Dallow. De pronto, su rostro se contrajo: estornudó dos veces con fuerza. Arriba cesaron las toses.

—No olvidará esta visita —dijo Dallow. Luego añadió, preocupado—: Deberías beber un poco de whisky, Pinkie. Has cogido frío.

—Estoy bien —respondió el Chico. Se levantó—. No nos quedaremos para despedirnos.

El Chico encabezó la marcha por el centro de la calle vacía entre los cables del tranvía. De pronto, dijo:

—¿Crees que estoy acabado, Dallow?

—¿Tú? —dijo Dallow—. Caramba, si apenas has empezado.

Anduvieron un rato en silencio, mientras el agua de los canalones goteaba sobre la acera. Luego Dallow habló:

—¿Te preocupa Colleoni?

—No me preocupa.

Dallow dijo de pronto:

—Vales más que una docena de Colleonis. ¡El Cosmopolitan! —exclamó, y escupió.

—Kite pensó en meterse en lo de las máquinas tragaperras. Y comprobó que se había equivocado. Ahora Colleoni cree que tiene el campo libre. Se está diversificando.

—Debería haber aprendido de lo que le pasó a Hale.

—Hale murió por causas naturales.

Dallow se rio.

—Eso díselo a Spicer.

Doblaron la esquina al llegar al Royal Albion y el mar volvió a acompañarlos: la marea había cambiado, un movimiento, una salpicadura, una oscuridad. El Chico miró de pronto de soslayo a Dallow —podía confiar en Dallow—, y de su rostro feo y quebrantado obtuvo una sensación de triunfo, compañerismo y superioridad. Se sintió igual que un colegial físicamente débil pero astuto que hubiera conseguido ganarse la lealtad incondicional del chico más fuerte de la escuela.

—Menudo burro —dijo, y le pellizcó el brazo a Dallow, un gesto casi afectuoso.

La luz seguía encendida donde Frank, y Spicer estaba esperando en el vestíbulo.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó, preocupado.

Su rostro lívido tenía manchas en torno a la boca y la nariz.

—¿Tú qué crees? —respondió el Chico, subiendo las escaleras—. Hemos traído el dinero.

Spicer lo siguió al dormitorio.

—Te llamaron nada más salir.

—¿Quién?

—Una tal Rose.

El Chico se sentó en la cama y se deshizo el nudo de los zapatos.

—¿Qué quería? —preguntó.

—Dijo que mientras estaba fuera contigo, alguien fue a preguntar por ella.

El Chico siguió sentado y con el zapato en la mano.

—Pinkie —quiso saber Spicer—, ¿era ella? ¿La chica de Snow's?

—Pues claro que sí.

—Respondí al teléfono, Pinkie.

—¿Reconoció tu voz?

—¿Cómo quieres que lo sepa, Pinkie?

—¿Quién preguntó por ella?

—No lo sabía. Me pidió que te lo dijera, porque tú querías saberlo. Pinkie, ¿crees que la poli ha llegado tan lejos?

—La poli no es tan inteligente —respondió Pinkie—. Puede que sea uno de los hombres de Colleoni, husmeando por lo de su amigo Fred. —Se quitó el otro zapato—. No hay por qué ser tan gallina, Spicer.

—Era una mujer, Pinkie.

—Me da igual. Fred murió por causas naturales. Esa es la conclusión. Olvídate de eso. Tenemos otras cosas en las que pensar.

Dejó los zapatos uno al lado del otro debajo de la cama, se quitó la chaqueta y la colgó del pomo de uno de los postes de la cama, se quitó los pantalones y se tumbó en mangas de camisa y calzoncillos.

—Creo, Spicer, que deberías tomarte unas vacaciones. Tienes cara de cansado. Y no quiero que nadie te vea así. —Cerró los ojos—. Vete, Spicer, y tómate las cosas con calma.

—Si la chica llega a saber quién dejó la tarjeta…

—No lo sabrá. Apaga la luz y vete.

La luz se apagó y, fuera, la luna siguió encendida como una lámpara; su luz caía oblicua sobre los tejados, arrojaba la sombra de las nubes sobre las montañas, iluminaba las gradas blancas y vacías del hipódromo por encima de Whitehawk Bottom como los monolitos de Stonehenge, cabrilleaba en la marea que llegaba de Boulogne y se estrellaba contra los pilotes del muelle del Palace. Iluminaba el lavabo, la portezuela abierta donde estaba el orinal, y los pomos de latón a los pies de la cama.

2

El Chico estaba tumbado en la cama. Una taza de café se enfriaba en el lavabo, y la cama estaba cubierta de migas de hojaldre. El Chico chupaba un lápiz indeleble, tenía la boca manchada de púrpura en las comisuras. Escribió: «Le remito a mi carta anterior», y la concluyó: «P. Brown, secretario, Asociación para la protección de los corredores de apuestas…». El sobre, dirigido «Al señor J. Tate», estaba en el lavabo, con una esquina manchada de café. Cuando terminó de escribir, volvió a apoyar la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Se quedó dormido en el acto; fue como cuando se cierra el obturador, la presión del disparador que pone fin a una larga exposición. No soñó. Su sueño era funcional. Cuando Dallow abrió la puerta, se despertó en el acto.

—¿Y bien? —dijo, y siguió tumbado sin moverse, totalmente vestido entre las migas de hojaldre.

—Hay una carta para ti, Pinkie. La ha traído Judy. —El Chico cogió la carta. Dallow añadió—: Es una carta elegante, Pinkie. Huélela.

El Chico se llevó el sobre malva a la nariz. Olía como una pastilla para el mal aliento.

—¿No puedes echar a esa puta? Como se entere Frank…

—¿Quién podría escribirte una carta elegante como esa, Pinkie?

—Colleoni. Quiere que vaya a hablar con él al Cosmopolitan.

—Al Cosmopolitan —repitió, asqueado, Dallow—. No pensarás ir, ¿verdad?

—Pues claro que voy a ir.

—No es el típico sitio donde vayas a estar cómodo.

—Es elegante —replicó el Chico—, como su papel de carta. Cuesta mucho dinero. Cree que puede asustarme.

—Tal vez sería mejor dejar en paz a Tate.

—Bájale esa chaqueta a Frank. Dile que la cepille un poco y que la planche. Y lustra estos zapatos. —Los sacó de debajo de la cama de una patada y se sentó—. Cree que va a divertirse a nuestra costa.

Podía verse en el espejo inclinado del lavabo, pero sus ojos se apartaron con rapidez de la imagen de la mejilla suave que nunca se había rasurado, de su pelo lacio y sus ojos viejos; no estaba interesado. Era demasiado orgulloso para preocuparse por las apariencias.

Así que, más tarde, se sintió bastante a sus anchas mientras esperaba a Colleoni en el gran salón bajo la luz de las lámparas: no dejaban de llegar jóvenes con grandes abrigos de conducir, acompañados de pequeñas criaturas teñidas, que sonaban como el cristal caro cuando las rozaban, pero que daban la impresión de ser tan duras y secas como el metal. No miraban a nadie, pasaban por el salón como si hubiesen recorrido Brighton Road en un coche de carreras, y acababan en los altos taburetes del bar americano. Una mujer rolliza con una piel de zorro blanco salió de un ascensor y se quedó mirando fijamente al Chico, luego volvió a entrar en el ascensor y subió. Una perrilla lo olisqueó y luego fue a contárselo a otra perra en un sofá. El señor Colleoni llegó a través de una hectárea de mullidas alfombras desde el salón Luis XVI, andando de puntillas sobre zapatos de charol.

Era menudo, con una barriga pulcra y redondeada; llevaba una chaqueta cruzada y sus ojos brillaban como uvas pasas. Tenía el pelo fino y gris. Las dos perritas que había en el sofá dejaron de murmurar cuando pasó y se concentraron en

él. Al andar, tintineaba con mucha suavidad; no se oía ningún otro ruido.

—¿Me esperabas? —dijo.

—Es usted quien quería verme —dijo el Chico—. Recibí su carta.

—¿No irás a decirme —dijo el señor Colleoni, con un leve ademán de perplejidad— que eres el señor P. Brown? —explicó—. Pensaba que serías mucho mayor.

—Usted pidió verme a mí —respondió el Chico.

Los ojillos como uvas pasas lo observaron: el traje cepillado y los hombros estrechos, los zapatos baratos.

—Pensaba que el señor Kite…

—Kite está muerto —dijo el Chico—. Lo sabe usted muy bien.

—Se me olvidaba —dijo el señor Colleoni—. Por supuesto, eso cambia las cosas.

—Puede usted hablar conmigo —dijo el Chico—, en vez de con Kite.

El señor Colleoni sonrió.

—No lo creo necesario —dijo.

—Le conviene —dijo el Chico.

Se oyó el leve tañido de unas risas en el bar americano y el clin, clin, clin del hielo. Un botones salió del salón Luis XVI y gritó: «Sir Joseph Montagu, sir Joseph Montague», y entró en el salón Pompadour. La mancha de humedad sobre el bolsillo de la pechera del Chico, por donde a Frank se le había olvidado pasar la plancha, estaba desapareciendo poco a poco en el ambiente caluroso del Cosmopolitan.

El señor Colleoni extendió una mano y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Ven conmigo —dijo.

Echó a andar de puntillas con los zapatos de charol; pasó delante del sofá donde cuchicheaban las perras y de una mesita donde un hombre le decía a un anciano que tomaba el té con los ojos cerrados: «Le he dicho que mi límite son diez mil». El señor Colleoni miró por encima del hombro y dijo con amabilidad:

—El servicio aquí ya no es lo que era.

Se asomó al interior del salón Luis XVI. Una mujer de malva, con una absurda tiara, estaba escribiendo una carta entre un montón de muebles chinescos. El señor Colleoni retrocedió.

—Vayamos donde podamos hablar en paz —dijo, y volvió a cruzar el salón de puntillas.

El anciano había abierto los ojos y estaba probando el té con el dedo. El señor Colleoni se dirigió hacia la rejilla dorada del ascensor.

—Al quince —dijo. Se elevaron angelicalmente hacia la paz—. ¿Un cigarro? —preguntó el señor Colleoni.

—No fumo —respondió el Chico.

Desde abajo llegaron las alegres risas del bar americano y la última sílaba del botones, que volvía del salón Pompadour, «Gue», antes de que las puertas se cerraran y se metieran en el pasadizo acolchado y a prueba de ruidos. El señor Colleoni hizo una pausa y encendió el cigarro.

—Déjeme ver ese mechero —dijo el Chico.

Los ojillos astutos del señor Colleoni brillaron inexpresivos bajo la luz eléctrica que lo inundaba todo. Se lo dio. El Chico le dio varias vueltas y observó el contraste.

—Oro auténtico —dijo.

—Me gustan las cosas buenas —dijo el señor Colleoni, mientras abría una puerta—. Siéntate.

Las butacas, unos divanes de elegante terciopelo rojo con coronas de hilo dorado y plateado, estaban colocadas delante de las amplias ventanas con vistas al mar y a los balcones de hierro forjado.

—¿Una copa?

—No bebo —dijo el Chico.

—Bueno —continuó el señor Colleoni—. ¿Quién te ha enviado?

—Nadie.

—Quiero decir que quién dirige vuestra banda ahora que Kite ha muerto.

—Yo —respondió el Chico.

El señor Colleoni contuvo educadamente una sonrisa y se dio unos golpecitos en la uña del pulgar con el mechero de oro.

—¿Qué le pasó a Kite?

—Ya lo sabe —dijo el Chico. Miró más allá de las coronas napoleónicas y el hilo plateado—. No querrá conocer los detalles. No habría ocurrido si no nos hubieran traicionado. Un periodista creyó que podía jugárnosla.

—¿Qué periodista?

—Debería leer las investigaciones judiciales —dijo el Chico, mirando por la ventana hacia el pálido arco del cielo, por el que pasaban unas cuantas nubes.

El señor Colleoni miró la ceniza de su cigarro, que medía casi dos centímetros y medio, se arrellanó en su sillón y cruzó, complacido, los muslos rollizos.

—No diré nada de Kite —dijo el Chico—. Se metió en cosas que no eran de su incumbencia.

—¿Quieres decir —dijo el señor Colleoni— que no te interesan las máquinas tragaperras?

—Quiero decir —dijo el Chico— que meterse en cosas que no son de tu incumbencia no es saludable.

Una vaharada de almizcle inundó la habitación, procedente del pañuelo que el señor Colleoni llevaba en el bolsillo de la pechera.

—El que necesita protección es usted —dijo el Chico.

—Tengo toda la protección que necesito —replicó el señor Colleoni.

Cerró los ojos, estaba a gusto; el gigantesco y adinerado hotel lo arropaba, se sentía en casa. El Chico estaba sentado en el borde de la silla porque no creía que hubiese que relajarse en horas de trabajo; era él quien parecía no encajar en esa habitación, no el señor Colleoni.

—Estás perdiendo el tiempo, hijo —dijo el señor Colleoni—. No puedes hacerme ningún daño. —Se rio con amabilidad—. Pero si buscas trabajo, ven a verme. Me gusta el coraje. Creo que podría encontrarte un puesto. El mundo necesita jóvenes con energía.

La mano del cigarro se movió con un gesto expansivo, recorriendo el mundo tal y como lo visualizaba el señor Colleoni: un montón de relojes eléctricos sincronizados con Greenwich, botones en un escritorio, una buena suite en el primer piso, cuentas auditadas, informes de corredores, plata, cubertería, cristalería.

—Le veré en las carreras —dijo el Chico.

—Es poco probable —replicó el señor Colleoni—. No he estado en las carreras, déjame pensar, debe de hacer unos veinte años.

No había, parecía estar dando a entender mientras toqueteaba su mechero de oro, ningún punto de contacto entre sus mundos: el fin de semana en el Cosmopolitan, el dictáfono portátil al lado del escritorio, no tenían la más mínima relación con que a Kite lo hubiesen cosido a navajazos en un andén de

ferrocarril, con la mano mugrienta contra el horizonte señalando al corredor de apuestas desde la tribuna, con el calor, con el polvo que se alzaba sobre las gradas de media corona, con el olor a cerveza.

—No soy más que un hombre de negocios —explicó en voz baja el señor Colleoni—. No necesito ver una carrera. Y nada que puedas intentar hacerles a mis hombres me afectaría. Tengo a dos en el hospital. Da igual. Me preocupo por ellos. Flores, uvas… Puedo permitírmelo. No me preocupa. Soy un hombre de negocios. —El señor Colleoni siguió hablando en tono expansivo y de buen humor—. Me gusta tu estilo. Eres un joven prometedor. Por eso te hablo como lo haría un padre. No puedes perjudicar un negocio como el mío.

—Podría perjudicarle a usted —dijo el Chico.

—No valdría la pena. No podrías organizar ninguna coartada falsa. Tus testigos tendrían miedo. Soy un hombre de negocios.

Los ojos como uvas pasas parpadearon cuando los rayos del sol entraron a través de un cuenco lleno de flores para caer sobre la alfombra mullida.

—Napoleón III se alojó en esta habitación —dijo el señor Colleoni—. Y Eugenia.

—¿Quién es esa?

—¡Oh! —respondió con vaguedad el señor Colleoni—, una de esas fulanas extranjeras.

Arrancó una flor y se la puso en el ojal, y un no sé qué perruno asomó a sus ojos negros, un atisbo de harén.

—Me voy —dijo el Chico.

Se levantó y fue hacia la puerta.

—Me has entendido, ¿verdad? —dijo el señor Colleoni sin moverse; tenía la mano muy quieta y la ceniza del cigarro, que ahora era ya muy larga, en equilibrio—. Brewer ha venido

a quejarse. No vuelvas a hacer eso. Y en cuanto a Tate… déjalo en paz.

Su viejo rostro de italiano mostraba pocas emociones salvo una leve diversión, una leve cordialidad; pero de pronto, sentado allí en la recargada habitación victoriana, con el mechero de oro en el bolsillo y la pitillera en el regazo, era como un hombre que fuese el dueño del mundo, del mundo visible, de las máquinas registradoras, de los policías y las prostitutas, del Parlamento y de las leyes que dicen «Esto está bien y esto está mal».

—Le he entendido muy bien —dijo el Chico—. Cree que nuestra banda es demasiado pequeña para usted.

—Doy trabajo a mucha gente —dijo Colleoni.

El Chico cerró la puerta; un cordón suelto del zapato fue dando golpecitos por el pasillo. El enorme salón estaba casi vacío; un hombre con pantalones de golf esperaba a una chica. El mundo visible era todo del señor Colleoni. El lugar por donde la plancha no había pasado seguía un poco húmedo en la pechera del Chico.

Una mano lo agarró del brazo. Se volvió y reconoció al hombre del sombrero hongo. Asintió, precavido, con la cabeza:

—Buenos días.

—Me dijeron en la pensión de Frank —dijo el hombre— que ibas a venir aquí.

Al Chico el corazón le dio un vuelco; casi por primera vez pensó que la ley podía llevarlo a la horca, sacarlo al patio, tirarlo a un agujero, enterrarlo en cal viva, poner fin a un futuro prometedor…

—¿Quiere hablar conmigo?

—Eso es.

Pensó: Rose, la chica, alguien había estado haciendo preguntas. Su memoria retrocedió. Recordó que lo había sorprendido con la mano debajo del mantel, buscando algo. Sonrió sin entusiasmo y dijo:

—Bueno, al menos no han enviado a todo el cuartelillo.

—¿Te importa venir conmigo a comisaría?

—¿Tiene una orden?

—Se trata solo de Brewer, que se ha quejado de que lo golpeaste. Le hiciste una cicatriz.

El Chico se echó a reír.

—¿A Brewer? ¿Yo? No le pondría la mano encima.

—¿Te importa venir a ver al inspector?

—Pues claro que no.

Salieron al paseo. Un fotógrafo ambulante los vio llegar y quitó la tapa de la cámara. El Chico se cubrió la cara con las manos y siguió andando.

—Tendrían ustedes que impedir estas cosas —dijo—. Bonito sería aparecer en una postal clavada en el muelle, usted y yo camino de la comisaría.

—Una vez atraparon a un asesino en la ciudad gracias a una de esas instantáneas.

—Lo leí —dijo el Chico, y guardó silencio.

Esto es cosa de Colleoni —se dijo—; está alardeando, ha convencido a Brewer para que haga esto.

—Dicen que la mujer de Brewer está muy mal —comentó en voz baja el policía.

—¿Ah, sí? —replicó el Chico—. No lo sabía.

—Tendrás preparada una coartada, ¿no?

—¿Cómo quiere que la tenga? No sé cuándo ha dicho que le pegué. Nadie puede tener una coartada para cada minuto del

día.

—Eres un chico listo —dijo el policía—, pero no tienes que preocuparte. El inspector quiere tener una conversación amistosa, nada más.

Lo llevó a través de la sala de denuncias. Detrás de una mesa había un hombre con la cara cansada y envejecida.

—Siéntate, Brown —dijo. Abrió una pitillera y se la ofreció.

—No fumo —dijo el Chico. Se sentó y observó al inspector con atención—. ¿No va a acusarme de nada?

—No hay denuncia —respondió el inspector—. Brewer se lo ha pensado dos veces. —Hizo una pausa. Parecía más cansado que nunca. Dijo—: Por una vez quiero hablar claro. Sabemos más el uno del otro de lo que estamos dispuestos a admitir. No quiero meterme entre Brewer y tú. Tengo cosas más importantes que hacer que impedir que Brewer y tú… discutáis. Pero sabes tan bien como yo que Brewer no habría venido a quejarse si no se lo hubiesen ordenado.

—Desde luego, piensa usted las cosas —dijo el Chico.

—Si no se lo hubiese ordenado alguien que no le tiene miedo a tu banda.

—A la poli no se le escapa casi nada —dijo el Chico con una mueca de desprecio.

—Las carreras empiezan la semana que viene y no quiero enfrentamientos entre bandas en Brighton. Me da igual que os rajéis unos a otros con discreción, vuestro sucio pellejo me trae sin cuidado, pero cuando dos bandas empiezan a pelearse, hay gente que sí me importa que puede verse perjudicada.

—¿Por quién lo dice? —preguntó el Chico.

—Lo digo por las personas decentes e inocentes. Gente pobre que solo tiene un chelín para apostar. Oficinistas,

señoras de la limpieza, barrenderos. Gente que se dejaría matar antes que hablar contigo… o con Colleoni.

—¿Dónde quiere ir a parar? —dijo el Chico.

—A esto: este asunto te viene grande, Brown. No puedes enfrentarte a Colleoni. Si hay alguna pelea caeré encima de vosotros dos como una tonelada de ladrillos…, pero Colleoni tendrá coartada. Nadie va a proporcionarte una coartada falsa contra Colleoni. Acepta mi consejo. Lárgate de Brighton.

—Ya veo —replicó el Chico—. Un poli haciéndole el trabajo sucio a Colleoni.

—Esto es personal y extraoficial —continuó el inspector —. Por una vez estoy siendo humano. Me da igual si te rajan o si alguien raja a Colleoni, pero no voy a permitir que nadie haga daño a gente inocente, si puedo evitarlo.

—¿Cree que estoy acabado? —preguntó el Chico.

Sonrió, incómodo, apartando la vista, mirando las paredes cubiertas de avisos. Licencias caninas. Permisos de armas. Hallado ahogado. Un rostro muerto muy pálido lo miró fijamente desde la pared. Despeinado. Con una cicatriz en la boca.

—¿Cree que con Colleoni se mantendrá mejor la paz?

Leyó lo que decía la noticia: «Un reloj de cinco centavos, un chaleco de tela gris, camisa azul de rayas, camiseta y calzoncillos de aertex».

—¿Y bien?

—Es un buen consejo —dijo el Chico, y miró sonriendo la mesa limpia, el paquete de Players, un pisapapeles de cristal —. Tendré que pensarlo. Soy joven para jubilarme.

—Si quieres saber mi opinión, eres demasiado joven para dirigir una banda.

—¿Entonces Brewer no va a poner una denuncia?

—No es que tenga miedo. Le he convencido yo. Quería tener la oportunidad de hablar contigo a las claras.

—Bueno —dijo el Chico, poniéndose en pie—. Puede que volvamos a vernos, puede que no.

Volvió a sonreír; pasó por la sala de denuncias, pero una mancha de color brotó en cada uno de sus pómulos. Tenía veneno en las venas, aunque sonreía y se aguantaba. Lo habían insultado. Iba a dar una lección al mundo. Pensaban que porque solo tuviera diecisiete años… Enderezó los escuálidos hombros al recordar que había matado a un hombre, y esos polis que se creían tan listos ni siquiera eran lo bastante inteligentes para averiguarlo. Arrastró tras de sí las nubes de su propia gloria: su infancia había sido un infierno. Estaba dispuesto a que hubiese más muertes.

Tercera parte

1

Ida Arnold se incorporó en la cama de la pensión. Por un momento, no supo dónde estaba. Le dolía la cabeza después de la nochecita en Sherry's. Poco a poco fue recordando, mientras miraba fijamente el grueso aguamanil del suelo, la palangana de agua grisácea en la que se había lavado por encima, las coloridas rosas del empapelado, la foto de una boda, Phil Corkery titubeando en la puerta principal, besándola en los labios y alejándose dando tumbos por el paseo, como si eso fuese todo lo que pudiera esperar, mientras bajaba la marea. Ida contempló la habitación; a la luz del día no parecía tan buena como cuando la reservó. «Pero es acogedora —pensó complacida—, como a mí me gusta.»

Lucía el sol; Brighton en todo su esplendor. El pasillo al salir de la habitación estaba lleno de arena la notó bajo los zapatos en las escaleras, y en el recibidor había un cubo, dos palas y un trozo de alga colgando al lado de la puerta como un barómetro. Había muchas sandalias tiradas por ahí y del comedor llegó la voz quejosa de un niño que repetía una y otra vez: «No quiero cavar. Quiero ir al cine. No quiero cavar».

A la una había quedado con Phil Corkery en Snow's. Antes tenía que hacer varias cosas; tenía que ir con cuidado con el dinero, no gastar demasiado en Guinness. La vida en Brighton no era barata y no quería pedirle dinero a Corkery. Tenía conciencia, tenía su propio código, y si aceptaba dinero siempre daba algo a cambio. *Black Boy* era la respuesta: tenía que ocuparse de eso antes de que bajaran las apuestas, los tendones de la guerra.* Se encaminó hacia Kemp Town para ver al único corredor de apuestas que conocía, el bueno de Jim Tate, «Jim el honrado», de las gradas de media corona.

En cuanto la vio entrar en su oficina, gritó:

—Aquí está Ida. Siéntese, señora Turner —dijo, confundiendo su apellido. Le acercó un paquete de Gold Flake —. Fúmese un cigarrillo.

Era un poco más grande de la cuenta. Su voz, después de veinte años dedicado a las carreras, era incapaz de emitir ningún sonido que no fuese alto y áspero. Para creer que era el hombre saludable y elegante que él pensaba que era habría que haberlo mirado con un telescopio sostenido del revés. De cerca, le veías las venas azuladas de la frente, la telaraña roja de las órbitas de los ojos.

—Bueno, señora Turner, Ida, ¿qué se le ofrece?

—*Black Boy* —dijo Ida.

—*Black Boy* —repitió Jim Tate—. Está diez a uno.

—Doce a uno.

—Las apuestas han bajado. Mucha gente ha apostado por *Black Boy* esta semana. Solo un viejo amigo como yo le ofrecerá diez a uno.

—De acuerdo —replicó Ida—. Apúnteme veinte libras. Y no me llamo Turner, sino Arnold.

—Veinte libras. Es mucho dinero, para tratarse de usted, señora Comosellame.

Se chupó el pulgar y empezó a contar los billetes. A la mitad se detuvo, y se quedó inmóvil como un enorme sapo ante el escritorio, escuchando. Por la ventana abierta entraba mucho ruido, pasos en la piedra, voces, música a lo lejos, el tañido de las campanas, el continuo susurro del Canal. Se quedó muy quieto con los billetes en la mano. Parecía incómodo. El teléfono sonó. Lo dejó sonar dos segundos con los ojos llenos de venillas fijos en Ida; luego descolgó el auricular.

—Hola. Al habla Jim Tate.

Era un teléfono anticuado. Se pegó el auricular al oído y siguió inmóvil mientras una voz baja zumbaba como una abeja. Sosteniendo el auricular con una mano, Jim juntó los billetes y escribió en un trozo de papel. Dijo con voz ronca: «De acuerdo, señor Colleoni. Así lo haré, señor Colleoni», y colgó el teléfono.

—Ha escrito «Black Dog» —dijo Ida.

Él la miró. Tardó un momento en comprender.

—Black Dog —dijo, y luego soltó una risa ronca y hueca —. ¿En qué estaría pensando? Black Dog.

—Eso significa «preocupaciones»* —dijo Ida.

—Bueno —le espetó él con una cordialidad muy poco convincente—. Siempre hay algo de lo que preocuparse.

El teléfono volvió a sonar. Jim Tate lo miró como si fuera a picarle.

—Está ocupado —dijo Ida—. Me voy.

Cuando salió a la calle, miró aquí y allá por si veía algún motivo que justificara el nerviosismo de Jim Tate, pero no había nada a la vista, solo Brighton y sus asuntos en un día precioso.

Ida entró en un pub y se tomó una copa de oporto Douro. Entró dulce, cálido y espeso. Se tomó otra.

—¿Quién es el señor Colleoni? —le preguntó al camarero.

—¿No sabe quién es Colleoni?

—No había oído hablar de él hasta hoy.

—Es el que ha sustituido a Kite —dijo el camarero.

—¿Quién es Kite?

—¿Quién era Kite, querrá decir? ¿No se ha enterado de que lo mataron en Saint Pancras?

—No.

—No creo que quisieran matarlo —dijo el camarero—. Solo rajarlo, pero a alguien se le fue la mano con la navaja.

—¿Quiere una copa?

—Gracias. Tomaré una ginebra.

—Salud.

—Salud.

—No había oído nada —dijo Ida.

Miró el reloj de detrás del camarero; no tenía nada que hacer hasta la una. Ya puestos, podía tomarse otra copa y cotillear un rato—. Póngame otro oporto. ¿Cuándo pasó todo esto?

—Ah, antes de Pentecostés.

Ahora la palabra «Pentecostés» le llamaba siempre la atención; significaba muchas cosas: un billete manoseado de diez chelines, los escalones blancos al lavabo de señoras, la Tragedia con mayúsculas.

—¿Y qué hay de los amigos de Kite? —preguntó.

—No tienen nada que hacer, ahora que Kite ha muerto. La banda se ha quedado sin jefe. Van detrás de un chico de diecisiete años. ¿Qué puede hacer un muchacho contra Colleoni? —Se apoyó en la barra y susurró—: Anoche rajó a Brewer.

—¿Quién? ¿Colleoni?

—No, el chico.

—No sé quién es Brewer —dijo Ida—, pero la cosa parece estar movidita.

—Espere a que empiecen las carreras —dijo el hombre —. Entonces sí que estará movidita. Colleoni quiere asegurarse el monopolio. Deprisa, mire por la ventana y lo verá.

Ida fue a la ventana y se asomó, y una vez más vio solo el Brighton que conocía; no vio nada diferente, ni siquiera el día que Fred murió: dos chicas cogidas del brazo con ropa de playa, los autobuses que pasaban camino de Rottingdean, un hombre que vendía periódicos, una mujer con una bolsa de la compra, un chico con un traje raído, una golondrina zarpando del muelle que se extendía, largo, luminoso y transparente, como una gamba al sol.

—No veo a nadie —dijo.

—Ya se ha ido.

—¿Quién? ¿Colleoni?

—No, el chico.

—Ah —dijo Ida—, ese chico.

Volvió a la barra y apuró el oporto.

—Apuesto a que está muy preocupado.

—Un chico así no debería mezclarse en esos asuntos —dijo Ida—. Si fuese mi hijo, se llevaría una buena.

Con estas palabras, se dispuso a olvidarlo y a desviar su atención de él, desplazando la imaginación sobre su eje igual que una enorme draga, y en ese momento lo recordó: un rostro en un bar detrás del hombro de Fred, el ruido de un vaso al romperse: «El caballero lo pagará». Tenía memoria de elefante.

—¿Alguna vez llegó a ver al tal Kolley Kibber? —preguntó.

—No he tenido esa suerte —respondió el camarero.

—Fue raro que muriese así. Debió de dar mucho que hablar.

—No, que yo sepa —dijo el camarero—. No era de Brighton. Nadie lo conocía. Era un forastero.

Un forastero. La palabra no significaba nada para ella, no había ningún sitio en el mundo donde se sintiera forastera. Revolvió los posos del oporto barato en la copa y comentó, sin dirigirse a nadie en particular:

—Es una buena vida.

No había nada que le fuera ajeno: el espejo con el anuncio de detrás del camarero le devolvió su propia imagen, las chicas de la playa pasaron riéndose por el paseo, sonó la campana del ferri de Boulogne; era una buena vida. Solo le era ajena la oscuridad en la que se movía el Chico al ir y venir de donde Frank; no podía compadecer lo que no entendía.

—Me voy a ir marchando ya —dijo.

Aún no era la una, pero había preguntas que quería hacer antes de que llegara el señor Corkery. Una vez en Snow's, le dijo a la primera camarera que vio:

—¿Es usted la afortunada?

—No que yo sepa —dijo con frialdad la camarera.

—Quiero decir la que encontró la tarjeta, la tarjeta de Kolley Kibber.

—¡Ah!, eso fue ella —respondió la camarera, y señaló con la barbilla afilada, empolvada y desdeñosa.

Ida se cambió de mesa. Dijo:

—Va a venir un amigo. Tendré que esperarle, pero intentaré elegir. ¿Qué tal es la empanada de carne?

—Tiene muy buena pinta.

—¿Bien horneada y tostada por arriba?

—Parece sacada de una revista.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Rose.

—Caramba —dijo Ida—, tú tienes que ser la afortunada que encontró una tarjeta.

—¿Se lo han dicho ellas? —preguntó Rose—. No me lo han perdonado. Creen que no merecía tener tanta suerte en mi primer día.

—¿Tu primer día? Pues sí que tuviste suerte. No lo olvidarás fácilmente.

—No —dijo Rose—. Siempre lo recordaré.

—No quiero entretenerte con mi cháchara.

—Sí, por favor. Solo haga que parezca que está pidiendo la comida. No tengo a nadie más a quien atender y estoy harta de cargar con las bandejas.

—¿No te gusta el trabajo?

—Oh —respondió enseguida Rose—, no he dicho eso. Es un buen trabajo. No lo cambiaría por nada en el mundo. No querría trabajar en un hotel, ni en Chessman's, ni aunque me pagaran el doble. Este sitio es muy elegante —dijo Rose, contemplando la profusión de mesas pintadas de verde, narcisos, servilletas de papel y botellas de salsa.

—¿Eres de aquí?

—Siempre he vivido aquí, toda mi vida —dijo Rose—, en Nelson Place. Es un buen trabajo porque nos dan alojamiento. Solo somos tres en la habitación, y tenemos dos espejos.

—¿Cuántos años tienes?

Rose se inclinó, agradecida, en la mesa.

—Dieciséis —dijo—. A ellas no se lo he dicho. Les he dicho que tengo diecisiete. Si supieran la verdad dirían que no soy lo bastante mayor. Me enviarían… —dudó un buen rato antes de decir esa palabra tan lúgubre—… a casa.

—Debiste de alegrarte mucho —comentó Ida— cuando encontraste la tarjeta.

—¡Ay, sí!

—¿Crees que podrías conseguirme un vaso de cerveza negra?

—Tenemos que pedirla fuera —dijo Rose—. Si me da el dinero…

Ida abrió el monedero.

—Supongo que no olvidarás a un tipo tan menudo.

—Oh, no era tan… —empezó a decir Rose y, de pronto, se interrumpió y se quedó mirando fijamente por la ventana de Snow's hacia el muelle, al otro lado del paseo.

—No era ¿qué? —preguntó Ida—. ¿Qué ibas a decir?

—No me acuerdo.

—Acabo de preguntarte si olvidarías a un tipo tan menudo.

—Se me ha ido de la cabeza —dijo Rose—. Iré a por su bebida. ¿Tanto cuesta un vaso de cerveza negra? —preguntó, recogiendo las monedas de dos chelines.

—Una de ellas es para ti, guapa —respondió Ida—. Soy muy curiosa. No puedo evitarlo. Yo soy así. ¿Puedes decirme cómo era?

—No lo sé. No lo recuerdo. Tengo mala memoria para las caras.

—Debe de ser así, ¿verdad, guapa?, o lo habrías identificado. Debías de haber visto su foto en los periódicos.

—Lo sé. Soy una tonta. —Se quedó allí, pálida, decidida, sin aliento y con aire culpable.

—Así habrías ganado diez libras y no diez chelines.

—Iré a buscar su bebida.

—Casi prefiero esperar. El caballero que me va a invitar a comer la pagará.

Ida recogió los chelines, y los ojos de Rose siguieron su mano cuando volvió a meterla en el bolso.

—No quiero despilfarrar —dijo con amabilidad Ida, observando los detalles de su rostro huesudo, la boca grande, los ojos demasiado separados, la palidez y el cuerpo inmaduro, y de pronto volvió a mostrarse alegre y bulliciosa, y gritó, saludando con la mano—: Phil Corkery, Phil Corkery.

El señor Corkery llevaba una chaqueta con una chapita en la solapa y el cuello almidonado. Daba la impresión de necesitar que lo alimentasen, como si estuviese estragado por unas pasiones que nunca había tenido el valor de expresar.

—Anímate, Phil. ¿Qué quieres comer?

—Empanada de carne y riñones —respondió, lúgubre, el señor Corkery—. Camarera, queremos una copa.

—Tenemos que ir a buscarla fuera.

—Bueno, pues que sean dos botellas grandes de Guinness —replicó el señor Corkery.

—Es la afortunada que encontró la tarjeta.

Rose retrocedió pero Ida la detuvo, sujetándola con fuerza de la manga negra de algodón.

—¿Comió mucho? —preguntó.

—No lo recuerdo —respondió Rose—, de verdad que no.

Su cara, un poco arrebolada por el calor del sol veraniego, parecía un cartel anunciando peligro.

—¿Daba la impresión —quiso saber Ida— de que se iba a morir?

—¿Cómo voy saberlo?

—Supongo que hablarías con él.

—No hablé con él. Tenía prisa. Solo le llevé una Bass y un hojaldre de salchicha, y no volví a verlo.

Soltó la manga de la mano de Ida y se marchó.

—No vas a poder sacarle gran cosa —dijo el señor Corkery.

—Uy, sí —dijo Ida—, más de lo que esperaba.

—¿Por qué?, ¿qué pasa?

—Es lo que ha dicho esa chica.

—No es que haya dicho mucho.

—Lo suficiente. Siempre tuve la sensación de que había gato encerrado. Verás, en el taxi me contó que se estaba muriendo y yo lo creí por un instante; me dio un buen susto, hasta que me dijo que se lo había inventado.

—Bueno, es que se estaba muriendo.

—No lo decía en ese sentido. Me lo dice mi instinto.

—En cualquier caso —dijo el señor Corkery—, ahí están las pruebas, murió por causas naturales. No veo que haya de qué preocuparse. Hace un día muy bonito, Ida. Vayamos al *Brighton Belle* y charlemos allí. En el mar no hay horario de cierre. Después de todo, si se suicidó es asunto suyo.

—Si se suicidó —replicó Ida— fue porque le empujaron a hacerlo. He oído lo que ha dicho la chica, y estoy segura de una cosa: no fue él quien dejó aquí la tarjeta.

—Dios mío —exclamó el señor Corkery—. ¿Qué quieres decir? No deberías hablar así. Es peligroso.

Tragó, nervioso, y la nuez subió y bajó debajo de la piel de su cuello escuálido.

—Claro que es peligroso —dijo Ida, observando el cuerpecillo delgado de dieciséis años encogido en su vestido de algodón negro y escuchando el clin, clin, clin del cristal que llevaba, con mano vacilante, en una bandeja—, pero para quién, es otra cuestión.

—Salgamos al sol —dijo el señor Corkery—. Aquí hace fresco.

No llevaba camiseta ni corbata; se estremeció un poco con su camisa de críquet y su chaqueta.

—Tengo que pensar —repitió Ida.

—Yo no me involucraría, Ida. No era nada tuyo.

—No era nada para nadie, eso es lo malo —dijo Ida.

Se sumió en lo más profundo de su imaginación, en el plano de los recuerdos, los instintos, las esperanzas, y extrajo de ellos la única filosofía por la que se regía:

—Me gusta el juego limpio —dijo.

Se sintió mejor al decirlo y luego añadió, con terrible despreocupación:

—Ojo por ojo, Phil. ¿Estás conmigo?

La nuez subió y bajó. Una corriente de aire de la que habían tamizado todo el sol se coló por la puerta giratoria y el señor Corkery la notó en el pecho huesudo. Dijo:

—No sé qué se te ha metido en la cabeza, Ida, pero estoy del lado de la ley y el orden. Cuenta conmigo. —Su osadía se le subió a la cabeza. Le puso la mano en la rodilla—. Haría cualquier cosa por ti, Ida.

—Solo hay una cosa que hacer después de lo que me ha dicho —dijo Ida.

—¿Qué?

—Ir a la policía.

Ida entró como un torbellino en la comisaría, con una risa dedicada a uno y un saludo dedicado a otro. No los conocía de nada. Estaba alegre y decidida y llevaba a Phil en su estela.

—Quiero ver al inspector —le dijo al sargento en el mostrador.

—Está ocupado, señora. ¿Para qué quiere verlo?

—Puedo esperar —dijo Ida, sentándose entre los capotes de la policía—. Siéntate, Phil.

Les sonrió a todos con descaro, muy segura de sí misma.

—Los pubs no abren hasta las seis —dijo—. Phil y yo no tenemos nada que hacer hasta entonces.

—¿Para qué quiere verlo, señora?

—Por un suicidio —replicó Ida—, delante de sus narices, y ustedes lo llaman muerte por causas naturales.

El sargento la miró, e Ida le sostuvo la mirada. Sus ojos grandes y claros (una copa de vez en cuando no les afectaba) no revelaban nada, no dejaban traslucir ningún secreto. La camaradería, la campechanía y la alegría bajaron como las persianas de la luna de un escaparate. Solo se podía conjeturar el género que había dentro, un género anticuado y de buena calidad: la justicia, el ojo por ojo, la ley y el orden, la pena de muerte, un poco de diversión aquí y allá, nada desagradable, nada turbio, nada que fuese vergonzoso reconocer, nada misterioso.

—No me estará tomando el pelo, ¿verdad? —dijo el sargento.

—Esta vez no, sargento.

El policía pasó por una puerta y la cerró a su espalda. Ida se arrellanó en el banco y se puso cómoda.

—Aquí huele a cerrado, chicos —dijo—. ¿Qué les parecería abrir otra ventana?

Y, obedientes, la abrieron.

El sargento la llamó desde la puerta.

—Puede pasar —anunció.

—Vamos, Phil —dijo Ida, y lo llevó consigo al minúsculo despacho que olía a barniz y a cola de pescado.

—Bueno —dijo el inspector—, quería usted hablarme de un suicidio, señora…

Parecía cansado, viejo y tímido. Había intentado ocultar una lata de caramelos de frutas detrás de un teléfono y un cuaderno de notas.

—Arnold, Ida Arnold. Pensé que le interesaría saberlo, inspector —dijo con marcado sarcasmo.

—¿Este señor es su marido?

—No, qué va, es un amigo. Necesitaba un testigo, nada más.

—¿Y cómo se llama la persona que le preocupa, señora Arnold?

—Hale, Fred Hale. Disculpe. Charles Hale.

—Lo sabemos todo de Hale, señora Arnold. Murió de muerte natural.

—De eso nada —dijo Ida—, no lo saben todo. No saben que estuvo conmigo, dos horas antes de que lo encontraran.

—¿No declaró usted en la investigación judicial?

—No supe que era él hasta que vi la foto.

—¿Y por qué cree que hay algo que no encaja?

—Escuche —dijo Ida—. Estuvo conmigo y estaba asustado por algo. Estuvimos en el muelle del Palace. Tuve que ir a acicalarme un poco, pero él no quería que lo dejara. Solo tardé cinco minutos y desapareció. ¿Adónde fue? Ustedes dicen que fue a comer a Snow’s y que luego fue por el muelle hasta la marquesina de Hove. Creen que me dio esquinazo, pero el que comió en Snow’s y dejó esa tarjeta no fue Fred, quiero decir, Hale. Acabo de ver a la camarera. A Hale no le gustaba la cerveza Bass, nunca la bebía, pero el hombre de Snow’s pidió que fuesen a buscar una botella.

—Eso no significa nada —objetó el inspector—. Hacía calor. Además, no se sentía bien. Se cansó de hacer lo que tenía que hacer. No me sorprendería que hubiese hecho trampa y hubiera enviado a otra persona a Snow's.

—La chica no quiere hablar de él. Sabe algo pero no lo dice.

—Se me ocurre una explicación muy sencilla, señora Arnold. Es posible que el hombre dejara la tarjeta a cambio de que no dijese nada.

—No es eso. Tiene miedo. Alguien le ha metido el miedo en el cuerpo. Tal vez la misma persona que empujó a Fred a… Y hay más cosas.

—Lo siento, señora Arnold. Es una pérdida de tiempo ponerse así. Verá, le practicaron la autopsia. Las pruebas médicas demuestran, sin ningún género de dudas, que murió por causas naturales. Tenía problemas de corazón. Los médicos lo llaman trombosis coronaria. Yo lo llamo calor, gentío y cansancio… y problemas del corazón.

—¿Podría ver el informe?

—Sería una irregularidad.

—Yo era su amiga, ¿sabe? —insistió en voz baja Ida—. Querría estar segura.

—En fin, para que se quede tranquila, haré la vista gorda. Lo tengo aquí en mi mesa.

Ida lo leyó con atención.

—Este médico —dijo—, ¿sabe lo que se hace?

—Es un médico de primera.

—Parece todo muy claro, ¿verdad? —dijo Ida. Empezó a leerlo otra vez—. Sí que entran en detalles, ¿eh? Caramba, si hubiese sido mi marido no sabría tanto de él. Cicatriz de apendicitis, pezones supernumerarios, sea lo que sea eso, padecía de gases a mí también me pasa los días de fiesta. Es

casi una falta de respeto, ¿no le parece? A él no le habría gustado —siguió mirando el informe con una bondad desenfadada—. Venas varicosas. Pobre Fred. ¿Qué significa esto del hígado?

—Que bebía demasiado, solo eso.

—No me extrañaría. Pobre Fred. Así que tenía encarnadas las uñas de los pies. Enterarse de estas cosas no está bien.

—¿Era usted muy amiga suya?

—Bueno, nos conocimos el otro día. Pero me cayó bien. Era un auténtico caballero. Si yo no hubiese ido un poco achispada esto no habría ocurrido. —Se sopló en el busto—. Conmigo no le habría pasado nada.

—¿Ha terminado ya con el informe, señora Arnold?

—Este médico suyo no se deja ni un detalle, ¿eh? Moratones superficiales, vete a saber qué querrá decir, en los brazos. ¿Qué opina de eso, inspector?

—Nada. El gentío en un día de fiesta. Empujones aquí y allá.

—Vamos, hombre, vamos —le espetó—. Sea lógico. ¿Ha salido un día de fiesta a la calle? ¿Dónde ha visto un gentío así? Brighton no es lo bastante grande, ¿no cree? No es un ascensor del metro. Yo estuve allí. Lo sé.

El inspector insistió, obstinado:

—Son imaginaciones suyas, señora Arnold.

—¿O sea, que la policía no va a hacer nada? ¿No va a interrogar a esa chica de Snow's?

—El caso está cerrado, señora Arnold. Y, aunque hubiese sido un suicidio, ¿por qué reabrir viejas heridas?

—Alguien le empujó a… Tal vez no fuese suicidio, tal vez…

—Ya se lo he dicho, señora Arnold, el caso está cerrado.

—Eso es lo que usted cree —replicó Ida.

Se puso en pie; llamó a Phil con un gesto de la barbilla.

—De eso nada —repitió—. Ya nos veremos. —Desde la puerta volvió a mirar al anciano sentado tras el escritorio, y lo amenazó con su implacable vitalidad—. O a lo mejor no. Puedo resolver esto a mi manera. No necesito a sus policías.

Los agentes de la sala de fuera se movieron, incómodos; uno se rio, a otro se le cayó un bote de betún.

—No me faltan amigos.

Amigos…, estaban por todas partes bajo el centelleante y luminoso cielo de Brighton. Seguían obedientes a sus mujeres a la pescadería, llevaban los cubos de los niños a la playa, merodeaban delante de los bares esperando a que abrieran, pagaban un penique por ver «Una noche de amor» en el muelle. No tenía más que acudir a cualquiera de ellos, pues Ida Arnold estaba en el lado correcto. Era alegre, estaba sana, podía emborracharse con el mejor de ellos. Le gustaba pasarlo bien, sus grandes pechos anunciaban sin tapujos su carnalidad cuando iba por Old Steyne, pero bastaba con mirarla para saber que se podía confiar en ella. No le iría con historias a tu mujer, no te recordaría a la mañana siguiente lo que querías olvidar, era decente, era buena, pertenecía a esa numerosa clase media que respeta la ley, sus diversiones eran las mismas que las de ellos, sus supersticiones, las suyas (el tablero que rasca el barniz en una mesa, la sal por encima del hombro), no tenía más amor por nadie que el que ellos tenían.

—Los gastos suben —dijo Ida—. Da igual. Todo se arreglará después de las carreras.

—¿Tienes un pronóstico? —preguntó el señor Corkery.

—Directo de la boca misma del caballo. No debería decir eso. Pobre Fred.

—Dímelo —le imploró el señor Corkery.

—Todo a su debido tiempo —respondió Ida—. Sé un buen chico y ya veremos qué pasa.

—Sigues sin creértelo, ¿verdad? —la sondeó el señor Corkery—. ¿A pesar de lo que escribió el médico?

—Nunca he hecho el menor caso a los médicos.

—Pero ¿por qué?

—Tenemos que averiguarlo.

—¿Y cómo?

—Dame tiempo. Aún no he empezado.

El mar se extendía como la colorida colada en un edificio de pisos al final del callejón.

—Tiene el color de tus ojos —dijo él, pensativo y con un toque de nostalgia—. ¿No podríamos ir ahora, aunque fuera un rato, al muelle, Ida?

—Sí —respondió Ida—. Al muelle. Iremos al muelle del Palace.

Pero cuando llegaron allí no quiso pasar por el torniquete sino que se plantó como un vendedor ambulante delante del Acuario y el lavabo de señoras.

—Es aquí por donde voy a empezar —dijo—. Él se quedó esperándome aquí, Phil.

Y miró las luces verdes y rojas, el denso tráfico de su campo de batalla, trazando planes, enviando la carne de cañón a la batalla, mientras, a cinco metros de allí, Spicer esperaba también la aparición de un enemigo. Solo una leve duda turbó su optimismo.

—Ese caballo tiene que ganar, Phil —dijo—. Si no, no podré seguir.

2

Spicer estaba inquieto esos días. No tenía nada que hacer. Cuando volviesen a empezar las carreras no se sentiría tan mal, no pensaría tanto en Hale. Lo que le inquietaba eran las pruebas médicas: «Muerte por causas naturales», cuando él mismo había visto al Chico… Era raro, no acababa de encajar. Se decía que podría enfrentarse a un interrogatorio de la policía, pero no soportaba esta incertidumbre, la falsa seguridad de las conclusiones de la investigación. Tenía que haber algún cabo suelto en alguna parte, y bajo la intensa luz veraniega, Spicer deambuló inquieto, por si había complicaciones: por la comisaría, por el sitio donde había sucedido, hasta se pasó por Snow's. Quería estar seguro de que los polis no estaban haciendo nada (conocía a todos los policías de paisano de Brighton), de que no había ninguno haciendo preguntas o merodeando por donde no tuviera motivos para estar. Sabía que eran solo nervios. «Me calmaré cuando empiecen las carreras», se dijo, igual que un hombre envenenado cree que todo irá bien cuando le arranquen una muela.

Subió por el paseo con cautela, desde Hove End, desde la marquesina donde habían dejado el cadáver de Hale, pálido, con los ojos enrojecidos y las yemas de los dedos manchadas de nicotina. Tenía un callo en el pie izquierdo que le hacía cojear un poco y arrastraba un zapato naranja oscuro bien lustrado. Le habían salido unas manchas alrededor de la boca y eso también se lo había causado la muerte de Hale. El miedo le alteraba los intestinos, y le salían manchas: siempre le pasaba igual.

Cruzó la calle cojeando con cautela al llegar cerca de Snow's: ese era otro sitio peligroso. El sol se reflejó en la luna

del restaurante y lo iluminó como los faros de un coche. Sudó un poco al pasar. Una voz dijo:

—Pero si es Spicey.

Con la mirada fija en Snow's al otro lado de la calle, no había reparado en quién estaba junto a él en el paseo, apoyado en la reja verde por encima de la playa. Volvió la cara sudada con brusquedad.

—¿Qué haces aquí, Crab?

—Es agradable volver —respondió Crab, un joven con un traje malva, los hombros como una percha y la cintura muy fina.

—Te echamos de aquí, Crab. Pensé que no volverías. Estás muy cambiado.

Tenía el pelo pelirrojo excepto en las raíces, y la nariz recta, con cicatrices. Antes tenía pinta de judío, pero un peluquero y un cirujano habían cambiado eso.

—¿Te daba miedo que te diésemos una tunda si no te cambiabas la jeta?

—¿Qué dices, Spicey? ¿Yo, miedo de tu pandilla? Dentro de nada me estarás llamando «señor». Soy la mano derecha de Colleoni.

—Tenía entendido que era zurdo —respondió Spicer—. Espera a que Pinkie se entere de que has vuelto.

Crab se rio.

—Pinkie está en comisaría —dijo.

La comisaría de policía: Spicer bajó la barbilla, se marchó, deslizando el zapato anaranjado por la acera, con el callo dolorido. Oyó la risa de Crab a su espalda, notó un olor a pescado muerto; era un hombre enfermo. En comisaría, en comisaría; era como un absceso vertiendo un veneno en sus nervios. Cuando llegó a la pensión de Frank no había nadie. Subió angustiado las escaleras rechinantes, al lado de la

barandilla rota, hasta la habitación de Pinkie: la puerta estaba abierta, el espejo basculante contemplaba el cuarto vacío, ningún recado, migas en el suelo: parecía que alguien hubiese tenido que salir de la habitación con mucha prisa.

Spicer se quedó al lado de la cómoda (salpicada de manchas de barniz); no vio ningún mensaje tranquilizador en un cajón, ni ningún aviso. Miró arriba y abajo, el callo le dolía por todo el cuerpo hasta el cerebro, y de pronto vio su propio rostro en el espejo: el pelo negro y áspero, gris en las raíces, las leves erupciones en la cara, las órbitas de los ojos enrojecidas, y se le ocurrió, como si estuviese mirando un primer plano en una pantalla, que era la cara de un soplón, un confidente de la poli.

Se apartó de allí y las migas de hojaldre crujieron en el suelo bajo sus pies. Se dijo que no era un soplón: Pinkie, Cubitt y Dallow eran sus amigos. No los traicionaría, aunque no hubiese sido él quien había cometido el asesinato. Se había opuesto desde el principio, solo había dejado las tarjetas, solo sabía lo ocurrido. Se quedó en lo alto de las escaleras mirando hacia abajo desde la barandilla destartalada. Antes se mataría que delatar a alguien, susurró en el rellano vacío, pero sabía que en realidad le faltaba valor. Mejor sería huir, y pensó con nostalgia en Nottingham y en un pub que conocía, un pub que había tenido la esperanza de comprar cuando ganara dinero. Era un buen sitio, Nottingham, aire limpio, nada de este sabor a sal en la boca seca, y las chicas eran simpáticas. Si pudiese marcharse… pero los demás no le dejarían: sabía demasiado de demasiadas cosas. Pertenecía a la banda de por vida, y miró el hueco de la escalera y el minúsculo vestíbulo, el suelo de linóleo, el teléfono anticuado en un gancho al lado de la puerta.

Mientras lo miraba, empezó a sonar. Lo observó desde arriba, con miedo y sospecha. No podría soportar más malas noticias. ¿Dónde se había ido todo el mundo? ¿Habrían huido y lo habrían abandonado sin avisarle? Ni siquiera Frank estaba en el sótano. Olía a quemado, como si se hubiese dejado la

plancha encendida. El teléfono siguió sonando y sonando. Que llamen, pensó. Ya se cansarán: ¿por qué iba yo a ocuparme de todo en este puñetero tugurio? Siguió sonando y sonando y sonando. Quienquiera que fuese no se cansaba fácilmente. Fue a lo alto de las escaleras y miró con desdén la baquelita que escupía ruido en la casa silenciosa. «Lo malo es —dijo en voz alta, como si estuviese ensayando un discurso para Pinkie y los demás— que me estoy haciendo viejo para esto. Tengo que dejarlo. Mira mi pelo. Está gris, ¿no? Tengo que dejarlo.» Pero la única respuesta fue el constante riiin, riiin, riiin.

—¿Por qué no descuelga nadie el puñetero teléfono? —gritó por el hueco de las escaleras—. ¿Es que tengo que hacer yo todo el trabajo?

Y se vio a sí mismo dejando una tarjeta en el cubo de un niño, deslizando otra debajo de un bote del revés, tarjetas que habrían podido enviarlo a la horca. De pronto, bajó corriendo por las escaleras con una especie de furia simulada y descolgó el auricular:

—¿Y bien? —gritó—, ¿quién demonios es?

—¿Es la pensión de Frank? —dijo una voz. Él la reconoció. Era la chica de Snow's. Bajó, aterrorizado, el auricular y esperó, y una voz aguda de muñeca salió del orificio—: Por favor, tengo que hablar con Pinkie. —Era casi como si escuchar le delatara. Volvió a escuchar y la voz repitió, con angustiada preocupación—: ¿Es la pensión de Frank?

Apartando la boca del teléfono, retorciendo la lengua y pronunciando con aspereza, Spicer respondió, disimulando la voz:

—Pinkie ha salido. ¿Qué quiere?

—Tengo que hablar con él.

—Le digo que ha salido.

—¿Con quién hablo? —preguntó la joven con voz asustada.

—Eso quiero saber yo. ¿Quién es usted?

—Soy una amiga de Pinkie. Tengo que encontrarle. Es urgente.

—No puedo ayudarla.

—Por favor. Tiene que encontrar a Pinkie. Me pidió que le avisara si alguna vez… —La voz se apagó.

—Hola, ¿dónde se ha ido? Si alguna vez ¿qué? —gritó Spicer.

No hubo respuesta. Escuchó, con el auricular pegado al oído, para amortiguar el zumbido de la línea. Empezó a golpear el teléfono:

—¿Operadora? Hola, hola. ¿Operadora?

De pronto volvió a oírse la voz, como si alguien hubiese bajado la aguja de un tocadiscos.

—¿Sigue usted ahí? Por favor, ¿sigue usted ahí?

—Pues claro que sigo aquí. ¿Qué le dijo Pinkie?

—Tiene que encontrar a Pinkie. Me dijo que quería saberlo. Es una mujer. Vino aquí con un hombre.

—¿Qué quiere decir con «una mujer»?

—Me hizo preguntas —dijo la voz.

Spicer colgó el auricular; cualquier otra cosa que tuviera que decir la joven quedó ahogada en los cables del teléfono. ¿Encontrar a Pinkie? ¿De qué servía encontrar a Pinkie? Los otros ya se habían enterado. Y Cubitt y Dallow: se habían largado sin avisarlo siquiera. Si cantaba, estaría pagándoles con su misma moneda. Pero no iba a cantar. No era un soplón. Pensaban que era un cobarde. Creerían que iba a cantar. Ni siquiera le darían el beneficio de…, unas pocas lágrimas de autocompasión salieron de los conductos secos y envejecidos.

Tengo que pensar, se repitió. Tengo que pensar. Abrió la puerta de la calle y salió. Ni siquiera se molestó en coger el sombrero. Tenía poco pelo en la coronilla, frágil y seco bajo la caspa. Anduvo deprisa, sin dirigirse a ningún sitio en particular, pero todas las calles de Brighton llevaban al mar. Soy demasiado viejo, tengo que dejarlo, Nottingham. Quería estar solo, fue a las escaleras de piedra que llevaban a la playa; era casi mediodía y las tiendecitas del paseo estaban cerradas. Anduvo por el borde del asfalto, rozando los guijarros. No los delataré, le dijo, aturdido, a la marea, mientras subía y bajaba, pero no fui yo, nunca quise matar a Fred. Pasó por la sombra bajo el muelle, y un fotógrafo callejero con una cámara de trípode le hizo una foto mientras se agudizaban las sombras, y le puso un papelito en la mano. Spicer no se dio cuenta. Los pilotes de hierro se alejaban más allá de los guijarros mojados y desdibujados, sosteniendo sobre su cabeza el circuito de motos, los puestos de tiro al blanco, las máquinas de fotos eróticas, los modelos mecánicos, «el Hombre Robot le dirá la buenaventura». Una gaviota voló directa hacia él entre los pilotes, como un pájaro asustado atrapado en una catedral, y luego giró hacia la luz del día, lejos de la nave oscura de hierro. No los delataré, dijo Spicer, a no ser que no tenga otro remedio… Tropezó con una bota vieja y apoyó las manos en las piedras para no caerse; todas tenían la frialdad del mar, el sol nunca las había calentado bajo los pilotes.

Pensó: Esa mujer, ¿cómo es que sabe algo?, ¿qué hace haciendo preguntas? Yo no quería matar a Hale; sería injusto que lo pagara con los demás; les dije que no lo hicieran. Salió a la luz del sol y volvió a subir al paseo. Aquí es donde vendrá la poli, pensó, si es que saben algo; siempre reconstruyen el crimen. Se plantó entre el torniquete del muelle y el lavabo de señoras. No había mucha gente, podría identificar a los polis con facilidad, si es que iban. Allí estaba el hotel Royal Albion, se veía desde el paseo hasta Old Steyne; las cúpulas de color verde pálido del Pabellón flotaban por encima de los árboles polvorientos. Podía ver a cualquiera que esa tarde calurosa de

mediados de semana pasara debajo del Acuario, con la pista de baile dispuesta, hasta la galería cubierta, donde las tiendas baratas se plantaban entre el mar y el muro de piedra, y vendían caramelos de Brighton.

3

El veneno corría retorciéndose por las venas del Chico. Le habían insultado. Tenía que demostrarle a alguien que era… un hombre. Entró con el gesto torcido en Snow's, joven, mal vestido y poco de fiar, y todas las camareras le dieron la espalda al mismo tiempo. Se quedó de pie buscando una mesa libre (el local estaba lleno), y nadie le atendió. Era como si dudasen de que tuviera dinero suficiente para pagarse la comida. Pensó en Colleoni, deambulando sin hacer ruido por los enormes salones, en las coronas bordadas en el respaldo de las sillas. De pronto, gritó:

—¿Quién atiende aquí?

Y notó el pulso latiéndole en las mejillas.

Las caras a su alrededor se volvieron estremecidas y luego se calmaron de nuevo como el agua. Todos apartaron la vista. Nadie le hizo caso. De pronto le dominó una sensación de cansancio. Se sintió como si hubiese viajado muchos kilómetros para que luego lo ignoraran.

Una voz dijo:

—No quedan mesas libres. —Se conocían tan poco que no reconoció la voz hasta que añadió—: Pinkie.

Se volvió y vio a Rose, vestida para salir, con un ajado sombrero de paja que le daba el aspecto que tendría veinte años después, con el trabajo y los niños.

—Tienen que atenderme —insistió el Chico—. ¿Quiénes se han creído que son?

—No quedan mesas.

Todo el mundo los miró con desaprobación.

—Ven afuera, Pinkie.

—¿Dónde vas así vestida?

—Es mi tarde libre. Vamos fuera.

La siguió y de repente la agarró de la muñeca y el veneno salió por sus labios.

—Podría romperte el brazo.

—¿Qué es lo que he hecho, Pinkie?

—No tienen mesas. No les gusta servirme, creen que no tengo clase. Se arrepentirán… Algún día…

—¿Qué?

Pero su imaginación vaciló ante la extensión de sus ambiciones. Dijo:

—Da igual, ya aprenderán.

—¿Recibiste mi recado, Pinkie?

—¿Qué recado?

—Te telefoneé a casa de Frank. Le pedí que te lo dijera.

—¿A quién se lo pediste?

—No lo sé. —Añadió, como si tal cosa—, creo que era el hombre que dejó la tarjeta.

Él volvió a agarrarla de la muñeca. Dijo:

—El hombre que dejó la tarjeta murió. Ya lo leíste.

Pero esta vez ella no demostró ningún indicio de temor. Había sido demasiado amistoso. La chica hizo caso omiso de ese recordatorio.

—¿Te encontró? —preguntó Rose.

Él pensó: «Tiene que volver a asustarse».

—No me encontró nadie —dijo. La empujó con brusquedad—. Vamos. Iremos a pie. Saldremos a algún sitio.

—Iba a ir a casa.

—No vas a ir a casa. Vendrás conmigo. Quiero hacer ejercicio —dijo, mirándose los zapatos puntiagudos que nunca habían andado más allá del paseo.

—¿Adónde vamos, Pinkie?

—A algún sitio —respondió Pinkie—, al campo. Es lo que se hace en un día como este.

Intentó pensar por un momento dónde estaba el campo: el hipódromo, eso era el campo. En ese momento pasó un autobús que iba a Peacehaven, y le hizo un gesto con la mano.

—Ya lo ves —dijo—, eso es el campo. Podemos hablar allí. Tenemos que aclarar algunas cosas.

—Creí que íbamos a pasear.

—Esto es pasear —dijo con aspereza, empujándola por las escaleras—. Estás muy verde. No sabes nada. No creerás que la gente anda de verdad. Caramba…, son varios kilómetros.

—Cuando la gente dice «Ven a dar un paseo», ¿quieren decir en autobús?

—O en coche. Te habría llevado en el coche, pero lo han cogido los otros.

—¿Tienes coche?

—No podría vivir sin coche —dijo el Chico mientras el autobús subía por Rottingdean: edificios de ladrillo rojo detrás de una tapia, una gran extensión de parque, una chica con un palo de hockey mirando algo en el cielo, rodeada de césped caro y bien segado.

El veneno volvió a sus glándulas. Le admiraban, nadie le insultaba, pero cuando miró a la chica que le admiraba, el veneno volvió a rezumar. Dijo:

—Quítate ese sombrero. Te queda fatal.

Ella le obedeció. El pelo fino y castaño grisáceo se le quedó pegado al cuero cabelludo; él la observó con desagrado. Por eso se habían burlado con lo de que se casara, por eso. La miró con su amarga virginidad, como quien mira una dosis de medicina que nunca jamás tomaría; antes preferiría morir…, o dejar morir a otros. El polvo calizo se alzó alrededor de las ventanillas.

—Me pediste que te telefoneara —dijo Rose—, así que cuando…

—Aquí no —le espetó el Chico—. Espera a que estemos solos.

La cabeza del chófer se alzó despacio contra la extensión del cielo; unos leves mechones blancos contra un fondo azul. Estaban en lo alto de las montañas y giraron hacia el este. El Chico estaba sentado con los pies juntos, las manos en los bolsillos, y notaba el ronroneo del motor a través de la suela fina de los zapatos puntiagudos.

—Es muy agradable —dijo Rose— estar en el campo, contigo.

Fueron dejando atrás las casitas alquitranadas con el tejado de uralita, los jardines excavados en el terreno calizo, lechos de flores secas como emblemas sajones grabados en las laderas. Los carteles decían: APARCAMIENTO PARA CLIENTES, TÉ MAZAWATTEE, ANTIGÜEDADES GENUINAS, y varias decenas de metros más abajo, el mar de color verde pálido bañaba el costado sucio y lleno de cicatrices de Inglaterra. El propio Peacehaven parecía diminuto entre las colinas: las calles a medio construir se convertían en caminos de hierba. Anduvieron entre las casas hasta el borde del acantilado. No había nadie: una de las casas tenía los cristales rotos, y en otra, las persianas estaban echadas por defunción.

—Me marea mirar hacia abajo —dijo Rose.

Ese día las tiendas cerraban temprano y el colmado estaba cerrado. No se podían pedir bebidas en el hotel; solo había una

vista de anuncios de «Se alquila» a lo largo de las calles sin terminar. El Chico contempló, por detrás del hombro de Rose, la brusca caída hasta la playa.

—Es como si fuese a precipitarme —añadió Rose, apartándose del borde.

Él la dejó apartarse; no había por qué actuar antes de tiempo; tal vez no fuese necesario.

—Dime —dijo—, ¿quién telefoneó a quién y por qué?

—Yo te llamé a ti, pero no estabas. Contestó él.

—¿Él? —repitió el Chico.

—El que dejó la tarjeta el día que tú viniste. ¿Te acuerdas? Fuiste a buscar algo.

Lo recordaba muy bien: la mano debajo del mantel, el rostro estúpido e inocente que él había imaginado que olvidaría fácilmente.

—Recuerdas muchas cosas —dijo, frunciendo el ceño al pensarlo.

—No podría olvidar ese día —replicó ella bruscamente, y se interrumpió.

—También olvidas muchas cosas. Acabo de decirte que ese no es el hombre al que oíste. Ese hombre está muerto.

—De todos modos, da igual —dijo ella—. Lo que importa es que alguien estuvo haciéndome preguntas.

—¿Sobre la tarjeta?

—Sí.

—¿Un hombre?

—Una mujer. Una muy corpulenta y risueña. Tendrías que haberla oído reírse. Como si no tuviese una sola preocupación en el mundo. No me fie de ella. No era como nosotros.

—Como nosotros.

Al oír la sugerencia de que ellos dos tenían algo en común volvió a fruncir el ceño mientras miraba la marea baja y encrespada, y habló con brusquedad:

—¿Qué quería?

—Quería saberlo todo. Qué aspecto tenía el hombre que dejó la tarjeta.

—¿Qué le dijiste?

—No le dije nada, Pinkie.

El Chico hurgó con el zapato puntiagudo en la hierba fina y seca y le dio una patada a una lata vacía de carne, que cayó haciendo ruido por el sendero.

—A mí me da igual. No me importa. Pero no querría que te vieses involucrada en algo que podría ser peligroso. —Le echó una rápida mirada de reojo—. No pareces asustada. Lo que te digo es muy serio.

—No tengo miedo, Pinkie; no si estoy contigo.

Él se clavó las uñas en las manos con enfado. Ella recordaba todo lo que tenía que olvidar y olvidaba todo lo que tenía que recordar: la botella de vitriolo. En ese momento, la había asustado. Luego había sido demasiado amistoso; ella creía de verdad que le tenía afecto. Caramba, si estaban «paseando», y volvió a pensar en la broma de Spicer. Miró el cráneo ratonil, el cuerpo huesudo y el vestido raído, y se estremeció de forma involuntaria, un escalofrío, como si alguien pisara sobre su tumba. «Sábado —pensó—, hoy es sábado», y recordó el cuarto en casa, el espantoso ejercicio semanal de sus padres que él veía desde su cama. Eso era lo que esperaban de ti, todas las palurdas que conocías estaban pensando en la cama; su virginidad se tensó en él como el sexo. Así era como te juzgaban, no por si tenías el valor de matar a un hombre, de dirigir una banda, de vencer a Colleoni. Dijo:

—No nos quedemos aquí más tiempo. Volvamos.

—Acabamos de llegar —dijo la chica—. Quedémonos un rato, Pinkie. Me gusta el campo.

—Ya has echado un vistazo —replicó él—. En el campo no se puede hacer nada. El pub está cerrado.

—Podemos sentarnos sin más. De todos modos, tenemos que esperar a que llegue el autobús. Qué raro eres. No tienes miedo de nada, ¿verdad?

Él se rio de un modo extraño y se sentó con torpeza delante de la casita con las ventanas rotas.

—¿Miedo yo? Eso sí que es gracioso.

Se apoyó en el terraplén, con el chaleco desabrochado, la fina y chillona corbata deshilachada de rayas contrastaba con la caliza del suelo.

—Esto es mejor que volver a casa —dijo Rose.

—¿Dónde está tu casa?

—En Nelson Place. ¿Lo conoces?

—He pasado por allí.

Lo dijo como si tal cosa, aunque podría haberlo dibujado sobre la hierba con la misma precisión que un agrimensor: el local apuntalado y con barrotes del Ejército de Salvación en la esquina; su propia casa más allá de Paradise Piece; las casas que parecían haber sufrido un intenso bombardeo, las alcantarillas abiertas y las ventanas sin cristales, un somier de hierro que se oxidaba en un jardín delantero, los terrenos machacados y baldíos donde habían derribado las viviendas para edificar pisos modélicos que nunca llegaron a construirse.

Se tumbaron en el terraplén calizo, uno al lado del otro, con una geografía común, y un poco de odio se mezcló con su desprecio. Creía haber escapado, y ahí estaba su casa: de vuelta a su lado, reclamándolo.

Rose dijo de pronto:

—Ella no es de por aquí.

—¿Quién?

—La mujer que vino haciendo preguntas. La que no tenía una preocupación en este mundo.

—Bueno —replicó él—, no todos podemos nacer en Nelson Place.

—¿No habrás nacido tú allí, o por los alrededores?

—Yo. Pues claro que no. ¿Qué te has creído?

—Pensé que a lo mejor sí. También eres católico. En Nelson Place todos éramos católicos. Crees en cosas. Como en el Infierno. Pero se nota que ella no cree en nada. —Y añadió —: Se nota que el mundo le parece un sitio ideal.

Él se protegió de cualquier conexión con Paradise Piece:

—A mí la religión me trae sin cuidado. El Infierno está ahí, sin más. No hay por qué pensar en él, al menos hasta que te mueres.

—Podrías morir de repente.

Él cerró los ojos bajo el arco luminoso y vacío, y un recuerdo flotó imperfecto hasta convertirse en palabras:

—Ya sabes lo que dicen: «Entre el estribo y el suelo, algo buscó y algo encontró».

—Misericordia.

—Eso es: misericordia.

—Pero sería horrible —dijo ella despacio— si no tuvieses tiempo. —Volvió la mejilla hacia el suelo en dirección a él, como si pudiera ayudarla—. Siempre rezo por eso. Por no morir de repente. ¿Por qué rezas tú?

—No rezo —respondió, pero rezaba incluso cuando le hablaba a alguien o a algo: por no tener que seguir con ella, por no volver a tener nada que ver con ese solar triste y dinamitado que ambos llamaban su casa.

—¿Estás enfadado por algo? —preguntó Rose.

—A veces un hombre necesita un poco de tranquilidad —dijo, tumbado con rigidez contra el terraplén calizo, sin revelar nada.

En medio del silencio, se oyó golpear un postigo, y la marea ceceó. Dos personas de paseo, eso eran, y el recuerdo de los lujos de Colleoni, las sillas con coronas bordadas del Cosmopolitan, volvieron para torturarlo. Dijo:

—¿Es que no sabes hablar? Di algo.

—Querías estar tranquilo —replicó ella con una rabia repentina que le pilló desprevenido. No la creía capaz de eso —. Si no te gusto —dijo—, puedes dejarme sola. No fui yo quien quiso salir.

Se sentó con las manos alrededor de las rodillas y las mejillas se le encendieron por encima del pómulo: la rabia hacía las veces de colorete en su rostro delgado.

—Si no soy lo bastante elegante, con tu coche y todo eso.

—¿Quién ha dicho…?

—Oh —dijo ella—, no soy tan tonta. He visto cómo me miras. Mi sombrero…

De pronto, él cayó en la cuenta de que ella podía levantarse y dejarlo allí, volver a Snow's y contarle su secreto al primero que le preguntase con amabilidad. Tenía que reconciliarse con ella, estaban paseando, tenía que hacer lo que se esperaba de él. Alargó la mano con repulsión; se quedó como un sapo frío sobre su rodilla.

—No me has entendido —dijo—, eres una buena chica. Estoy preocupado, nada más. Me preocupa el negocio. Tú y yo… —tragó saliva con esfuerzo— encajamos a la perfección.

Vio cómo desaparecía el color de sus mejillas y la cara se volvía hacia él con una ciega voluntad de dejarse engañar, vio los labios esperando. Le tomó la mano y apoyó la boca en sus

dedos; cualquier cosa era mejor que los labios. Los dedos estaban ásperos y sabían un poco a jabón.

—Pinkie, lo siento. Eres bueno conmigo —dijo ella.

Él se rio nervioso.

—Tú y yo… —Y oyó la bocina del autobús con el mismo regocijo con que un hombre sitiado oye las trompetas de las tropas de refuerzo—. Ahí está el autobús —dijo—, vamos. El campo no es lo mío. Soy más de ciudad. Y tú también.

Rose se puso en pie y él vio asomar la piel del muslo por un instante entre la seda sintética, y un aguijonazo de deseo sexual lo turbó como una enfermedad. Eso es lo que le ocurría a un hombre al final: la habitación con el aire viciado, los niños despiertos, los movimientos nocturnos el sábado en la otra cama. ¿Es que no había escapatoria, a ningún sitio, para nadie? Bastaba para asesinar a un mundo.

—De todos modos, esto es bonito —dijo ella, mirando los caminos calizos entre los carteles de «Se alquila».

Y el Chico volvió a reírse de las bellas palabras que la gente usaba para un acto sucio: amor, belleza…

Todo su orgullo se enroscó como el muelle de un reloj alrededor de la idea de que él no se dejaba engañar, de que no iba a dejarse arrastrar al matrimonio y a traer hijos al mundo, iba a estar donde estaba ahora Colleoni y más alto… Lo sabía todo, había observado hasta el último detalle del acto sexual, a él no podían engañarlo con palabras bonitas, no había nada por lo que emocionarse, ninguna ganancia que compensara lo que perdías; pero cuando Rose se volvió otra vez hacia él, esperando que la besara, fue consciente, al mismo tiempo, de su espantosa ignorancia. Su boca evitó la de ella y retrocedió. Nunca había besado a una chica.

—Lo siento, soy una tonta —dijo ella—. Nunca había… —Y se interrumpió de pronto para ver cómo una gaviota alzaba el vuelo desde uno de los jardincillos resecos y flotaba sobre el acantilado hacia el mar.

Hosco y disgustado, no habló con ella en el autobús; se sentó con los pies juntos y las manos en los bolsillos, sin saber por qué había llegado tan lejos con ella, solo para volver sin haber resuelto nada, el secreto, el recuerdo todavía guardado a salvo en el cráneo de Rose. El campo se desplegó en sentido contrario: té Mazawattee, antigüedades, aparcamiento para clientes, y la hierba desapareció al entrar en contacto con el asfalto.

Los pescadores de caña de Brighton echaban el corcho desde el muelle. Un poco de música se abría paso tristemente entre la luz ventosa. Anduvieron al sol por la acera y pasaron por delante de «Una noche de amor», «Solo para hombres» y «La bailarina del abanico». Rose preguntó:

—¿Van mal los negocios?

—Siempre hay preocupaciones —respondió el Chico.

—Ojalá pudiese ayudar, ser útil.

Él no dijo nada y siguió andando. Ella alargó la mano hacia la figura delgada y rígida, mirando la mejilla lampiña, el vello rubio de la nuca.

—Eres muy joven para tener preocupaciones, Pinkie. —Le pasó la mano por el brazo—. Los dos somos jóvenes, Pinkie.

Y notó su cuerpo encogido y pétreo.

Un fotógrafo dijo: «Una instantánea con el mar de fondo», mientras quitaba la tapa del objetivo de la cámara, y el Chico se tapó la cara con las manos y siguió adelante.

—¿No te gusta que te fotografíen, Pinkie? Podríamos tener nuestra foto colgada para que la viera la gente. No habría costado nada.

—Me da igual lo que cuesten las cosas —dijo el Chico, haciendo sonar la calderilla en los bolsillos para que viese que tenía dinero.

—Habría colgado nuestra foto ahí —dijo Rose, deteniéndose ante el quiosco del fotógrafo, ante las fotos de las bellas bañistas y los cómicos famosos y las parejas anónimas —, después… —Y exclamó con sorpresa—: ¡Caramba!, pero si es él.

El Chico estaba mirando hacia un lado, donde la marea verde sorbía y resbalaba como una boca húmeda alrededor de los pilotes del muelle. Se volvió a regañadientes y ahí estaba Spicer, en la vitrina del fotógrafo, a la vista de todos, andando a plena luz del día hacia la sombra de debajo el muelle, preocupado, agobiado y apresurado, una figura cómica de la que podían reírse los desconocidos y decir: «Qué angustiado parece. Lo han pillado desprevenido».

—Es el que dejó la tarjeta —dijo Rose—. El que decías que había muerto. No está muerto. Aunque… —se rio divertida al ver la urgencia borrosa en blanco y negro— casi parece que le dé miedo llegar a estarlo si no se da prisa.

—Es una foto antigua —objetó el Chico.

—No, qué va. Ahí es donde ponen las fotos del día. Por si alguien quiere comprarlas.

—Sabes muchas cosas.

—Es imposible no darse cuenta, ¿no? —dijo Rose—. Es cómico. Corriendo de esa manera. Tan apresurado. Sin reparar siquiera en la cámara.

—Espera aquí —dijo el Chico.

En el interior del quiosco estaba oscuro en contraste con la luz del sol. Un hombre con un bigote fino y unas gafas de montura de acero clasificaba pilas de fotos.

—Quiero una de las fotos que tiene ahí fuera —dijo el Chico.

—El recibo, por favor —dijo el hombre, y extendió unos dedos amarillentos que olían un poco a fijador.

—No tengo ningún recibo.

—No puede llevarse la foto sin el recibo —replicó el hombre, y sostuvo un negativo ante la bombilla.

—¿Qué derecho tiene usted —dijo el Chico— a exponer fotografías ahí fuera sin autorización? Deme la fotografía.

Pero las gafas de acero del hombre le devolvieron la mirada con un brillo indiferente, sin interés… un muchacho impertinente.

—Trae el recibo —dijo el hombre— y podrás llevarte la foto. Y ahora largo. Estoy ocupado.

Detrás de su cabeza había varias instantáneas enmarcadas del rey Eduardo VIII (príncipe de Gales) con una gorra de marinero, y las máquinas de fotos eróticas al fondo, amarillentas por el tiempo y los productos químicos de mala calidad; de Vesta Tilley, firmando autógrafos; de Henry Irving, embozado contra los vientos del Canal: la historia de una nación. Lily Langtry con plumas de avestruz, la señora Pankhurst y sus faldas largas y estrechas, la Reina de la Belleza de 1923 en traje de baño. Era un parco consuelo saber que Spicer se hallaba entre los inmortales.

4

—Spicer —llamó el Chico—, Spicer.

Subió desde el oscuro vestíbulo de Frank hacia el rellano, dejando huellas blancas del campo, de las colinas, en el linóleo.

—Spicer.

Notó cómo temblaba la barandilla rota bajo su mano. Abrió la puerta de la habitación de Spicer y lo vio en la cama, dormido boca abajo. La ventana estaba cerrada, un insecto volaba en el aire viciado, y de la cama llegaba olor a whisky. Pinkie se quedó mirando su pelo gris. No sintió la menor lástima; no era lo bastante viejo para inspirar lástima. Le dio la vuelta a Spicer; la piel alrededor de la boca tenía una erupción.

—Spicer.

Spicer abrió los ojos. Por un instante no vio nada en la habitación a oscuras.

—Quiero hablar contigo, Spicer.

Spicer se sentó.

—Dios mío, Pinkie, me alegro de verte.

—Siempre te alegras de ver a un amigo, ¿eh, Spicer?

—Vi a Crab. Me dijo que estabas en la comisaría.

—¿A Crab?

—Entonces, ¿no estabas en comisaría?

—Fui a tener una conversación amistosa sobre… Brewer.

—¿No sobre…?

—Sobre Brewer.

El Chico puso de pronto la mano sobre la muñeca de Spicer.

—Estás mal de los nervios, Spicer. Necesitas unas vacaciones. —Olisqueó con desprecio el aire viciado—. Bebes demasiado.

Fue a la ventana y la abrió a una pared gris. Una típula zumbaba contra el cristal y el Chico la cazó. Vibró como un minúsculo engranaje en la palma de la mano. Empezó a arrancarle las patas y las alas, una por una.

—Me quiere —dijo—, no me quiere. He estado con mi chica, Spicer.

—La de Snow's.

El Chico le dio la vuelta al animal mutilado y de un soplido lo lanzó sobre la cama de Spicer.

—Ya sabes quién digo —dijo—. Tenías un recado para mí, Spicer. ¿Por qué no me lo diste?

—No pude encontrarte, Pinkie. De verdad que no pude. Y de todas formas no era tan importante. Solo una entrometida que anda haciendo preguntas.

—Aun así, te asustaste —replicó el Chico.

Se sentó en la silla delante del espejo, con las manos en las rodillas, observando a Spicer. El pulso le latía en la mejilla.

—Qué va, no me asusté —dijo Spicer.

—Te fuiste allí directo.

—¿Qué quieres decir con «allí»?

—Para ti solo hay un allí, Spicer. Piensas en eso y sueñas con eso. Eres demasiado viejo para esta vida.

—¿Esta vida? —repitió Spicer, devolviéndole la mirada desde la cama.

—Quiero decir este negocio, claro. Te pones nervioso y actúas con imprudencia. Primero fue lo de esa tarjeta en Snow's y ahora dejas que pongan tu foto en el muelle, donde todo el mundo pueda verla. Donde Rose pueda verla.

—Te juro por Dios, Pinkie, que no lo sabía.

—Olvidas la cautela.

—Ella es de fiar. Está colada por ti, Pinkie.

—No sé nada de mujeres. Eso te lo dejo a ti, a Cubitt y a los demás. Solo sé lo que me habéis contado. Una y otra vez me habéis dicho que ninguna fulana es de fiar.

—Eso son solo palabras.

—O sea, que soy un niño y me contáis cuentos para dormir. Lo malo es que he llegado a creérmelos, Spicer. No me parece seguro que Rose y tú estéis en la misma ciudad. Por no hablar de esa otra fulana que anda haciendo preguntas. Tendrás que desaparecer, Spicer.

—¿Qué quieres decir? —dijo Spicer—. ¿Desaparecer?

Hurgó en el bolsillo interior de la chaqueta y el Chico lo miró, con las manos sobre las rodillas.

—¿Qué vas a hacer? —dijo, mientras se hurgaba el bolsillo.

—¿Qué? —preguntó el Chico—, ¿qué crees que estoy diciendo? Digo que te tomes unas vacaciones, que te vayas por un tiempo a algún sitio.

La mano de Spicer salió del bolsillo. Le mostró un reloj de plata al Chico.

—Puedes confiar en mí, Pinkie. Mira lo que me dieron los chicos. Lee la inscripción: «Diez años de amistad. De los chicos del Stadium». No dejo tirada a la gente. Eso fue hace quince años, Pinkie. Llevo veinticinco en el negocio. No habías nacido cuando empecé.

—Necesitas unas vacaciones —dijo el Chico—. Solo he dicho eso.

—Me gustaría tomarme unas vacaciones —dijo Spicer—, pero no querría que creyeras que soy un cobarde. Me iré enseguida. Haré una maleta y me marcharé esta noche. Caramba, me encantaría irme.

—No —dijo el Chico, mirándose los zapatos—. No hay tanta prisa.

Levantó un pie. La suela estaba gastada y tenía un agujero del tamaño de un chelín. Volvió a acordarse de las coronas en las sillas de Colleoni en el Cosmopolitan.

—Te necesito en las carreras. —Sonrió a Spicer desde el otro extremo de la habitación—. Un amigo en el que confiar.

—Puedes confiar en mí, Pinkie. —Los dedos de Spicer acariciaron el reloj de plata—. ¿Por qué sonríes? ¿Tengo algo en la cara?

—Estaba pensando en las carreras —dijo el Chico—. Significan mucho para mí.

Se levantó y se quedó de espaldas a la luz grisácea, la pared del edificio de pisos, el cristal sucio, y miró a Spicer casi con interés.

—¿Y dónde irás, Spicer? —dijo.

La decisión estaba tomada y, por segunda vez en unas semanas, miró a un hombre agonizante. No pudo evitar sentir curiosidad. Caramba, hasta era posible que el viejo Spicer no fuese a parar a las llamas, había sido un tipo fiel, no había hecho más daño que otros, tal vez se colase entre las puertas del… Pero el Chico no podía concebir ninguna eternidad que no implicase sufrimiento. Frunció el ceño un poco al hacer el esfuerzo: un mar vidrioso, una corona dorada, el viejo Spicer.

—A Nottingham —dijo Spicer—. Un amigo mío regenta el Blue Anchor, en Union Street. Un pub. Tiene mucha clase. Sirven comidas. A menudo me ha dicho: «Spicer, ¿por qué no

nos asociamos? Convertiríamos este sitio en un hotel y habría más dinero en la caja». Si no fuese por ti y por los muchachos —dijo Spicer—, me quedaría allí. No me importaría quedarme para siempre.

—Bueno —replicó el Chico—. Me voy. En cualquier caso ahora sabemos a qué atenernos.

Spicer se recostó en la almohada y levantó el pie con el callo que le dolía. Tenía un agujero en el calcetín de lana y el dedo gordo asomaba por él, la piel endurecida por la edad.

—Que duermas bien —dijo el Chico.

Fue al piso de abajo, la puerta principal daba al este, y el vestíbulo estaba a oscuras. Encendió una luz al lado del teléfono y luego volvió a apagarla: no sabía por qué. Luego llamó al Cosmopolitan. Cuando la operadora del hotel respondió, pudo oír la música de baile en la distancia, desde el invernadero de plantas tropicales (*thés dansants*, tres chelines), detrás del salón Luis XVI.

—Quiero hablar con el señor Colleoni. —«El canto del ruiseñor, el cartero que llama al timbre…», la melodía se interrumpió de pronto, y se oyó el zumbido de una voz grave en la línea—. ¿Es usted, señor Colleoni?

Oyó tintinear un vaso y el hielo en una coctelera. Dijo:

—Soy el señor P. Brown. Lo he estado pensando, señor Colleoni.

Al otro lado del minúsculo vestíbulo cubierto de linóleo se deslizó un autobús, con las luces apenas visibles en el grisáceo declinar del día. El Chico acercó la boca al micrófono y dijo:

—Spicer no atiende a razones, señor Colleoni.

La voz le respondió con un zumbido alegre. El Chico se lo explicó despacio y con cuidado.

—Le desearé buena suerte y le daré una palmadita en la espalda. —Se interrumpió y preguntó con brusquedad—: ¿Cómo dice, señor Colleoni? No. Me había parecido oírle reír. Hola, hola.

Colgó el auricular de un golpe y se volvió con una sensación de incomodidad hacia las escaleras. El mechero de oro, el chaleco cruzado gris, la idea de un negocio lujoso y triunfante lo dominó por un momento; el somier metálico del piso de arriba, el frasquito de tinta violeta en el lavabo, las migas de hojaldre. Su astucia de colegial se marchitó un momento; luego encendió la luz, estaba en casa. Subió las escaleras tarareando en voz baja: «El canto del ruiseñor, el cartero que llama al timbre…», pero a medida que sus pensamientos daban vueltas en torno al centro oscuro, peligroso y mortífero, la melodía cambió: «*Agnus dei qui tollis peccata mundi*…». Andaba muy erguido, con la chaqueta colgando de los hombros inmaduros, pero cuando abrió la puerta de su cuarto —«*dona novis pacem*»— su rostro pálido lo miró con orgullo desde el espejo de encima del aguamanil, la jabonera y la palangana llena de agua sucia.

Cuarta parte

1

Era un buen día para las carreras. La gente llegó en tropel a Brighton desde el primer tren. Era como si otra vez fuese un día de fiesta, excepto que esta gente no gastaba dinero; lo guardaba. Iban apiñados en los tranvías que traqueteaban en dirección al Acuario, avanzaban en oleadas paseo arriba y abajo como una migración de insectos, natural e irracional. A las once en punto ya era imposible encontrar un asiento en los autobuses que iban a las carreras. Un negro con una llamativa corbata de rayas estaba sentado en un banco en los jardines del Pabellón, fumando un cigarro. Unos niños jugaban a tocar madera entre los bancos, y él los llamó cómicamente, sujetando el cigarro hasta donde alcanzaba su brazo, con un aire cauto y orgulloso, y los grandes dientes brillando como en un anuncio. Ellos dejaron de jugar y lo miraron mientras retrocedían despacio. Él volvió a llamarlos en su propio idioma, con palabras huecas, informes e infantiles como las de ellos, y los críos, a su vez, lo miraron, inquietos, y retrocedieron aún más. Él volvió a meterse con paciencia el cigarro entre los labios almohadillados y continuó fumando. Una banda de música llegó por la acera de Old Steyne, una banda de ciegos tocando tambores y trompetas, andando por la calzada, rozando el bordillo con la puntera del zapato, en fila india. La música se oía a lo lejos, insistente entre el murmullo de la multitud, las explosiones de los tubos de escape y el rechinar de los autobuses cuando subían la pendiente hacia el hipódromo. Sonaba con ímpetu, desfilaban como un regimiento y cuando alzabas la vista esperando la piel de tigre y las baquetas de tambor, veías unos ojos blancos y ciegos, como los de los ponis de las minas, pasando por la calzada.

En los terrenos del colegio privado sobre el mar las chicas iban muy solemnes a jugar a hockey: las robustas guardametas forradas como armadillos; las capitanas discutiendo tácticas con sus lugartenientes; las niñas pequeñas corriendo de aquí para allá ese día tan luminoso. Más allá del aristocrático césped, a través de las puertas de hierro forjado, veían la procesión plebeya de los que no cabían en los autobuses andando despacio colina arriba, levantando polvo, comiendo bollos que llevaban en bolsas de papel. Los autobuses daban un rodeo por Kemp Town, pero por la pronunciada pendiente llegaban los taxis abarrotados —nueve peniques el asiento—, un Packard para los de las tribunas, viejos Morris, extraños coches altos, que seguían funcionando después de veinte años, cargados con familias enteras. Era como si la carretera misma ascendiera igual que las escaleras del metro bajo la luz polvorienta, y una multitud de coches ruidosos y estrepitosos se moviera con ella. Las niñas echaron a correr como ponis sobre la hierba al notar la emoción del exterior, como si ese fuese un día en el que la vida de mucha gente alcanzase una especie de clímax. Las apuestas por *Black Boy* habían bajado, nada volvería a ser lo mismo después de esa apuesta alocada de cinco libras por *Merry Monarch*. Un coche de carreras rojo, un modelo llamativo y minúsculo que llevaba consigo el ambiente de innumerables hoteles, de chicas guapas alrededor de una piscina, de encuentros furtivos en los caminos de la carretera del Norte, se abrió paso entre el tráfico con una increíble destreza. El sol lo iluminó: su reflejo llegó hasta las ventanas del comedor del colegio femenino. Iba abarrotado: una mujer viajaba sentada en las rodillas de un hombre y otro hombre se sujetaba al estribo mientras el coche se bamboleaba, tocaba la bocina y atajaba pendiente arriba en dirección a las montañas. La mujer iba cantando, su voz sonaba débil e inconexa entre los bocinazos, una canción tradicional sobre novias y ramos nupciales, que encajaba con la cerveza Guinness, las ostras y el viejo salón Leicester, y que desentonaba un poco con el pequeño y reluciente coche de carreras. En lo alto de la colina, la melodía llegó a lo largo de

la carretera polvorienta hasta un viejo Morris que daba tumbos detrás de su estela, a setenta kilómetros por hora, con la capota aleteando, el guardabarros abollado y el parabrisas descolorido.

La melodía llegó, entre el aleteo de la capota, hasta los oídos del Chico. Estaba sentado al lado de Spicer, que conducía. Novias y ramos nupciales; pensó en Rose con un asco sombrío. No podía quitarse la sugerencia de Spicer de la cabeza; era como un poder invisible que obrara contra él: la estupidez de Spicer, la fotografía en el muelle, esa mujer —¿quién demonios era?— haciendo preguntas… Si se casaba con Rose, por supuesto, no sería por mucho tiempo, solo un último recurso para cerrarle la boca y ganar tiempo. No quería tener esa relación con nadie: la cama doble, la intimidad, le repugnaban tanto como la idea de envejecer. Se acurrucó en el rincón, lejos de donde el ralentí del motor perforaba el asiento, vibrando arriba y abajo con amarga virginidad. Casarse era como tener estiércol en las manos.

—¿Dónde están Dallow y Cubitt? —preguntó Spicer.

—No los quería por aquí hoy —dijo el Chico—. Tenemos que hacer una cosa en la que es mejor que no esté implicada la banda. —Como un niño cruel que esconde el compás a su espalda, le puso la mano en el brazo a Spicer con falso afecto —. No me importa decírtelo. Voy a hacer un trato con Colleoni. No me fío de ellos. Son violentos. Tú y yo nos arreglaremos bien.

—Estoy a favor de la paz —dijo Spicer—. Siempre lo he estado.

El Chico sonrió por el parabrisas roto hacia el desorden de coches.

—Eso es lo que voy a acordar —replicó.

—Una paz duradera —coincidió Spicer.

—Nadie quebrantará esta paz —dijo el Chico.

La melodía fue desvaneciéndose en el polvo bajo el sol brillante, por última vez la novia, el ramillete, una palabra que sonó como «guirnalda».

—¿Cómo se organiza una boda? —preguntó a regañadientes el Chico—. Si tienes prisa, quiero decir.

—En tu caso no es tan fácil —respondió Spicer—. Con tu edad…

Cambió las viejas marchas mientras subían una última pendiente hacia el recinto blanco por el suelo calizo y entre los carromatos de los gitanos.

—Tendría que pensarlo.

—Piénsalo deprisa —dijo el Chico—. No olvides que te vas esta noche.

—Tienes razón —replicó Spicer. Su marcha lo ponía un poco sentimental—. En el tren de las ocho y diez. Tendrías que ver ese pub. Serías bien recibido. Nottingham es una ciudad agradable. Te vendría bien descansar allí un poco. El aire está limpio y no encontrarás mejor cerveza que la que sirven en el Blue Anchor. —Sonrió—. Olvidaba que no bebes.

—Pásalo bien —dijo el Chico.

—Siempre serás bienvenido, Pinkie.

Dejaron el viejo coche en el aparcamiento y se apearon. El Chico pasó el brazo por el de Spicer. Daba gusto pasar por delante de la tapia blanca empapada de sol, de las furgonetas con los altavoces, del hombre que creía en un segundo advenimiento, en dirección a la más refinada de todas las sensaciones: hacer daño.

—Eres un buen tipo, Spicer —dijo el Chico, apretándole el brazo.

Y Spicer empezó a hacerle todo tipo de confidencias en voz baja sobre el Blue Anchor.

—No es ningún tugurio —dijo—, tienen buena reputación. Siempre he pensado que cuando ganase suficiente dinero me iría allí con un amigo. Aún quiere que vaya. Estuve a punto de ir cuando mataron a Kite.

—Te asustas con facilidad, ¿no? —dijo el Chico.

Los altavoces de las furgonetas les aconsejaban por quién apostar su dinero, y unos gitanillos perseguían a un conejo dando gritos por el camino pisoteado. Pasaron por el túnel al hipódromo y salieron a la luz y a la hierba corta y gris que bajaba en pendiente al lado de las casas, en dirección al mar. Viejas tarjetas de corredores de apuestas se pudrían en la piedra caliza del camino: «Apuestas Barker», y la cara sonriente de un protestante no anglicano impresa en amarillo: «Sin problemas, siempre pago», y resguardos caducados entre los resecos plátanos de sombra. Pasaron por la valla de alambre a las gradas de media corona.

—Tómate una cerveza, Spicer —dijo apremiante el Chico.

—Caramba, muchas gracias, Pinkie. No me importaría tomarme una.

Y, mientras Spicer se la bebía al lado de las mesas de madera, el Chico miró la fila de corredores de apuestas. Estaban Barker y Macpherson y George Beale («La Vieja Casa de Apuestas») y Bob Tavell, de Clapton, todas las caras familiares, rebosando labia y falso buen humor. Las dos primeras carreras habían terminado ya; había largas colas en las taquillas. El sol iluminaba la caseta blanca de Tattersall al otro lado de la pista, y unos cuantos caballos trotaban junto a la salida. «Ahí va *General Burgoyne*, parece nervioso», dijo un hombre mientras se dirigía al puesto de Bob Tavell para apostar. Los corredores de apuestas borraban y modificaban las apuestas mientras pasaban los caballos, con los cascos golpeando como guantes de boxeo en la hierba.

—¿Vas a probar suerte? —preguntó Spicer, apurando su Bass y exhalando un aliento malteado y un poco gaseoso en dirección a los corredores de apuestas.

—Yo no apuesto —dijo el Chico.

—Es mi última oportunidad —dijo Spicer— en el viejo Brighton. No me importaría arriesgar un par de monedas. No más. Voy a ahorrar mi dinero para Nottingham.

—Adelante —dijo el Chico—, diviértete mientras puedas.

Pasaron por delante de la fila de corredores de apuestas en dirección al puesto de Brewer; había mucha gente alrededor.

—Le van bien las cosas —comentó Spicer—. ¿Has visto a *Merry Monarch*? Las apuestas están subiendo. —Y mientras hablaba, los corredores de apuestas borraron la antigua apuesta de dieciséis a uno—. Diez —dijo Spicer.

—Pásalo bien mientras estás aquí —dijo el Chico.

—Ya puestos, puedo dar un poco de dinero a la Vieja Casa de Apuestas —replicó Spicer, soltándose del brazo y yendo hasta el puesto de Tate.

El Chico sonrió. Era tan fácil como pescar peces en un barril.

—*Memento Mori* —dijo Spicer, al volver con el resguardo en la mano—. Qué nombre tan raro para un caballo. Cinco a uno a colocado. ¿Qué significa «Memento Mori»?

—Es una expresión extranjera —respondió el Chico—, va por delante de *Black Boy* en las apuestas.

—Ojalá hubiese apostado por *Black Boy* —dijo Spicer—. Ahí hay una mujer que dice que ha apostado veinte libras por *Black Boy*. Me parece una locura. Pero imagínate si gana —continuó Spicer—. Dios mío, ¡qué no haría yo con doscientas cincuenta libras! Compraría una parte del Blue Anchor sin

dudarlo. No volverías a verme por aquí —añadió, mirando el cielo luminoso, el polvo sobre la pista, los resguardos rotos y la hierba corta en dirección al mar al pie de la pendiente.

—*Black Boy* no va a ganar —dijo el Chico—. ¿Quién apostó las veinte libras?

—Una palurda cualquiera. Estaba allí en el bar. ¿Por qué no apuestas cinco libras por *Black Boy*? ¿No quieres apostar por una vez para celebrarlo?

—Celebrar ¿qué? —preguntó enseguida el Chico.

—Lo olvidaba —dijo Spicer—. Estas vacaciones me han animado y creo que todo el mundo tiene algo que celebrar.

—Si quisiera celebrar algo —dijo el Chico—, no sería con *Black Boy*. Caramba, era el favorito de Fred. Decía que llegaría a ganar un Derby. Yo no lo llamaría un caballo afortunado.

No obstante, no podía dejar de mirarlo mientras trotaba junto a la valla: un poco más descansado de la cuenta, un poco más inquieto de la cuenta. Un hombre hizo una seña desde lo alto de las gradas de media corona a Bob Tavell, de Clapton, y un judío diminuto, que observaba con unos prismáticos las gradas de diez chelines, empezó a hacer gestos de pronto, para llamar la atención de la Vieja Casa de Apuestas.

—¿Lo ves? —dijo el Chico—, ¿qué te dije? Las apuestas por *Black Boy* han vuelto a caer.

—¡Cien a ocho, *Black Boy*, cien a ocho! —gritó el representante de George Beale.

—Ahí salen —dijo alguien.

La gente corrió del puesto de refrescos hacia la barandilla con el vaso de Bass y el bollo de arándanos en la mano. Barker, Macpherson, Bob Tavell, todos borraron las apuestas de sus pizarras, pero la Vieja Casa de Apuestas aguantó hasta el final: «Cien a seis, *Black Boy*», mientras el pequeño judío hacía señas misteriosas desde lo alto del puesto. Los caballos

pasaron en grupo, con un ruido brusco como el que hace la madera al astillarse, y desaparecieron. «*General Burgoyne*», dijo alguien, y alguien respondió: «*Merry Monarch*». Los bebedores de cerveza volvieron a las mesas de trípode y pidieron otro vaso, y los corredores de apuestas escribieron los nombres de los caballos de la carrera de las cuatro en punto, y empezaron a anotar las apuestas con tiza.

—¿Lo ves? —comentó el Chico—, ¿qué te dije? Fred nunca supo distinguir un buen caballo de uno malo. Esa palurda chiflada ha perdido veinte libras. No es su día de suerte. Caramba…

Pero el silencio, la inacción después de la carrera y antes de los resultados tenía una cualidad desalentadora. Las colas esperaban ante las taquillas. Todo el hipódromo se quedó de pronto inmóvil, esperando una señal para empezar de nuevo; en el silencio, se oyó relinchar a un caballo a lo lejos, en la zona de peso. Una sensación de desasosiego dominó al Chico en mitad de tanta quietud y luminosidad. Lo desanimaron su edad amarga y falsa, su experiencia limitada y centrada en los barrios bajos de Brighton. Habría querido que Cubitt y Dallow estuviesen allí con él. Tenía que vérselas con demasiadas cosas a los diecisiete años. No solo era Spicer. El lunes de Pentecostés había empezado algo que no tenía final. La muerte no era un final; el incensario se balanceaba y el cura alzaba la Hostia, y el altavoz anunció a los ganadores: «*Black Boy*. *Memento Mori*. *General Burgoyne*».

—Dios —dijo Spicer—. He ganado. *Memento Mori* a colocado. —Y al recordar lo que había dicho el Chico añadió —: Y ella también ha ganado. Veinte libras. Menuda apuesta. ¿Qué me dices ahora de *Black Boy*?

Pinkie guardó silencio. Pensó: «El caballo de Fred. Si fuese uno de esos chiflados que tocan madera, tiran sal por encima del hombro y no pasan por debajo de una escalera, me asustaría…».

Spicer le tiró de la manga.

—He ganado, Pinkie. Diez libras. ¿Qué te parece?

«… Me asustaría seguir con lo que he planeado con tanto cuidado.» Al fondo de las gradas oyó una risa, una risa de mujer, madura y segura de sí misma, tal vez fuese la palurda que había apostado veinte libras por el caballo de Fred. Se volvió, venenoso, hacia Spicer; la crueldad tensó su cuerpo con un impulso lujurioso.

—Sí —dijo, pasándole el brazo por el hombro a Spicer—, será mejor que vayas a recoger tu dinero.

Fueron juntos hasta el puesto de Tate. Un joven con el pelo engominado estaba sobre un escabel de madera, pagando el dinero. El propio Tate estaba en las gradas de diez chelines, pero los dos conocían a Samuel. Spicer lo llamó con jovialidad al acercarse.

—Caramba, Sammy, llegó la hora de pagar.

Samuel vio llegar a Spicer y al Chico por la hierba, uno al lado del otro, como amigos de toda la vida. Media docena de hombres cobraron y se quedaron por allí, esperando, el último acreedor se esfumó. Esperaron en silencio, un hombrecillo con un libro de cuentas en la mano sacó la punta de la lengua y se lamió el labio cortado.

—Estás en racha, Spicer —dijo el Chico, apretándole el brazo—. Pásalo bien con tus diez libras.

—No irás a marcharte ya, ¿verdad? —preguntó Spicer.

—No voy a quedarme a la de las cuatro y media. Ya no te veré.

—¿Y qué hay de Colleoni? —dijo Spicer.

—Veré a Colleoni en el hotel. Cobra tu dinero.

Un pronosticador sin sombrero los entretuvo:

—¿Quieren un pronóstico para la siguiente carrera? Solo un chelín. Hoy he acertado dos ganadores.

Los dedos le asomaban por un agujero del zapato.

—Guárdate tus pronósticos —dijo el Chico.

A Spicer no le gustaban las despedidas, era un sentimental, se movió incómodo, apoyándose sobre el pie del callo.

—Caramba —dijo, mirando la pista desde la valla—, los de Tate aún no han escrito las apuestas.

—Tate siempre ha sido lento. También lo es a la hora de pagar. Será mejor que cobres tu dinero.

Lo animó a acercarse, agarrando a Spicer por el codo.

—No pasa nada, ¿verdad? —preguntó Spicer. Se fijó en los hombres que esperaban; ellos lo miraron sin verlo.

—Bueno, pues adiós —dijo el Chico.

—Recuerda las señas —replicó Spicer—. El Blue Anchor, acuérdate, Union Street. Escríbeme si hay noticias. Yo no creo que tenga nada que contarte.

El Chico alzó la mano como si fuera a darle una palmada en la espalda a Spicer y volvió a dejarla caer. El grupo de hombres seguía esperando.

—Tal vez… —dijo el Chico.

Miró a su alrededor: lo que había empezado no tenía fin. Una pasión de crueldad se agitó en su vientre. Volvió a levantar la mano y le dio unas palmaditas en la espalda a Spicer.

—Buena suerte —dijo, con voz aguda y quebrada de adolescente, y volvió a darle unas palmaditas.

Los hombres los rodearon todos a una. Oyó gritar a Spicer, «¡Pinkie!», y lo vio caer: una bota de duros clavos se alzó y luego notó el dolor correr como la sangre por su propio cuello.

Al principio la sorpresa fue peor que el dolor (una aguja podía producir un dolor igual).

—Idiotas —dijo—, no es a mí sino a él a quien estáis buscando.

Y se volvió y vio las caras que lo rodeaban.

Le sonrieron: todos habían sacado la navaja, y por primera vez, recordó a Colleoni riéndose por la línea telefónica. La multitud se había dispersado ante la primera señal de trifulca; oyó gritar a Spicer: «¡Pinkie! Por el amor de Dios». Una turbia pelea llegó a su apogeo lejos de su vista. Tenía otras cosas que mirar: las largas navajas de afeitar que reflejaban los rayos oblicuos del sol que caían sobre las montañas desde Shoreham. Echó mano al bolsillo para sacar su navaja y el hombre que tenía justo delante avanzó y le rajó los nudillos. Sintió dolor y lo dominaron el horror y la perplejidad, como si uno de los matones del colegio se hubiese adelantado a clavarle el compás.

No intentaron acercarse a rematarlo. Les dijo entre sollozos:

—Mataré a Colleoni por esto.

Gritó «¡Spicer!» dos veces antes de recordar que Spicer no podía responderle. La banda se estaba divirtiendo, igual que él se había divertido siempre. Uno de ellos se adelantó para hacerle un chirlo en la mejilla y cuando levantó la mano para protegerse volvieron a acuchillarle en los nudillos. Se echó a llorar mientras la carrera de las cuatro y media pasaba con un retumbar de cascos de caballos, al otro lado de la valla.

Luego, alguien gritó desde las gradas: «¡La poli!», y todos se abalanzaron a toda prisa sobre él. Alguien le pateó el muslo, él paró un navajazo con la mano y se cortó hasta el hueso. Luego se desperdigaron mientras los policías corrían, lentos con sus pesadas botas, por el borde de la pista, y se abrió paso entre ellos. Unos pocos lo siguieron, pendiente abajo por la puerta de alambre hacia las casas y el mar. Lloraba mientras corría, cojo de una pierna por la patada, incluso intentó rezar. Podías salvarte entre el estribo y el suelo,

pero no podías salvarte si no te arrepentías, y él no tenía tiempo, mientras bajaba a trompicones por la colina calcárea, de sentir el menor remordimiento. Corrió con dificultad, tropezándose, sangrando por la cara y ambas manos.

Solo dos hombres lo seguían, solo por diversión, espantándolo como espantarían a un gato. Llegó a las primeras casas del fondo, pero no vio a nadie. Las carreras habían vaciado todas las casas; solo había senderos empedrados con adoquines irregulares, jardincillos, puertas con cristales emplomados y un cortacésped abandonado en el camino de grava. No se atrevió a refugiarse en una casa: mientras llamaba al timbre y esperaba lo alcanzarían. Había sacado la navaja, pero nunca la había usado contra un enemigo armado. Tenía que ocultarse, pero iba dejando un rastro de sangre por el camino.

Los dos hombres estaban sin aliento; lo habían malgastado riéndose y él tenía los pulmones jóvenes. Les sacó ventaja; se vendó la mano con un pañuelo y echó atrás la cabeza para que la sangre le corriera por la ropa. Dobló una esquina y se metió en un garaje vacío antes de que llegaran ellos. Allí esperó en la oscuridad, con la navaja en la mano, intentando arrepentirse. Pensó: «Spicer», «Fred», pero sus pensamientos no lo llevaron más allá de la esquina por donde podían reaparecer sus perseguidores: descubrió que no tenía energía suficiente para arrepentirse.

Y cuando, un buen rato después, pareció haber pasado el peligro y un largo crepúsculo cubría sus manos, no pensó en la eternidad sino en su propia humillación. Había llorado, implorado, corrido: Dallow y Cubitt se enterarían. ¿Qué sería ahora de la banda de Kite? Intentó pensar en Spicer, pero el mundo se lo impidió. No conseguía ordenar sus pensamientos. Estaba de pie, apoyado contra la pared de cemento, con las rodillas temblando y la navaja preparada en la mano y observó la esquina. Pasaron varias personas, un poco de música, como un absceso, se coló en su cerebro desde el muelle del Palace, y

las luces se encendieron en aquella pulcra y estéril calle burguesa.

El garaje nunca se había utilizado como garaje; se había convertido en un invernadero. Unos pequeños brotes verdes trepaban, como orugas, de unas jardineras llenas de tierra. Había una pala, una segadora oxidada y todos los trastos que al dueño no le cabían en casa: un viejo caballito de madera, un cochecito reconvertido en carretilla, una pila de discos viejos: *Alexander's Rag Time Band*, *Pack Up Your Troubles*, *If You Were the Only Girl*; yacían entre los trasplantadores, los restos del empedrado irregular, una muñeca con un ojo de cristal y un vestido con manchas de moho. Lo vio todo en varios vistazos rápidos, con la navaja lista, la sangre coagulándose en el cuello, goteando de su mano, donde se había resbalado el pañuelo. Fuese quien fuese la urraca dueña de aquella casa, tendría ese añadido a sus posesiones: una pequeña mancha de sangre seca en el suelo de cemento.

Quienquiera que fuese el dueño, había recorrido un largo camino para llegar allí. El cochecito-carretilla estaba cubierto de etiquetas, pruebas de innumerables viajes en tren —Doncaster, Lichfield, Clacton (debieron de ser unas vacaciones estivales), Ipswich, Northampton—, arrancadas para el viaje siguiente; habían dejado un rastro inconfundible en ese montón de trastos viejos. Y esta casita cerca del hipódromo era el mejor final que había conseguido encontrar. No había duda de que era el final, la casa hipotecada al fondo; como la marca borrosa de la marea en la playa, los trastos se iban amontonando allí y no llegarían más allá.

Y el Chico le odió. No tenía nombre ni rostro, pero el Chico le odió, odió la muñeca, el cochecito, el caballito de madera roto. Las plantas germinadas le irritaron tanto como la ignorancia. Tenía hambre y se sentía desfallecido y confuso. Había conocido el miedo y el temor.

Ahora, claro, era el momento, mientras la oscuridad se escurría hasta el fondo, de hacer examen de conciencia. Entre

el estribo y el suelo no había tiempo, no se podía romper en un momento el hábito del pensamiento, la costumbre se aferraba a ti mientras morías. Y recordó a Kite, después de que lo atacaran en Saint Pancras, desvaneciéndose en la sala de espera, mientras un celador echaba ceniza en la chimenea, hablando sin parar de no sé qué idiotas.

«Pero Spicer —los pensamientos del Chico volvieron inevitablemente con una sensación de alivio—, han matado a Spicer.» Era imposible arrepentirse de algo que lo había puesto a salvo. Aquella entrometida ya no tenía más testigo que Rose, y a Rose podía manejarla. Y luego, cuando estuviese a salvo del todo, podría pensar en hacer examen de conciencia, en volver a casa, y su corazón se ablandó con una leve nostalgia del minúsculo y oscuro confesonario, la voz del cura y la gente aguardando al pie de la imagen, ante las candelas que ardían en los vasitos rosas, para que la salvaran del dolor eterno. El dolor eterno nunca había significado gran cosa para él: ahora eran cortes de navajas prolongados infinitamente.

Salió del garaje a hurtadillas. La nueva calle abierta en la piedra caliza de la colina estaba vacía excepto por una pareja que se abrazaba lejos de la luz de la farola, al lado de una valla de madera. Al verlos sintió una punzada de náusea y crueldad. Pasó cojeando a su lado, apretando la navaja en la mano herida, con su cruel virginidad, que exigía algún placer distinto del de ellos, frecuente, brutal y breve.

Sabía dónde ir. No quería volver donde Frank así, con las telarañas del garaje pegadas a la ropa, y la mano y la cara cortadas en su derrota. Había gente bailando al aire libre sobre la plataforma de piedra blanca de encima del Acuario, y bajó a la playa, donde estaba más solo; las algas secas, traídas por las tormentas del invierno anterior, crujieron bajo sus zapatos. Podía oír la música: *The One I Love*. Callad de una vez, pensó, cerrad el pico. Una polilla que se había chamuscado contra una de las farolas andaba sobre un trozo de madera arrastrada por el mar y la mandó al otro mundo aplastándola con el zapato polvoriento. Algún día… algún día… Cojeó por la arena, con

la mano ensangrentada oculta, un joven dictador. Era el jefe de la banda de Kite, esta era una derrota temporal. Una confesión, cuando estuviese a salvo, para borrarlo todo. La luna amarilla se alzó, inclinada sobre Hove, la precisa y matemática Regency Square, y el Chico fantaseó, cojeando por la arena seca, al lado de las cabinas de baño cerradas: … me harán una estatua.

Subió desde la arena, pasó por el muelle del Palace y siguió su doloroso camino cruzando el paseo. El restaurante Snow's estaba todo iluminado. Sonaba una radio. Se quedó fuera, en la acera, hasta que vio a Rose servir una mesa cerca de la ventana; entonces se acercó y apretó la cara contra el cristal. Ella lo vio en el acto; su presencia resonó en su cerebro como el timbre de un teléfono. Pinkie se sacó la mano del bolsillo, pero la cara herida ya había despertado suficiente preocupación en ella. Rose intentó decirle algo a través del cristal pero él no la entendió; era como si le hablara en un idioma extranjero. Tuvo que repetírselo tres veces, «Ve a la parte de atrás», antes de que él pudiera leerle los labios. El dolor de la pierna había empeorado. Rodeó el edificio cojeando y, al darse la vuelta, vio pasar un coche: un Lancia; el chófer de uniforme y el señor Colleoni, el señor Colleoni, con esmoquin y un chaleco blanco, recostado en el asiento, sonriendo y sonriendo a una anciana vestida de seda púrpura. Aunque pasaron tan deprisa que tal vez no fuese el señor Colleoni, sino cualquier magnate de mediana edad volviendo al Cosmopolitan después de un concierto en el Pabellón.

Se agachó y miró por el hueco del buzón de la puerta trasera: Rose iba hacia él por el pasillo con las manos entrelazadas y un gesto de rabia en la cara. Al verla, perdió parte de su seguridad en sí mismo. Se ha dado cuenta, pensó, se ha percatado de todo… Siempre había sabido que las chicas le miraban a uno los zapatos y el abrigo… si me echa, pensó, romperé la botella de vitriolo y… Pero cuando abrió la puerta, apareció, tan tonta y fervorosa como siempre.

—¿Quién ha sido? —susurró—. Como los pille…

—No te preocupes —dijo el Chico, y fanfarroneó tímidamente—, déjalos de mi cuenta.

—Tu preciosa cara.

Él recordó, asqueado, que siempre se había dicho que a ellas les gustaban las cicatrices, que las tomaban por un signo de virilidad, de poder.

—¿Hay algún sitio —preguntó— donde pueda lavarme la cara?

Ella susurró:

—Entra sin hacer ruido. Por ahí se va al sótano.

Y lo llevó a un cuartito por el que pasaban las tuberías del agua caliente y donde había unas botellas en una caja.

—¿No vendrá nadie? —preguntó él.

—Aquí nadie pide vino —respondió ella—. No tenemos licencia. Esto es lo que queda de cuando nos mudamos aquí. La dueña lo bebe por motivos medicinales. —Siempre que hablaba de Snow's, lo hacía en primera persona del plural con una leve timidez—. Siéntate —dijo—. Iré a buscar un poco de agua. Tendré que apagar la luz o alguien podría verla.

Pero la luz de la luna iluminaba el cuartito lo suficiente para que pudiera ver lo que había a su alrededor; hasta podía leer las etiquetas de las botellas: vinos Empire, vinos blancos australianos y borgoñas jóvenes.

Rose tardó solo un poco en volver, pero enseguida empezó a disculparse con humildad.

—Me han pedido una cuenta y el cocinero estaba mirando. —Llevaba un molde blanco de budín lleno de agua caliente y tres servilletas—. No tienen más —dijo, rasgándolas —, aún no las han traído de la lavandería. —Y añadió con firmeza, mientras le limpiaba el largo corte superficial, como una línea trazada con un alfiler por todo el cuello—: Como los pille…

—No hables tanto —dijo él, y le tendió la mano rajada.

La sangre estaba empezando a coagularse; ella se la vendó con torpeza.

—¿Ha vuelto a venir alguien haciendo preguntas?

—El hombre que estaba con la mujer.

—¿Un poli?

—No creo. Dijo que se llamaba Phil.

—Parece que fuiste tú quien hizo las preguntas.

—La gente habla mucho.

—No lo entiendo —dijo el Chico—. Si no son polis, ¿qué es lo que quieren? —Alargó la mano sana y le pellizcó en el brazo—. No les habrás dicho nada, ¿verdad?

—Nada de nada —dijo, y lo miró con devoción en la oscuridad—. ¿Tuviste miedo?

—No pueden acusarme de nada.

—Digo cuando te hicieron esto. —Y le tocó la mano.

—Miedo —mintió—, pues claro que no tuve miedo.

—¿Por qué lo han hecho?

—Te he dicho que no hagas preguntas —Se incorporó, tambaleándose sobre la pierna magullada—. Cepíllame el abrigo. No puedo salir así. Tengo que parecer respetable.

Se apoyó en los vinos de borgoña mientras ella le sacudía la ropa con la palma de la mano. La luz de la luna llenaba el cuartito de sombras, la caja, las botellas, los hombros estrechos, el rostro adolescente, dulce y asustado.

Se dio cuenta de que no le apetecía salir otra vez a la calle, volver a la pensión de Frank y a las inacabables cábalas con Cubitt y Dallow sobre cuál debía ser su siguiente movimiento. La vida era una serie de complicados ejercicios tácticos, tan complicados como la posición de las tropas en

Waterloo, pensados en un somier metálico, entre migas de hojaldre. Siempre había ropa que planchar, Cubitt y Dallow discutían, o Dallow se iba detrás de la mujer de Frank, el viejo teléfono al pie de las escaleras sonaba y sonaba, y Judy dejaba los extras siempre encima de la cama, fumaba demasiado y pedía una propina, una propina, una propina. ¿Cómo se podía pensar en una estrategia a gran escala en esas condiciones? De pronto, sintió una súbita nostalgia por el pequeño y oscuro cuarto trastero, el silencio, la luz pálida sobre el borgoña joven. Estar un rato a solas …

Pero no estaba a solas. Rose puso su mano en la suya y le preguntó, asustada:

—No estarán esperándote ahí fuera, ¿verdad?

Se apartó, jactándose:

—No están esperándome en ninguna parte. Han salido peor parados que yo. No iban a por mí, sino a por el pobre Spicer.

—¿El pobre Spicer?

—El pobre Spicer está muerto.

Y nada más decirlo, llegó por el pasillo una risotada del restaurante, una risa de mujer, ebria de cerveza, buena compañía y ningún remordimiento.

—Ha vuelto —dijo el Chico.

—Sí que es ella.

Habían oído esa risa en cien sitios diferentes: sin lloriqueos, despreocupada, viendo el lado positivo de las cosas, cuando los barcos se alejaban y otras personas lloraban; celebrando los chistes obscenos en los espectáculos de variedades, en la cabecera de los enfermos y en compartimentos abarrotados de la Southern Railway; cuando ganaba el caballo equivocado; la risa de una mujer franca y generosa.

—Me da miedo —susurró Rose—. No sé qué quiere.

El Chico la acercó hacia sí. Tácticas, tácticas, nunca había tiempo de trazar una estrategia, y en la luz nocturna y gris vio su rostro vuelto hacia él para que la besara. Dudó, con asco, pero con táctica. Quería pegarle, hacerla gritar, pero la besó de forma inexperta sin encontrar sus labios. Apartó la boca fruncida y dijo:

—Escucha.

—No has estado con muchas chicas, ¿verdad? —dijo ella.

—Pues claro que sí —respondió—, pero escucha…

—Para mí eres el primero —dijo ella—. Me alegro.

Cuando dijo eso, empezó a odiarla otra vez. Ni siquiera sería alguien de quien jactarse ante los demás: no se la había robado a nadie, no tenía rival, nadie más la miraría. Cubitt y Dallow no le echarían ni siquiera un vistazo: con su pelo de color indeterminado y sin teñir, su simpleza, la ropa barata que notaba entre sus manos. La odió como había odiado a Spicer, y eso hizo que se volviera circunspecto; le apretó los pechos con torpeza con la palma de la mano, el lúgubre y oportunista remedo de una pasión ajena, y pensó: «No estaría tan mal si se arreglase, un poco de maquillaje y jena, pero que esta, la chica más joven, vulgar y menos experimentada de Brighton, me tenga a mí en su poder…».

—Ay, Dios —dijo ella—, qué dulce eres conmigo, Pinkie. Te quiero.

—¿No me delatarías… a ella?

Alguien gritó en el pasillo: «Rose»; se oyó un portazo.

—Tengo que irme —dijo—. ¿Qué quieres decir con eso de delatarte?

—Lo que he dicho. Hablar. Decirle quién dejó la tarjeta. Que no fue quien ya sabes.

—No se lo diré.

Un autobús pasó por West Street. La luz se coló por un ventanuco con barrotes hasta su rostro pálido y decidido: parecía un niña que cruza los dedos y hace su juramento particular.

—Me da igual lo que hayas hecho —dijo con dulzura, igual que podría no haberle interesado quién hubiese roto el cristal de una ventana o escrito una palabrota en la puerta de un vecino.

Él se quedó sin palabras, y cierta intuición de la astucia de su sencillez, de la larga experiencia de sus dieciséis años y de las posibles profundidades de su fidelidad le conmovió como una música vulgar, mientras la luz pasaba de un pómulo a otro y, al otro lado de la pared, marchas de los coches chirriaban en la calle.

—¿Qué quieres decir? No he hecho nada —dijo él.

—No lo sé —respondió ella—. Me da igual.

—¡Rose! —gritó una voz—, ¡Rose!

—Es ella —dijo—. Estoy segura. Haciendo preguntas. Suave como la seda. ¿Qué sabe de nosotros? —Se acercó a él —: Yo también hice algo una vez. Un pecado mortal. Cuando tenía doce años. Pero ella…, ella no sabe qué es un pecado mortal.

—Rose. ¿Dónde estás? Rose.

La sombra de su rostro de dieciséis años cambió bajo el claro de luna que iluminaba la pared.

—El bien y el mal. De eso habla. La he oído en la mesa. El bien y el mal. Como si supiera lo que es eso —susurró con desprecio—. Ella no arderá. No podría ni aunque lo intentara. —Lo mismo podría haber estado hablando de un petardo mojado—. Molly Carthew ardió. Era preciosa. Se suicidó. Desesperada. Eso es un pecado mortal. Es imperdonable. A menos que…, ¿qué era eso que dijiste del estribo?

Se lo dijo a regañadientes:

—Entre el estribo y el suelo. Eso no funciona.

—Lo que hiciste —insistió ella—, ¿lo has confesado?

Él respondió con una evasiva, una figura oscura y obstinada con la mano vendada apoyada sobre el vino blanco australiano.

—Hace años que no voy a misa.

—No me importa —repitió Rose—. Prefiero arder contigo antes que ser como ella. —Su voz inmadura tropezó con la última palabra—. No sabe nada.

—Rose.

Se abrió la puerta de su escondrijo. Una encargada con un uniforme de color verde salvia, con las gafas enganchadas en el ojal de la pechera, trajo consigo la luz, las voces, la radio, la risa, y disipó la oscura teología que había entre los dos.

—Niña —dijo—, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Y quién es esta otra chica? —añadió escudriñando la figura delgada que había entre las sombras, pero cuando él se movió hacia la luz se corrigió—: Este chico.

Su mirada recorrió las botellas y las contó.

—No puedes traer aquí a tus novios.

—Ya me iba —dijo el Chico.

La mujer lo observó con suspicacia y desagrado; no se había quitado todas las telarañas.

—Si no fueses tan joven —dijo— llamaría a la policía.

Él respondió con el único destello de humor que tuvo en toda su vida.

—Tendría una coartada.

—En cuanto a ti —la encargada se volvió hacia Rose—, ya hablaremos después. —Acompañó al Chico fuera del cuartito y dijo asqueada—: Sois demasiado jóvenes para estas cosas.

Demasiado joven… ahí radicaba la dificultad. Spicer no había resuelto esa dificultad antes de morir. Demasiado joven para cerrarle la boca con el matrimonio, demasiado joven para impedir que la policía la hiciera subir al estrado de los testigos, si alguna vez se daba el caso. Para prestar testimonio de… caramba, para decir que Hale no había dejado la tarjeta, que había sido Spicer, que él mismo había ido a buscarla debajo del mantel. Ella recordaba incluso ese detalle. La muerte de Spicer aumentaría las sospechas. Tenía que cerrarle la boca a Rose de un modo u otro: necesitaba tener paz.

Subió despacio las escaleras hasta la habitación con salita en la pensión de Frank. Tenía la sensación de estar perdiendo el control de las cosas, el teléfono no dejaba de sonar y, mientras perdía el control, empezó a comprender que había muchas cosas que no tenía edad para saber. Cubitt salió de un cuarto en el piso de abajo, tenía la boca llena de manzana, llevaba una navaja rota en la mano.

—No —dijo—, Spicer no está aquí. Aún no ha vuelto.

El Chico gritó desde el primer rellano.

—¿Quién pregunta por Spicer?

—Ha colgado.

—¿Quién?

—No sé. Una fulana con la que anda. Una que le hace gracia y con la que se ve en el Queen of Hearts. ¿Dónde está Spicer, Pinkie?

—Está muerto. Lo han matado los hombres de Colleoni.

—Dios —dijo Cubitt. Cerró la navaja y escupió la manzana—. Tendríamos que haber dejado en paz a Brewer. ¿Qué vamos a hacer?

—Sube aquí —dijo el Chico—. ¿Dónde está Dallow?

—Ha salido.

El Chico pasó el primero a la habitación con salita y encendió la única bombilla. Pensó en la habitación de Colleoni en el Cosmopolitan. Pero en algún sitio había que empezar.

—Has vuelto a comer en mi cama —dijo.

—No he sido yo, Pinkie. Ha sido Dallow. Caramba, Pinkie, te han rajado.

Una vez más, el Chico mintió.

—Yo también les di lo suyo. —Pero mentir era una debilidad. No estaba acostumbrado a mentir. Dijo—: No tenemos que alterarnos tanto por Spicer. Era un cobarde. Es mejor que esté muerto. La chica de Snow's lo vio dejar la tarjeta. Bueno, cuando esté enterrado, ya no lo identificará nadie. Incluso podríamos hacer que lo incineren.

—No creerás que la poli…

—No me da miedo la poli. Hay más gente husmeando.

—No pueden ir en contra de lo que dijo el médico.

—Sabes que lo matamos y los médicos saben que murió de muerte natural. Mira a ver si tú lo entiendes porque yo no puedo. —Se sentó en la cama y quitó las migas que había dejado Dallow—. Estamos más seguros sin Spicer.

—A lo mejor tienes razón, Pinkie. Pero qué impulsó a Colleoni a…

—Supongo que tenía miedo de que fuésemos a por Tate en las carreras. Quiero que traigas al señor Prewitt. Necesito que me arregle un asunto. Es el único abogado de quien podemos fiarnos…, si es que podemos.

—¿Qué ocurre, Pinkie? ¿Es grave?

El Chico apoyó la cabeza en el poste metálico de la cama.

—A lo mejor tengo que casarme después de todo.

Cubitt soltó de pronto una carcajada, con la bocaza abierta y los dientes cariados. Detrás de su cabeza, la persiana

medio bajada tapaba el cielo nocturno y dejaba las chimeneas negras y fálicas humeando en el aire iluminado por la luna. El Chico se quedó en silencio observando a Cubitt, escuchando su risa como si fuese el desprecio del mundo. Cuando Cubitt dejó de reírse le dijo:

—Vamos. Ve a telefonear al señor Prewitt. Dile que venga.

Miraba, más allá de Cubitt, en el extremo del cordel de la persiana, la pera que golpeaba suavemente el cristal de la ventana y las chimeneas en la noche de principios del verano.

—No querrá venir.

—Pues tiene que venir. No puedo salir así. —Se tocó las heridas del cuello, donde le habían dado los navajazos—. Tengo que arreglar las cosas.

—Menudo pájaro estás hecho —dijo Cubitt—. Eres muy joven para este juego.

El juego; y la imaginación del Chico recordó, con odio y curiosidad, el rostro pequeño, vulgar y dispuesto a todo, las botellas iluminadas por la luz de la luna en las cajas, y la palabra «arder», «arder» repetida varias veces. ¿Qué quería decir la gente con eso del «juego»? Lo sabía todo en la teoría, nada en la práctica; solo era viejo porque conocía la lujuria ajena, la de los desconocidos que escribían sus deseos en las paredes de los baños públicos. Se sabía los movimientos, pero nunca había jugado a ese juego.

—A lo mejor no hace falta —dijo—. Pero trae al señor Prewitt. Él sabe de estas cosas.

El señor Prewitt sabía. Saltaba a la vista nada más verlo. Ninguna marrullería, tergiversación, cláusula contradictoria o palabra ambigua le era ajena. Su rostro cetrino, afeitado, de mediana edad, estaba profundamente surcado de decisiones

legales. Llevaba una cartera de cuero marrón y un pantalón de rayas que parecía un poco más nuevo de la cuenta comparado con lo demás. Entró en el cuarto con una falsa jovialidad, con modales de portuario; sus zapatos puntiagudos y bien lustrados reflejaban la luz. Todo en su persona, desde su desenvoltura a su chaqué, era nuevo, excepto él mismo, que había envejecido en numerosos tribunales, con numerosas victorias más perjudiciales que las derrotas. Había adquirido la costumbre de no escuchar: las constantes reprimendas desde el estrado le habían enseñado eso. Era despectivo, discreto, comprensivo y correoso como el cuero.

El Chico le saludó sin levantarse, sentado en la cama.

—Buenas noches, señor Prewitt.

Y el señor Prewitt sonrió, comprensivo, dejó la cartera en el suelo y se sentó en la dura silla al lado de la mesita del tocador.

—Hace una noche preciosa —dijo—. Vaya, vaya, has ido a la guerra.

Su compasión no encajaba con él; podía despegarse de sus ojos, igual que la etiqueta de una subasta de un antiguo instrumento de pedernal.

—No es por eso por lo que quiero verle —dijo el Chico —. No se asuste. Solo quiero información.

—¿No te habrás metido en un lío? —preguntó el señor Prewitt.

—Necesito evitar meterme en uno. Si quisiera casarme, ¿qué tendría que hacer?

—Esperar unos pocos años —respondió enseguida el señor Prewitt, como quien muestra las cartas en una partida de naipes.

—La semana que viene —dijo el Chico.

—Lo malo es —observó pensativo el señor Prewitt— que eres menor de edad.

—Por eso le he hecho venir.

—Hay casos —dijo el señor Prewitt— de personas que mienten sobre su edad. No te lo estoy proponiendo, desde luego. ¿Qué edad tiene la joven?

—Dieciséis.

—¿Estás seguro? Porque, si tuviera menos de dieciséis, podría casaros el arzobispo en persona en la catedral de Canterbury y seguiría sin ser legal.

—Lo estoy —dijo el Chico—. Pero, si mentimos sobre la edad, estaremos casados de verdad… ¿legalmente?

—Irrevocablemente.

—La policía no podría citar a la chica para…

—¿Declarar contra ti? No sin su consentimiento. Claro que habrías cometido una falta. Podrían enviarte a la cárcel. Y luego… hay otras complicaciones.

El señor Prewitt se apoyó contra el lavabo, su pelo pulcro, legal y gris rozó el aguamanil, y miró al Chico.

—Sabe que siempre pago —dijo el Chico.

—En primer lugar —dijo el señor Prewitt—, tienes que tener presente que lleva su tiempo.

—No dispongo de mucho.

—¿Quieres casarte por la Iglesia?

—Por supuesto que no —respondió el Chico—. No será un matrimonio de verdad.

—Sí que lo será.

—No como cuando lo dice el cura.

—Tus sentimientos religiosos te honran —dijo el señor Prewitt—. Entiendo, pues, que este será un matrimonio civil.

Podrías conseguir una licencia, necesitas quince días de residencia, eso lo tienes, y un día de aviso. Por lo que a eso se refiere, podrías casarte pasado mañana… en tu propio distrito. Luego está la siguiente dificultad. Un matrimonio de un menor no es cosa fácil.

—Siga. Le pagaré.

—No sirve de nada decir que tienes veintiún años. Nadie te creería. Pero si dijeses que tienes dieciocho, podrías casarte con el consentimiento de tus padres o de tu tutor legal. ¿Viven tus padres?

—No.

—¿Quién es tu tutor legal?

—No sé qué es eso.

El señor Prewitt dijo, pensativo:

—Podríamos buscar un tutor. Aunque es arriesgado. Sería mejor si hubieseis perdido el contacto. Si te hubiese dejado para irse a Sudáfrica. Eso podría sernos útil —añadió en voz baja el señor Prewitt—. Arrojado al mundo a una tierna edad, te has abierto camino valientemente. —Sus ojos fueron de un pomo de la cama al otro—. Rogaríamos discreción al registrador.

—No pensé que fuese a ser tan complicado —dijo el Chico—. A lo mejor podría buscar otra solución.

—Con tiempo —dijo el señor Prewitt—, todo se puede arreglar. —Mostró sus dientes cubiertos de sarro en una sonrisa paternal—. Tú pídemelo y me aseguraré de que te cases. Confía en mí.

Se puso en pie, su pantalón de rayas era como el de un invitado a una boda, alquilado por un día en Moss's; cuando cruzó la habitación con su sonrisa amarillenta, parecía que fuese a besar a la novia.

—Si me pagas una guinea por la consulta, hay un par de cosas que tengo que comprar para mi mujer…

—¿Está usted casado? —preguntó el Chico con una súbita impaciencia.

Nunca se le había ocurrido que Prewitt… Se fijó en la sonrisa, los dientes amarillos, el rostro arrugado, marchito y poco de fiar, como si ahí pudiera, quizás, aprender…

—El año que viene son mis bodas de plata —dijo el señor Prewitt—. Veinticinco años en el juego.

Cubitt asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Voy a salir a dar una vuelta —sonrió—. ¿Cómo va la boda?

—Avanzando —dijo el señor Prewitt—, avanzando. —Y dio unas palmaditas en la cartera, como si fuese la mejilla rolliza de un niño prometedor—. Pronto veremos casado a nuestro joven amigo.

Solo hasta que todo pase, pensó el Chico, apoyándose en la almohada gris y poniendo un zapato en el edredón malva; no será un verdadero matrimonio, solo algo para callarle la boca una temporada.

—Adiós —dijo Cubitt, riéndose desde el otro lado de la cama.

Rose, la carita fiel y vulgar, el dulce sabor de la piel humana, la emoción en el cuartito oscuro al lado de la caja de borgoña joven. Tumbado en la cama, quiso quejarse: «Aún no», «con ella no». Si el momento tenía que llegar, si tenía que imitar a todo el mundo en ese juego brutal, que fuese de viejo, cuando no tuviese nada más que ganar y con alguien que otros le envidiaran. No con alguien inmaduro, simple y tan ignorante como él.

—No tienes más que decirlo —repitió el señor Prewitt—. Lo arreglaremos.

Cubitt se había ido. El Chico dijo:

—Encontrará una libra en el lavabo.

—No la veo —dijo, con impaciencia, el señor Prewitt, mientras apartaba un cepillo de dientes.

—En la jabonera… debajo de la tapa.

Dallow asomó la cabeza en la habitación.

—Buenas tardes —saludó al señor Prewitt. Luego le dijo al Chico—: ¿Qué le ha pasado a Spicer?

—Fue Colleoni. Lo sorprendieron en las carreras —respondió el Chico—. Estuvieron a punto de pillarme a mí también.

Y levantó la mano vendada hacia el cuello lleno de cicatrices.

—Pero Spicer está en su cuarto. Le he oído.

—¿Que le has oído? —dijo el Chico—. Imaginaciones tuyas.

Por segunda vez ese día, tuvo miedo. Una bombilla iluminaba levemente el pasillo y las escaleras: las paredes estaban salpicadas de manchas de pintura castaña. Notó que la piel de la cara se le contraía como si la hubiese tocado algo repulsivo. Quiso preguntar si se podía hacer algo más que oír al tal Spicer, si se le podía ver y tocar. Se puso en pie: fuese lo que fuese, tenía que enfrentarse a ello; pasó por delante de Dallow sin decir una palabra. La puerta de Spicer se abría y cerraba con la corriente de aire. No llegó a ver el interior. Era una habitación minúscula; todos tenían habitaciones minúsculas menos Kite, y Pinkie había heredado esa. Por eso su cuarto era como un salón común para todos. En la de Spicer no había sitio más que para él… y Spicer. Oyó unos crujidos como de cuero cuando se movió la puerta. Las palabras «*Dona nobis pacem*» volvieron otra vez a su recuerdo; por segunda vez sintió una leve nostalgia, como por algo que hubiese perdido, olvidado o rechazado.

Siguió por el pasillo y entró en el cuarto de Spicer. Su primera sensación cuando vio a Spicer inclinado y apretando las correas de su maleta fue de alivio: era Spicer y estaba vivo, se lo podía tocar, asustar y dar órdenes. Una larga tira de esparadrapo recorría la mejilla de Spicer. El Chico la observó desde la puerta con creciente crueldad; quiso arrancársela y ver cómo se rompía la piel. Spicer alzó la mirada, dejó la maleta y retrocedió, incómodo, hacia la pared.

—Pensaba… temía que… te hubiese atrapado Colleoni.

Su temor reveló lo que sabía. El Chico no dijo nada, lo observó desde la puerta. Como disculpándose por estar vivo, Spicer le explicó:

—Me escapé…

Sus palabras languidecieron como un manojo de algas, ante el silencio, la indiferencia y la determinación del Chico.

Por el pasillo llegó la voz del señor Prewitt:

—En la jabonera. Ha dicho que estaba en la jabonera.

Y se oyó el roce de la porcelana, al moverla ruidosamente.

2

«Voy a presionar a esa chica a todas horas hasta conseguir algún resultado.» Se puso en pie con un gesto impresionante y cruzó el restaurante, como un buque de guerra dispuesto a entrar en combate, un buque de guerra en el bando correcto de una guerra para acabar con todas las guerras, con las banderas de señales proclamando que hasta el último hombre cumplirá con su deber. Sus grandes pechos, que nunca habían amamantado a un hijo, sentían una compasión implacable. Rose huyó al verla, pero Ida no tuvo piedad y fue hacia la puerta del servicio. Todo seguía su curso, había empezado a plantear las preguntas que había querido hacer cuando leyó en Henekey's lo de la investigación judicial, y estaba obteniendo respuestas. Y Fred también había cumplido con su parte, le había dado un pronóstico sobre el caballo ganador, así que ahora tenía dinero, además de amigos; doscientas libras: una infinita capacidad de corrupción.

—Buenas noches, Rose —dijo, plantándose ante la puerta de la cocina y bloqueándole el paso.

Rose bajó la bandeja y se volvió con todo el temor, la obstinación y la incomprensión de un animal salvaje que no reconoce la bondad.

—Usted otra vez —dijo—. Estoy ocupada. No puedo hablar con usted.

—Pero, niña, la encargada me ha dado permiso.

—No podemos hablar aquí.

—¿Y dónde podemos hablar?

—En mi cuarto, si me deja usted salir.

Rose la llevó por las escaleras traseras del restaurante hasta el pequeño rellano de linóleo.

—Te tratan bien aquí, ¿no? —dijo Ida—. Una vez viví en un pub, fue antes de conocer a Tom… Tom es mi marido —le explicó paciente, dulce e implacable, a la espalda de Rose—. Allí no te trataban tan bien. ¡Flores en el rellano! —exclamó complacida al ver el ramo marchito sobre una mesita de pino y, mientras arrancaba los pétalos, sonó un portazo.

Rose la había dejado fuera, y cuando llamó, despacio, a la puerta oyó un susurro obstinado.

—Váyase. No quiero hablar con usted.

—Es grave. Muy grave. —La cerveza fuerte que había bebido le repitió un poco; se llevó la mano a la boca y dijo mecánicamente—: Perdón. —Y eructó hacia la puerta cerrada.

—No puedo ayudarla. No sé nada.

—Déjame pasar, niña, y te lo explicaré. No puedo ponerme a gritar en el rellano.

—¿Por qué iba a preocuparse usted por mí?

—No quiero que los Inocentes sufran.

—Como si usted supiese —la acusó la voz suave— quién es inocente.

—Abre la puerta, niña.

Empezaba a perder la paciencia, pero solo un poco: su paciencia era casi tan grande como su buena voluntad. Puso la mano en la manija y empujó; sabía que a las camareras no les dejaban tener llaves, pero Rose había apoyado una silla debajo del picaporte. Irritada, Ida le dijo:

—Así no te librarás de mí.

Apoyó todo su peso contra la puerta y la silla crujió y se desplazó, la puerta se abrió un poco.

—Voy a hacer que me escuches —dijo Ida.

Al ir a salvarle la vida a alguien no debías dudar, eso te enseñaban, a aturdir a la persona a la que querías rescatar. Metió la mano y quitó la silla, luego entró por la puerta abierta. Tres camas de hierro, una cómoda, dos sillas y un par de espejos baratos: lo contempló todo, y a Rose, apoyada contra la pared lo más lejos posible, mirando la puerta, aterrorizada con sus ojos inocentes y experimentados, como si temiera que fuesen a revelarlo todo.

—No seas boba —dijo Ida—. Soy tu amiga. Solo quiero salvarte de ese chico. Estás loca por él, ¿verdad? Pero no lo entiendes… él es malo.

Se sentó en la cama y continuó, amable e implacable. Rose susurró:

—No sabe usted nada.

—Tengo mis pruebas.

—No hablaba de eso —respondió la chica.

—No te quiere —dijo Ida—. Escucha, soy humana. Créeme, yo también he estado enamorada de un par de chicos cuando era joven. Caramba, es natural. Es como respirar. Pero no debes perder la cabeza. No hay ninguno que valga la pena… y mucho menos él. Es malo. Pero fíjate en que no soy ninguna puritana. Yo también he hecho cosas de joven… es natural. Caramba —dijo, extendiendo hacia la chica su zarpa rolliza y condescendiente—, si está en mi mano: el cinturón de Venus. Pero siempre he estado del lado del Bien. Eres joven. Tendrás muchos chicos aún. Lo pasarás bien… si no dejas que te enreden. Es natural. Como respirar. No vayas a pensar que no creo en el amor. No diría yo eso. Yo. Ida Arnold. Se reirían. —La cerveza le repitió otra vez y se puso una mano delante de la boca—. Perdona, niña. Ya verás cómo nos entenderemos cuando hablemos. Nunca he tenido hijos y, no sé por qué, me has caído bien. Eres una chica muy dulce. —De pronto gritó —: Apártate de esa pared y compórtate con sensatez. Él no te quiere.

—Me da igual —dijo con obstinación la voz infantil.

—¿Cómo que te da igual?

—Yo sí le quiero.

—Te estás portando de un modo enfermizo —dijo Ida—. Si fuese tu madre te daría una buena azotaina. ¿Qué dirían tu padre y tu madre si lo supieran?

—Les daría igual.

—¿Y cómo crees que acabará todo?

—No lo sé.

—Eres joven. Eso es lo que pasa —dijo Ida—, demasiada novelería. Yo era igual que tú. Ya se te pasará. Lo único que te hace falta es un poco de experiencia.

Los ojos de Nelson Place le devolvieron la mirada sin entender. Desde su madriguera, el animalillo observó el mundo animado y brillante de fuera; dentro del agujero había asesinatos, copulaciones, pobreza extrema, fidelidad, y el amor y el temor de Dios; pero el animalillo no tenía conocimiento suficiente para negar que solo en el brillo y en el mundo exterior había algo que la gente llamaba experiencia.

3

El Chico miró el cadáver, con las piernas y los brazos extendidos como Prometeo, al pie de las escaleras de Frank.

—Dios mío —dijo el señor Prewitt—, ¿cómo ha sucedido?

El Chico dijo:

—Hace mucho tiempo que deberían haber arreglado esas escaleras. Se lo he dicho a Frank, pero no hay manera de hacer gastar dinero a ese cabrón.

Apoyó la mano vendada en la barandilla y empujó hasta que cedió. La madera podrida cayó sobre el cadáver de Spicer, un águila teñida de castaño, sobre los riñones.

—Pero eso ha ocurrido después de que cayera —protestó el señor Prewitt; su voz de leguleyo sonó trémula.

—Se equivoca —dijo el Chico—. Estaba usted en el pasillo y lo vio apoyar la maleta en la barandilla. No debería haberlo hecho. La maleta pesaba demasiado.

—Dios mío, no puedes mezclarme en esto —dijo el señor Prewitt—. No he visto nada. Estaba buscando en la jabonera, estaba con Dallow.

—Los dos lo han visto —replicó el Chico—. Mejor. Menos mal que había presente un abogado respetable como usted. Su palabra les convencerá.

—Lo negaré —dijo Prewitt—. Me marcho de aquí. Juraré que nunca he estado en esta casa.

—Quédese donde está —le espetó el Chico—. No queremos que ocurra otro accidente. Dallow, ve a telefonear a

la policía… y a un médico, siempre queda mejor.

—Puedes retenerme aquí —dijo el señor Prewitt—, pero no puedes hacer que diga…

—Lo que quiero que diga es lo que usted quiera decir. Aunque no daría muy buena impresión, ¿no cree?, que a mí me detuviesen por matar a Spicer, y usted estuviese aquí mirando en la jabonera. Bastaría para arruinar la reputación de cualquier abogado.

El señor Prewitt miró el hueco roto en la barandilla de las escaleras, donde yacía el cadáver, y dijo en voz baja:

—Vale más que levantes el cadáver y coloques la madera debajo. Si lo encuentran así, la policía tendrá muchas preguntas.

Volvió a la habitación, se sentó en la cama y apoyó la cabeza entre las manos.

—Me duele la cabeza —dijo—, debería irme a casa.

Nadie le hizo el menor caso. La puerta de Spicer rechinaba, empujada por la corriente.

—Me va a estallar la cabeza —repitió el señor Prewitt.

Dallow salió cargando con la maleta por el pasillo: el cordón del pijama de Spicer salía de ella como pasta de dientes.

—¿Dónde iba? —preguntó.

—Al Blue Anchor, en la calle Union Street de Nottingham —respondió el Chico—. Será mejor mandarles un telegrama. A lo mejor quieren enviar unas flores.

—Cuidado con las huellas dactilares —les imploró el señor Prewitt desde el lavabo, sin levantar la cabeza dolorida, aunque los pasos del Chico en las escaleras le hicieron levantarla—. ¿Dónde vas? —preguntó con brusquedad.

El Chico lo miró desde el rellano de las escaleras.

—Fuera —respondió.

—No puedes irte ahora —dijo el señor Prewitt.

—Yo no estaba aquí —replicó el Chico—. Solo estaban usted y Dallow. Me estaban esperando.

—Te verán.

—Es un riesgo que tiene que correr —dijo el Chico—. Tengo cosas que hacer.

—No me las digas —gritó atropellado el señor Prewitt, y se contuvo—. No me digas —repitió en voz baja— qué cosas son esas…

—Tendremos que arreglar lo de la boda —replicó, sombrío, el Chico.

Miró al señor Prewitt un momento —la esposa, veinticinco años en el juego—, como si quisiera preguntarle algo, casi como si estuviese dispuesto a aceptar el consejo de un hombre mucho mayor, como si esperase un poco de sabiduría de aquella anciana inteligencia turbia y leguleya.

—Cuanto antes, mejor —prosiguió el Chico en voz baja y triste.

Siguió observando el rostro del señor Prewitt en busca de algún indicio de la sabiduría que el juego debía de haberle aportado en veinticinco años, pero solo vio una cara asustada, tapiada como una tienda durante un alboroto callejero. Continuó escaleras abajo hasta sumergirse en el pozo oscuro al que había caído el cadáver de Spicer.

Había tomado una decisión; lo único que tenía que hacer era avanzar hacia su objetivo. Notaba la sangre bombeada desde el corazón, moviéndose con indiferencia por las arterias, como los trenes en la línea circular. Cada estación estaba más cerca de la seguridad, y luego se iba alejando, hasta que daba la vuelta y volvía a acercarse la seguridad, como Notting Hill, y después se alejaba. La prostituta de mediana edad en el paseo de Hove no se molestó en volverse cuando él llegó por

detrás: igual que pasa con dos trenes eléctricos que se mueven por la misma vía, no hubo colisión. Ambos avanzaban hacia el mismo final, si es que podía hablarse de un final en una línea circular. A la puerta del bar Norfolk había aparcados dos coches rojos de carreras como dos camas gemelas. El Chico no reparó en ellos, pero su imagen se coló automáticamente en su cerebro y liberó su secreción de envidia.

Snow's estaba casi vacío. Se sentó a la mesa que una vez había ocupado Spicer, pero no lo atendió Rose. Una joven desconocida fue a buscar su comanda. Él preguntó con torpeza:

—¿No está Rose?

—Está ocupada.

—¿Podría verla?

—Está hablando con alguien en su cuarto. No puede subir. Tendrá que esperar.

El Chico puso media corona en la mesa.

—¿Dónde está?

La chica dudó.

—La encargada pondría el grito en el cielo.

—¿Dónde está la encargada?

—Ha salido.

El Chico puso otra media corona en la mesa.

—Por la puerta de servicio —dijo la chica—, subiendo por las escaleras. Pero hay una mujer con ella…

Oyó la voz de la mujer antes de llegar a lo alto de las escaleras. Estaba diciendo:

—Solo quiero hablar contigo por tu propio bien.

Sin embargo, tuvo que esforzarse para oír la respuesta de Rose:

—Déjeme en paz, ¿por qué no me deja en paz?

—Porque es lo que haría cualquiera con sentido común.

El Chico podía ver el interior de la habitación desde lo alto de la escalera, aunque la ancha espalda de la mujer, su vestido suelto y las caderas cuadradas casi tapaban a Rose, que estaba apoyada contra la pared con un gesto hosco y desafiante. Pequeña y huesuda, con el vestido negro de algodón y el delantal blanco, los ojos manchados pero sin lágrimas, alarmada y decidida, blandía su valor con una especie de cómica incompetencia, como el hombrecillo con un sombrero hongo a quien el encargado envía a enfrentarse a un forzudo en una feria. Dijo:

—Más vale que me deje en paz.

Eran Nelson Place y Manor Street los que estaban allí, en el cuarto de las criadas, y por un momento no sintió antagonismo sino una leve nostalgia. Era consciente de que ella formaba parte de su vida, como una habitación o una silla: era algo que le completaba. Pensó: «Tiene más agallas que Spicer». Lo peor que había en él la necesitaba: no podía arreglárselas sin la bondad. Dijo en voz baja:

—¿Por qué está molestando a mi novia?

Y esa reivindicación sonó dulce en sus oídos, como un refinamiento de su crueldad. Después de todo, aunque había apuntado más alto que Rose, tenía ese consuelo: ella no podía haber caído más bajo que él. Se quedó allí de pie con una sonrisa de suficiencia en la cara cuando la mujer se dio la vuelta. «Entre el estribo y el suelo»; había aprendido lo falaz de semejante consuelo: si se hubiese liado con una fulana radiante y descarada como las que había visto en el Cosmopolitan, su triunfo, después de todo, no habría sido tan grande. Les sonrió a las dos, disipada la nostalgia por un impulso de triste sensualidad. Era buena, había descubierto eso, y él estaba condenado: estaban hechos el uno para el otro.

—Déjala en paz —dijo la mujer—. Te tengo calado.

Fue como si estuviese en un país extranjero: la típica inglesa en un país extranjero. Ni siquiera tenía su libro de frases. Estaba tan lejos de ambos como del Infierno… o del Cielo. El bien o el mal vivían en el mismo país, hablaban el mismo idioma, iban juntos como viejos amigos, con la misma sensación de completitud, rozándose las manos al lado del somier de hierro.

—¿Quieres hacer lo que está bien, Rose? —le imploró.

Rose volvió a susurrar:

—Déjenos en paz.

—Eres una buena chica, Rose. No te conviene tener nada que ver con él.

—Usted no sabe nada.

En ese momento lo único que ella podía hacer era amenazarles desde la puerta.

—Aún no he acabado con vosotros. Tengo amigos.

El Chico la vio marcharse, confundido.

—¿Quién demonios es esa? —preguntó.

—No lo sé —respondió Rose.

—No la había visto en mi vida. —Un recuerdo le cosquilleó y pasó de largo; ya volvería más tarde—. ¿Qué quería?

—No lo sé.

—Eres una buena chica, Rose —dijo el Chico, apretándole la muñeca huesuda con los dedos.

Ella negó con la cabeza.

—Soy mala. —Y le suplicó—: Quiero ser mala, si ella es buena y tú…

—Tú solo puedes ser buena —replicó el Chico—. A algunos no les gustarías por eso, pero no me importa.

—Haré lo que sea por ti. Dime qué tengo que hacer. No quiero ser como ella.

—No es lo que hagas —dijo el Chico—, sino lo que pienses. —Y se jactó—: Se lleva en la sangre. A lo mejor, cuando me bautizaron, el agua bendita no me tocó. Nunca expulsé al demonio.

—¿Ella es buena?

—¿Ella? —se rio el Chico—. Ella no es nada.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Rose—. Ojalá pudiéramos.

Miró a su alrededor: un grabado muy estropeado de la victoria de Van Tromp, los tres somieres negros, los dos espejos, la cómoda, los ramilletes de flores de color malva claro del empapelado, como si estuviese más segura allí de lo que podría estarlo fuera, en la tormentosa noche veraniega.

—Es una habitación muy bonita —dijo.

Quería compartirla con él hasta que se convirtiera en un hogar para ambos.

—¿Te gustaría irte de aquí?

—¿De Snow's? ¡No! Es un buen sitio. No querría trabajar en ninguna otra parte.

—Quiero decir que si quieres casarte conmigo.

—No somos lo bastante mayores.

—Se puede arreglar. Hay maneras. —Le soltó la muñeca y adoptó un aire despreocupado—. Si tú quieres; a mí me da igual.

—Oh —exclamó ella—, sí que quiero. Pero no nos dejarán.

Él se lo explicó como si tal cosa:

—Al principio no podrá ser en la iglesia. Habría complicaciones. ¿Tienes miedo?

—No tengo miedo —respondió ella—. Pero ¿nos dejarán?

—Mi abogado lo arreglará.

—¿Tienes un abogado?

—Pues claro que sí.

—Suena, no sé… imponente… y adulto.

—Un hombre no puede estar sin abogado.

—No es donde había imaginado que sería.

—¿Donde sería qué?

—Donde alguien me pediría que me casara con él. Pensaba… en el cine, o tal vez de noche, en el paseo. Pero esto es mejor —dijo, mirando desde la victoria de Van Tromp hacia los dos espejos.

Rose se apartó de la pared y alzó la cara. Pinkie supo lo que se esperaba de él; miró su boca sin maquillar con una leve náusea. Sábado por la noche, las once en punto, el ejercicio primigenio. Apretó su boca dura y puritana contra la de ella y volvió a probar el olor dulzón de la piel humana. Habría preferido el sabor de los polvos cosméticos Coty o el lápiz de labios «A Prueba de Besos» o cualquier compuesto químico. Cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos fue para verla esperando, como una niña ciega, otra limosna. Le estremeció que ella hubiese sido incapaz de detectar su asco. Dijo:

—¿Sabes lo que eso significa?

—¿Qué?

—Significa que nunca te defraudaré; nunca, nunca, nunca.

Rose le pertenecía como una habitación o una silla. El Chico esbozó una sonrisa para aquella cara ciega y perdida, incómodo, y con una oscura vergüenza.

Quinta parte

1

Todo fue bien: la investigación judicial ni siquiera llegó a los titulares de los periódicos, nadie hizo preguntas. El Chico volvió andando con Dallow, debería haberse sentido triunfante. Dijo:

—No me fiaría de Cubitt, si llegase a saberlo.

—Cubitt no lo sabrá. Prewitt tiene demasiado miedo para hablar… y sabes que yo no hablo, Pinkie.

—Tengo la sensación de que alguien nos sigue, Dallow.

Dallow miró hacia atrás.

—No hay nadie. Conozco a todos los polis de Brighton.

—¿Ninguna mujer?

—No. ¿Por quién lo dices?

—No lo sé.

La banda de ciegos llegó, a lo largo del bordillo, rozando la puntera del zapato por el borde, abriéndose paso a tientas bajo la luz deslumbrante, sudando un poco. El Chico fue hacia ellos por el borde de la acera. La música que tocaban era lastimera y triste, algo sacado de un libro de himnos a propósito de la carga del hombre, como una voz profetizando la desgracia en el momento de la victoria. El Chico se chocó con el director y lo apartó de un empujón, blasfemando en voz baja, y toda la banda, al oírlo moverse, se desplazó, insegura, medio metro hacia la calzada y allí se quedaron hasta que pasó el Chico, como botes a la deriva en un inmenso Atlántico sin tierra. Luego volvieron, tanteando, al precipicio de la acera.

—¿Se puede saber qué te pasa, Pinkie? —dijo Dallow—. Son ciegos.

—¿Por qué tengo que desviarme del camino por un mendigo?

Pero no había reparado en que eran ciegos, le sorprendió su propio acto. Fue como si hubiese llegado demasiado lejos por una carretera por la que solo quisiera recorrer cierta distancia. Se detuvo y se apoyó en la barandilla del paseo, mientras la muchedumbre de un día cualquiera entre semana pasaba de largo y el sol se aplanaba en el horizonte.

—¿Qué te ronda la cabeza, Pinkie?

—Todo este lío por Hale. Se llevó lo que se merecía, pero, de haber sabido lo que iba a pasar, es posible que le hubiese dejado seguir con vida. Tal vez no valiera la pena matarlo. Un sucio periodista de poca monta que se entendía con Colleoni y que hizo matar a Kite. ¿Por qué tendría nadie que preocuparse por él?

Miró de pronto por encima del hombro.

—¿He visto antes a ese tipo?

—No es más que un turista.

—Me pareció haber visto antes su corbata.

—Las hay a cientos en las tiendas. Si fueses bebedor te diría que lo que necesitas es una copa. Caray, Pinkie, todo está yendo bien. Sin preguntas.

—Solo había dos personas que podían enviarnos a la horca: Spicer y la chica. He matado a Spicer y voy a casarme con la chica. Me da la impresión de que todo lo hago yo.

—Bueno, ahora estamos seguros.

—Ah, claro, tú estarás seguro. El único que se arriesga soy yo. Tú sabes que maté a Spicer. Prewitt también lo sabe. Solo falta que lo sepa Cubitt, y esta vez hará falta una masacre para cubrirme las espaldas.

—No deberías hablarme así, Pinkie. Has estado muy tenso desde que murió Kite. Lo que necesitas es divertirte un poco.

—Me caía bien Kite —dijo el Chico.

Se quedó con la vista fija en dirección a Francia, un país desconocido. A su espalda, más allá del Cosmopolitan, Old Steyne, la carretera de Lewes, estaban las montañas, los pueblos, las vacas alrededor de las charcas, otro país desconocido. Este era su territorio, el populoso paseo marítimo, unas pocas hectáreas de casas, una estrecha península de raíles electrificados que llevaban a Londres, dos o tres estaciones de tren con sus cafeterías y sus bollos. Este había sido el territorio de Kite, había sido suficiente para Kite, y cuando Kite murió en la sala de espera de la estación de Saint Pancras, fue como si hubiera muerto un padre que le hubiese dejado una herencia que no debía abandonar jamás para ir a buscar otras hectáreas desconocidas. Incluso había heredado los gestos, la uña mordida del pulgar, los refrescos. El sol se deslizó detrás del mar y, como una sepia, lanzó al cielo la mancha de sus pesares y sufrimientos.

—Olvídalo, Pinkie. Relájate. Piensa un poco en ti. Ven conmigo y con Cubitt al Queen of Hearts y lo celebraremos.

—Sabes que no pruebo el alcohol.

—Tendrás que hacerlo el día de tu boda. ¿Dónde se ha oído hablar de una boda abstemia?

Un viejo recorría, encorvado, la orilla, muy despacio, dándole la vuelta a las piedras, buscando colillas y restos de comida entre las algas secas. Las gaviotas que habían estado como velas en la playa levantaron el vuelo y empezaron a chillar bajo el paseo. El viejo encontró una bota y la metió en el saco, y una gaviota se lanzó en picado desde el paseo y pasó bajo la estructura metálica del muelle del Palace, blanca y decidida en la oscuridad: medio buitre, medio paloma. Al final siempre había algo que aprender.

—Muy bien. Iré —dijo el Chico.

—Es el mejor garito a este lado de Londres —lo animó Dallow.

Fueron al campo en el viejo Morris.

—Me gustan las escapadas al campo —dijo Dallow.

Era esa hora en la que aún no se han encendido las farolas y antes de que llegara la verdadera oscuridad, cuando los faros de los coches alumbran en la gris visibilidad de forma tan vaga e innecesaria como las luces nocturnas de las guarderías. Los anuncios se sucedían en esa carretera arterial: bungalós y una granja en ruinas, la hierba corta y cubierta de caliza donde habían derribado una valla publicitaria, un molino en el que vendían té y limonada, con las grandes aspas llenas de agujeros.

—Al pobre Spicer le habría gustado este paseo —dijo Cubitt.

El Chico iba al lado de Dallow, que conducía, y Cubitt iba en el transportín. El Chico lo veía por el retrovisor, rebotando sobre los muelles estropeados.

El Queen of Hearts estaba iluminado detrás de los surtidores de gasolina: un granero estilo Tudor reconvertido; en la disposición del restaurante y de las barras aún quedaban vestigios de la granja: había una piscina donde había estado el picadero.

—Tendríamos que haber traído unas chicas —dijo Dallow—. En este garito no tenemos nada que hacer. Tienen demasiada clase.

—Vamos al bar —dijo Cubitt abriendo el paso.

Se detuvo en el umbral y saludó con la cabeza a una joven que estaba bebiendo sola en una larga barra de acero bajo las viejas vigas.

—Tendríamos que decirle algo, Pinkie. Ya sabes: que era un buen muchacho, que la acompañamos en el sentimiento.

—¿De qué diablos hablas?

—Esa es la chica de Spicer —dijo Cubitt.

El Chico se quedó en la puerta y la miró a regañadientes: pelo rubio platino, una frente ancha y vacua, nalgas pequeñas y apretadas contra el taburete, sola con su copa y su dolor.

—¿Qué tal, Sylvie? —dijo Cubitt.

—Fatal.

—Fue horrible, ¿verdad? Era un buen muchacho. Uno de los mejores.

—Tú estabas allí, ¿no? —le preguntó a Dallow.

—Frank debería haber arreglado esa escalera —respondió Dallow—. Te presento a Pinkie, Sylvie, el mejor de la banda.

—¿También estabas allí?

—No, él no estaba allí —respondió Dallow.

—¿Otra copa? —le ofreció el Chico.

Sylvie apuró su vaso.

—No me importaría. Un Sidecar.

—Dos escoceses, un Sidecar y un zumo de pomelo.

—¿Cómo? —dijo Sylvie—. ¿No bebes?

—No.

—Seguro que tampoco andas con mujeres.

—Lo has calado, Sylvie —dijo Cubitt—, a la primera.

—Admiro a los hombres así —replicó Sylvie—. Creo que es maravilloso cuidarse. Spicie siempre decía que un día darías la campanada… y luego… ¡oh!, qué maravilla. —Bajó el vaso, calculó mal y volcó el cóctel—. No estoy borracha —dijo—. Estoy disgustada por el pobre Spicie.

—Vamos, Pinkie —dijo Dallow—, tómate una copa. Te animará. —Luego le explicó a Sylvie—: Él también está disgustado.

En el salón de baile la banda tocaba: «Quiéreme esta noche / y olvídame por la mañana / todo nuestro placer…».

—Tómate una copa —dijo Sylvie—. He estado disgustadísima. Ya veis que he estado llorando. Tengo los ojos fatal… Casi no me atrevo a salir de casa. Ahora entiendo a la gente que se retira a un monasterio.

La música retumbó contra la resistencia del Chico. Observó, con una especie de espanto y curiosidad, a la chica de Spicer: ella conocía el juego. Movió la cabeza, sin decir palabra, asustado y orgulloso. Sabía lo que se le daba bien; era el mejor; su ambición no tenía límite; nada debía exponerlo a las burlas de gente más experimentada que él. Que lo comparasen con Spicer y salir perdiendo en la comparación… Sus ojos se movían de aquí para allá mientras la música seguía gimoteando sus noticias —«olvídame por la mañana»— sobre ese juego del que todos sabían más que él.

—Spicie decía que no creía que hubieses estado nunca con una chica —dijo Sylvie.

—Había muchas cosas que Spicer no sabía.

—Eres muy joven para ser tan famoso.

—Será mejor que nos vayamos —le dijo Cubitt a Dallow —. Por lo visto, aquí estamos de más. Vayamos a ver a las chicas de la piscina.

Se marcharon despacio.

—Dallie sabe cuándo me gusta un chico —dijo Sylvie.

—¿Quién es Dallie?

—Tu amigo, el señor Dallow, tonto. ¿Bailas?…, caramba ni siquiera sé cuál es tu verdadero nombre.

Él la observó con temerosa lujuria. Había sido de Spicer: su voz había lloriqueado por teléfono para concertar citas; Spicer había recibido cartas en sobres de color malva, dirigidas a él; incluso Spicer tenía algo de lo que estar orgulloso, algo que mostrarles a los amigos: «mi chica». Recordaba unas flores que habían llegado donde Frank, con una nota escrita: «Destrozada». Le fascinaba la infidelidad de ella. No pertenecía a nadie… a diferencia de una mesa o una silla. Mientras la rodeaba con el brazo para cogerle la copa, le apretó el pecho con torpeza y dijo:

—Me caso dentro de un par de días.

Fue como si afirmara su derecho a su propia infidelidad: no iba a dejarse derrotar por la experiencia. Alzó el vaso y se lo bebió. La dulzura le bajó por la garganta, su primer trago de alcohol le rozó el paladar como un mal olor: esto era lo que la gente llamaba placer; esto y el juego. Le puso una mano en el muslo con algo parecido al terror: Rose y él, cuarenta y ocho horas después de que Prewitt lo hubiese dispuesto todo, solos Dios sabe en qué apartamento, ¿y luego qué?, ¿y luego qué? Conocía la rutina que seguir como quien conoce los principios de la artillería trazados con tiza en una pizarra, pero para trasladar el conocimiento a la acción, al pueblo arrasado y a la mujer devastada, hacía falta ayuda de los nervios. Los suyos estaban helados por la repulsión: que lo tocaran, entregarse, abrirse; había mantenido a raya la intimidad a punta de navaja todo el tiempo posible.

Dijo:

—Vamos, bailemos.

Se movieron despacio en la pista de baile. Que lo derrotase la experiencia era malo, pero que lo derrotasen la bisoñez y la inocencia de una chica que llevaba bandejas en Snow’s, una zorrita de dieciséis años…

—Spicie tenía muy buena opinión de ti —dijo Sylvie.

—Vamos al aparcamiento —dijo el Chico.

—No podría, Spicie murió ayer mismo.

Se detuvieron, aplaudieron y el baile volvió a empezar. La coctelera repiqueteaba desde la barra y las hojas de un arbolillo se apretaban contra la ventana detrás de la batería y el saxofón.

—Me gusta el campo. Me siento como en una novela. ¿A ti te gusta el campo?

—No.

—Este es el campo de verdad. Hace un momento he visto una gallina. Usan sus propios huevos en los Gin Slings.

—Vamos al aparcamiento.

—A mí también me apetece. Ay, sí, estaría bien, ¿verdad? Pero no puedo… el pobre Spicie…

—Le enviaste flores, ¿no?, y has estado llorando…

—Tengo los ojos fatal.

—¿Qué más puedes hacer?

—Me destrozó el corazón. El pobre Spicie, morir así.

—Lo sé. Vi tu guirnalda.

—Es horrible, ¿no crees? Estar aquí bailando contigo mientras él…

—Vamos al aparcamiento.

—Pobre Spicie.

Pero se puso en camino, y él reparó con desasosiego en cómo corría, literalmente, por el rincón iluminado que antes había sido una granja, hacia el oscuro aparcamiento y hacia el juego. Pensó, asqueado: «En tres minutos lo sabré».

—¿Cuál es tu coche? —preguntó Sylvie.

—Ese Morris.

—No nos sirve —dijo Sylvie.

Corrió a lo largo de la fila de coches.

—Este Ford. —Abrió la portezuela, dijo—: ¡Oh, lo siento! —Y volvió a cerrarla, trepó al asiento trasero del siguiente coche de la fila y le esperó—. Ay —dijo, su voz apasionada y susurrante desde el interior oscuro—, me encantan los Lancia.

Pinkie se quedó de pie delante de la puerta, y la oscuridad fue desapareciendo entre él y ese rostro rubio y vacuo. Lo esperaba con la falda remangada por encima de las rodillas y una docilidad suntuosa.

Por un momento, él fue consciente de su enorme ambición bajo la sombra de ese acto feo y vulgar: la suite en el Cosmopolitan, el mechero de oro, las sillas con coronas bordadas para una extranjera llamada Eugenia. Hale había desaparecido de la vista, como una piedra lanzada a un precipicio; él estaba al principio de un largo pasillo de parqué barnizado, había bustos de grandes hombres y el clamor de los vítores; el señor Colleoni le saludaba con la cabeza como un tendero y retrocedía, a su espalda había un ejército de navajas: era un conquistador. Los cascos de los caballos resonaban en la recta y un altavoz anunciaba el ganador; la música sonaba. El pecho le dolía por el esfuerzo de abarcar el mundo entero.

—Tienes lo que hace falta, ¿no? —preguntó Sylvie.

Con espanto y horror, él pensó: el siguiente movimiento, ¿cuál es?

—Deprisa —dijo Sylvie—, antes de que nos sorprendan aquí.

El suelo de parqué se enrolló como una alfombra. El claro de luna iluminó un anillo de Woolworth y una rodilla rolliza. Lleno de una ira dolida y amarga, dijo:

—Espera aquí. Te traeré a Cubitt.

Le dio la espalda al Lancia y echó a andar hacia el bar. Las risas de la piscina lo hicieron desviarse. Se quedó en la

puerta, con el sabor del alcohol en la lengua, observando a una chica delgada, con un gorro de goma rojo, que se reía debajo de los focos. Su imaginación iba y volvía inevitablemente a Sylvie como una locomotora de juguete movida por electricidad. El miedo y la curiosidad carcomían el vanidoso futuro; sintió náuseas y tuvo una arcada. Casarme, pensó, diablos, no; prefiero la horca.

Un hombre en traje de baño corrió por el trampolín, se elevó, dio un salto mortal en la luz brillante y perlada, y cayó en el agua oscura; los dos bañistas nadaron juntos, brazada a brazada, hacia la parte menos honda de la piscina, dieron la vuelta y siguieron nadando juntos, con suavidad y sin prisa, jugando a un juego privado, felices y cómodos.

El Chico se quedó mirándolos y, mientras volvían por segunda vez, vio, en el agua iluminada por los focos, su propia imagen temblando por sus brazadas, los hombros estrechos y el pecho hundido, y notó cómo resbalaban los zapatos marrones y puntiagudos en los azulejos, brillantes y mojados, del suelo.

2

Cubitt y Dallow se pasaron el viaje de vuelta charlando, un poco achispados; el Chico miraba fijamente el núcleo brillante de la oscuridad. De pronto dijo, furioso:

—Vosotros seguid riéndoos.

—Bueno, no te fue tan mal —dijo Cubitt.

—Tú ríete. Os creéis a salvo. Pero estoy harto de vosotros. Estoy tentado de largarme.

—Vete de luna de miel una buena temporada —dijo Cubitt con una sonrisa, y un búho ululó hambriento, voló bajo sobre una estación de servicio y pasó por delante de los faros con sus alas peludas y depredadoras.

—No pienso casarme —dijo el Chico.

—Una vez conocí a un tipo —dijo Cubitt— al que le daba tanto miedo que se suicidó. Tuvieron que devolver todos los regalos de boda.

—No voy a casarme.

—Mucha gente piensa igual.

—Nadie me obligará a casarme.

—Tienes que casarte —dijo Dallow.

Había una mujer en la ventana del Café Charlie, esperando a alguien. No se fijó en el coche, solo esperaba.

—Bebe un trago —dijo Cubitt, que estaba más borracho que Dallow—. Me he traído una botella. Ya no puedes decir que no bebes: Dallow y yo te hemos visto.

El Chico le dijo a Dallow:

—No pienso casarme. ¿Por qué iba a tener que casarme?

—Tú te lo has buscado —replicó Dallow.

—¿Qué es lo que se ha buscado? —preguntó Cubitt.

Dallow no contestó y puso una mano cordial y opresiva en la rodilla del Chico. El Chico miró de reojo aquella cara estúpida y fiel, y sintió rabia por el modo en que la lealtad de otro podía molestar y animar a la vez. Dallow era la única persona en quien confiaba y lo odiaba como si fuese su mentor. Repitió, débilmente:

—Nadie me obligará a casarme.

Observó el largo desfile de carteles publicitarios que pasaban bajo la luz submarina: «Guinness es buena para ti», «Prueba una Worthington», «Conserva tu tez de colegiala»; una larga serie de conminaciones, gente diciéndote cosas: «Sé el dueño de tu propia casa», «Tu anillo de boda en Bennett's».

Al llegar a la pensión le dijeron:

—Tu chica está aquí.

Subió las escaleras a su habitación con una rebeldía desesperanzada; entraría y le diría: He cambiado de opinión. No puedo casarme contigo. O tal vez: Los abogados no han podido arreglarlo. La barandilla seguía rota, y miró la larga caída hasta donde había yacido el cadáver de Spicer. Cubitt y Dallow estaban justo allí, riéndose de algo; el borde afilado de la barandilla rota le hizo un rasguño la mano. Se la llevó a la boca y entró. Pensó: «Tengo que estar tranquilo. Tengo que mantener la calma, pero sentía su integridad mancillada por el regusto del alcohol en el bar. Se podía perder el vicio con la misma facilidad con que se perdía la virtud, bastaba un roce para perderlos.

La miró. Ella se asustó cuando le dijo en voz baja:

—¿Qué haces aquí? —Llevaba puesto el sombrero que a él no le gustaba y ella se lo quitó en cuanto vio que lo miraba —.

A estas horas de la noche —añadió, con gesto de sorpresa, pensando que, si lo manejaba bien, podría discutir con ella.

—¿Has visto esto? —gimoteó Rose.

Tenía el periódico local; él no se había molestado en leerlo, pero allí, en la primera página, estaba la foto de Spicer andando, aterrorizado, bajo los arcos de hierro. Rose dijo:

—Aquí pone… que ocurrió…

—En el rellano —dijo el Chico—. Siempre le decía a Frank que tenía que arreglar esa barandilla.

—Pero dijiste que lo habían matado en las carreras. Y fue él quien…

Él la miró con falsa firmeza.

—¿Quién te dio la tarjeta? Eso dijiste. A lo mejor conocía a Hale. Conocía a muchos tipos que yo no conozco. ¿Y qué? —Repitió la pregunta ante su mirada estúpida, con confianza —: ¿Y qué?

Sabía que él podía concebir cualquier traición, pero ella era una buena chica, estaba limitada por su bondad; había cosas que era incapaz de imaginar, y le pareció que la imaginación de la joven languidecía en el vasto desierto del temor.

—Pensaba —dijo ella—, pensaba…

Miró detrás de él, hacia la barandilla rota en el rellano.

—¿Qué pensabas?

Los dedos de él se curvaron con un odio apasionado en torno a la botellita que llevaba en el bolsillo.

—No lo sé.Anoche no pude dormir.Tuve unos sueños horribles.

—¿Qué sueños?

Lo miró con espanto.

—Soñé que estabas muerto.

Él se rio.

—Soy joven y estoy lleno de vida. Pensó con náuseas en el aparcamiento y en la invitación en el Lancia.

—No te quedarás aquí, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Pensaba que… —dijo ella, y sus ojos volvieron a mirar la barandilla. Añadió—: Tengo miedo.

—No tienes por qué —replicó él, toqueteando la botella de vitriolo.

—Tengo miedo por ti. Ay —dijo—, sé que lo que yo diga no tiene importancia. Sé que tienes un abogado y un coche y amigos, pero este sitio…

Se esforzó sin éxito en expresar la sensación que le producía el mundo en el que él se movía: un lugar donde ocurrían accidentes y sucesos inexplicados, el desconocido de la tarjeta, la pelea en las carreras, la caída por el hueco de las escaleras. Su rostro adquirió una expresión de descaro y audacia, y él volvió a sentir un vago estremecimiento de sensualidad:

—Tienes que irte de aquí. Tienes que casarte conmigo, como me dijiste.

—Al final no va a poder ser. He visto a mi abogado. Somos demasiado jóvenes.

—Eso me da igual. De todas formas, no es una boda de verdad. Lo que diga un registrador no tiene importancia.

—Vuelve por donde has venido —dijo con aspereza—, mujerzuela.

—No puedo —replicó—. Me han despedido.

—¿Por qué?

Fue como si unas esposas se cerrasen. Sospechó de ella.

—Por ser maleducada con un cliente.

—¿Por qué? ¿Qué cliente?

—¿No lo adivinas? —dijo, y continuó, enardecida—: ¿Quién es esa mujer, en cualquier caso? Siempre entrometiéndose… molestando… Tú debes de saberlo.

—No la conozco de nada —dijo el Chico.

Ella puso toda su falsa experiencia, sacada de su biblioteca de dos peniques, en el asador:

—¿Está celosa? ¿Es una mujer con la que tú…?, ya me entiendes.

Y allí mismo, oculto tras esa pregunta ingenua, como los cañones en un acorazado camuflado, estaba el deseo de posesión. Ella era suya, como una mesa o una silla, pero la mesa te poseía a ti también… a través de tus huellas dactilares. Se rio, incómodo.

—Quién, ¿esa? Es lo bastante vieja para ser mi madre.

—Entonces ¿qué quiere?

—Ojalá lo supiera.

—¿Crees —dijo ella— que debería llevar esto —le tendió el periódico— a la policía?

La ingenuidad —o la astucia— de la pregunta lo sorprendió. ¿Cómo iba a estar jamás a salvo con alguien tan poco consciente de hasta qué punto se había implicado en las cosas?

—Tienes que tener cuidado con lo que haces —respondió.

Y pensó, con sordo y fatigoso desagrado (había sido un día espantoso): «Al final, tendré que casarme con ella». Se las arregló para esbozar una sonrisa; esos músculos estaban empezando a funcionar. Luego añadió:

—Oye, no hace falta que le des tantas vueltas. Me casaré contigo. Hay maneras de burlar la ley.

—¿Por qué preocuparse por la ley?

—No quiero habladurías. Solo me conformaré con el matrimonio —dijo, con indignación fingida—. Tenemos que casarnos como es debido.

—Eso es imposible, hagamos lo que hagamos. El cura de Saint John dice que…

—No hagas mucho caso a los curas —la interrumpió él —. No conocen el mundo tanto como yo. Las ideas cambian, el mundo gira…

Sus palabras se toparon con la férrea devoción de ella. Su rostro decía con la mayor claridad posible que las ideas no cambian, que el mundo no se mueve: estaba allí, siempre, el territorio devastado y disputado entre dos eternidades. Se miraron como desde territorios opuestos, pero confraternizaron igual que las tropas en Navidad.

—De todos modos, a ti te da igual —dijo—, y yo quiero casarme… legalmente.

—Si quieres… —respondió ella, e hizo un gesto de total aceptación.

—Tal vez —dijo él—, podríamos hacerlo así. Si tu padre escribiese una carta…

—Él no sabe escribir.

—Bueno, podría estampar su firma, ¿no?, si le diésemos la carta ya escrita… No sé cómo funcionan estas cosas. Tal vez podría venir a ver al magistrado. El señor Prewitt podría encargarse de eso.

—¿El señor Prewitt? —preguntó ella enseguida—. ¿Ese no es el que… el que apareció en la investigación judicial, el que estaba aquí?…

—¿Y qué?

—Nada —dijo ella—. Solo pensaba que…

Pero él vio cómo los pensamientos de ella salían de la habitación hasta la barandilla y el hueco de la escalera, completamente fuera de ese día… Alguien encendió la radio en el piso de abajo: tal vez fuese una broma de Cubitt para crear el ambiente romántico apropiado. El lamento ascendió por las escaleras, pasó junto al teléfono y entró en la habitación; la orquesta de no sé quién desde no sé qué hotel, el programa de cierre. La música desconectó los pensamientos de ella y él se preguntó durante cuánto tiempo tendría que desviar su imaginación con galanterías novelescas o el acto del amor: cuántas semanas y meses… su imaginación no admitía la posibilidad de que fuesen años. Algún día volvería a ser libre. Extendió los brazos hacia ella, como si fuese un detective con las esposas, y dijo:

—Mañana nos ocuparemos de todo: iremos a ver a tu padre, caray —los músculos de su boca flaquearon al pensarlo —, solo hacen falta un par de días para casarse.

3

Estaba asustado, andando solo de vuelta al territorio que había dejado hacía, oh, muchos años. El mar pálido se cuajaba en los guijarros, y la torre verdosa del Metropole parecía una moneda antigua cubierta de cardenillo a lo largo de los siglos. Las gaviotas planeaban sobre el paseo, graznaban y giraban a la luz del sol, y el rostro rollizo y archiconocido de un famoso autor popular se exhibía en la ventana del Royal Albion, mirando hacia el mar. Hacía un día tan espléndido que casi se podía divisar Francia.

El Chico cruzó hacia Old Steyne a paso lento. Las calles se estrechaban pendiente arriba: el secreto astroso detrás del colorido corsé, el seno deforme. Cada paso era una retirada. Creía haber escapado para siempre a lo largo del paseo, y ahora, la pobreza extrema volvía a atraparlo: una tienda donde podías cortarte el pelo por dos chelines compartía edificio con un fabricante de ataúdes que trabajaba en roble, olmo o plomo; nada de anuncios en el escaparate, solo el ataúd de un niño, polvoriento por la falta de uso, y la lista con el precio de los cortes. La ciudadela del Ejército de Salvación señalaba con sus almenas la frontera misma de su hogar. Empezó a temer que lo reconocieran y a sentir una oscura vergüenza, como si fuesen las calles que lo habían visto nacer las que tuviesen derecho a perdonarlo, y no él a reprocharles su sórdido y triste pasado. Dejó atrás el hostal Albert («Alojamiento barato para viajeros») y ahí estaba, en lo alto de la pendiente, en medio del bombardeo: una alcantarilla abierta, los cristales de las ventanas rotos, un somier de hierro en un jardín delantero del tamaño del tablero de una mesa. La mitad de Paradise Piece estaba arrasada como por el estallido de los obuses; los niños jugaban en la empinada pendiente de cascotes; un trozo de

chimenea revelaba que una vez había habido casas allí, y en un poste clavado en la grava y el asfalto destrozados, un aviso municipal anunciaba la construcción de nuevos pisos que daban al pequeño y mugriento callejón, lo único que quedaba de Paradise Piece. Su casa había desaparecido: una zona plana entre los cascotes señalaba, quizás, el lugar donde había estado el hogar; la habitación al final de las escaleras donde habían ocurrido los ejercicios nocturnos de los sábados era, ahora, solo aire. Se preguntaba, horrorizado, si todo aquello se reconstruiría de nuevo para él; tenía mejor aspecto siendo solo aire.

La noche anterior había rechazado a Rose y ahora volvía a aceptarla a regañadientes. De nada servía ya rebelarse: tenía que casarse con ella, tenía que estar a salvo. Los niños se movían entre los cascotes con pistolas de Woolworth mientras un grupo de niñas miraba con hosquedad. Un niño con la pierna en una férula de hierro cojeó hacia él sin verlo y él lo apartó de un empujón; alguien dijo, con voz aguda: «Arriba las manos». Le hacían retroceder en la memoria y los odió por ello. Era como una espantosa súplica de inocencia, pero allí no había inocencia; uno tendría que ir mucho más atrás para llegar a la inocencia; la inocencia era una boca babeante, una encía sin dientes, mamando de la teta. Tal vez ni siquiera eso: la inocencia era el grito desagradable al nacer.

Encontró la casa en Nelson Place, pero la puerta se abrió antes de que tuviese ocasión de llamar. Rose lo había observado a través del cristal roto de la ventana. Dijo:

—Qué contenta estoy… pensaba que tal vez…

Corrió, rápida y apasionada, por un pasillo espantoso que olía a váter.

—Anoche fue horrible. Es que les he estado enviando dinero… Ellos no entienden que alguien pueda perder el empleo.

—Lo arreglaré —dijo el Chico—. ¿Dónde están?

—Ve con cuidado —dijo Rose—. Son muy temperamentales.

—¿Dónde están?

Pero en realidad no había muchas posibilidades: solo una puerta y una escalera cubierta de periódicos viejos. En los primeros escalones, entre las manchas de barro, asomaba el rostro infantil y bronceado de Violet Crow, violada y enterrada bajo el muelle del Oeste en 1936. Abrió la puerta y se encontró a los padres al lado de los fogones negros de la cocina, había trozos de carbón apagado en el suelo. Estaban de mal humor, lo miraron con una indiferencia callada y altiva. Un hombre menudo, viejo y delgado, con el rostro marcado profundamente por los jeroglíficos del dolor, la paciencia y la suspicacia; la mujer, de mediana edad, estúpida, rencorosa. Nadie había fregado los platos ni encendido la estufa.

—Están enfadados —le dijo Rose en voz alta—. No me han dejado hacer nada. Ni siquiera encender el fuego. Me gusta tener la casa limpia, de verdad que sí. La nuestra no sería así.

—Verá, señor… —dijo el Chico.

—Wilson —apuntó Rose.

—Wilson. Quiero casarme con Rose. Por lo visto, al ser ella tan joven, necesito su permiso.

No se dignaron responder. Atesoraban su enfado como si fuese un precioso objeto de porcelana que solo tuviesen ellos, algo que podían mostrar a los vecinos como propio.

—Es inútil —dijo Rose—, están enfadados.

Un gato los observó desde una caja de madera.

—¿Sí o no? —dijo el Chico.

—Es inútil —repitió Rose—, no están de humor.

—Respondan a una pregunta sencilla —dijo el Chico—. ¿Me caso con Rose o no?

—Vuelve mañana —le sugirió Rose—. Para entonces ya se les habrá pasado el enfado.

—No pienso esperar —dijo—.Tendrían que sentirse orgullosos…

El hombre se levantó de pronto y, de una patada, lanzó con furia un trozo de carbón al otro lado de la cocina.

—Lárguese de aquí —dijo—. No queremos tratos con usted, nunca, nunca, nunca.

Y, por un momento, en aquellos ojos hundidos y desorientados, brilló una especie de fidelidad que al Chico le recordó espantosamente a Rose.

—Tranquilo, papá —dijo la mujer—, no hables con ellos —añadió, atesorando su mal humor.

—He venido a hacer negocios —dijo el Chico—, si no quieren hacer negocios… —Miró la cocina desvencijada y sin remedio—. Pensé que les vendrían bien diez libras.

Y vio surgir la incredulidad, la avaricia y la sospecha en el silencio ciego y rencoroso.

—No queremos… —empezó de nuevo el hombre, y luego se calló como un gramófono estropeado.

Empezó a pensar: casi se podía ver cómo afloraban, uno tras otro, sus pensamientos.

—No queremos su dinero —dijo la mujer.

Los dos tenían su propia fidelidad. Rose dijo:

—Da igual lo que digan. No me quedaré aquí.

—Un momento, un momento —dijo el hombre—. Tú cállate, mamá. —Luego le habló al Chico—. No dejaremos ir a Rose con un desconocido por diez libras. ¿Cómo sabemos que la vas a tratar bien?

—Les daré doce —dijo el Chico.

—No es cuestión de dinero —dijo el hombre—. Me gusta tu estilo. No queremos impedir que Rose mejore su posición, pero eres demasiado joven.

—Mi límite son quince —dijo el Chico—, lo toma o lo deja.

—No puede hacer nada sin nuestro consentimiento —dijo el hombre.

El Chico se apartó un poco de Rose.

—No estoy tan interesado.

—Que sean quince guineas.

—Ya ha oído usted mi oferta.

Miró con espanto la habitación: nadie podría decir que no había hecho bien en huir de todo eso, en cometer cualquier crimen. Cuando el hombre abrió la boca, oyó la voz de su padre, la figura del rincón era su madre: estaba regateando por su hermana y no sentía el menor deseo… Se volvió hacia Rose:

—Me voy.

Y sintió una leve punzada de lástima por la bondad, incapaz de asesinar para huir. Decían que los santos tenían, ¿cómo era la frase?, «virtudes heroicas», paciencia heroica, resistencia heroica, pero no veía nada heroico en la cara huesuda, en los ojos protuberantes, en la pálida preocupación, mientras regateaban y su vida se confundía con una partida financiera.

—Bueno —dijo—, ya nos veremos.

Y se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ella, se dio la vuelta: eran como un grupo familiar en un cuadro. Con desdén e impaciencia, accedió:

—Está bien, que sean guineas. Les enviaré a mi abogado.

Y al pasar por el pasillo inmundo, Rose corrió detrás de él, dándole las gracias entrecortadamente.

Jugó la partida hasta la última carta, esbozó una sonrisa y un cumplido: «Habría pagado más por ti».

—Has estado maravilloso —dijo ella, arrobada entre los olores del váter.

Pero sus halagos eran como un veneno: subrayaban el modo en que lo poseía, llevaban directamente a lo que esperaba de él, al acto espeluznante de un deseo que no sentía. Lo siguió afuera, al aire fresco de Nelson Place. Los niños jugaban entre las ruinas de Paradise Piece y el viento soplaba desde el mar a través del solar donde estuvo su casa. Lo embargó un oscuro deseo de aniquilación: la vasta superioridad del vacío.

Ella dijo, como había dicho antes una vez:

—Siempre quise saber cómo sería.

Su mente recorrió vagamente los acontecimientos de la tarde y reparó en un descubrimiento inesperado.

—Nunca había visto que se les pasara el enfado tan deprisa. Debes de haberles gustado.

4

Ida Arnold mordió un petisú y la nata brotó de entre sus grandes incisivos. Se rio con voz algo pastosa en el salón Pompadour y dijo:

—No he tenido tanto dinero para gastar desde que dejé a Tom. —Dio otro mordisco y una cuña de nata se instaló en la lengua rolliza—. Y todo se lo debo a Fred. Si no me hubiese dado el pronóstico de *Black Boy*…

—¿Por qué no olvidamos el asunto —dijo el señor Corkery—, nos divertimos un poco y ya está? Es peligroso.

—Oh, sí, es peligroso —admitió ella.

Pero ninguna verdadera sensación de peligro podía alojarse detrás de esos grandes ojos vivaces. Nada podría hacerle creer que un día, también ella, al igual que Fred, estaría donde los gusanos… Su imaginación no podía seguir por esa vía; solo podía recorrer un breve trecho antes de que las agujas se movieran automáticamente y la enviaran vibrando a la vía acostumbrada, la línea de esa temporada, marcada por alojamientos deseables y anuncios de cruceros y bosquecillos vallados para el amor rural. Dijo, mirando el petisú:

—Nunca me rindo. No saben el lío en el que se están metiendo.

—Déjaselo a la policía.

—Oh, no. Yo sé lo que hay que hacer. No me des lecciones. ¿Quién crees que es ese?

Un anciano con zapatos de charol, chaleco blanco y un alfiler enjoyado cruzó el salón sin hacer ruido.

—*Distingué* —dijo Ida Arnold.

Un secretario le seguía a poca distancia dando pasitos cortos, leyendo en una lista:

—Plátanos, naranjas, uvas, melocotones…

—¿De invernadero?

—De invernadero.

—¿Quién es ese? —repitió Ida Arnold.

—¿Nada más, señor Colleoni? —preguntó el secretario.

—¿Qué flores? —quiso saber el señor Colleoni—. ¿Y ha podido conseguir nectarinas?

—No, señor Colleoni.

—Mi querida esposa… —dijo el señor Colleoni.

Su voz se apagó hasta que dejaron de oírla; solo entendieron la palabra «pasión».

Ida Arnold paseó la mirada por el elegante mobiliario del salón Pompadour, y la posó como un foco en un cojín, un sofá, la boca fina y clerical del hombre que tenía delante. Dijo observando su boca:

—Podríamos pasarlo bien aquí.

—Un poco caro —dijo, nervioso, el señor Corkery.

Una mano demasiado delicada acarició sus piernas delgadas.

—*Black Boy* se ocupará. Y no podemos, ya me entiendes… divertirnos en el Belvedere. Es muy puritano.

—¿No te importaría divertirte un poco aquí? —preguntó el señor Corkery.

Parpadeó. Por su expresión, era imposible saber si deseaba o temía una respuesta afirmativa.

—¿Por qué me iba a importar? Que yo sepa, no le haríamos ningún mal a nadie. Es la naturaleza humana.

Mordió el petisú y repitió las palabras clave habituales:

—Al fin y al cabo, no es más que diversión.

Era divertido estar en el lado correcto, era divertido ser una persona.

—Ve a buscar las maletas —dijo—, mientras reservo una habitación. Al fin y al cabo… estoy en deuda contigo. Has trabajado…

El señor Corkery se ruborizó un poco.

—Paguemos a medias —dijo.

Ella le sonrió.

—A cuenta de *Black Boy*. Siempre pago mis deudas.

—A los hombres nos gusta… —dijo con timidez el señor Corkery.

—Hazme caso, sé muy bien lo que os gusta a los hombres.

El petisú, el mullido sofá y el lujoso mobiliario eran como un afrodisíaco que le hubiesen echado en el té. La estremeció una emoción báquica y lujuriosa. En todas las palabras que decían, ella detectaba el mismo significado. El señor Corkery se ruborizó y se sumió aún más en su timidez.

—Los hombres no podemos evitar…

Y le estremeció la inmensa alegría de ella.

—A mí me lo cuentas —dijo—, a mí me lo cuentas.

Cuando el señor Corkery se marchó, ella hizo sus preparativos para el carnaval, con el sabor del pastel dulzón todavía entre los dientes. La imagen de Fred Hale se desvaneció como una figura en un andén al salir el tren. Era parte de algo que había quedado atrás; la mano que dice adiós no hace más que aumentar la emoción de la nueva vivencia. Nueva, y sin embargo, inconcebiblemente vieja. Miró aquella lujosa habitación abovedada con ojos enrojecidos y

experimentados: el espejo alto y el armario ropero y la cama gigantesca. Se instaló en ella con desenvoltura mientras el recepcionista esperaba.

—Está blandita —dijo—, está blandita.

Cuando él se fue, se quedó allí un buen rato, planificando la campaña de la tarde. Si en ese momento alguien le hubiese dicho a Ida: «Fred Hale», apenas habría reconocido el nombre. Tenía otras cosas en la cabeza, dejaría que la policía se encargase de él la siguiente hora.

Luego, se levantó despacio y empezó a desvestirse. Nunca había sido partidaria de llevar demasiada ropa y no pasó mucho tiempo antes de que estuviese expuesta delante del alto espejo: un cuerpo firme y corpulento, un cuerpo de cuidado. Estaba de pie en una alfombra suave y mullida, rodeada de marcos dorados y colgaduras de terciopelo rojo, y un puñado de frases manidas y populares acudieron a su imaginación: «Una noche de amor», «Solo se vive una vez» y demás. Tenía la misma relación con la pasión que un espectáculo erótico. Se pasó la lengua por el chocolate entre los dientes y sonrió, mientras los dedos rollizos jugaban con la alfombra y esperaba al señor Corkery: una enorme y floreciente sorpresa.

Al otro lado de la ventana estaba bajando la marea, el mar arañaba los guijarros, sacaba a la luz una bota, un trozo de hierro oxidado, y el viejo se agachaba y rebuscaba entre las piedras. El sol se hundió detrás de las casas de Hove y llegó el crepúsculo; la sombra del señor Corkery se alargó y subió despacio desde el Belvedere, cargado con las maletas para ahorrarse el taxi. Una gaviota se abatió chillando sobre un cangrejo muerto, golpeado y roto contra los cimientos de hierro del muelle. Era la hora de la semioscuridad, de las nieblas que llegaban del Canal, y del amor.

5

El Chico cerró la puerta y se volvió hacia las caras expectantes y divertidas.

—Bueno —dijo Cubitt—, ¿está todo arreglado?

—Pues claro —replicó el Chico—, cuando yo quiero algo…

Su voz se apagó y sonó poco convincente. Había media docena de botellas en el lavabo: la habitación olía a cerveza rancia.

—Querer algo —dijo Cubitt—. Eso está bien.

Abrió otra botella y, en el aire viciado y sofocante de la habitación, la espuma subió deprisa y salpicó la encimera de mármol.

—¿Qué se supone que estáis haciendo? —dijo el Chico.

—Celebrarlo —dijo Cubitt—. Tú eres católico, ¿no? Unos esponsales, es como lo llaman los católicos.

El Chico los miró: Cubitt un poco borracho, Dallow preocupado y otros dos rostros flacos y hambrientos que apenas conocía, parásitos que merodeaban en torno al negocio, que sonreían cuando tú sonreías y fruncían el ceño si lo fruncías tú. Pero ahora sonreían cuando sonreía Cubitt, y de pronto comprendió todo el terreno que había perdido desde esa tarde en el muelle, cuando organizó la coartada, impartió órdenes e hizo lo que ellos no habían tenido el valor de hacer.

Judy, la mujer de Frank, asomó la cabeza por la puerta. Llevaba un batín. Su pelo, de un rojo tizianesco, era de color castaño en las raíces.

—Enhorabuena, Pinkie —dijo, parpadeando con las pestañas cargadas de rímel.

Había lavado el sujetador: el pequeño pedacito de seda rosa goteaba sobre el linóleo. Nadie le ofreció una copa.

—Trabajo, trabajo, trabajo… —se burló con un mohín, y siguió por el pasillo hacia las tuberías de agua caliente.

Mucho terreno, y no obstante, no había dado ni un solo paso en falso: si no hubiese ido a Snow's y hablado con la chica, ahora todos estarían en la cárcel. Si no hubiese matado a Spicer… Ni un solo paso en falso, aunque cada uno de esos pasos lo había motivado una presión que ni siquiera acertaba a identificar: una mujer haciendo preguntas, recados telefónicos que asustaban a Spicer. Pensó: «Cuando me haya casado con la chica, ¿parará entonces?, ¿adónde más puede empujarme? —Y con una mueca se preguntó—: ¿A qué otras cosas peores?».

—¿Cuándo es el gran día? —preguntó Cubitt.

Todos menos Dallow sonrieron, obedientes.

El cerebro del Chico empezó a trabajar de nuevo. Fue despacio hacia el lavabo. Dijo:

—¿No tienes una copa para mí? ¿Es que yo no tengo nada que celebrar?

Vio a Dallow atónito, a Cubitt descolocado, a los parásitos dudando de qué lado ponerse, y les sonrió, era el único que tenía cabeza.

—Caramba, Pinkie… —dijo Cubitt.

—No soy de los que beben ni de los que se casan —dijo el Chico—. Eso creéis. Pero si le estoy cogiendo el gusto a lo uno, ¿por qué no iba a gustarme lo otro? Ponme una copa.

—El gusto —repitió Cubitt, y sonrió, incómodo—, tú le estás cogiendo el gusto…

—¿No la has visto? —preguntó el Chico.

—Sí, Dallow y yo acabamos de verla. En las escaleras. Pero estaba demasiado oscuro…

—Es preciosa —dijo el Chico—, está perdiendo el tiempo en una pensión de mala muerte. Y es inteligente. No vayas a confundirte. Por supuesto que no vi motivos para casarme con ella, pero tal como están las cosas…

Alguien le dio una copa y echó un largo trago; el fluido amargo y burbujeante le dio náuseas. Así que era esto lo que tanto les gustaba. Tensó los músculos de la cara para ocultar su repugnancia.

—Tal y como están las cosas —dijo—, me alegro.

Miró con velado asco los pálidos centímetros de líquido que quedaban en el vaso antes de apurarlo.

Dallow lo observó en silencio y el Chico sintió más rabia contra su amigo que contra su enemigo. Al igual que Spicer, Dallow sabía demasiado, pero lo que sabía era mucho más mortífero que lo que había sabido Spicer. Spicer solo había sabido cosas que pueden llevarte a la cárcel, pero Dallow sabía lo que sabían tus sábanas y tu espejo: el temor secreto y la humillación. Dijo, con una furia oculta:

—¿Qué te pasa, Dallow?

El rostro estúpido y desfigurado se quedó totalmente desconcertado.

—¿Estás celoso? —empezó a jactarse el Chico—. No te faltan motivos, si la has visto. No es una de tus fulanas con el pelo teñido. Tiene clase. Me caso con ella por vosotros, pero me acuesto con ella porque quiero. —Se volvió furioso hacia Dallow—. ¿Qué te ronda la cabeza?

—Bueno —dijo Dallow—, es la que conociste en el muelle, ¿no? No me pareció que fuese gran cosa.

—Tú —dijo el Chico—, tú no sabes nada. Eres un ignorante. No reconoces la clase cuando la ves.

—Una duquesa —dijo Cubitt, y se rio.

Una extraordinaria indignación brotó en el cerebro y los dedos del Chico. Era casi como si hubiesen insultado a alguien a quien él amara.

—Ve con cuidado, Cubitt —le advirtió.

—No le hagas caso —dijo Dallow—. No sabíamos que te habías enamorado…

—Tenemos unos regalos para ti, Pinkie —anunció Cubitt —, cosas para la casa.

Y señaló dos objetos pequeños y obscenos al lado de la cerveza en el lavabo, se podían encontrar en todas las tiendas de recuerdos de Brighton: un minúsculo orinal en forma de aparato de radio con la etiqueta: «El receptor A.1 de dos válvulas más pequeño del mundo», y un bote de mostaza con forma de asiento de váter con la leyenda: «Para mí y mi chica». Fue como regresar a todos los horrores que había sentido siempre, la espantosa soledad de su inocencia. Le lanzó un puñetazo a la cara a Cubitt, y este lo esquivó, riéndose. Los dos parásitos se escabulleron de la habitación. No les gustaban las peleas. El Chico los oyó bajar riéndose por las escaleras.

—Los necesitaréis en casa. No basta solo con la cama — dijo Cubitt.

Se burlaba y retrocedía al mismo tiempo. El Chico dijo:

—Por Dios que haré contigo como con Spicer.

Al principio Cubitt no lo entendió. Le costó un buen rato. Empezó a reírse y luego vio el rostro alarmado de Dallow y empezó a comprender.

—¿Cómo has dicho? —dijo.

—Está loco —intervino Dallow.

—Te crees muy listo —dijo el Chico—. Igual que Spicer.

—Fue la barandilla —replicó Cubitt—. Tú no estabas aquí. ¿Qué quieres decir?

—Pues claro que no estaba aquí —dijo Dallow.

—Crees que sabes mucho.

Todo el odio del Chico se concentró en la palabra «sabes» y en su repugnancia: él sí sabía… igual que lo supo Prewitt, después de veinticinco años en el juego.

—No lo sabes todo.

Intentó hacer acopio de orgullo, pero todo el tiempo sus ojos volvían a la humillación: «El receptor A.1…». Podías saber todo lo que había que saber en el mundo, pero si ignorabas esa sucia burla no sabías nada.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Cubitt.

—No le hagas caso —respondió Dallow.

—Quiero decir esto —dijo el Chico—: Spicer era un cobarde y yo soy el único en esta banda que sabe lo que hay que hacer.

—Lo sabes demasiado bien —contestó Cubitt—. ¿Quieres decir… que no fue la barandilla?

La pregunta le asustaba: no quería una respuesta. Nervioso, fue hacia la puerta, sin dejar de mirar al Chico. Dallow dijo:

—Pues claro que fue la barandilla. Yo estaba allí, ¿no?

—No lo sé —replicó Cubitt—. No lo sé. —Fue hacia la puerta—. Brighton es demasiado pequeño para él. Estoy fuera.

—Vamos —dijo el Chico—. Vete. Vete y muérete de hambre.

—No me moriré de hambre —dijo Cubitt—. Hay otros en esta ciudad…

Cuando la puerta se cerró, el Chico se volvió hacia Dallow.

—Vamos —dijo—, vete tú también. Creéis que podéis arreglároslas sin mí, pero no tengo más que silbar y…

—No hace falta que me hables así —dijo Dallow—. No voy a dejarte. No me apetece reconciliarme tan pronto con Crab.

Pero el Chico no le prestó la menor atención. Volvió a decir:

—No tengo más que silbar… —se jactó—, y volverán con el rabo entre las piernas.

Fue hasta el somier de hierro y se tumbó; había sido un día muy largo. Dijo:

—Ponme a Prewitt al teléfono. Dile que no hay problema por parte de ella. Que lo arregle todo cuanto antes.

—¿Para pasado mañana, si puede? —preguntó Dallow.

—Sí —dijo el Chico.

Oyó cerrarse la puerta y se quedó tumbado mirando al techo con un tic en la mejilla. Pensó: «Yo no tengo la culpa si hacen que me enfade y tengo que actuar: si la gente me dejara en paz…». Su imaginación languideció al pensar en esa palabra. Intentó sin ganas imaginarse la «paz». Con los ojos cerrados, detrás de los párpados vio una oscuridad grisácea que crecía y crecía sin parar, un país del que no había visto más que una foto en una tarjeta postal, un lugar mucho más exótico que el Gran Cañón y el Taj Mahal. Volvió a abrirlos y, al instante, el veneno circuló por sus venas, pues ahí mismo, sobre el lavabo, seguían las compras de Cubitt. Era como un niño con hemofilia: cualquier roce le hacía sangrar.

6

Una campanilla resonó, amortiguada, en el pasillo del Cosmopolitan; a través de la pared en la que se apoyaba el cabezal de la cama, Ida Arnold podía oír una voz hablando de vez en cuando: alguien leía un informe, tal vez en una sala de conferencias o dictándole a un dictáfono. Phil dormía en la cama en calzoncillos, la boca entreabierta dejaba ver un diente amarillo y un empaste metálico. Un poco de diversión…, la naturaleza humana… no le hace daño a nadie… Con la regularidad de la maquinaria de un reloj, las viejas excusas volvieron al cerebro despierto, triste e insatisfecho: nada podía compararse con la intensa emoción del deseo. Los hombres siempre fallaban en el momento del acto. Más le valdría haberse ido al cine.

Pero no le hacía daño a nadie, era solo la naturaleza humana, nadie podría decir que ella fuese mala; un poco fresca y fácil, tal vez, un poco bohemia. Pero no se aprovechaba de nadie, como otras que «limpiaban» a los hombres y luego los abandonaban igual que a un desecho, como un guante usado. Ella sabía qué estaba bien y qué estaba mal. A Dios le traía sin cuidado la naturaleza humana, lo que le importaba… Y su cerebro pasó de Phil en calzoncillos a su misión: hacer el bien, asegurarse de que el mal sufriera.

Se sentó en la cama, se rodeó las gruesas rodillas desnudas con los brazos y notó cómo volvía a despertarse la emoción en su cuerpo decepcionado. Pobre Fred… el nombre ya no le inspiraba ningún pesar ni sentimiento. Apenas recordaba algo de él, solo un monóculo y un chaleco amarillo, que eran del pobre Charlie Moyne. Lo importante era la caza. Era como volver a la vida después de una enfermedad.

Phil abrió un ojo —amarillo por el esfuerzo sexual— y la miró con aprensión. Ella dijo:

—¿Estás despierto, Phil?

—Debe de ser casi la hora de la cena —respondió Phil. Esbozó una sonrisa nerviosa—. Daría cualquier cosa por saber en qué estás pensando, Ida.

—Pensaba —dijo Ida— que lo que necesitamos de verdad es llegar a uno de los hombres de Pinkie. Alguien que esté asustado o enfadado. Alguna vez tienen que asustarse. No tenemos más que esperar.

Salió de la cama, abrió la maleta y empezó a sacar la ropa que creía apropiada para cenar en el Cosmopolitan. Las lentejuelas centellearon bajo la lámpara de lectura, la lámpara del amor. Alargó los brazos, ya no sentía deseo ni decepción: su cerebro estaba despejado. La playa estaba casi oscura; el borde del agua era como una línea escrita con cal, grandes letras desgarbadas. A esa distancia no significaban nada. Una sombra se inclinó con infinita paciencia y desenterró alguna reliquia de entre los guijarros.

Sexta parte

1

Cuando Cubitt salió por la puerta principal, los parásitos se habían ido ya. La calle estaba vacía. Se sentía desconcertado, estúpido y resentido, como quien ha destruido su casa sin haber preparado otra. La niebla llegaba desde el mar, y no había cogido su abrigo. Estaba enfadado como un niño: no volvería a por él, sería como admitir que estaba equivocado. Lo único que podía hacer era tomarse un whisky en el Crown.

En la barra del bar le hicieron sitio con respeto. Vio su propio reflejo en el espejo con la marca Booth's Gin: el pelo corto y pelirrojo, el rostro franco y transparente, los hombros anchos. Se quedó mirándose como Narciso en el estanque y se sintió mejor; no era de los que se acobardan, no le faltaba valor.

—¿Un whisky? —dijo alguien.

Era el dependiente de la verdulería de la esquina. Cubitt le puso una pesada zarpa en el hombro y aceptó la invitación con paternalismo: un hombre de mundo confraternizando con el tendero pálido e ignorante que soñaba con llevar la vida de un hombre de mundo. La compañía fue de su agrado. Se tomó otros dos whiskies a cuenta del verdulero.

—¿Tiene algún pronóstico, señor Cubitt?

—Tengo otras cosas en las que pensar aparte de los pronósticos —dijo, sombrío, sirviéndose un poco de soda.

—Estábamos discutiendo sobre *Gay Parrot* para la carrera de las dos y media. A mí me parecía que…

Gay Parrot… el nombre no le decía nada a Cubitt. La bebida lo reconfortó; una niebla le nubló el cerebro. Se inclinó hacia el espejo y vio: «Booth's Gin… Booth's Gin», como un

halo sobre su cabeza. Estaba inmerso en la alta política; había habido muertos, pobre Spicer. Las alianzas cambiaban como una pesada balanza en su cerebro; se sentía tan importante como un primer ministro firmando un tratado.

—Habrá más muertos antes de que acabe todo esto —dictaminó, en tono misterioso.

Tenía la cabeza fría, no iba a revelar nada; pero no tenía nada de malo dejar que esos pobres desdichados entreviesen los secretos de la vida. Levantó el vaso y dijo:

—Una ronda para todos.

Pero cuando miró a su alrededor, se habían ido; un rostro lo miró a través del cristal de la puerta del bar y desapareció. No soportaban la presencia de un hombre de verdad.

—Da igual —dijo—, da igual.

Apuró su whisky y se fue. El paso siguiente, claro, era ir a ver a Colleoni. Le diría: «Aquí estoy, señor Colleoni. He terminado con la banda de Kite. No quiero trabajar a las órdenes de ese chico. Deme un trabajo de hombres y lo haré».

La niebla se le coló hasta los huesos, se estremeció involuntariamente: un mirlo blanco… Pensó: «Ojala Dallow también…», y de pronto la soledad acabó con su confianza; todo el calor de la bebida desapareció y la niebla se le coló como siete diablos. ¿Y si Colleoni no estaba interesado? Llegó al paseo y vio, a través de la fina niebla, las luces del Cosmopolitan: era la hora del cóctel.

Cubitt se sentó, estremecido, bajo una marquesina de cristal y miró hacia el mar. La marea estaba baja y la niebla la ocultaba; era solo un deslizarse y un silbido. Encendió un cigarrillo; la cerilla le calentó por un momento las manos. Le ofreció el paquete a un caballero anciano envuelto en un grueso abrigo que compartía con él la marquesina.

—No fumo —respondió con sequedad el viejo caballero, y empezó a toser: un firme cof, cof, cof contra el mar invisible.

—Una noche fría —dijo Cubitt.

El hombre deslizó los ojos como unos prismáticos de ópera hacia él y siguió tosiendo, cof, cof, cof, con las cuerdas vocales secas como un palo. Desde el mar se empezó a oír un violín: era como la queja de un animal marino que llegara hasta la orilla. Cubitt pensó en Spicer, a quien siempre le había gustado la buena música. Pobre Spicer. El viento arrastraba la niebla hacia la costa, nubes densas y compactas como un ectoplasma. Cubitt había asistido una vez a una sesión de espiritismo en Brighton; había querido comunicarse con su madre, muerta hacía veinte años. Se le había ocurrido de repente: a lo mejor la vieja tenía algo que decirle. Y lo tenía, estaba en el séptimo plano, donde todo era muy bello; su voz le había sonado un poco borracha, pero eso no era tan raro. Los chicos se habían reído de él, sobre todo el bueno de Spicer. En fin, Spicer no se reiría ahora. Podían convocarlo en cualquier momento para tocar una campana o la pandereta. Era una suerte que le gustara la música.

Cubitt se levantó y fue hacia el torniquete del muelle del Oeste, que se internaba en la niebla y se desvanecía en dirección hacia donde sonaba el violín. Fue hacia el Auditorio sin cruzarse con nadie. No hacía una noche como para salir en pareja. Las personas que había en el muelle estaban todas en el Auditorio. Cubitt lo rodeó y se asomó al interior: un hombre vestido de etiqueta tocaba el violín para unas cuantas filas de gente con abrigo, en una isla a cincuenta metros de la orilla, en mitad de la niebla. En alguna parte del Canal, un barco tocó la sirena y otro respondió, y luego otro, como perros en la noche, despertándose unos a otros.

Ir a Colleoni y decirle… Era bastante fácil; el viejo debería estar agradecido… Cubitt volvió la vista atrás hacia la orilla y vio, por encima de la niebla, las luces del Cosmopolitan, que lo desanimaron. No estaba acostumbrado a ese tipo de compañía. Bajó por la escalerilla de hierro al lavabo de caballeros, vació el whisky de su cuerpo en la agitación que había al pie de los pilotes y volvió a subir a la

terraza, más solo que nunca. Sacó un penique del bolsillo y lo metió en una máquina automática: un rostro mecánico detrás del cual giraba una bombilla eléctrica, y unos mangos de hierro para sujetarla. Apareció una tarjetita azul: «Su personalidad». Cubitt leyó: «Se deja usted influir por el ambiente que le rodea y tiende a ser caprichoso y antojadizo. Sus afectos son más intensos que duraderos. Es libre, campechano y cordial por naturaleza. Aprovecha las oportunidades. Siempre podrá disponer de una parte de las cosas buenas de la vida. Su sentido común compensa su falta de iniciativa, y triunfará allí donde fracasan otros».

Pasó despacio por delante de las máquinas automáticas y retrasó el momento en el que no podría hacer otra cosa que ir al Cosmopolitan. «Su falta de iniciativa…» Dos equipos de fútbol de plomo esperaban detrás del cristal a que un penique los liberase; una vieja bruja a la que se le salía el relleno de las garras se ofrecía a decirle la buenaventura. «Una carta de amor» le hizo detenerse. Los tablones estaban húmedos por la niebla, la larga terraza estaba vacía, el violín seguía tocando. Sintió la necesidad de un afecto profundo y sentimental, flores de azahar y un abrazo en un rincón. Su enorme manaza anhelaba una mano pegajosa. Alguien a quien no le importasen sus bromas, que se riera con él del receptor de dos válvulas. No había tenido mala intención. El frío se le metió en el estómago, y un poco de whisky rancio volvió a su garganta. Casi estuvo tentado de volver donde Frank. Pero luego recordó a Spicer. El Chico estaba loco, era un asesino, no era de fiar. La soledad lo arrastró por los tablones solitarios. Sacó su último penique y lo metió. Una tarjetita rosa salió, con un sello impreso; la cabeza de una chica con el pelo largo y las palabras: «Amor verdadero». Estaba dirigida a «Mi querido cariñito, Rincón de los Tortolitos, Con el amor de Cupido», y había una imagen de un joven vestido de etiqueta, arrodillado en el suelo, besándole la mano a una joven con un abrigo de pieles. En una esquina había dos corazones atravesados por una flecha, y justo encima: N.º reg. 745812. Cubitt pensó:

«Qué listos. Es barato por un penique». Echó una mirada furtiva por encima del hombro —no había ni un alma—, le dio la vuelta rápidamente a la tarjeta y empezó a leer. El remitente era: Alas de Cupido, Calle del Amor. «Mi niña querida: Así que me has dejado por el hijo del terrateniente. No sabes cómo has arruinado mi vida al abandonarme, me has destrozado el alma, como una mariposa aplastada por una rueda; pero, a pesar de todo, solo te deseo felicidad.»

Cubitt sonrió, incómodo. Estaba conmovido. Eso era lo que pasaba siempre si te enredabas con cualquiera que no fuera una fulana: se marchaban con viento fresco. Las Grandes Renuncias, las Tragedias, la Belleza rondaron el cerebro de Cubitt. Si era una fulana, claro, tirabas de navaja y le rajabas la cara, pero el amor impreso en la tarjeta tenía clase. Siguió leyendo, era pura literatura, así le gustaría escribir a él: «Después de todo, cuando pienso en tu maravillosa y cautivadora belleza, y en tu cultura, comprendo lo estúpido que fui al soñar que me querías de verdad». Indigno. La emoción le cosquilleó bajo los párpados y se estremeció en la niebla, por el frío y la belleza. «Pero recuerda siempre, cariño, que te amo, y que si alguna vez necesitas un amigo bastará con que me devuelvas la prueba de amor que te di y seré tu siervo y tu esclavo. Tuyo, con el corazón partido, John.» Él también se llamaba así: era una premonición.

Volvió a pasar por delante del Auditorio iluminado y por la terraza vacía. Amado y perdido. Trágicos pesares flameaban bajo su pelo color zanahoria. ¿Qué puede hacer un hombre sino beber? Se tomó otro whisky justo delante de la entrada del muelle y siguió andando, pisando con demasiada firmeza, en dirección al Cosmopolitan, cloc, cloc, cloc, a lo largo de la acera, como si llevara pesos en los pies, como se movería una estatua, mitad carne y mitad piedra.

—Quiero hablar con el señor Colleoni.

Lo dijo en tono desafiante. El lujo y los dorados erosionaron su confianza. Esperó, incómodo, detrás del

mostrador, mientras un botones buscaba en los salones y los gabinetes al señor Colleoni. El recepcionista pasó las páginas de un libro muy grueso y luego consultó un ejemplar del *Quién es quién*. Al otro extremo de la mullida moqueta, el botones volvió, seguido de Crab, furtivo y triunfante, con el pelo negro oliendo a gomina.

—He dicho que quería ver al señor Colleoni —le dijo Cubitt al recepcionista, pero este hizo caso omiso, se humedeció el dedo y siguió pasando las páginas del *Quién es quién*.

—¿Quería usted ver al señor Colleoni? —preguntó Crab.

—Eso es.

—No puede ser. Está ocupado.

—Ocupado —dijo Cubitt—. Bonita palabra. Ocupado.

—Caramba, pero si es Cubitt —dijo Crab—. Supongo que vienes a buscar trabajo. —Miró a su alrededor con aire ajetreado y preocupado, y le preguntó al recepcionista—: ¿Ese de ahí no es lord Feversham?

—Sí, señor —respondió el recepcionista.

—Lo he visto a menudo en Doncaster —comentó Crab, bizqueando para mirarse una uña de la mano izquierda. Se volvió hacia Cubitt—. Sígueme, amigo. Aquí no podemos hablar.

Y antes de que Cubitt pudiera responder, se escabulló a toda prisa entre las sillas doradas.

—Se trata de lo siguiente —dijo Cubitt—. Pinkie…

Crab se detuvo en mitad del salón, hizo una reverencia y, al seguir adelante, adoptó de pronto un tono confidencial:

—Una mujer muy elegante.

Se movía deprisa, como en una película antigua. Entre Doncaster y Londres había adquirido cien manierismos diferentes; en un viaje en primera clase después de un

encuentro exitoso, había aprendido cómo les hablaba lord Feversham a los mozos de cuerda; había visto al viejo Digby comerse con los ojos a una mujer.

—¿Quién es? —preguntó Cubitt.

Pero Crab pasó por alto su pregunta.

—Aquí no podemos hablar.

Estaban en el salón Pompadour. A través de los cristales de la puerta dorada, detrás de las mesas de juego se veían cartelitos que señalaban hacia un laberinto de pasillos; unos pequeños y elegantes cartelitos chinescos con un aire a las Tullerías: «Damas», «Caballeros», «Peluquería de señoras», «Peluquería de caballeros».

—Con quien quiero hablar es con el señor Colleoni —dijo Cubitt.

Respiraba whisky sobre la marquetería, pero estaba atemorizado y desesperado. Resistió con dificultad la tentación de llamar «señor» a Crab. Crab había cambiado desde la época de Kite, estaba casi irreconocible. Ahora era parte del negocio, como lord Feversham y la señora elegante. Había madurado.

—El señor Colleoni no tiene tiempo de ver a todo el mundo —le informó Crab—. Es un hombre ocupado.

Sacó uno de los cigarros del señor Colleoni del bolsillo y se lo puso en la boca; no le ofreció uno a Cubitt. Cubitt le tendió una cerilla con mano temblorosa.

—No hace falta, no hace falta —dijo Crab, toqueteándose el chaleco cruzado. Sacó un mechero de oro y se lo acercó al cigarro—. ¿Qué quieres, Cubitt? —preguntó.

—Pensaba que tal vez… —empezó Cubitt, pero sus palabras se marchitaron entre las sillas doradas—. Ya sabes cómo son las cosas —dijo, mirando desesperado a su alrededor—. ¿Te apetece una copa?

Crab aceptó enseguida la oferta.

—No me importaría tomar una… por los viejos tiempos.

Tocó la campanilla para llamar al camarero.

—Los viejos tiempos —repitió Cubitt.

—Siéntate —dijo Crab, señalando con una mano posesiva las sillas doradas.

Cubitt se sentó con cautela. Las sillas eran duras y pequeñas. Vio a un camarero mirándoles y se sonrojó.

—¿Qué tomas tú? —preguntó.

—Un jerez —respondió Crab—. Seco.

—Whisky y un poco de soda para mí —dijo Cubitt.

Se quedó esperando la bebida, con las manos entre las rodillas, callado, con la cabeza gacha. Echaba miradas furtivas. Aquí era donde Pinkie había venido a ver a Colleoni… Desde luego, valor no le faltaba.

—Aquí el servicio es muy bueno —comentó Crab—. Por supuesto, al señor Colleoni solo le gusta lo mejor. —Cogió su copa y vio cómo pagaba Cubitt—. Le gustan las cosas elegantes. Caramba, debe de tener más de cincuenta mil libras. Si quieres saber mi opinión —dijo Crab, recostándose en su asiento, fumándose el cigarro y observando a Cubitt con una mirada distante de desdén—, cualquier día se mete en política. Los conservadores tienen muy buena opinión de él… tiene contactos.

—Pinkie… —empezó Cubitt, y Crab se rio.

—Sigue mi consejo —dijo Crab—. Deja a esa pandilla ahora que estás a tiempo. No tiene futuro… —Miró de reojo por encima de la cabeza de Cubitt y dijo—: ¿Ves a ese hombre que va hacia el lavabo? Es Mais. El fabricante de cerveza. Tiene una fortuna de cien mil libras.

—Me preguntaba —dijo Cubitt— si el señor Colleoni…

—Imposible —dijo Crab—. Piénsalo: ¿de qué le servirías tú al señor Colleoni?

La humildad de Cubitt dio paso a una rabia sorda.

—A Kite le servía.

Crab se rio.

—Perdona —dijo—, pero Kite… —Sacudió la ceniza en la alfombra y dijo—: Acepta mi consejo. Vete. El señor Colleoni va a limpiar esta ciudad. Le gustan las cosas bien hechas. Sin violencia. La policía tiene mucha confianza en el señor Colleoni. —Miró el reloj—. Bueno, bueno, tengo que marcharme. Tengo una cita en el hipódromo. —Le puso una mano con paternalismo en el brazo a Cubitt—. Mira —le dijo —, le hablaré de ti…, por los viejos tiempos. No servirá de nada, pero lo haré. Dales recuerdos a Pinkie y a los chicos de mi parte.

Se marchó, dejando un tufo a gomina y a habano, e inclinó levemente la cabeza al pasar al lado de una mujer que había en la puerta y un anciano con un monóculo sujeto con una cinta negra.

—¿Quién demonios…? —dijo el anciano.

Cubitt apuró la copa y lo siguió. Un enorme desánimo le hizo bajar la cabeza pelirroja, tenía una sensación, entre los vapores del whisky, de haber sido maltratado; alguien, alguna vez, tendría que pagar por algo. Todo lo que veía alimentaba la llama: llegó al vestíbulo, un botones con una bandeja le puso furioso. Todo el mundo lo miraba, esperando a que se fuese, pero tenía tanto derecho a estar allí como Crab. Miró a su alrededor y ahí sola, en una mesita con una copa de oporto, vio a la mujer a la que conocía Crab. La observó con envidia y ella le sonrió: «Pienso en tu maravillosa y cautivadora belleza, y en tu cultura». Una sensación de inconmensurable tristeza por esa injusticia ocupó el lugar de la rabia. Quería una confidente, descargar su peso…, eructó una vez. «Seré tu siervo y tu esclavo.» El corpachón giró como una puerta y cambió de dirección con pasos lentos hacia la mesa a la que se sentaba Ida Arnold.

—No he podido evitar oír —dijo—, al verle pasar, que conocía usted a Pinkie.

Cuando le habló, él comprendió, con inmenso placer, que no tenía clase. Le pareció el encuentro entre dos compatriotas muy lejos de casa. Dijo:

—¿Es amiga de Pinkie? —Y notó el whisky en las piernas. Preguntó—: ¿Le importa si me siento?

—¿Cansado?

—Sí —respondió él—, estoy cansado.

Se sentó con los ojos fijos en el busto grande y amistoso de ella. Recordaba la descripción de su personalidad: «Es libre, campechano y cordial por naturaleza». Por Dios, claro que lo era. Lo único que necesitaba era que lo tratasen bien.

—¿Quiere una copa?

—No, no —dijo con una vaga galantería—, yo invito.

Pero, cuando llegaron las copas, reparó en que se había quedado sin dinero. Había querido pedirles prestada una libra a los chicos pero luego, con la discusión… Observó a Ida Arnold mientras esta pagaba con un billete de cinco libras.

—¿Conoce al señor Colleoni? —preguntó.

—No diría yo tanto —respondió ella.

—Crab dijo que era usted una mujer elegante. Tiene razón.

—Ah, Crab —dijo ella con vaguedad, como si no reconociera el nombre.

—Pero debería quedarse al margen —dijo Cubitt—. No le conviene involucrarse.

Miró el interior de la copa como si fuese una densa oscuridad: fuera, la inocencia, la belleza cautivadora y la cultura… Indigno; una lágrima asomó detrás de la órbita enrojecida.

—¿Es amigo de Pinkie? —preguntó Ida Arnold.

—Dios, no —dijo Cubitt, y bebió un poco más de whisky.

Un vago recuerdo de la Biblia, en su sitio en el armario, al lado del tablero, el libro de Warwick Deeping y *Compañeros de fatigas*, se agitó en la memoria de Ida Arnold.

—Lo he visto con él —mintió ella; un patio, una vieja bordando al lado del fuego, el canto del gallo.

—No soy amigo de Pinkie.

—Ser amigo de Pinkie no es muy seguro —dijo Ida Arnold.

Cubitt escudriñó su copa como un adivino su alma, leyendo el destino de unos desconocidos.

—Fred era amigo de Pinkie —añadió ella.

—¿Qué sabe usted de Fred?

—La gente habla —dijo Ida Arnold—. La gente habla todo el tiempo.

—Es verdad —coincidió Cubitt.

Las turbias órbitas se alzaron contemplando el consuelo y la comprensión. No era lo bastante bueno para Colleoni, había roto con Pinkie. Detrás de ella, a través de la ventana del salón, se extendían la oscuridad y el mar, que retrocedía.

—Dios —dijo—, tiene razón.

Sentía una enorme necesidad de confesarse, pero los hechos eran confusos. Solo sabía que, en tiempos como estos, un hombre necesitaba la comprensión de una mujer.

—Nunca he estado de acuerdo —dijo—. Una cosa es rajar a alguien…

—Claro, eso es diferente —coincidió Ida Arnold en voz baja y con mucha habilidad.

—Y lo de Kite… eso fue un accidente. Solo querían asustarlo. Colleoni no es idiota. Alguien metió la pata. No había motivos para hacerse mala sangre.

—¿Otra copa?

—Debería invitar yo —dijo Cubitt—. Pero estoy sin blanca. Hasta que vea a los chicos.

—Ha sido muy valiente… al romper así con Pinkie. Hace falta valor, después de lo que le pasó a Fred.

—Bah, a mí no me asusta. Ninguna barandilla rota…

—¿Qué quiere decir con eso de la barandilla rota?

—Solo quería ser amable —dijo Cubitt—. Una broma es una broma. Si te casas deberías aceptar una broma.

—¿Casarse? ¿Quién se casa?

—Pinkie, claro.

—¿No será con la chica de Snow's?

—Pues claro.

—Qué idiota —dijo con rabia Ida Arnold—. Qué idiota.

—No es ningún idiota —dijo Cubitt—. Sabe lo que le conviene. Si a la chica le diera por hablar…

—¿Y contar que no fue Fred quien dejó la tarjeta?

—El bueno de Spicer, pobrecillo —dijo Cubitt, observando cómo subían las burbujas en el whisky. Una pregunta afloró—: ¿Cómo…? —pero se interrumpió en el cerebro entumecido por el alcohol—. Necesito un poco de aire —dijo—, aquí el aire está viciado. ¿Qué le parece si usted y yo…?

—Quédese un poco más —dijo Arnold—. Estoy esperando a un amigo. Me gustaría que los dos se conociesen.

—Esta calefacción central —replicó Cubitt— no es saludable. Sales y pescas un resfriado, y como te descuides…

—¿Cuándo es la boda?

—¿Qué boda?

—La de Pinkie.

—Pinkie no es amigo mío.

—Usted no estaba de acuerdo con que mataran a Fred, ¿verdad? —insistió Ida Arnold en voz baja.

—Usted sí que entiende a los hombres.

—Haberlo rajado para darle un susto habría sido distinto.

Cubitt estalló, furioso de pronto:

—Ya no puedo ver una barra de Brighton Rock sin pensar… —Eructó y dijo, con voz lacrimosa—: Rajarle para darle un susto habría sido diferente.

—Los médicos dijeron que fue por causas naturales. Que tenía mal el corazón.

—Venga fuera —dijo Cubitt—, necesito un poco de aire.

—Espere un poco, ¿qué quiere decir con eso de la barra de Brighton Rock?

Él le devolvió una mirada vacía. Repitió:

—Necesito tomar un poco el aire. Aunque me mate. Esta calefacción central… —se quejó—. Tengo tendencia a resfriarme.

—Espere solo un par de minutos.

Le puso la mano en el brazo, embargada por una intensa emoción, el borde del descubrimiento en el horizonte, y reparó por primera vez en el aire caliente que a su alrededor manaba de unas rejillas ocultas, y que los empujaba a salir. Dijo:

—Iré con usted. Daremos un paseo…

Él la observó, asintiendo con la cabeza, con una inmensa indiferencia, como si hubiese perdido el contacto con sus pensamientos, igual que cuando se suelta la correa de un perro

y este desaparece, demasiado lejos para seguirlo, en ese bosque… Se quedó atónito cuando ella añadió:

—Le daré… veinte libras.

¿Qué le había dicho para que le diera ese dinero? Ella le sonrió, seductora:

—Deje que vaya a empolvarme la nariz y a adecentarme un poco.

Él no respondió, estaba asustado, pero ella no podía esperar su respuesta: corrió a las escaleras, no había tiempo de usar el ascensor. Adecentarse: eran las mismas palabras que había usado con Fred. Corrió al piso de arriba, mientras la gente bajaba, vestida para la cena. Aporreó la puerta y Phil Corkery la dejó pasar.

—Deprisa —dijo—, necesito un testigo.

Estaba vestido, gracias a Dios, y le obligó a bajar corriendo, pero en cuanto llegaron al salón vio que Cubitt se había marchado. Salió a la entrada del Cosmopolitan, pero no lo vio por ninguna parte.

—Bueno… —dijo el señor Corkery.

—Se ha ido. Pero da igual —replicó Ida Arnold—, ahora lo sé. No fue un suicidio. Lo asesinaron. —Repitió despacio para sus adentros—: Brighton Rock…

Esa pista le habría parecido inútil a cualquier otra, pero Ida Arnold tenía mucha práctica con el tablero. Cosas más raras que esa habían surgido bajo sus dedos y los del viejo Crowe: con plena confianza, su imaginación empezó a funcionar.

El aire nocturno agitó el pelo rubio y fino del señor Corkery. Tal vez se le ocurriera que, en una noche así, después del acto amoroso, cualquier mujer necesitaba un poco de romanticismo. Le tocó el codo con timidez.

—Qué noche —dijo—, nunca pensé que… Menuda noche.

Pero sus palabras se perdieron cuando ella volvió hacia él sus ojos grandes y pensativos, sin comprender, abarrotados de otras ideas. Dijo en voz baja:

—Esa idiota… A quién se le ocurre casarse, vete a saber lo que le hará.

Una especie de júbilo virtuoso la empujó a decir, emocionada:

—Tenemos que salvarla, Phil.

2

El Chico esperaba al pie de las escaleras. El enorme edificio municipal se alzaba tras él como una sombra: departamentos para nacimientos y defunciones, para permisos de circulación, para tasas e impuestos; en algún sitio, en algún largo pasillo, la sala de matrimonios. Miró el reloj y le dijo al señor Prewitt:

—Maldita sea. Llega tarde.

El señor Prewitt respondió:

—Es el privilegio de la novia.

La novia y el novio; la yegua y el semental que la atendía; como una lima sobre el metal o el roce del terciopelo en una mano irritada. El Chico dijo:

—Dallow y yo iremos andando a buscarla.

El señor Prewitt le gritó:

—¿Y si viene por otro sitio? ¿Y si no os cruzáis?… Yo esperaré aquí.

Giraron a la izquierda, lejos de la calle oficial.

—Por aquí no es —dijo Dallow.

—No tenemos por qué esperarla —dijo el Chico.

—Ya no puedes escabullirte.

—¿Y quién ha dicho nada de escabullirse? Puedo hacer un poco de ejercicio, ¿no?

Se detuvo y se quedó mirando el escaparate de un quiosco de periódicos: receptores de dos válvulas, la misma vulgaridad en todas partes.

—¿Has visto a Cubitt? —preguntó, sin dejar de mirar el escaparate.

—No —dijo Dallow—. Y los chicos tampoco.

Los periódicos diarios y locales, un cartel con numerosas noticias: Escándalo en el pleno municipal. Mujer hallada ahogada en Black Rock. Accidente automovilístico en Clarence Street. Una revista del Salvaje Oeste, un ejemplar de *Film Fun*; detrás de los tinteros y de las plumas estilográficas y de los platos de papel para meriendas campestres y de los juguetes procaces, las obras de sexólogos famosos. El Chico siguió mirando fijamente el escaparate.

—Sé cómo te sientes —dijo Dallow—. Yo también me casé una vez. Es como si se te encogiera el estómago. Los nervios. Caramba —añadió Dallow—, si hasta me compré uno de esos libros, pero no me enseñó nada que no supiera. Excepto lo de las flores. Los pistilos de las flores. No creerías las cosas que hacen las flores.

El Chico se volvió y abrió la boca para hablar, pero de nuevo apretó los dientes. Observó a Dallow, implorante y horrorizado. Si Kite estuviese aquí, pensó, podría hablar… pero si Kite estuviera aquí, no habría necesidad de decir nada… nunca se habría metido en este lío.

—Las abejas… —empezó a explicarle Dallow y se interrumpió—: ¿Qué pasa, Pinkie? No tienes buen aspecto.

—Ya me sé las reglas —dijo el Chico.

—¿Qué reglas?

—No puedes enseñarme las reglas —continuó el Chico con una rabia explosiva—, ¿acaso no los veía todos los sábados por las noches? Rebotando y empujando.

Apartó los ojos como si estuviese presenciando algo espantoso. En voz baja, añadió:

—De niño, juré que me haría cura.

—¿Cura? ¿Tú, un cura? Esta sí que es buena —dijo Dallow.

Se rio sin convicción, apoyó, incómodo, el peso en el otro pie y pisó un excremento de perro.

—¿Qué tiene de malo meterse a cura? —preguntó el Chico—. Saben lo que hay. Se apartan de…

La boca y la mandíbula se le aflojaron; parecía que fuese a echarse a llorar. Señaló con violencia el escaparate: mujer hallada ahogada, dos válvulas, *Pasión matrimonial*, el espanto.

—… de esto.

—¿Qué hay de malo en un poco de diversión? —le respondió Dallow, limpiándose la suela en el bordillo.

La palabra «diversión» hizo que el Chico se estremeciera como si tuviese malaria. Dijo:

—¿Tú llegaste a conocer a Annie Collins?

—Nunca he oído hablar de ella.

—Iba conmigo a la escuela —dijo el Chico.

Echó una larga mirada a la calle grisácea y luego el cristal delante de *Pasión matrimonial* le devolvió el reflejo de su rostro joven y desesperanzado.

—Puso la cabeza en la vía del tren —dijo—, cerca de Hassocks. Tuvo que esperar diez minutos al tren de las siete y cinco. Venía con retraso por culpa de la niebla. Le cortó la cabeza. Tenía quince años. Iba a tener un bebé y sabía lo que la esperaba. Había tenido otros dos años antes, y había doce candidatos que podrían haber sido el padre.

—Son cosas que pasan —dijo Dallow—. Es mala suerte.

—He leído historias de amor —dijo el Chico. Nunca había hablado con tanta franqueza hasta entonces, al ver los platos de papel con los bordes arrugados, la cursilería y la crudeza—. La mujer de Frank las lee. Ya sabes cuáles digo. «Lady Angeline volvió los ojos ingenuos hacia sir Mark.» Me

ponen enfermo. Son peores que las otras —Dallow lo observaba, sorprendido por esta súbita y horrorizada locuacidad—, las que se compran de tapadillo. Spicer las compraba. Sobre chicas maltratadas. «Avergonzada de exhibirse así ante los chicos, se agachó…» Vienen a ser lo mismo —dijo, apartando del escaparate la mirada envenenada y mirando a ambos lados de la calle larga y sucia; olor a pescado, las aceras cubiertas de serrín debajo de las raspas—. Es divertido. Es el juego.

—El mundo tiene que seguir adelante —dijo Dallow, inquieto.

—¿Por qué?

—A mí no me lo preguntes —respondió Dallow—. Tú lo sabes mejor que yo. Eres católico, ¿no? Crees en…

—*Credo in unum Satanum* —dijo el Chico.

—No sé latín. Solo sé que…

—Vamos —replicó el chico—. Oigámoslo. El credo de Dallow.

—El mundo está bien siempre que no vayas demasiado lejos.

—¿Nada más?

—Es hora de ir al Registro Civil. ¿Oyes el reloj?, está dando las dos.

Unas campanas interrumpieron su carillón desafinado y sonaron: una… dos… El rostro del Chico se relajó de nuevo: puso la mano en el brazo de Dallow.

—Eres un buen tipo, Dallow. Sabes muchas cosas. Dime…

Apartó la mano. Miró detrás de Dallow, calle abajo. Dijo, con desánimo:

—Ahí está. ¿Qué está haciendo en esta calle?

—Ella tampoco parece tener prisa —comentó Dallow, al ver acercarse la delgada figura.

A esa distancia ni siquiera aparentaba su edad. Dijo:

—Visto lo visto, Prewitt ha sido muy listo al sacar la licencia.

—El consentimiento de los padres —dijo el Chico en tono inexpresivo—. Es lo mejor para la moralidad.

Observó a la chica como si fuese una desconocida con la que tuviese que encontrarse.

—Y, además, tuvimos suerte. Yo no estaba inscrito en el registro. Ni en ningún otro sitio. Añadieron un par de años. Sin padres. Sin tutor. El viejo Prewitt se inventó una historia conmovedora.

Ella se había arreglado para la boda, había renunciado al sombrero que a él no le gustaba: llevaba una gabardina nueva, un toque de polvos cosméticos y lápiz de labios barato. Parecía una de esas estatuas vulgares en una iglesia fea; una corona de papel o un corazón pintado no habrían desentonado: se le podía rezar, pero no esperar una respuesta.

—¿Dónde has estado? —dijo el Chico—. ¿No sabes que llegas tarde?

Ni siquiera se tocaron la mano. Una espantosa sensación de formalidad se instaló entre los dos.

—Lo siento, Pinkie. Verás… —Lo dijo avergonzada, como si admitiera connivencia con el enemigo—. He ido a la iglesia.

—¿Para qué? —preguntó él.

—No lo sé, Pinkie. Estaba confundida. Se me ocurrió ir a confesarme.

Él sonrió.

—¿Confesarte? Esta sí que es buena.

—Verás, quería… pensé que…

—Por el amor de Dios, ¿qué?

—Quería estar en estado de gracia cuando me casara contigo.

No prestó atención a Dallow. La expresión teológica sonó extraña y pedante en sus labios. Eran dos católicos en la calle gris. Se entendían. Ella empleaba palabras típicas del cielo y el infierno.

—¿Y lo hiciste?

—No. Fui, llamé a la puerta y pregunté por el padre James. Pero luego lo recordé. De nada servía confesarse. Me marché — dijo, con una mezcla de orgullo y temor—. Vamos a cometer un pecado mortal.

El Chico replicó, con un placer amargo y desdichado:

—Ya no valdrá la pena volver a confesarse nunca… mientras estemos vivos.

Se había graduado en el dolor: primero había dejado atrás los compases de la escuela, luego la navaja. Ahora tenía la sensación de que los asesinatos de Hale y Spicer eran actos triviales, un juego de niños, y de que había dejado atrás las niñerías. El asesinato lo había empujado a esto: a esta corrupción. Le embargaba el espanto de su propio poder.

—Será mejor que vayamos —dijo, y le rozó el brazo casi con ternura.

Igual que en otra ocasión, tuvo la sensación de necesitarla.

El señor Prewitt los saludó con jovialidad oficial. Todas sus bromas parecía hacerlas en los tribunales, con un motivo ulterior, para captar la atención de algún magistrado. Olía a desinfectante en el gran vestíbulo institucional, desde el que unos pasillos conducían a las defunciones y los nacimientos. Las paredes estaban cubiertas de azulejos, como los lavabos

públicos. A alguien se le había caído una rosa. El señor Prewitt citó, equivocadamente: «Rosas, rosas por todas partes, y ni una ramita de tejo». Una mano suave y hueca guio al Chico del brazo:

—No, no, por ahí no. Por ahí se va al departamento de impuestos. Eso viene después.

Los llevó por unas grandes escaleras de piedra. Un funcionario pasó con unos documentos impresos en la mano.

—¿Y en qué piensa la señorita? —preguntó el señor Prewitt.

Ella no le respondió.

Solo la novia y el novio podían subir por las escaleras del santuario para arrodillarse dentro del recinto ante el cura y la hostia.

—¿Van a venir sus padres? —preguntó el señor Prewitt. Ella negó con la cabeza—. Lo bueno es —dijo el señor Prewitt — que se pasa muy deprisa. No hay más que firmar sobre la línea de puntos. Siéntese aquí. Tenemos que esperar nuestro turno, ya sabe.

Se sentaron. En un rincón había una fregona apoyada contra los azulejos de la pared. Los pasos de un funcionario rechinaron sobre las gélidas baldosas de otro pasillo. Enseguida se abrió una enorme puerta de color marrón; dentro, vieron a varios funcionarios que no levantaron la cabeza; un marido y su mujer salieron al pasillo. Otra mujer los siguió y cogió la fregona. El hombre, de mediana edad, le dijo «Gracias» y le dio una moneda de seis peniques. Luego añadió: «Al final nos dará tiempo de coger el tren de las tres quince». En el rostro de la mujer había un gesto de leve sorpresa, perplejidad, no exactamente decepción. Llevaba un sombrero de paja y un maletín. Ella también era de mediana edad. Era como si pensara: «¿Y ya está… después de todos estos años?». Bajaron las grandes escaleras un poco separados, como desconocidos en una tienda.

—Ya nos toca —dijo el señor Prewitt, levantándose con presteza.

Les guio por la sala, donde los funcionarios seguían trabajando. Nadie se molestó en mirarlos. Las plumas siguieron trazando números. En una salita interior, con las paredes pintadas de verde, como las de una clínica, esperaba el secretario: una mesa, tres o cuatro sillas apoyadas contra la pared. No era como ella esperaba que fuera una boda y, por un momento, se amilanó ante la cruda frialdad de una ceremonia pobre organizada por el Estado.

—Buenos días —dijo el secretario del registro—. Que los testigos tomen asiento, y ustedes dos…

Les hizo un gesto para que se acercaran a la mesa y los miró, dándose una gélida importancia a través de las gafas de montura dorada. Era como si se creyese a punto de conseguir la categoría sacerdotal. El corazón del Chico se aceleró: le repugnaba la realidad del momento. Su gesto era hosco y necio.

—Son ustedes muy jóvenes —dijo el secretario.

—Eso está solucionado —replicó el Chico—. Ahórrese los comentarios. Está solucionado.

El secretario le echó una mirada de profundo desagrado; dijo:

—Repita después de mí. —Y luego leyó, demasiado deprisa—: «Declaro solemnemente que no conozco ningún impedimento legal que…». En este punto, el Chico no pudo seguirlo. El secretario dijo con sequedad—: Es muy sencillo. Solo tiene que repetir después de mí…

—Vaya más despacio —dijo el Chico.

Quería echar el freno, pero continuó; en muy poco tiempo, apenas unos segundos, estaba repitiendo la fórmula: «Mi legítima esposa». Intentó parecer despreocupado, apartó

la mirada de Rose, pero las palabras sonaron cargadas de vergüenza.

—¿No tienen anillos? —preguntó con aspereza el secretario.

—No hacen falta anillos —respondió el Chico—. Esto no es una iglesia.

Tuvo la sensación de que ya nunca podría borrar de su memoria la fría salita verde y aquel rostro vidrioso.

Oyó a Rose repetir a su lado: «Apelo a estas personas aquí presentes para que ejerzan de testigos…», y luego la palabra «marido», y la miró muy serio. Si hubiese habido cualquier complacencia en el rostro de ella, la habría borrado. Pero solo había sorpresa, como si estuviera leyendo un libro y hubiese llegado a la última página antes de tiempo.

El secretario dijo:

—Firmen aquí. Son siete chelines y seis peniques.

Adoptó un aire de desinterés oficial mientras el señor Prewitt se hurgaba el bolsillo.

—«Estas personas» —dijo el Chico con una risa inconexa —. Esos sois vosotros, Prewitt y Dallow.

Cogió la pluma, y la punta gubernamental garrapateó la página arrancando borra; en los viejos tiempos, se le ocurrió, estos acuerdos se firmaban con la propia sangre. Retrocedió y observó a Rose firmar con torpeza: una seguridad temporal para él, a cambio de dos eternidades de dolor. No tenía la menor duda de que este era un pecado mortal y le embargó una especie de hilaridad y orgullo sombríos. Se vio a sí mismo como un adulto por quien lloraban los ángeles.

—Estas personas —repitió, haciendo caso omiso del secretario—. Vamos a tomar una copa.

—Caramba —dijo el señor Prewitt—, qué sorpresa viniendo de ti.

—Oh, ya se lo contará Dallow —replicó el Chico—, ahora soy bebedor. —Miró a Rose—. No hay nada que ahora no sea.

La tomó del brazo y la condujo por el pasillo de azulejos hasta las grandes escaleras; la fregona había desaparecido y alguien se había llevado la flor. Una pareja se levantó cuando ellos entraron: era un mercado boyante. Dijo:

—Eso sí que ha sido una boda. ¿Imaginas algo mejor? Somos… —Quiso decir: «marido y mujer», pero su imaginación se resistió a pronunciar esa frase—. Tenemos que celebrarlo.

Y, como un típico pariente viejo de quien siempre se puede esperar una palabra desconsiderada, su cerebro insistió: «¿Celebrar, qué?», y pensó en la chica con las piernas abiertas en el Lancia y en la larga noche que se avecinaba.

Fueron al pub de la esquina. Era casi la hora de cerrar; los invitó a unas pintas de cerveza y Rose se tomó un oporto. No había dicho una palabra desde que el secretario del registro le indicó lo que tenía que decir. El señor Prewitt echó una rápida mirada a su alrededor y dejó el maletín en el suelo. Con los pantalones oscuros de raya diplomática, podría haber estado en una boda.

—Brindo por la novia —dijo, con una jocosidad que se quedó en nada.

Fue como si hubiese intentado contarle un chiste a un magistrado y hubiese intuido su rechazo: el rostro anciano recobró su gesto serio. Dijo, con reverencia:

—Que seas muy feliz, querida.

Ella no respondió; estaba contemplando su propio rostro en un espejo con la leyenda «Cerveza Negra Extra». En ese nuevo ambiente, con un trasfondo de asas de jarras de cerveza, era una cara rara. Parecía cargar con el peso de una enorme responsabilidad.

—Daría cualquier cosa por saber en qué estás pensando —le dijo Dallow.

El Chico se llevó el vaso de cerveza amarga a la boca y la saboreó por segunda vez; la náusea de los placeres ajenos se le atragantó. La miró con amargura mientras ella observaba, sin responder, a sus acompañantes; y, una vez más, intuyó hasta qué punto lo completaba. Él conocía sus pensamientos: estaban fustigando sus propios nervios. Dijo, con un veneno triunfal:

—Yo puedo deciros lo que está pensando. Está pensando que la boda no ha sido gran cosa. Está pensando: «No es como había imaginado». ¿A que sí?

Ella asintió con la cabeza mientras sostenía la copa de oporto como si no hubiese aprendido a beber.

—Con mi cuerpo te honro —empezó a citar él—, y te hago partícipe de todos mis bienes… y luego —dijo, volviéndose hacia Prewitt—, le doy una moneda de oro.

—Es la hora de cerrar, señores —dijo el camarero, mientras enjuagaba unos vasos no del todo vacíos en el fregadero de plomo, y pasaba un trapo mohoso.

—Estamos en el santuario, sabe, con el sacerdote…

—Apuren sus copas, señores.

El señor Prewitt dijo, incómodo:

—Todas las bodas son igual de válidas ante la ley. —Asintió para animar a la chica, que los miraba a todos con ojos famélicos e inmaduros—. Estás casada de verdad. Confía en mí.

—¿Casada? —dijo el Chico—. ¿Llama a eso estar casada?

Deslizó por la lengua la saliva con sabor a cerveza.

—Vamos —dijo Dallow—. Deja en paz a la chica. No hay por qué pasarse.

—Vamos, señores, apuren las copas.

—¡Casada! —repitió el Chico—. Pregúntale a ella.

Los dos hombres apuraron las copas disimulando su estupor, y el señor Prewitt dijo:

—Bueno, yo tengo que irme.

El Chico lo miró con desprecio; no entendían nada, y una vez más lo conmovió la sensación de comunión entre él y Rose: ella también sabía que esa noche no significaba nada, que no se había celebrado ninguna boda. Dijo, con áspera amabilidad:

—Venga. Vayámonos.

Alzó la mano para ponerla en el brazo de ella, en ese momento vio la imagen doble en el espejo (Cerveza Negra Extra) y volvió a bajarla: la imagen que lo miraba con un guiño era la de una pareja casada.

—¿Dónde? —preguntó Rose.

¿Dónde? No había pensado en eso; había que llevarlas a alguna parte, la luna de miel, el fin de semana frente al mar, el recuerdo de Margate que su madre tenía sobre la repisa de la chimenea; de un mar a otro, un cambio de muelle.

—Ya nos veremos —dijo Dallow.

Se detuvo un momento en la puerta, cruzó una mirada con el Chico —la pregunta, la súplica—, no entendió nada, se escabulló saludando alegremente con la mano detrás del señor Prewitt y los dejó solos.

Fue como si nunca hubiesen estado solos, a pesar del camarero secando los vasos: en Snow’s nunca habían estado solos de verdad, ni en los acantilados ante el mar en Peacehaven… no como en ese momento.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Rose.

Se quedaron en la acera y oyeron cerrarse con llave la puerta del Crown a sus espaldas, un cerrojo que pasaba: se

sintieron como si los hubiesen expulsado de un Edén de inocencia. A este lado no les esperaba más que la experiencia.

—¿Vamos a ir a la pensión de Frank? —preguntó la chica.

Fue uno de esos momentos de silencio repentino que se producen hasta en la tarde más bulliciosa: ni la campana de un tranvía, ni el silbido del vapor en la estación del tren; una bandada de pájaros salió volando por encima de Old Steyne y se quedaron planeando en el aire, como si en tierra alguien hubiese cometido un crimen. Él pensó con nostalgia en la habitación de la pensión de Frank, sabía exactamente dónde buscar el dinero en la jabonera, todo era familiar, no había nada raro; todo compartía su amarga virginidad.

—No —dijo, y, cuando volvió a empezar el ruido, el estrépito y el bullicio de la tarde, repitió—: No.

—¿Adónde, entonces?

Él sonrió con una mezquindad desesperada: ¿dónde llevarías a una rubia guapa llegada en tren el fin de semana o por las montañas en un deportivo rojo sino al Cosmopolitan? Perfume caro y pieles, navegando como una pinaza recién pintada hasta el restaurante, algo con lo que pavonearse a cambio del acto nocturno. Como si fuese una penitencia, asimiló el desaliño de Rose con una larga mirada.

—Reservaremos una suite —dijo— en el Cosmopolitan.

—No, ¿dónde?…, ¿de verdad?

—Ya me has oído, el Cosmopolitan. —Estalló, furioso—: ¿Crees que no soy lo bastante bueno?

—Tú sí —dijo ella—, pero yo no.

—Vamos a ir —dijo—. Puedo permitírmelo. Es el sitio indicado. Había una mujer llamada… Eugenia, que se alojaba allí. Por eso tienen coronas bordadas en las sillas.

—¿Quién era?

—Una fulana extranjera.

—Entonces ¿ya has estado allí?

—Pues claro.

De pronto, ella juntó las manos en un gesto emocionado:

—Yo soñaba… —dijo, y luego alzó bruscamente la mirada para ver si solo se estaba burlando de ella, después de todo.

Él dijo, como sin darle importancia:

—Están arreglando el coche. Iremos a pie y luego mandaré que vayan a buscar mi maleta. ¿Dónde está la tuya?

—¿Mi qué?

—Tu maleta.

—Estaba muy rota y sucia…

—No te preocupes —dijo en un alarde desesperado—, compraremos otra. ¿Dónde tienes tus cosas?

—Mis cosas…

—Dios, qué simple eres —dijo—. Quiero decir…

Pero pensó en la noche que tenían por delante y se le paralizó la lengua. Siguió andando por la acera, con la tarde desfalleciendo en su rostro. Ella dijo:

—No había nada… nada con lo que pudiera casarme contigo, solo esto. Les pedí un poco de dinero. No quisieron dármelo. Estaban en su derecho. Era suyo.

Siguieron andando por la acera a treinta centímetros el uno del otro. Las palabras de ella arañaban, vacilantes, la barrera, como las garras de un ave en el cristal de una ventana. Él notaba sus continuos esfuerzos por llegar hasta él: hasta su humildad le parecía una trampa. La cruda y rápida ceremonia era como una reivindicación sobre él. Ella no conocía sus motivos; pensaba —y Dios quisiera que siguiese así— que la quería. Pinkie dijo con brusquedad:

—No vayas a pensar en la luna de miel. Eso son tonterías. Estoy ocupado. Tengo cosas que hacer. Tengo que… —Se interrumpió y se volvió hacia ella con una especie de súplica asustada—: Que esto no suponga ninguna diferencia; tengo que pasar tiempo fuera a menudo.

—Esperaré —dijo ella.

Pinkie podía ver ya esa paciencia de los pobres y de los que llevan mucho tiempo casados deslizándose bajo la piel de Rose como una segunda personalidad, una figura modesta e impúdica detrás de una transparencia.

Salieron al paseo marítimo y la tarde retrocedió un paso; el mar los deslumbró; ella lo observaba con placer, como si fuese un mar diferente. Él dijo:

—¿Qué ha dicho tu padre hoy?

—Nada. Estaba de mal humor.

—¿Y tu madre?

—Ella también estaba de mal humor.

—Pues bien que aceptaron el dinero.

Se detuvieron en el paseo, justo enfrente del Cosmopolitan, y, bajo su inmensa mole, se aproximaron unos centímetros el uno al otro. Él recordó al botones gritando un nombre y la pitillera de oro de Colleoni… Dijo, despacio y con cuidado, dejando al margen su inquietud:

—Bueno, aquí deberíamos estar cómodos.

Se llevó la mano a la corbata arrugada, se enderezó la chaqueta y alzó los hombros de manera muy poco convincente.

—Vamos.

Ella lo siguió un paso por detrás, cruzaron la calle y subieron la ancha escalinata. Había dos ancianas sentadas al sol en las sillas de mimbre de la terraza, envueltas en capas y capas de velos. Tenían un aire de total seguridad: cuando

hablaban nunca se miraban, se limitaban a dejar caer sus observaciones en el aire comprensivo. «Y Willie…» «Siempre me ha gustado Willie.» El Chico hizo un ruido innecesario al subir por las escaleras.

Atravesó el edificio hasta el mostrador de recepción, con Rose justo detrás. No había nadie. Esperó, furioso… era un insulto personal. Un botones llamó: «Señor Pinecoffin, señor Pinecoffin», por el salón. El Chico esperó. Sonó un teléfono. Cuando la puerta de la entrada volvió a abrirse oyeron decir a una de las ancianas: «Fue un gran golpe para Basil». Luego apareció un hombre con chaqueta negra y dijo:

—¿Puedo hacer algo por usted?

El Chico respondió, furioso:

—Llevo esperando aquí…

—Podría haber llamado al timbre —dijo con frialdad el recepcionista, y abrió un enorme libro de registro.

—Quiero una habitación —dijo el Chico—. Una doble.

El recepcionista miró a Rose y luego pasó una página.

—No tenemos habitaciones libres —dijo.

—Me da igual lo que cueste —dijo el Chico—. Deme una suite.

—No hay nada libre —dijo el recepcionista, sin levantar la vista.

El botones volvió con la bandeja, se detuvo y observó.

El Chico dijo, en voz baja y furiosa:

—No puede dejarme fuera. Mi dinero es tan bueno como el de cualquiera…

—No lo dudo —dijo el recepcionista—, pero da la casualidad de que no tenemos habitaciones libres.

Se volvió y cogió un frasco de cola.

—Vámonos —le dijo el Chico a Rose—, este tugurio apesta.

Volvió a bajar los escalones, pasó por delante de las dos ancianas; lágrimas de humillación acudieron a sus ojos. Sentía el demencial impulso de gritarles que no podían tratarlo así, que él era un asesino, que era capaz de matar a la gente sin que lo atraparan. Quería vanagloriarse de ello. Podía permitirse ese sitio, igual que cualquiera: tenía un coche, un abogado, doscientas libras en el banco…

Rose dijo:

—Si hubiese llevado un anillo…

Él replicó, furioso:

—Un anillo… ¿qué clase de anillo? No estamos casados. No lo olvides. No estamos casados.

Pero en la acera se contuvo con inmensa dificultad y recordó con amargura que aún tenía un papel que desempeñar; no podían obligar a una mujer a declarar contra su marido, pero nada podía impedírselo excepto el amor… y la lujuria, pensó con amargo espanto. Se volvió hacia ella y se disculpó, de manera poco convincente:

—Me sacan de quicio —dijo—. Te lo había prometido, ¿entiendes?

—No me importa —dijo ella. De pronto, con los ojos muy abiertos y perplejos hizo la absurda afirmación—: Nada puede estropear este día.

—Tenemos que encontrar algún sitio —dijo él.

—No me importa dónde sea… ¿Donde Frank?

—Esta noche no —replicó él—. No quiero a los chicos cerca.

—Ya se nos ocurrirá algún sitio —dijo ella—. Aún no ha oscurecido.

Esas horas —cuando no había carreras, cuando no tenía que ir a ver a nadie por negocios— las pasaba tendido en la cama en casa de Frank. Se comía una chocolatina o un hojaldre de salchicha, veía el sol pasar entre las chimeneas, se quedaba dormido, se despertaba, comía y se quedaba dormido otra vez, mientras la oscuridad se colaba por la ventana. Luego llegaban los chicos con los periódicos vespertinos y la vida volvía a empezar. Ahora no sabía qué hacer; no sabía cómo pasar tanto tiempo cuando no estaba solo.

—Un día —dijo ella—, podríamos ir al campo como hicimos aquella vez…

Se quedó mirando al mar y haciendo planes. Él vio cómo los años avanzaban ante los ojos de ella, como la línea de la marea.

—Como quieras —dijo.

—Vayamos al muelle —propuso ella—. No he vuelto a ir desde aquella noche, ¿te acuerdas?

—Yo tampoco.

Mintió con rapidez y desenvoltura, pensando en Spicer, en la oscuridad y en los relámpagos sobre el mar: el inicio de algo cuyo final no podía vislumbrar. Pasaron por el torniquete; había mucha gente, una fila de pescadores observaba sus corchos entre las olas lentas y verdes: el agua se movía bajo sus pies.

—¿Conoces a esa chica? —preguntó Rose.

El Chico se volvió con apatía.

—¿Dónde? —dijo—. No conozco a ninguna chica aquí.

—Allí —replicó Rose—. Apuesto a que está hablando de ti.

La cara gruesa, estúpida y granujienta volvió a su memoria, se pegó al cristal como uno de aquellos peces monstruosos del Acuario: un pez peligroso, una mantarraya de

otro océano. Fred había hablado con ella y él se le había acercado en el paseo marítimo; había testificado, no recordaba qué había declarado, nada importante. Ahora lo estaba mirando, le daba codazos a su pálida amiga, hablaba de él, le contaba vete a saber qué mentiras. ¡Dios!, pensó, ¿es que tenía que masacrar al mundo entero?

—Te conoce —dijo Rose.

—No la he visto nunca —mintió él, y siguió andando.

Rose dijo:

—Es maravilloso estar contigo. Todo el mundo te conoce. Nunca pensé que me casaría con alguien famoso.

¿Quién es el siguiente?, pensó él, ¿a quién le toca ahora? Un pescador se cruzó en su camino para lanzar la caña, el sedal giró y cayó a lo lejos; el corcho quedó atrapado en la espuma de una ola y el sedal trazó una línea hacia la orilla. En la zona del muelle que quedaba a la sombra hacía frío; a un lado de la separación de cristal era de día, al otro avanzaba la tarde.

—Vayamos al otro lado —propuso él.

Empezó a pensar otra vez en la chica de Spicer: ¿por qué la había tenido que dejar en el coche? Maldita sea, después de todo, ella conocía el juego. Rose lo detuvo.

—Mira —dijo—, ¿no me regalarías una de esas? De recuerdo. No son caras, solo seis peniques.

Era una caja de cristal, como una cabina telefónica. «Grabe su propia voz», decía el cartel.

—Venga —replicó él—, no seas boba. ¿Para qué quieres eso?

Por segunda vez, se topó con su resentimiento, súbito e irresponsable. Era ñoña, tonta, sentimental… y de pronto era, también, peligrosa. Por un sombrero, por una grabación de gramófono.

—Muy bien —le espetó ella—, vete. Nunca me has regalado nada. Ni siquiera hoy. Si no me quieres, ¿por qué no te vas? ¿Por qué no me dejas en paz? —La gente se volvió y los miró: la cara agria y enfadada de él, el resentimiento desesperanzado de ella—. ¿Para qué me quieres? —gritó.

—Por el amor de Dios… —dijo él.

—Antes prefiero ahogarme que… —empezó ella, pero Pinkie la interrumpió.

—Tendrás la grabación si quieres. —Sonrió, nervioso—. Es solo que me ha parecido una tontería. ¿Para qué quieres oírme en una grabación? ¿Es que no vas a oírme todos los días? —Le apretó el brazo—. Eres una buena chica. No te escatimo nada. Puedes tener lo que quieras. —Pensó: Me tiene en sus manos…, ¿por cuánto tiempo?—. No hablabas en serio, ¿verdad? —La engatusó, el rostro arrugado como el de un viejo, del esfuerzo por ser amable.

—No sé qué me ha dado —dijo ella, evitando su mirada, con una expresión que él no supo interpretar, oscura y desesperante.

Pinkie se sintió aliviado, pero desconfiaba. No le gustaba la idea de grabar nada: le recordaba a las huellas dactilares.

—¿De verdad quieres grabarme en una de esas cosas? Al fin y al cabo, no tenemos gramófono. No podrás oírlo. ¿De qué te sirve?

—No quiero un gramófono —respondió ella—. Solo quiero tenerla. A lo mejor un día te has ido a alguna parte y puedo pedir prestado un gramófono. Y hablarías —dijo, con una intensidad repentina que le asustó.

—¿Qué quieres que diga?

—Cualquier cosa —dijo—. Dime algo a mí. Di: «Rose…», y cualquier cosa que se te ocurra.

Entró en la cabina y cerró la puerta. Había una ranura para meter la moneda de seis peniques, un micrófono y una

recomendación: «Hable con claridad y cerca del micrófono». La parafernalia científica le puso nervioso. Miró por encima del hombro y la vio ahí fuera, observándole sin sonreír. La vio como una desconocida: una chica desarrapada de Nelson Place, y lo estremeció un espantoso resentimiento. Metió la moneda de seis peniques, y hablando en voz baja dijo su mensaje para que se grabase en la vulcanita: «Maldita seas, furcia de tres al cuarto, ¿por qué no puedes volverte a tu casa para siempre y dejarme en paz?». Oyó el rasgueo de la aguja al girar el disco: luego un chasquido, y silencio.

Cogió el disco negro y salió con ella.

—Toma —dijo—, ahí tienes. He grabado unas palabras… cariñosas.

Ella lo cogió con cuidado, y cargó con él como con algo preciado que hubiese que proteger de la multitud. Incluso en el lado soleado del muelle empezaba a hacer frío, y ese frío se instaló entre los dos como una afirmación irrebatible: más vale que os vayáis a casa. Pinkie tenía la sensación de estar escaqueándose de sus obligaciones: debería estar en clase, pero no se había aprendido la lección. Pasaron por el torniquete y él la miró con el rabillo del ojo para ver qué se le antojaba ahora. Si hubiese mostrado la menor emoción la habría abofeteado. Pero se limitaba a abrazar el disco con tanta frialdad como él.

—Bueno —dijo Pinkie—, a alguna parte tenemos que ir.

Ella señaló hacia las escaleras que llevaban al paseo cubierto bajo el muelle.

—Vayamos ahí —propuso—, está resguardado.

El Chico miró a su alrededor con sequedad; era como si le hubiese planteado a propósito una ordalía. Por un momento dudó; luego le sonrió.

—De acuerdo —dijo—, vamos.

Lo embargó una especie de sensualidad: la unión del bien y del mal.

En los árboles de Old Steyne, las luces de colores estaban encendidas; era aún demasiado pronto, sus pálidos colores no se distinguían al declinar el día. El largo túnel bajo el paseo marítimo era la parte más ruidosa, chabacana y vulgar de las atracciones de Brighton. Los adelantaron unos niños corriendo con unas gorras de marinero de papel donde ponía: «No soy un ángel»; un tren fantasma cargado de parejas de enamorados se internó, traqueteando, en una oscuridad llena de gritos y alaridos. En la parte que daba a la orilla estaban las atracciones; al otro lado había tiendecitas: «Helados Magpie», «Fotomatón», «Marisco», «Caramelos». Los estantes llegaban hasta el techo, unas puertecitas llevaban a la oscuridad que había detrás, y en la parte del mar no había puertas ni ventanas, solo estante tras estante, desde los guijarros hasta el techo: un rompeolas de Brighton Rock ante el mar. En el túnel, la luz siempre estaba encendida; el aire era cálido, denso y estaba emponzoñado con el aliento humano.

—Bueno —preguntó el Chico—, ¿qué vas a querer: unos bígaros o una barra de Brighton Rock?

La miró como si de su respuesta dependiera algo de gran importancia.

—Me apetece una barra de Brighton Rock —dijo ella.

Él volvió a sonreír: solo el demonio, pensó, podría haberle hecho responder eso. Era buena, pero él la había recibido como se recibe a Dios en la Eucaristía: en las tripas. Dios no podía escapar de la boca malvada que escogía aceptar su propia condenación. Fue hasta la puerta y se asomó.

—Señorita —dijo—. Señorita. Dos barras de Brighton Rock.

Miró la tiendecilla rosada con barrotes como si fuese suya; en su recuerdo lo era, estaba marcada por las huellas de

los pasos, una parte del suelo tenía una importancia eterna: si hubiesen movido la caja registradora, él lo habría notado.

—¿Qué es eso? —preguntó y señaló hacia una caja, el único objeto desconocido que había allí.

—Es Brighton Rock roto —respondió la mujer—, se vende más barato.

—¿Llegó así de la fábrica?

—No. Se rompió. Algún torpe… —se quejó—. Ojalá supiera quién…

Él cogió las barras de caramelo y se volvió; sabía lo que vería: nada, el paseo estaba cerrado detrás de las hileras de Brighton Rock. Tuvo una intuición momentánea de su propia e inmensa inteligencia.

—Buenas noches —dijo, y se agachó al salir por la puerta.

Ojalá pudiera jactarse de su inteligencia, aliviar la enorme presión del orgullo… Se quedaron uno al lado del otro, chupando sus barras de caramelo; una mujer los empujó a un lado.

—Quitad de en medio, niños.

Sus miradas se cruzaron: una pareja casada.

—¿Y ahora, dónde vamos? —preguntó, inquieto.

—A lo mejor deberíamos buscar… algún sitio —dijo ella.

—No hay tanta prisa. —Su voz se entrecortó un poco por la preocupación—. Aún es pronto. ¿Te apetece ir al cine? —Volvió a engatusarla—. Nunca te he llevado al cine.

Pero la sensación de poder había desaparecido. Una vez más, le repelió el apasionado asentimiento de ella:

—Eres muy bueno conmigo.

Repantingado con gesto lúgubre, en la butaca de tres chelines y seis peniques, en la penumbra, se preguntó, con

crudeza y amargura, qué esperanzas tendría ella; detrás de la pantalla, un reloj iluminado marcaba la hora. Era una película de amor: rostros magníficos, muslos rodados con sumo cuidado, camas esotéricas con forma de barquillas aladas. Mataban a un hombre, pero eso daba igual. Lo que importaba era el juego. Los dos protagonistas llevaban a cabo su majestuoso avance hacia las sábanas de la cama: «Te amé esa primera vez en Santa Mónica…».

Una serenata al pie de una ventana, una chica en camisón y el reloj junto a la pantalla, avanzando sin cesar.

De pronto le susurró, furioso, a Rose:

—Parecen gatos en celo.

Era el juego más normal del mundo…, ¿por qué tener miedo de lo que los perros hacían por la calle? La música sonaba como un lamento: «En mi corazón sé que eres divina». Él susurró:

—Después de todo, tal vez sea mejor ir donde Frank.

Y pensó: «Allí no estaremos solos, a lo mejor pasa algo, tal vez los chicos quieran tomar una copa, a lo mejor quieren celebrarlo; esta noche nadie se irá a la cama». El actor con un mechón negro sobre la cara pálida y consumida dijo: «Eres mía. Toda mía». Volvió a cantar bajo unas estrellas eternas en un increíble claro de luna, y de pronto, inexplicablemente, el Chico empezó a llorar. Cerró los ojos para contener las lágrimas, pero la música siguió: fue como imaginar la liberación de un hombre encerrado. Se sentía oprimido y veía —desesperadamente lejos de su alcance— una libertad ilimitada, sin miedo, sin odio, sin envidia. Era como si estuviera muerto y recordara el efecto de una buena confesión, las palabras de la absolución: pero, al estar muerto, era solo un recuerdo, no podía sentir contrición; sentía las costillas de su cuerpo como barras de acero que lo retenían en una eterna ausencia de arrepentimiento. Por fin dijo:

—Vámonos. Es mejor que nos vayamos.

Había oscurecido. Las luces de colores iluminaban todo el paseo de Hove. Anduvieron despacio por delante de Snow's, del Cosmopolitan. Un avión se alejó ronroneando hacia el mar en vuelo rasante, una luz roja que se desvanecía. En una de las marquesinas de cristal, un viejo encendió una cerilla para fumarse una pipa e iluminó a un hombre y a una joven, acurrucados en el rincón. Una música llegó quejosa del mar. Subieron por Norfolk Square hacia Montpelier Road; una rubia con las mejillas como Greta Garbo se detuvo en las escaleras que llevaban al bar Norfolk para empolvarse la nariz. Una campana tocaba a muerto en alguna parte, y en un gramófono de un sótano sonó un himno.

—Tal vez —dijo el Chico—, después de esta noche encontremos algún sitio donde ir.

Tenía la llave, pero llamó al timbre. Quería ver a gente, hablar… pero nadie respondió. Volvió a llamar. Era uno de esos timbres antiguos de los que hay que tirar, tintineaba en el extremo del alambre: uno de esos timbres con una larga experiencia de polvo, arañas y habitaciones desocupadas, que sabe cómo dar a entender que una casa está vacía.

—No pueden haber salido todos —dijo, y metió la llave.

Habían dejado una lámpara encendida en el vestíbulo. Enseguida vio la nota debajo del teléfono: «Dos son compañía. —Reconoció la letra monótona y desgarbada de la mujer de Frank—. Hemos salido a celebrar la boda. Cierra con llave la puerta de tu habitación. Pásalo bien». Arrugó el papel y lo tiró sobre el linóleo del suelo.

—Vamos —dijo—. Arriba.

Al llegar, apoyó la mano en la barandilla nueva y le dijo:

—¿Lo ves? La hemos hecho arreglar.

En el oscuro pasillo olía a col, a comida y a trapos quemados. El Chico señaló con la cabeza:

—Ese era el cuarto del bueno de Spicer. ¿Tú crees en los fantasmas?

—No lo sé.

Abrió la puerta de su habitación y encendió la bombilla desnuda y polvorienta.

—Esto es todo —dijo—, lo tomas o lo dejas.

Y se hizo a un lado para mostrarle la enorme cama metálica, el lavabo y la jarra desportillada, el armario barnizado con la puerta de cristal barato.

—Es mejor que un hotel —replicó ella—, es más hogareño.

Se quedaron en mitad de la habitación, como si no supiesen qué hacer. Ella dijo:

—Mañana lo arreglaré un poco.

Él cerró la puerta de un portazo.

—No tocarás nada —dijo—. Es mi casa, ¿me oyes? No permitiré que vengas y empieces a cambiar las cosas. —La miró, asustado: entrar en tu propio cuarto, tu cueva, y encontrarla cambiada…—. ¿Por qué no te quitas el sombrero? —dijo—. Vas a quedarte, ¿no?

Ella se quitó el sombrero, la gabardina: este era el ritual del pecado mortal; esto, pensó era por lo que la gente se condenaba… Sonó el timbre de la puerta de la calle. Él no hizo caso.

—Es sábado por la noche —dijo con un regusto amargo en la lengua—, hora de irse a la cama.

—¿Quién es? —preguntó ella, y el timbre volvió a sonar: el mensaje inconfundible para quienquiera que estuviese fuera era que la casa ya no estaba vacía. Se acercó hasta él, al otro lado de la habitación—. ¿Es la policía?

—¿Por qué iba a ser la policía? Será algún amigo de Frank.

Pero la idea le inquietó. Se quedó de pie, esperando el timbrazo. No se repitió.

—Bueno —dijo—, no podemos quedarnos de pie toda la noche. Será mejor meterse en la cama.

Notó un espantoso vacío, como si no hubiese comido en varios días. Intentó fingir, quitándose la chaqueta y colgándola en el respaldo de una silla, que todo era igual que siempre. Cuando se volvió, ella no se había movido: temblaba, entre el lavabo y la cama, como una niña flaca que aún no era adulta.

—Vaya —se mofó él con la boca seca—, estás asustada.

Fue como si hubiera retrocedido cuatro años y se estuviera burlando de algún compañero de clase, incitándolo a cometer alguna trastada.

—¿Tú no? —dijo Rose.

—¿Yo?

Se rio de ella de forma poco convincente y avanzó: un embrión de sensualidad, le escarnecía el recuerdo de un camisón y una espalda: «Te amé esa primera vez en Santa Mónica». Estremecido por una especie de rabia, la agarró de los hombros. Había escapado de Nelson Place para caer en esto: la empujó contra la cama.

—Es un pecado mortal —dijo, arrancándole cualquier resto de inocencia, intentando saborear a Dios en la boca; un pomo de latón en el poste de la cama, los ojos de ella mudos, asustados y aquiescentes, lo borró todo en un abrazo brutal de ahora o nunca. Se oyó un grito de dolor y volvió a empezar, otra vez, el tintineo del timbre—. ¡Dios! —exclamó—, ¿es que no pueden dejarlo a uno en paz?

Abrió los ojos para mirar la habitación gris y vio lo que había hecho: le recordó más a la muerte que cuando murieron Hale y Spicer. Rose dijo:

—No vayas, Pinkie, no vayas.

Él tuvo una extraña sensación de triunfo: se había graduado en la última vergüenza humana, al fin y al cabo, no era tan difícil. Se había expuesto y nadie se había reído. No necesitaba al señor Prewitt ni a Spicer, solo que… el acto había despertado en él un leve sentimiento de ternura por su pareja. Extendió el brazo y le pellizcó el lóbulo de la oreja. El timbre resonó en el vestíbulo vacío. Era como si se hubiese quitado un enorme peso de encima. Ahora podría enfrentarse a cualquiera.

—Será mejor ir a ver qué quiere ese desgraciado.

—No vayas. Tengo miedo, Pinkie.

Pero él tenía la sensación de que nunca volvería a tener miedo. Huyendo de las carreras había tenido miedo, miedo del dolor y, aún más, de la condenación, de la muerte repentina sin confesión. Ahora era como si ya estuviese condenado y no tuviese nada que temer. El molesto timbre resonaba con gran estrépito, el largo alambre vibraba en el vestíbulo, y la bombilla, sobre la cama, iluminaba a la chica, el lavabo, la ventana sucia de hollín, la silueta inexpresiva de una chimenea; una voz susurró: «Te quiero, Pinkie». Conque esto era el infierno; no había de qué preocuparse: era solo su cuarto. Dijo:

—Ahora vuelvo. No te preocupes. Ahora vuelvo.

En lo alto de las escaleras, apoyó la mano sobre la madera nueva y sin pintar de la barandilla. La empujó despacio y comprobó que estaba firme. Quería alardear a gritos de su astucia. El timbre se estremeció a sus pies. Miró hacia abajo: había una larga caída, pero no se podía estar seguro de que un hombre que cayese desde allí se matara. No lo había pensado, pero había hombres que vivían horas con la espalda rota; él mismo conocía a un tipo con el cráneo fracturado, que hacía vida normal, aunque cuando hacía frío y estornudaba, se oía un chasquido. Tuvo la sensación de contar con la protección de alguien. El timbre sonó: sabía que estaba en casa. Siguió bajando las escaleras con los pies descalzos

sobre el linóleo gastado; era demasiado bueno para ese lugar. Sintió una energía invencible: arriba no había perdido vitalidad, la había ganado. Lo que había perdido era un temor. No tenía ni idea de quién estaría al otro lado de la puerta, pero lo embargó una sensación de perversa diversión. Alzó la mano hasta la campanilla del timbre y la silenció: notó los tirones del alambre. Libró un extraño pulso con el desconocido al otro lado del vestíbulo, y lo ganó. Cesaron los tirones y una mano golpeó la puerta. El Chico soltó el timbre y fue sin hacer ruido hacia la puerta, pero enseguida el timbre volvió a sonar a su espalda, ronco, hueco y apremiante. Una bola de papel —«Cierra con llave la puerta de tu habitación. Pásalo bien»— le rozó los dedos de los pies.

Abrió la puerta con decisión, y ahí estaba Cubitt, Cubitt borracho como una cuba. Alguien le había puesto un ojo morado y le olía el aliento: la bebida siempre le alteraba la digestión. La sensación de triunfo aumentó: experimentó una victoria inconmensurable.

—Bueno —dijo—, ¿y tú qué quieres?

—Tengo mis cosas aquí —dijo Cubitt—. Quiero mis cosas.

—Entra y cógelas —dijo el Chico.

Cubitt se coló dentro. Dijo:

—No pensaba que fuese a verte…

—Vamos —le instó el Chico—. Coge tus cosas y lárgate.

—¿Dónde está Dallow?

El Chico no respondió.

—¿Y Frank?

Cubitt carraspeó: su aliento agrio llegó hasta el Chico.

—Mira, Pinkie —le dijo—, ¿por qué tú y yo no podemos ser amigos? Como siempre hemos sido.

—Nunca hemos sido amigos —replicó el Chico.

Cubitt no le hizo caso. Se puso de espaldas al teléfono y observó al Chico con la mirada ebria y cautelosa.

—Tú y yo —dijo, con una flema amarga en la garganta que le espesaba la voz—, tú y yo no podemos estar separados. Caramba —dijo—, somos como hermanos. Estamos unidos.

El Chico lo observaba de pie desde la pared de enfrente.

—Tú y yo, es lo que digo siempre. No podemos estar separados —repitió Cubitt.

—Supongo —dijo el Chico— que Colleoni no te quiere cerca ni de casualidad, pero no voy a recoger sus sobras, Cubitt.

Cubitt empezó a lloriquear. Era una fase a la que llegaba siempre: el Chico sabía cuánto había bebido por sus lágrimas; brotaron a regañadientes, dos lágrimas como gotas de licor cayeron de las órbitas amarillentas.

—No tienes por qué tomártelo así, Pinkie —dijo.

—Es mejor que cojas tus cosas.

—¿Dónde está Dallow?

—Ha salido —respondió el Chico—. Han salido todos.

Su ánimo perverso y cruel volvió a agitarse.

—Estamos solos, Cubitt —dijo.

Miró hacia el vestíbulo y hacia el parche en el linóleo donde había caído Spicer. Pero no funcionó, la fase de las lágrimas era transitoria. Lo que llegó después fue rabia y hosquedad…

—No puedes tratarme como a una mierda —dijo Cubitt.

—¿Es así como te ha tratado Colleoni?

—He venido como amigo —dijo Cubitt—. No puedes permitirte no ser cordial conmigo.

—Puedo permitirme más de lo que crees —dijo el Chico.

Cubitt le tomó la palabra enseguida:

—Préstame cinco libras.

El Chico negó con la cabeza. Le embargaron el orgullo y una súbita impaciencia: valía mucho más que esto; más que esta discusión en el linóleo gastado bajo la bombilla polvorienta con Cubitt.

—Por el amor de Dios —exclamó—, coge tus cosas y lárgate.

—Sé cosas que podría contar de ti…

—Nada.

—Fred…

—Irías a la horca —dijo el Chico. Sonrió—: Pero yo no. Soy demasiado joven.

—También está Spicer.

—Spicer se cayó.

—He oído que…

—¿Me has oído a mí? ¿Quién te va a creer?

—Dallow lo oyó.

—Dallow es de fiar —dijo el Chico—. Puedo confiar en Dallow. Caramba, Cubitt —continuó en voz baja—, si fueses peligroso para mí, me encargaría de ti. Tienes suerte de no serlo.

Le dio la espalda y subió las escaleras. Oyó a Cubitt detrás de él, jadeando; le faltaba el aliento.

—No he venido a amenazar a nadie. Préstame un par de libras, Pinkie. Estoy sin un penique. —El Chico no respondió —. Por los viejos tiempos. —Y, al llegar al rellano, fue hacia su propia habitación. Cubitt le dijo—: Espera y te diré un par de cosas, puñetero mocoso. Conozco a alguien que me dará dinero: veinte libras. Tú… tú… te diré lo que eres.

El Chico se detuvo delante de su puerta.

—Vamos —dijo—, dímelo.

Cubitt hizo un esfuerzo por hablar. No le salían las palabras. Dio rienda suelta a su rabia y su resentimiento en frases livianas como el papel:

—Eres malo —dijo—, y un cobarde. Tan cobarde que matarías a tu mejor amigo con tal de salvar el pellejo. Pero si te da miedo una chica. —Soltó una risa hueca—. Sylvie me lo contó.

Pero esa acusación llegaba demasiado tarde. Ya se había graduado en el conocimiento de la última de las debilidades humanas. Escuchó, divertido, con una especie de orgullo infernal. El retrato que había trazado Cubitt no tenía nada que ver con él: era como las imágenes que los hombres dibujaban de Cristo, la imagen de su propio sentimentalismo. Cubitt no podía saberlo. Era como un profesor describiéndole a un desconocido un lugar del que solo hubiera leído en los libros: estadísticas de importaciones y exportaciones, tonelajes y recursos minerales, y la balanza de pagos, cuando el desconocido conocía ese país porque había pasado sed en el desierto y le habían disparado al pie de las montañas. Malo… cobarde… asustado: se rio pausadamente, con desprecio. Fue como si hubiese superado la sombra de cualquier noche que Cubitt pudiese concebir. Abrió la puerta, entró y la cerró con cerrojo.

Rose estaba sentada en la cama con los pies colgando, como un niña en clase esperando a un profesor para decirle la lección. Fuera, Cubitt maldijo y dio patadas a la puerta, sacudió el pomo y se marchó.

Ella dijo, con un alivio inmenso (estaba acostumbrada a los borrachos):

—¡Ah!, entonces no es la policía.

—¿Por qué iba a ser la policía?

—No lo sé —dijo—, pensaba que a lo mejor…

—A lo mejor, ¿qué?

Solo alcanzó a oír su respuesta: «Kolley Kibber». Por un momento, se quedó atónito. Después, se rio en voz baja con infinito desprecio y superioridad de un mundo que utilizaba palabras como «inocencia».

—Caramba —dijo—, esta sí que es buena. Lo sabías todo el tiempo. Lo adivinaste. Y yo que pensaba que estabas tan verde que no habías salido del cascarón. Y resulta —la recordó aquel día en Peacehaven, entre los vinos de borgoña en Snow's — que lo sabías.

Ella no lo negó; sentada allí, con las manos entrelazadas entre las rodillas, lo aceptó todo.

—Esta sí que es buena —repitió él—. Si te paras a pensarlo… eres tan mala como yo. —Cruzó la habitación y añadió, con una especie de respeto—: Somos tal para cual.

Ella alzó la mirada con ojos devotos e infantiles y juró solemnemente:

—Tal para cual.

Pinkie notó renacer el deseo, como una náusea en el estómago.

—Menuda noche de bodas —dijo—, ¿habías pensado que una noche de bodas podía ser así?

La moneda de oro en la palma de la mano, arrodillarse en el santuario, la bendición… Unos pasos en el pasillo: Cubitt aporreó la puerta, la aporreó y se marchó, las escaleras crujieron, la puerta se cerró de un portazo. Ella repitió sus votos, abrazándolo, en actitud de pecado mortal:

—Tal para cual.

El Chico estaba tumbado de espaldas, en mangas de camisa, y fantaseaba. Estaba en el patio de asfalto de un colegio: un plátano de sombra marchito, la campana rajada tañó y los niños salieron hacia él. Era nuevo, no conocía a nadie, estaba aterrado; fueron hacia él, decididos. Luego notó una mano cuidadosa en la manga y, en un espejo que colgaba del árbol, vio su propio reflejo y a Kite detrás de él: de mediana edad, alegre, sangrando por la boca. «Vaya pandilla de idiotas», dijo Kite, y le puso una navaja en la mano. Entonces supo lo que tenía que hacer: bastaba con que les demostrara una sola vez que no se pararía ante nada, que no existían las normas.

Alargó el brazo en un gesto agresivo, hizo un comentario inaudible y se volvió sobre el costado. La manta le cayó sobre la boca; respiró con dificultad. Estaba en el muelle y veía los pilotes contra los que rompía el agua; una nube negra llegaba desde el Canal, y el mar se encrespó: el muelle entero tembló y se venció. Intentó gritar; no había nada peor que morir ahogado. El suelo del muelle estaba en un ángulo inclinado como el de un transatlántico a punto de hundirse; trepó por la pendiente pulida para alejarse del agua y volvió a resbalar, abajo y abajo hasta su cama en Nelson Place. Se quedó tumbado, pensando: «¡Menudo sueño!», y entonces oyó los movimientos furtivos de sus padres en la cama de al lado. Era sábado por la noche. Su padre jadeaba como un hombre al final de una carrera y su madre soltó un espantoso gemido de dolor placentero. Lo embargaron el odio, el asco, la soledad; estaba totalmente abandonado, no formaba parte de sus pensamientos. Durante unos pocos minutos estuvo muerto, igual que un alma en el purgatorio, observando el acto impúdico de una persona amada.

Entonces, abrió de pronto los ojos; fue como si la pesadilla no pudiese ir más allá. Era una noche negra, no veía nada y por unos segundos creyó que estaba de vuelta en Nelson Place. Luego, un reloj dio las tres, sonó allí cerca, como la tapa de un cubo de basura en el patio trasero, y recordó con inmenso alivio que estaba solo. Salió de la cama

medio adormilado (tenía la boca pastosa y con mal sabor) y fue a tientas hasta el lavabo. Cogió el vaso del cepillo de dientes, se sirvió un poco de agua y oyó una voz que decía:

—¿Pinkie? ¿Qué pasa, Pinkie?

Soltó el vaso y cuando el agua le salpicó los pies, recordó con amargura. Dijo, cauteloso, hacia la oscuridad:

—No pasa nada. Duérmete.

Ya no tenía esa sensación de triunfo y superioridad. Recordó las últimas horas como si hubiese estado borracho o soñando: por un momento se había sentido exultante por la extrañeza de esa vivencia. Ahora nada volvería a ser extraño y estaba despierto. Había que considerar estas cosas con sentido común: ella lo sabía. La oscuridad retrocedió ante su mirada despierta y calculadora, vio el contorno de los pomos de la cama y una silla. Había ganado una jugada y perdido otra: no podían obligarla a declarar en su contra, pero ella lo sabía… Lo quería, significara lo que significase eso, pero el amor no era eterno, como el odio o el asco. En cuanto veían un rostro más apuesto, un traje más elegante… Comprendió, con espanto, que tendría que ganarse su amor toda la vida; no podría rechazarla. Si ascendía, tendría que llevarse consigo a Nelson Place como una cicatriz visible; la oficina del registro matrimonial era tan irrevocable como un sacramento. Solo la muerte lo liberaría.

Sintió ansias de respirar, anduvo despacio hacia la puerta. En el pasillo no se veía nada, estaba poblado por el sonido sordo de las respiraciones: de la habitación de la que había salido, de la habitación de Dallow. Se sintió como un ciego observado por gente a la que no podía ver. Se abrió paso a tientas hasta las escaleras y bajó al vestíbulo, peldaño a peldaño, entre crujidos. Extendió la mano y tocó el teléfono, luego, con el brazo extendido, fue hacia la puerta. En la calle, las farolas estaban apagadas pero la oscuridad, liberada de las cuatro paredes, parecía difuminarse a través de la vasta extensión de la ciudad. Podía ver las rejas de los sótanos, un

gato en movimiento y, reflejado en el cielo oscuro, el resplandor fosforescente del mar. Era un mundo extraño. Nunca había estado en ese mundo a solas. Tuvo una engañosa sensación de libertad mientras andaba despacio calle abajo hacia el Canal.

En Montpelier Road las luces estaban encendidas. No había nadie en la calle y delante de una tienda de gramófonos vio una botella de leche vacía; a lo lejos estaban la torre del reloj iluminada y los lavabos públicos. El aire era tan fresco como el aire del campo. Podía imaginar que hubiera escapado. Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones para calentarse y notó un trozo de papel que no debía estar allí. Lo sacó: era un pedazo de papel arrancado de un cuaderno de notas con la letra grande y deforme de alguien desconocido. Lo alzó hacia la luz gris y leyó, con dificultad: «Te quiero, Pinkie. No me importa lo que hagas. Siempre te querré. Has sido bueno conmigo. Allí donde tú vayas iré yo también». Debía de haberlo escrito mientras él hablaba con Cubitt y se lo habría deslizado en el bolsillo mientras dormía. Lo arrugó en el puño, vio un cubo de basura a la puerta de una pescadería… entonces se contuvo. Una turbia intuición le dijo que nunca se sabía… que algún día podía serle útil.

Oyó un susurro, miró a su alrededor y volvió a guardarse el papel. En un callejón, entre dos tiendas, una anciana estaba sentada en el suelo; solo vio la cara ajada y pálida: era como ver la condenación. Luego oyó el susurro: «Bendita tú eres entre todas las mujeres», vio los dedos grises toqueteando las cuentas. No formaba parte de los condenados, la observó con una fascinación horrorizada: era de los que se habían salvado.

Séptima parte

1

A Rose no le extrañó lo más mínimo despertarse sola: era forastera en el país del pecado mortal, y dio por sentado que todo era normal. Él se había ido, supuso, a ocuparse de sus cosas. Ningún despertador la instó con estrépito a levantarse sino que la despertó la luz de la mañana que se colaba por el cristal sin cortinas. Una vez, oyó pasos en el pasillo y, otra, una voz que gritaba, imperiosa: «¡Judy!». Se quedó tumbada pensando qué debía hacer una esposa… o, más bien, una amante.

Pero no se quedó mucho tiempo en la cama: eso era lo inquietante, la extraña pasividad. No tener nada que hacer no se parecía en nada a la vida. A lo mejor pensaban que sabía que había que encender la estufa, poner la mesa, recoger la basura. Un reloj dio las siete, era un reloj desconocido (toda su vida había oído el mismo hasta ese momento), y las campanadas parecieron tañer más despacio y con más dulzura en el aire matutino que ninguna que hubiese oído. Se sintió feliz y asustada: las siete era una hora terriblemente tardía. Salió como pudo de la cama, y estaba a punto de murmurar sus rápidos padrenuestros y avemarías mientras se vestía, cuando volvió a recordarlo… ¿De qué servía rezar ahora? Eso se había acabado, había escogido en qué bando quería estar: si lo condenaban a él tendrían que condenarla también a ella.

En la jarra había solo unos dedos de agua gris y espesa en la superficie, y cuando levantó la tapa de la jabonera encontró dos medias coronas envueltas en tres billetes de una libra. Volvió a poner la tapa: era otra cosa a la que había que acostumbrarse. Miró la habitación, abrió un armario y encontró una lata de galletas y un par de botas; unas migas crujieron bajo sus pies. Vio el disco de gramófono en la silla,

donde lo había dejado, y lo guardó en el armario para que estuviese más seguro. Luego abrió la puerta: ni un ruido o signo de vida; miró por encima de la barandilla, la madera nueva crujió bajo su peso. En algún sitio allí abajo debían de estar la cocina, el salón, los sitios donde tendría que trabajar. Bajó con cautela —las siete, qué rostros furiosos—; en el vestíbulo rozó una bola de papel con el pie. Lo alisó y leyó un mensaje a lápiz: «Cierra con llave la puerta de tu habitación. Pásalo bien». No lo entendió, debía de estar en código; dio por sentado que tendría algo que ver con ese mundo desconocido en el que pecabas en una cama y la gente perdía la vida de pronto y un hombre extraño golpeaba la puerta y te maldecía en mitad de la noche.

Encontró las escaleras del sótano; estaban oscuras a partir del vestíbulo, pero no sabía dónde estaba el interruptor. Hubo un momento en que casi tropezó, y se pegó a la pared con el corazón acelerado, recordando las pruebas de la investigación judicial, la caída de Spicer. Su muerte impartía a la casa un aire solemne: nunca había estado en el escenario de una muerte reciente. Al pie de las escaleras, abrió la primera puerta que encontró, con cautela, esperando que la insultaran: era la cocina, sí, pero estaba vacía. No se parecía a ninguna cocina que hubiese visto, ni a la de Snow's, limpia, brillante, ajetreada; ni a la de su casa, que era solo una habitación donde estar, donde cocinaban, comían, se enfadaban y se calentaban las noches frías, y donde dormitaban en las sillas. Esta era como la cocina de una casa en venta: en los fogones el carbón estaba frío; en la repisa de la ventana había dos latas de sardinas vacías; debajo de la mesa había un plato sucio para un gato que no estaba allí; la alacena estaba abierta de par en par, llena de frascos vacíos.

Se acercó y removió el carbón apagado; los fogones estaban fríos: ahí no había ardido un fuego desde hacía horas o días. De pronto, se le ocurrió que la habían abandonado; tal vez eso era lo que pasaba en este mundo, la huida súbita, dejando todo atrás; las botellas vacías, a tu novia y el mensaje

en código en un trozo de papel. Cuando la puerta se abrió, esperaba ver a un policía. Era Dallow, vestido solo con el pantalón el pijama. Se asomó, dijo:

—¿Dónde está Judy? —Entonces pareció reparar en ella. Añadió—: Sí que te levantas temprano.

—¿Temprano? —no entendió qué quería decir.

—Pensaba que era Judy la que estaba enredando. ¿Te acuerdas de mí? Soy Dallow.

Ella dijo:

—Pensaba encender la cocina.

—¿Para qué?

—Para preparar el desayuno.

—Como esa furcia se haya ido y se haya olvidado…

Fue a un armario y abrió un cajón.

—Caramba —dijo—, ¿qué mosca te ha picado? No hace falta encender la cocina. Aquí hay de todo.

Dentro del cajón había latas apiladas: sardinas, arenques… Ella objetó:

—Pero ¿y el té?

Él la miró extrañado.

—Cualquiera diría que te gusta trabajar. Aquí nadie toma té. ¿Para qué te vas a molestar? En el armario hay cerveza, y Pinkie se bebe la leche directamente de la botella. —Se volvió sin hacer ruido hacia la puerta—. Sírvete tú misma si tienes hambre, niña. ¿Sabes si Pinkie quiere alguna cosa?

—Ha salido.

—Por el amor de Dios, ¿qué pasa hoy en esta casa?

Se detuvo en el umbral y la miró otra vez, allí de pie con su aire de impotencia delante de la cocina apagada.

—No querrás trabajar, ¿no? —dijo.

—No —respondió ella, dubitativa.

Él se quedó perplejo.

—Aunque no seré yo quien te lo impida —dijo—. Eres la chica de Pinkie. Enciende la estufa, si quieres. Yo le diré a Judy que se calle si se le ocurre abrir la bocaza, pero Dios sabe dónde vas a encontrar carbón. Caramba, esa estufa no se enciende desde marzo.

—No quiero molestar a nadie —replicó Rose—. He bajado porque… porque pensaba que tenía que encenderla.

—No tienes que hacer nada —dijo Dallow—. Hazme caso, aquí todo el mundo hace lo que quiere. —Luego añadió —: No habrás visto a una fulana pelirroja pululando por ahí, ¿verdad?

—No he visto a nadie.

—Bueno —replicó Dallow—, pues hasta la vista.

Volvió a quedarse sola en la cocina fría. No tienes que hacer nada… aquí todo el mundo hace lo que quiere… Se apoyó en la pared encalada y vio un papel atrapamoscas colgando encima del armario; alguien había puesto una ratonera al lado de un agujero en el zócalo hacía mucho tiempo, pero se habían llevado el cebo y la trampa se había disparado sin atrapar a nadie. Era mentira cuando la gente decía que dormir con un hombre no suponía ninguna diferencia; pasabas del dolor a esto: la libertad, la independencia, la extrañeza. En su pecho se agitó una euforia contenida, una especie de orgullo. Abrió con osadía la puerta de la cocina y allí, en lo alto de las escaleras del sótano, estaban Dallow y la fulana pelirroja, la mujer a quien había llamado Judy. Estaban con los labios pegados con una pasión arrebatada: lo mismo podrían haber estado infligiéndose mutuamente el mayor daño posible. La mujer llevaba un camisón malva con un ramillete de amapolas de papel, reliquia de un lejano noviembre.* Mientras se debatían boca contra boca, el reloj de tonos dulces dio la media hora. Rose los miró

desde el pie de las escaleras. Había vivido años en la oscuridad. Ahora sabía todo esto.

La mujer la vio y apartó la boca de Dallow.

—Vaya —dijo—, ¿a quién tenemos aquí?

—Es la chica de Pinkie —dijo Dallow.

—Sí que madrugas. ¿Tienes hambre?

—No. Solo se me ha ocurrido… que tal vez debía encender la cocina.

—No usamos mucho esa cocina —dijo la mujer—. La vida es demasiado corta.

Tenía hoyuelos en la comisura de los labios y un aire sociable y apasionado. Se recolocó el pelo color zanahoria, bajó las escaleras y le pegó la boca húmeda y prensil como una anémona marina en la mejilla. Olía vagamente a amapolas de California rancia.

—En fin, guapa —dijo—, ahora eres una más.

Y, con un gesto generoso, pareció ofrecerle a Rose al hombre semidesnudo, la oscura y sobria escalera, la cocina yerma. Susurró para que Dallow no la oyese:

—No le dirás a nadie que nos has visto, ¿verdad, guapa? Frank se pone hecho una furia, y esto no significa nada de nada.

Rose negó, muda, con la cabeza. Este país extranjero la asimilaba demasiado deprisa: en cuanto pasabas la aduana y firmabas los papeles de la nacionalidad, te reclutaban.

—Así me gusta —dijo la mujer—. Cualquier amiga de Pinkie es amiga nuestra. Pronto conocerás a los chicos.

—Lo dudo —dijo Dallow desde lo alto de las escaleras.

—Quieres decir que…

—Tenemos que hablar en serio con Pinkie.

—¿Vino Cubitt anoche? —preguntó la mujer.

—No lo sé —respondió Rose—. No conozco a nadie. Alguien llamó al timbre, dijo muchas palabrotas y dio patadas en la puerta.

—Era Cubitt —le explicó la mujer con amabilidad.

—Tenemos que hablar muy en serio con Pinkie. No es seguro —dijo Dallow.

—En fin, guapa, será mejor que vuelva con Frank. —Se detuvo justo un escalón por encima de Rose—. Si alguna vez tienes que lavar un vestido, lo mejor que puedes hacer es dárselo a Frank. Y no es porque lo diga yo. No hay nadie como Frank para quitar una mancha de grasa. Y no cobra casi nada a los inquilinos. —Se inclinó y puso un dedo pecoso en el hombro de Rose—. A este no le vendría mal un lavado.

—Pero no tengo nada que ponerme, solo este.

—Ah, bueno, en ese caso… —Se inclinó y le susurró en tono confidencial—: Dile a tu maridito que te compre uno.

Luego se arrebujó con el camisón descolorido y se fue escaleras arriba. Rose acertó a ver una pierna muy blanca, como algo que ha vivido bajo tierra, cubierta de pelillos rojizos, y el aleteo de una pantufla mugrienta contra un talón suelto. Le pareció que todo el mundo era muy amable: parecía haber compañerismo en el pecado mortal.

Al subir del sótano su pecho se hinchó de orgullo. La aceptaban. Había vivido tanto como cualquier mujer. De vuelta en la habitación, se sentó en la cama, esperó y oyó el reloj que daba las ocho. No tenía hambre y era consciente de que disfrutaba de una inmensa libertad: no tenía que cumplir un horario, ni que completar ningún trabajo. Sufrías un poco de dolor y luego salías al otro lado, a esta sorprendente libertad. Ahora solo había una cosa que quisiera hacer: dejar que los otros viesen su felicidad. Podía entrar en Snow’s como cualquier otro cliente, golpear la mesa con una cuchara y exigir que la atendieran. Podía presumir… Era una fantasía,

pero, sentada en la cama, a medida que iba pasando el tiempo, se convirtió en una idea, en algo que podía hacer de verdad. En menos de media hora abrirían para el desayuno. Si tuviese dinero… Pensó con la mirada puesta en la jabonera. Pensó: «Al fin y al cabo, estamos casados en cierto sentido; no me ha dado nada más que ese disco; no me regatearía media corona». Se puso en pie y escuchó, luego fue hasta el lavabo. Con los dedos en la tapa de la jabonera, esperó; alguien se acercaba por el pasillo, no eran ni Judy ni Dallow, tal vez fuese el tal Frank. Las pisadas pasaron de largo; levantó la tapa y desenvolvió la media corona. Había robado galletas, pero nunca dinero. Pensó que sentiría vergüenza, pero no fue así: solo esa extraña oleada de orgullo. Era como una niña en un colegio nuevo, que descubre que puede aprender los juegos esotéricos y los códigos del patio de cemento a la primera, por instinto.

En el mundo exterior era domingo, lo había olvidado: las campanas se lo recordaron tañendo sobre Brighton. Otra vez la libertad bajo el sol matutino; era libre de no rezar ante el altar, de no oír las espantosas preguntas en el confesonario. Se había pasado al otro lado para siempre. La media corona era como una medalla por los servicios prestados. Había gente que volvía de la misa de las siete y media, otra gente iba camino de los maitines de las ocho y media: los observó con su ropa oscura como una espía. No los envidiaba ni los despreciaba: ellos tenían su salvación y ella tenía a Pinkie y la condenación.

En Snow’s acababan de subir las persianas; una chica a quien conocía llamada Maisie estaba poniendo las mesas: era la única que le caía bien, una chica nueva como ella y no mucho mayor. La observó desde la acera, y a Doris, la camarera más veterana, con su gesto desdeñoso de costumbre, que se limitaba a quitar un poco de polvo por donde ya había pasado Maisie. Rose apretó la media corona; no tenía más que entrar, sentarse, decirle a Doris que le sirviera una taza de café y un bollo, y darle unas monedillas de propina; podía ser

condescendiente con todas ellas. Estaba casada. Era una mujer. Era feliz. ¿Qué sentirían al verla entrar por la puerta?

Y no entró. Eso fue lo malo. ¿Cómo se sentiría al alardear de su libertad? Entonces, a través del cristal, cruzó una mirada con Maisie; estaba ahí, con el plumero en la mano, huesuda, inmadura, como el reflejo de su propia imagen en el espejo. Ahora ella estaba donde había estado Pinkie: fuera, mirando hacia el interior del restaurante. Esto era lo que los curas llamaban «una misma carne». Y Maisie se movió igual que había hecho ella varios días atrás: un desvío de la mirada, un gesto imperceptible de la cabeza señalando la puerta lateral. No había ningún motivo por el que no pudiera entrar por la puerta principal, pero obedeció a Maisie. Era como hacer algo que ya habías hecho antes.

La puerta se abrió y ahí estaba Maisie.

—Rose, ¿qué pasa?

Tendría que haber tenido heridas que enseñarle: se sentía culpable por sentir solo felicidad.

—Se me ha ocurrido venir —dijo— a verte. Me he casado.

—¿Estás casada?

—Más o menos.

—¡Ay, Rose!, ¿y cómo es?

—Maravilloso.

—¿Tenéis alojamiento?

—Sí.

—¿Y qué haces todo el día?

—Nada. Estar por ahí.

La cara infantil que tenía delante se frunció con pesar.

—Dios, Rosie, menuda suerte. ¿Dónde lo conociste?

—Aquí.

Una mano aún más huesuda que la suya la sujetó por la muñeca.

—Ay, Rosie, ¿no tiene un amigo?

Ella respondió a la ligera:

—No tiene amigos.

—¡Maisie! —gritó una voz chillona desde la cafetería—. ¡Maisie!

Las lágrimas acudieron a sus ojos; a los de Maisie, no a los de Rose. Su intención no había sido hacerle daño a su amiga. Un impulso compasivo le hizo decir:

—No todo es bueno, Maisie. —Intentó destruir la apariencia de su propia felicidad—. A veces es malo conmigo. Te lo aseguro —insistió—, no es un camino de rosas.

«Pero si no es un camino "de rosas" —pensó mientras se daba la vuelta en dirección al paseo marítimo—, si no es un camino de rosas, ¿qué es?» Y, mecánicamente, mientras volvía donde Frank sin haber desayunado, empezó a pensar: «¿Qué he hecho para ser tan feliz?». ¿Había cometido un pecado? Esa era la respuesta: se estaba comiendo su trozo de pastel en este mundo y no en el próximo, y le daba igual. Estaba grabada en él, igual que la voz de Pinkie se había grabado en la vulcanita.

Unas puertas antes de llegar a la pensión de Frank, Dallow la llamó desde una tienda donde vendían los periódicos dominicales:

—¡Hola, niña! —Ella se detuvo—. Tienes visita.

—¿Quién?

—Tu madre.

La estremeció una sensación de lástima y agradecimiento: su madre nunca había sido tan feliz como ella. Dijo:

—Deme un *News of the World*. A mamá le gusta leer el periódico los domingos.

En la trastienda alguien estaba escuchando un disco con un gramófono. Le dijo al dueño de la tienda:

—Algún día, ¿me dejaría pasar a escuchar un disco que tengo?

—Pues claro que te dejará —dijo Dallow.

Ella cruzó la calle y llamó a la puerta de Frank. Le abrió Judy; seguía en camisón, pero debajo se había puesto un sujetador.

—Tienes visita —dijo.

—Lo sé.

Rose subió corriendo al piso de arriba; era el mayor triunfo que cabía esperar: recibir a tu madre por primera vez en tu propia casa, invitarla a sentarse en tu propia silla, mirarla con una experiencia idéntica. Rose sintió que ahora no había nada que su madre supiese sobre los hombres que no supiera ella: esa era la recompensa por el doloroso ritual de la cama. Abrió la puerta tan contenta y allí estaba la mujer.

—¿Qué está…? —empezó, y luego dijo—: Me dijeron que era mi madre.

—Algo tenía que decirles —le respondió, con amabilidad, la mujer, y luego dijo—: Pasa, cariño, y cierra la puerta al entrar —como si la habitación fuese suya.

—Voy a llamar a Pinkie.

—Me encantaría tener unas palabras con tu Pinkie.

No había forma de esquivarla; estaba allí como la pared de un callejón sin salida, con los mensajes obscenos de un enemigo garabateados con tiza. Ella era la razón —eso le parecía a Rose— de las súbitas brusquedades, de las uñas clavadas en su muñeca. Le dijo:

—No verá usted a Pinkie. No dejaré que nadie le dé preocupaciones a Pinkie.

—Pronto va a tener mucho de lo que preocuparse.

—¿Quién es usted? —imploró Rose—. ¿Por qué se mete con nosotros? No es usted de la policía.

—Soy como cualquiera. Quiero justicia —comentó alegremente la mujer, como si estuviese pidiendo medio kilo de té. Su cara ancha, próspera y carnal se deshizo en sonrisas. Añadió—: Quiero asegurarme de que tú estés a salvo.

—No quiero su ayuda —replicó Rose.

—Deberías irte a tu casa.

Rose apretó las manos para defender la cama metálica, la jarra de agua sucia:

—Esta es mi casa.

—No sirve de nada que te enfades, niña —continuó la mujer—. No voy a volver a perder los nervios contigo. No es culpa tuya. No entiendes cómo son las cosas. Pobrecilla, me das lástima.

Avanzó a través del linóleo como si fuera a coger a Rose en sus brazos.

Rose retrocedió hasta la cama.

—Quédese donde está.

—Vamos, no te pongas nerviosa. No te servirá de nada. Estoy decidida.

—No sé qué pretende. ¿Por qué no habla claro?

—Hay cosas que tengo que contarte… con delicadeza.

—A mí no se me acerque. O grito.

La mujer se detuvo.

—Seamos sensatas. Estoy aquí por tu bien. Necesitas que te salven. Caramba… —Por un momento pareció quedarse sin

palabras. Añadió con voz callada—: Tu vida corre peligro.

—Váyase, si eso es todo…

—¡Todo! —la mujer estaba atónita—. ¿Qué quieres decir con «todo»? —Luego se rio, decidida—. Caramba, por un momento me has dejado desconcertada. Todo, claro. Es suficiente, ¿no? Ahora no bromeo. Si no lo sabes, tienes que saberlo. No se detendrá ante nada.

—¿Y bien? —dijo Rose, sin desvelar nada.

La mujer susurró en voz baja a través de los pocos centímetros que las separaban.

—Es un asesino.

—¿Se cree que no lo sé? —dijo Rose.

—Por el amor de Dios —exclamó la mujer—, ¿quieres decir que…?

—No hay nada que pueda usted contarme.

—Loca estúpida… casarte con él, sabiendo eso. Estoy tentada de marcharme y dejarte sin más.

—No me quejaré —replicó Rose.

La mujer enhebró otra sonrisa, como quien enhebra una guirnalda.

—No voy a perder los nervios, niña. Si lo dejara estar, no dormiría por las noches. No estaría bien. Escúchame, a lo mejor no sabes lo que pasó. Lo he deducido todo. Se llevaron a Fred por el paseo, a una de esas tiendecitas, y lo estrangularon… al menos lo habrían estrangulado, pero le falló el corazón —dijo, con voz espantada—. Estrangularon a un muerto. —Luego añadió con severidad—: No me estás escuchando.

—Lo sé todo —mintió Rose.

Estaba esforzándose en pensar, recordaba la advertencia de Pinkie: «No te involucres». Pensaba de manera vaga y

descabellada: ha hecho cuanto ha podido por mí; ahora tengo que ayudarle. Observó a la mujer de cerca; nunca olvidaría esa cara rolliza, campechana, avejentada: la miraba como una idiota desde las ruinas de una casa bombardeada. Dijo:

—Bueno, y si cree que fue así, ¿por qué no va a la policía?

—Ahora empiezas a hablar con sensatez —dijo la mujer —. Solo quiero aclarar las cosas. Así es, niña. Hay cierta persona a quien he dado dinero para que me contara algunas cosas. Y otras las he deducido yo por mi cuenta. Pero esa persona… no quiere declarar. Tiene sus razones. Y hacen falta muchas pruebas, en vista de que los médicos dijeron que fue una muerte natural. Ahora bien, si tú…

—¿Por qué no lo deja correr? —dijo Rose—. Ya está hecho, ¿no es así? ¿Por qué no nos deja en paz?

—No estaría bien. Además… él es peligroso. Mira lo que pasó aquí el otro día. No irás a decirme que fue un accidente.

—¿No se ha parado a pensar por qué lo hizo? —dijo Rose —. No se mata a un hombre sin motivo.

—¿Y por qué lo hizo?

—No lo sé.

—Pregúntaselo.

—No necesito saberlo.

—Crees que está enamorado de ti —dijo la mujer—, pero no lo está.

—Se ha casado conmigo.

—¿Y por qué? Porque no pueden obligar a declarar a una esposa contra su marido. Eres solo una testigo como lo era ese otro hombre. Niña —una vez más, intentó reducir el hueco que las separaba—, solo quiero salvarte. Él te mataría sin dudarlo si creyera que no está a salvo.

De espaldas a la cama, Rose la vio aproximarse. Dejó que le pusiera las manazas frías de panadera sobre los hombros.

—La gente cambia —le dijo.

—No, no es verdad. Mírame. Yo nunca he cambiado. Igual que esas barras de caramelo: por mucho que las mordisquees, sigue poniendo Brighton. Así es la naturaleza humana. —Exhaló con tristeza sobre el rostro de Rose un aliento vinoso y dulzón.

—La confesión… el arrepentimiento —susurró Rose.

—Eso es solo religión —dijo la mujer—. Créeme, con lo que tenemos que lidiar es con el mundo. —Le dio unas palmaditas en el hombro a Rose, con el aliento silbándole en la garganta—. Mete cuatro cosas en una bolsa y vente conmigo. Yo cuidaré de ti. No tendrás nada que temer.

—Pinkie…

—Yo me ocuparé de Pinkie.

Rose dijo:

—Haré todo… todo lo que usted quiera…

—Así se habla, cariño.

—… si nos deja usted en paz.

La mujer retrocedió. Un momentáneo gesto de furia apareció, discordante, detrás de la guirnalda.

—Eres testaruda —dijo—. Si fuese tu madre… una buena azotaina.

El rostro huesudo y decidido le devolvió la mirada: toda la combatividad del mundo estaba reflejada en él; buques de guerra se aprestaron para el combate y flotas de bombarderos despegaron del suelo en la mirada fija y la boca obstinada. Era como el mapa de una campaña militar marcado con banderitas.

—Y otra cosa —alardeó la mujer—. Pueden enviarte a la cárcel. Porque lo sabes. Tú misma me lo has dicho. Una

cómplice, eso es lo que eres. Por encubrimiento.

—Si se llevasen a Pinkie, ¿cree usted —preguntó sorprendida— que eso me importaría?

—Dios —respondió la mujer—, solo he venido aquí por tu bien. No tendría que haberme molestado, pero no quiero dejar que los inocentes sufran. —El aforismo salió como un ticket de una máquina—. Caramba, ¿es que no vas a levantar un dedo para impedir que te mate?

—Nunca me haría daño.

—Eres joven. No sabes lo que yo sé.

—Hay cosas que usted no sabe.

Mientras la mujer seguía argumentando, ella meditaba oscuramente junto a la cama: un Dios lloró en un huerto y gritó en una cruz; Molly Carthew fue a parar al fuego eterno.

—Sé algo que tú no sabes. Sé la diferencia entre lo que es justo y lo que es injusto. Eso no te lo enseñaron en la escuela.

Rose no contestó; la mujer tenía razón: esas dos palabras no significaban nada para ella. Su sabor lo habían borrado otros ingredientes más fuertes: el Bien y el Mal. Aquella mujer no podía contarle nada que no supiese de ellos: sabía por pruebas tan claras como una operación matemática que Pinkie era malo, ¿qué más daba, en ese caso, que fuese justo o injusto?

—Estás loca —exclamó la mujer—. No creo que levantases un dedo ni aunque te estuviese matando.

Rose volvió poco a poco al mundo exterior. Dijo:

—Tal vez no.

—Si no fuese una buena persona te daría por imposible. Pero tengo sentido de la responsabilidad. —Su sonrisa era ya muy insegura cuando se detuvo en la puerta—. Puedes advertir a ese joven marido tuyo de que le sigo la pista de cerca —dijo —. Tengo mis planes.

Salió y cerró la puerta, luego volvió a abrirla para un último ataque:

—Y ve con cuidado, niña —dijo—. No querrás tener el bebé de un asesino. —Y sonrió sin piedad desde el otro lado del suelo desnudo de la habitación—: Es mejor que tomes precauciones.

Precauciones… Rose se quedó al lado de la cama y se apretó una mano contra el cuerpo, como si con esa presión pudiese descubrir… Aquello no se le había ocurrido nunca; y pensar en todo lo que suponía haberse metido en esa situación le produjo una sensación de gloria. Un hijo… y ese hijo tendría un hijo… Era como reclutar un ejército de amigos para Pinkie. Si los condenaban, tendrían que vérselas también con ellos. Lo que habían hecho la noche anterior en la cama no tenía final: era un acto eterno.

2

El Chico se quedó delante del quiosco de periódicos y vio salir a Ida Arnold. Parecía un poco acalorada, un poco altanera mientras se alejaba calle abajo; se detuvo y le dio un penique a un niño. El crío se sorprendió tanto que se le cayó al suelo mientras se quedaba mirando su retirada, lenta y cuidadosa.

El Chico soltó una risotada repentina, oxidada y desganada. Pensó: «Está borracha». Dallow le dijo:

—Por los pelos.

—¿Qué?

—Tu suegra.

—Mi… ¿Cómo lo sabes?

—Preguntó por Rose.

El Chico dejó el ejemplar del *News of the World* sobre el mostrador, había un titular destacado: «Violada una niña en el bosque de Epping». Anduvo, pensativo, hacia la pensión de Frank y subió las escaleras. A mitad de camino se detuvo: a la mujer se le había caído una violeta artificial de un ramillete. La recogió del escalón: olía a amapolas de California. Después entró, con la flor oculta en la palma de la mano, y Rose acudió, acogedora, a su encuentro. Él evitó su boca.

—Bueno —dijo, e intentó imprimir una especie de jocosidad áspera y amistosa en su semblante—, he oído que tu madre ha venido de visita.

Y esperó, ansioso, su respuesta.

—¡Ah, sí! —dijo, dubitativa, Rose—, se ha pasado por aquí.

—¿No estaba enfadada?

—No.

Manoseó la violeta en la mano con furia.

—Bueno, ¿y cree que te ha sentado bien… el matrimonio?

—Sí, creo que sí… No ha hablado mucho.

El Chico fue hasta la cama y se tumbó sin quitarse el abrigo. Dijo:

—Y también me han dicho que has salido.

—Se me ocurrió ir a ver a unas amigas.

—¿Qué amigas?

—Oh, en Snow's.

—¿Llamas amigas a esas? —preguntó con desprecio—. ¿Y las has visto?

—En realidad, no. Solo a una… a Maisie. Un minuto.

—Y luego llegaste aquí a tiempo de ver a tu madre. ¿No quieres que te diga qué he estado haciendo yo?

Ella lo miró con gesto estúpido: su actitud la asustaba.

—Si quieres.

—¿Cómo que si quiero? Mira que eres idiota.

La anatomía de alambre de la flor se le clavó en la palma de la mano. Dijo:

—Tengo que hablar un momento con Dallow. Espera aquí.

Y la dejó sola. Llamó a Dallow, al otro lado de la calle, y cuando este llegó, le dijo:

—¿Dónde está Judy?

—Arriba.

—¿Frank está trabajando?

—Sí.

—Pues baja conmigo a la cocina.

Bajó él primero las escaleras; en la oscuridad del sótano, el carbón frío crujió bajo sus pies. Se sentó en el borde de la mesa de la cocina y dijo:

—Tómate una copa.

—Demasiado temprano —replicó Dallow.

—Escucha —dijo el Chico. Una expresión de dolor cruzó su rostro, como si estuviese a punto de hacer una confesión espantosa—: Me fío de ti.

—Bueno —repuso Dallow—, ¿qué te preocupa?

—Las cosas no van demasiado bien —dijo el Chico—. Hay muchos listillos haciendo preguntas. Dios —dijo—, maté a Spicer y me casé con la chica. ¿Es que tengo que hacer una masacre?

—¿Estuvo aquí Cubitt anoche?

—Sí, y lo eché. Estuvo suplicando… Quería cinco libras.

—¿Se las diste?

—Pues claro que no. ¿Crees que me voy a dejar chantajear por un tipo como él?

—Deberías haberle dado algo.

—No es él quien me preocupa.

—Pues debería preocuparte.

—Cállate, ¿quieres? —le gritó de pronto con voz chillona el Chico. Señaló con el pulgar hacia el techo—. La que me preocupa es ella. —Abrió la mano y dijo—: Maldita sea, se me ha caído la flor.

—¿La flor?

—Calla y escucha —dijo en voz baja y furiosa—. Esa no era su madre.

—¿Y quién era? —preguntó Dallow.

—La furcia esa que ha estado haciendo preguntas, la misma que iba con Fred en el taxi el día que…

Apoyó la cabeza entre las manos un instante con un gesto de pesar o de desesperación, aunque no era ni lo uno ni lo otro, sino que lo acometían los recuerdos. Dijo:

—Me duele la cabeza. Necesito pensar con claridad. Rose me ha dicho que era su madre. ¿Qué está tramando?

—¿No creerás que ha hablado? —dijo Dallow.

—Tengo que averiguarlo —replicó el Chico.

—Me habría fiado totalmente de ella —comentó Dallow.

—Yo no me fiaría tanto de nadie. Ni siquiera de ti, Dallow.

—Pero, si quiere hablar, ¿por qué con ella…? ¿Por qué no con la policía?

—¿Por qué ninguno ha ido a la policía?

Miró con preocupación hacia la cocina fría. Le agobiaba su desconocimiento.

—No sé qué están tramando.

Los sentimientos ajenos le taladraban el cerebro: nunca antes había sentido ese deseo de comprender. Añadió, con apasionamiento:

—Me entran ganas de rajarlas a todas.

—Al fin y al cabo —dijo Dallow—, no sabe gran cosa. Solo que no fue Fred quien dejó la tarjeta. Si quieres saber mi opinión, no es más que una chica medio tonta. Afectuosa, por lo que parece, pero tonta.

—El tonto eres tú, Dallow. Sabe mucho. Sabe que fui yo quien mató a Fred.

—¿Estás seguro?

—Me lo dijo ella misma.

—¿Y aun así se casó contigo? —exclamó Dallow—. Que me aspen si entiendo a las mujeres.

—Tengo la sensación de que, si no hacemos algo cuanto antes, todo Brighton se enterará de que matamos a Fred. Toda Inglaterra. El puñetero mundo entero lo sabrá.

—¿Qué podemos hacer?

El Chico se acercó a la ventana del sótano y el carbón crujió bajo sus pies: un minúsculo patio de asfalto con un viejo cubo de la basura que llevaba semanas sin usarse, una reja cerrada y un olor agrio. Dijo:

—No podemos parar ahora. Tenemos que seguir adelante.

La gente pasaba en lo alto, invisibles de cintura para arriba: un zapato desgastado rozó la acera con la puntera; una cara barbuda se agachó de pronto en busca de colillas de cigarrillo. Dijo, despacio:

—Debería ser fácil hacerla callar. Hicimos callar a Fred y a Spicer, y ella es solo una cría…

—No digas tonterías —replicó Dallow—. No puedes seguir así.

—A lo mejor tengo que hacerlo. No me queda otro remedio. A lo mejor es siempre así… empiezas y luego ya no puedes parar.

—Estamos cometiendo un error —dijo Dallow—. Te apostaría cinco libras a que es de fiar. Caramba, si tú mismo me lo dijiste: está loca por ti.

—¿Entonces por qué me ha dicho que era su madre?

Vio pasar a una mujer: joven, a juzgar por los muslos, no se podía ver más arriba. Lo estremeció un espasmo de asco. Se había rendido: hasta se había sentido orgulloso de ello, de lo que podría haber hecho con la chica de Spicer, Sylvie, en un Lancia. Supuso que estaba bien, probarlo todo una vez, si podías parar ahí, decir «nunca más» y no seguir… haciéndolo.

—Te lo digo yo —insistió Dallow—. Es de fiar. Está loca por ti.

Loca por él: unos tacones altos, unas piernas desnudas que se alejaban.

—Si está loca por mí —dijo—, eso facilita las cosas: hará lo que le diga.

Un trozo de papel de periódico pasó volando por la calle: el viento soplaba del mar. Dallow dijo:

—Pinkie, no quiero más asesinatos.

Dando la espalda a la ventana, el Chico soltó un remedo de risa y dijo:

—Pero ¿y si se suicidase?

Un orgullo demencial se agitaba en su pecho; se sentía inspirado: era como si el amor por la vida volviese a su corazón insensible; el hogar vacío y entonces los siete demonios peores que el primero…

Dallow dijo:

—Por el amor de Dios, Pinkie. Son imaginaciones tuyas.

—Pronto lo sabremos —dijo el Chico.

Subió por las escaleras y salió del sótano, buscando por todas partes la flor perfumada de tela y alambre. No la encontraba por ningún sitio. La voz de Rose murmuró: «Pinkie» por encima de la barandilla nueva. Estaba esperándole angustiada en el rellano.

—Pinkie, tengo que decírtelo. No quería preocuparte… pero tiene que haber alguien a quien no tenga que mentirle.

Esa no era mi madre, Pinkie.

Él subió despacio, observándola de cerca, juzgándola.

—¿Quién era?

—Era esa mujer. La que estuvo yendo por Snow's haciendo preguntas.

—¿Qué quería?

—Quería que me fuese de aquí.

—¿Por qué?

—Pinkie, lo sabe.

—¿Por qué me has dicho que era tu madre?

—Ya te lo he dicho, no quería preocuparte.

Pinkie se quedó a su lado, observándola. Ella le devolvió la mirada con una inquietud candorosa, y él comprendió que la creía más que a nadie. Su orgullo impaciente y engreído se aplacó, notó una extraña sensación de paz, como si por un momento no tuviese que planear nada.

—Pero luego —continuó angustiada Rose— he pensado que a lo mejor deberías preocuparte.

—No pasa nada —replicó él y le puso la mano en el hombro en un torpe abrazo.

—Dijo algo de que le había pagado a alguien. Dijo que te seguía la pista de cerca.

—No me preocupa —dijo, y le apretó la espalda.

Entonces se detuvo, miró por encima del hombro de ella. En el umbral de la habitación estaba la flor. Se le había caído al cerrar la puerta y luego… Enseguida empezó a hacer cábalas: «Me ha seguido, por supuesto, ha visto la flor y ha sabido que yo lo sabía. Eso lo explica todo, la confesión»… Todo el rato que había pasado abajo con Dallow ella había estado pensando en cómo enmendar su equivocación. Debía de querer sacárselo del pecho —la frase le hizo reír—, el pecho

de una mujerzuela, como el de Sylvie, listo para ser utilizado. Volvió a reírse: el espanto del mundo anidaba en su garganta como una infección.

—¿Qué pasa, Pinkie?

—Esa flor —dijo.

—¿Qué flor?

—La que trajo ella.

—¿Qué?…, ¿dónde…?

O sea que a lo mejor no la había visto…, a lo mejor sí era de fiar… ¿Quién sabe? Pensó: «¿Quién podrá saberlo nunca?». Y con una especie de triste emoción: ¿qué más daba al fin y al cabo? Había sido un idiota al pensar que supondría alguna diferencia; no podía permitirse correr riesgos. Si ella era de fiar y le quería, sería mucho más fácil, nada más. Se repitió: «No estoy preocupado. No tengo de qué preocuparme. Sé lo que tengo que hacer. Incluso si ella se enterara de todo, sé lo que tengo que hacer». La miró con astucia. Ahuecó la mano y le apretó un pecho.

—No te dolerá —dijo.

—¿Qué es lo que no me dolerá, Pinkie?

—La forma en que manejaré las cosas. —Se apartó con agilidad de su torva insinuación—: No querrás dejarme, ¿verdad?

—Jamás —dijo Rose.

—A eso me refería —dijo—. Lo escribiste, ¿no? Confía en mí, yo me encargaré si todo se tuerce… para que no sea doloroso para ninguno de los dos. Puedes confiar en mí. —Siguió hablando deprisa en voz baja, mientras ella lo observaba con la expresión confundida de quien ha prometido, sin pararse a pensarlo, más de lo que puede cumplir—. Sabía que estarías de acuerdo — dijo—. En lo de no separarnos jamás. Lo que escribiste.

Ella susurró, asustada:

—Es un pecado mortal…

—Solo uno más —dijo—. ¿Qué más da? No puedes condenarte dos veces, y ya nos hemos condenado…, o eso dicen. Además, es solo si todo se tuerce, si ella averigua lo de Spicer.

—Spicer —gimió Rose—, no irás a decirme que Spicer también…

—Solo digo si ella averigua que yo estaba aquí, en la casa… Pero no tenemos de qué preocuparnos hasta ese momento.

—Pero Spicer… —dijo Rose.

—Yo estaba aquí —replicó él—, cuando sucedió, nada más. Ni siquiera lo vi caer, pero mi abogado…

—¿Él también estaba aquí? —preguntó Rose.

—Sí.

—Ahora lo recuerdo —dijo Rose—. Por supuesto, lo leí en el periódico. No iban a creer, claro, que un abogado estuviese tapando algo malo.

—El bueno de Prewitt —dijo el Chico—, caramba… — una vez más, la risa desacostumbrada sonó oxidada—, es el Honor en persona.

Volvió a apretarle el pecho y le dio ánimos con desgana:

—Oh, no, no hay motivos para preocuparse hasta que ella lo descubra. Incluso entonces, tendríamos esa escapatoria. Pero puede que no lo descubra nunca. Y si no lo descubre — sus dedos la tocaron con secreta repugnancia—, seguiremos, ¿verdad? — intentó que el espanto sonase igual que el amor—, como ahora.

3

No obstante, quien de verdad le preocupaba era el Honor en persona. Si Cubitt le había dado a entender a esa mujer que también había algo turbio en la muerte de Spicer, ¿a quién podría ir a ver ahora sino al señor Prewitt? No intentaría nada con Dallow; pero un hombre de leyes —y más uno tan listo como Prewitt— siempre temía la ley. Prewitt era como un hombre con un cachorro manso de león en su casa. Nunca podría estar seguro de que el león al que le había enseñado tantos trucos, a pedir y comer de su mano, no fuera a madurar de pronto un día y a volverse contra él. Podía cortarse la mejilla al afeitarse… y la ley olería la sangre.

A primera hora de la tarde, ya no pudo esperar más; se encaminó a casa de Prewitt. Primero le dijo a Dallow que vigilara a la chica por si acaso… Más que nunca, tuvo la sensación de estar siendo obligado a ir a una distancia y una profundidad mayores de lo que había pretendido. Le embargó un placer curioso y cruel; en realidad, no le importaba tanto, estaban decidiendo por él y lo único que tenía que hacer era dejarse llevar. Sabía cómo podía acabar todo… no le horrorizaba: era más sencillo que la vida.

La casa del señor Prewitt estaba en una calle paralela al ferrocarril, más allá de la terminal: las máquinas la hacían temblar al cambiar de vía, el hollín se acumulaba continuamente en los cristales y en la placa de latón. Desde la ventana del sótano, una mujer con el pelo despeinado le miró con suspicacia; siempre estaba allí, observando a los visitantes con gesto duro y amargado. Nadie le había dado nunca explicaciones: siempre había pensado que era la cocinera, pero resultó ser la «esposa», veinticinco años en el juego. Abrió la

puerta una chica de cutis grisáceo y oscuro, una cara desconocida.

—¿Dónde está Tilly? —preguntó el Chico.

—Se ha marchado.

—Dile a Prewitt que Pinkie está aquí.

—No recibe visitas —replicó la chica—. Es domingo, ¿no?

—A mí sí me verá.

El Chico entró en el vestíbulo, abrió una puerta, se sentó en una habitación forrada con archivadores; conocía el camino.

—Vamos —dijo—, díselo. Ya sé que está durmiendo. Ve a despertarle.

—Parece que esté en su casa —comentó la chica.

—Lo estoy.

Sabía lo que contenían esos archivadores marcados «Rex v. Innes», «Rex v. T. Collins»: aire y nada más. Un tren cambió de vía y las cajas vacías temblaron en los estantes. La ventana solo estaba un poco entreabierta, pero se oía la radio de la casa de al lado: Radio Luxemburgo.

—Cierra la ventana.

Ella la cerró, malhumorada. Daba igual, las paredes eran tan finas que se oía al vecino moverse entre los estantes como una rata. Dijo:

—¿Siempre se oye esa música?

—A no ser que hablen —replicó ella.

—¿A qué estás esperando? Ve a despertarle.

—Me ha dicho que no le molestara. Sufre de indigestión.

Una vez más, la habitación tembló y la música gimoteó a través de la pared.

—Siempre le pasa después de comer. Ve y despiértale.

—Es domingo.

—Más vale que te des prisa.

La amenazó con una mirada vagamente torva, ella se fue dando un portazo y un poco de escayola cayó del techo.

A sus pies, en el sótano, alguien estaba moviendo los muebles: la mujer, supuso. Un tren pasó tocando el silbato y la calle se llenó de humo. En el piso de arriba, el señor Prewitt empezó a hablar: no había nada que amortiguara el ruido. Luego se oyeron pasos en el techo y en las escaleras.

El señor Prewitt esbozó una sonrisa al abrir la puerta.

—¿Qué trae por aquí a nuestro joven galán?

—Solo quería verle —dijo el Chico—. Para ver qué tal le va. —Un espasmo de dolor borró la sonrisa del rostro del señor Prewitt—. Debería tener más cuidado con lo que come —dijo el Chico.

—Ya nada me sienta bien —comentó el señor Prewitt.

—Bebe demasiado.

—Comamos y bebamos que mañana… —El señor Prewitt se apretó la mano contra el estómago.

—¿Tiene una úlcera? —preguntó el Chico.

—No, no, nada de eso.

—Debería ir a que le hiciesen una radiografía.

—No soy amigo de bisturíes —respondió, nervioso y atropellado, el señor Prewitt, como si fuese una sugerencia que le hiciesen constantemente y para la que necesitase tener preparada una respuesta.

—¿Es que esa música no para nunca?

—Cuando me canso —dijo el señor Prewitt—, doy golpes en la pared.

Cogió un pisapapeles del escritorio y dio dos golpes en la pared: la música se quebró en un quejido agudo y oscilante, y cesó. Oyeron al vecino moverse, furioso, detrás de los estantes.

—«¿Qué pasa? ¿Es una rata?» —citó el señor Prewitt. La casa se estremeció cuando pasó una locomotora muy grande —. No es más que Polonio —le aclaró el señor Prewitt.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

—No, no —dijo el señor Prewitt—, quiero decir un entrometido. En *Hamlet*.

—Oiga —dijo el Chico con impaciencia—, ¿ha venido por aquí una mujer haciendo preguntas?

—¿Qué clase de preguntas?

—Sobre Spicer.

El señor Prewitt dijo, con un desánimo enfermizo:

—¿Hay alguien haciendo preguntas? —Se sentó enseguida, encorvado por la indigestión—. Me lo temía.

—No hay de qué asustarse —dijo el Chico—. No pueden demostrar nada. Usted cíñase a su historia. —Se sentó enfrente del señor Prewitt y lo miró con lúgubre desprecio—. No se busque la ruina —le advirtió.

El señor Prewitt alzó con brusquedad la mirada.

—¿La ruina? —dijo—. Ya estoy arruinado. —Vibró con las locomotoras en su silla, y alguien en el sótano dio unos golpes bajo sus pies—. ¡Caramba!, esa vieja comadreja —dijo el señor Prewitt—. Es mi mujer…, no la conoces.

—La he visto —dijo el Chico.

—Veinticinco años. Luego esto. —El humo del exterior cubrió la ventana como una cortina—. ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar —preguntó el señor Prewitt— que eres afortunado? Lo peor que te puede pasar es que te ahorquen. En cambio yo puedo pudrirme.

—¿Qué le preocupa? —dijo el Chico.

Estaba confuso… como si un hombre más débil le hubiese devuelto un golpe. No estaba acostumbrado a esto: a la imposición de las vidas ajenas. La confesión era un acto que hacías, o no, en privado.

—Cuando acepté trabajar para ti —dijo el señor Prewitt — perdí el único trabajo que tenía. El Bakely Trust. Y ahora te he perdido a ti.

—Lleva usted todos mis asuntos.

—Pronto ya no habrá ninguno que llevar. Colleoni te va a echar de aquí y tiene su propio abogado. Un tipo de Londres. Un tipo muy fino.

—Aún no he tirado la toalla. —Olisqueó el aire viciado por los gasómetros y añadió—: Ya sé lo que le pasa. Está usted borracho.

—De borgoña Empire —dijo el señor Prewitt—. Quiero contarte algunas cosas, Pinkie, quiero —la frase literaria salió sin pensar— quitarme un peso de encima.

—No quiero oírlas. No me interesan sus problemas.

—Me casé por debajo de mis posibilidades —continuó el señor Prewitt—. Fue un trágico error. Yo era joven. Una historia de pasión incontrolable. Yo era un hombre apasionado —dijo, retorciéndose de indigestión, y añadió—: Deberías verla ahora, Dios mío.

Se inclinó hacia delante y dijo en un susurro:

—Veo pasar a las mecanógrafas con sus carteras. Soy inofensivo. No hay nada de malo en mirar. Dios mío, qué pulcras y esbeltas.

Se interrumpió, con la mano vibrando sobre el reposabrazos de la silla.

—Escucha a esa vieja comadreja de ahí abajo. Me ha arruinado la vida.

Su rostro anciano y arrugado se había tomado unas vacaciones de su bonhomía, de su agudeza y de sus bromas legales. Era domingo y era él mismo. El señor Prewitt dijo:

—¿Sabes qué le respondió Mefistófeles a Fausto cuando le preguntó dónde estaba el Infierno? Le respondió: «Caramba, esto es el Infierno y no hemos salido de él».

El Chico le observó con temor y fascinación.

—Está limpiando en la cocina —prosiguió el señor Prewitt—, pero luego subirá. Deberías conocerla, sería todo un placer. La vieja bruja. Tendría gracia, ¿no crees?, contárselo todo. Que estoy implicado en un asesinato. Que hay gente haciendo preguntas. Echar abajo la casa entera, como Sansón —extendió los brazos y los contrajo con el dolor de la indigestión—. Tienes razón — dijo—, tengo una úlcera, pero no dejaré que me operen. Prefiero morirme. Y también estoy borracho. De borgoña Empire. ¿Ves esa foto de ahí… al lado de la puerta? Un grupo de escolares. Lancaster College. Tal vez no sea uno de los mejores colegios, pero lo encontrarás en el Anuario de Colegios Privados. Ahí estoy yo: con las piernas cruzadas en la fila de abajo. Con un sombrero de paja —dijo en voz baja—. Competíamos con Harrow. Eran malísimos. Les faltaba *esprit de corps*.

El Chico ni siquiera se volvió para mirar. Nunca había visto así a Prewitt: era una exhibición temible y fascinante. Un hombre estaba cobrando forma ante sus ojos: podía ver sus nervios funcionando en la carne agónica, su pensamiento floreciendo en un cerebro transparente.

—Y pensar —continuó el señor Prewitt— que un antiguo alumno de Lancaster ha acabado con esa comadreja del sótano y contigo como único cliente. ¿Qué diría el viejo Manders? Era un gran director.

Estaba decidido: era como un hombre decidido a vivir antes de morir; todos los insultos que había tenido que tragarse de los testigos policiales, las críticas de los magistrados, todo

lo regurgitó desde su estómago torturado. No había nada que no pudiera decirle a nadie. Una enorme prepotencia brotaba de su humillación; su mujer, el borgoña Empire, los archivadores vacíos y la vibración de las locomotoras en las vías eran el paisaje de esa gran obra teatral.

—Habla usted demasiado —dijo el Chico.

—¿Hablar? —dijo el señor Prewitt—. Podría estremecer al mundo. Que me pongan en la picota si quieren. Les ofreceré… una revelación. Me he hundido tan hondo que arrastro —lo empujaba un fuerte viento de amor propio, hipó dos veces— los secretos de las cloacas.

—De haber sabido que bebía —dijo el Chico—, jamás habría confiado en usted.

—Bebo… los domingos. Es el día de descanso. —De pronto dio unas patadas en el suelo y gritó furioso—: ¡Silencio ahí abajo!

—Necesita unas vacaciones —dijo el Chico.

—Me paso el día aquí sentado… Suena el timbre, pero es el verdulero: latas de salmón, le encanta el salmón en lata. Y luego llamo al timbre y viene esa estúpida macilenta y veo pasar a las mecanógrafas. Podría abrazar sus máquinas de escribir portátiles.

—Le iría bien tomarse unas vacaciones —dijo el Chico, nervioso y afectado por la idea de esa otra vida que crecía en el cerebro.

—A veces —replicó el señor Prewitt— siento el impulso de exhibirme vergonzosamente… en un parque.

—Le daré dinero.

—El dinero no puede curar una mente enferma. Esto es el Infierno y no hemos salido de él. ¿Cuánto podrías darme?

—Veinte libras.

—Con eso no llegaría muy lejos.

—Boulogne; ¿por qué no se escapa al otro lado del Canal? —preguntó el Chico, horrorizado y asqueado—. Diviértase.

Miró las uñas sucias y mordidas, esas manos temblorosas que eran instrumento de placer.

—¿Podrías permitirte una pequeña suma como esa, muchacho? No dejes que abuse de ti. Aunque, claro, «he prestado algunos servicios al Estado».*

—Se la daré mañana… con ciertas condiciones. Tiene que marcharse en el barco de la mañana y quedarse en el extranjero todo el tiempo posible. Tal vez le envíe más. —Era como pegarse una sanguijuela a la piel; sintió asco y debilidad —. Avíseme cuando se le acabe y ya veremos.

—Me iré, Pinkie, cuando tú digas. Y… ¿no se lo dirás a mi mujer?

—Tendré la boca cerrada.

—Claro. Confío en ti, Pinkie, y tú puedes confiar en mí. Cuando me haya recuperado, después de estas vacaciones, volveré…

—No tenga prisa.

—Esos sargentos de la policía abusones repararán en mi astucia renovada. Al defender a los marginados.

—Le enviaré el dinero a primera hora. Hasta entonces, no vea usted a nadie. Vuélvase a la cama. Su indigestión es grave. Si viene alguien, diga que no está.

—Lo que tú digas, Pinkie, lo que tú digas.

Era lo mejor que podía hacer. Salió de la casa y, al mirar hacia abajo, se encontró con la mirada dura y suspicaz de la mujer del señor Prewitt; llevaba un plumero en la mano, y lo miró como un enemigo despiadado desde su cueva bajo los cimientos. Él cruzó la calle y echó un último vistazo a la casa, y allí, en una de las ventanas de arriba, oculto en parte por las

cortinas, vio al señor Prewitt. No estaba mirando al Chico, estaba asomado sin más, sin esperanza, atento a lo que pudiera pasar. Pero era domingo y no había mecanógrafas.

4

Le dijo a Dallow:

—Tendrás que vigilar la casa. No me fío un pelo de él. Me lo imagino asomado ahí, esperando a alguien y viéndola a ella…

—No será tan idiota.

—Está borracho. Dice que está en el Infierno.

Dallow se rio.

—En el Infierno. Esa sí que es buena.

—Eres un idiota, Dallow.

—No creo en nada que no vea con mis propios ojos.

—Pues eso es que no ven mucho —replicó el Chico.

Dejó a Dallow y fue al piso de arriba. Pero, ay, si este era el Infierno, pensó, no estaba tan mal: el teléfono anticuado, las escaleras estrechas, la oscuridad cómoda y polvorienta; no se parecía en nada a la casa de Prewitt, incómoda, estremecida, con esa vieja zorra en el sótano. Abrió la puerta de la habitación y allí, pensó, estaba su propio enemigo. Miró alrededor con decepción y enfado la habitación cambiada; la posición de todo se había alterado un poco y la habían barrido, limpiado y ordenado. Se lo reprochó:

—Te dije que no lo hicieras.

—Solo la he ordenado un poco, Pinkie.

Ahora era la habitación de ella, no la suya: el armario y el lavabo habían cambiado de sitio, y la cama, por supuesto, no había olvidado la cama. Ahora era el Infierno de ella y de nadie más; él lo repudiaba. Se sintió expulsado, pero cualquier

cambio debía ser a peor. La observó, disimulando su odio, intentando imaginar el paso del tiempo en su rostro, el aspecto que tendría algún día, asomada desde el sótano. Había regresado envuelto en el destino de otra persona: una oscuridad doble.

—¿No te gusta, Pinkie?

Él no era Prewitt, él tenía agallas, no estaba derrotado. Dijo:

—¿Esto? ¡Ah… no está mal! Es solo que no me lo esperaba.

Ella interpretó mal su contención.

—¿Malas noticias?

—Aún no. Pero tenemos que estar preparados, claro. Yo lo estoy.

Fue a la ventana y se quedó mirando, a través de un bosque de postes de telégrafos, en dirección a un pacífico y nublado cielo dominical; luego volvió a mirar la habitación transformada. Ese era el aspecto que podría tener si se hubiese ido y otros inquilinos… Observó a Rose atentamente, mientras hacía su truco de prestidigitador y fingía que la idea se la había dado ella:

—Tengo el coche preparado. Podríamos ir al campo donde nadie oiría… —Calculó el terror de ella con cuidado y, antes de que pudiese devolverle el naipe, cambió el tono—: Solo en el peor de los casos.

La frase le intrigaba, la repitió: el peor (eso era la mujer rolliza con la mirada vidriosa y cargada de superioridad moral subiendo por la calle polvorienta) de los casos (y ese era el señor Prewitt, borracho y acabado, espiando detrás de las cortinas por si pasaba una mecanógrafa).

—No llegará a pasar —la animó.

—No —repitió ella—. Es imposible, no pasará.

Su certeza produjo en él un efecto curioso: fue como si ella también hubiese limpiado, ordenado, barrido y modificado su plan, y ya no pudiera reconocerlo como propio. Quiso decirle que podía llegar a pasar: descubrió en sí mismo una extraña nostalgia por el acto más siniestro de todos. Ella dijo:

—Soy tan feliz. No puede ser tan malo.

—¿Qué quieres decir? —replicó él—. ¿Qué no es tan malo? Es un pecado mortal.

Y miró con rabia y furia la cama hecha como si considerase la repetición del acto allí y en ese mismo momento…, para que aprendiera la lección.

—Lo sé —dijo ella—. Lo sé, pero aun así…

—Solo hay una cosa peor —dijo él.

Era como si ella se le estuviese escapando; ya estaba domesticando su negra alianza.

—Soy feliz —replicó ella, desconcertada—. Eres bueno conmigo.

—Eso no quiere decir nada.

—Escucha —dijo ella—, ¿qué es eso?

Un leve quejido llegó por la ventana.

—Es el crío de al lado.

—¿Por qué no lo consuela nadie?

—Es domingo. Habrán salido —respondió él—. ¿Quieres hacer algo? ¿Te apetece ir al cine?

Ella no le escuchaba. El llanto continuo y desdichado absorbía su atención; adquirió un gesto maduro y responsable.

—Alguien debería ir a ver qué le pasa —comentó.

—Será que tiene hambre o algo así.

—A lo mejor está enfermo. —Ella escuchó con una especie de sufrimiento vicario—. A los bebés les pasan cosas

de repente. Nunca se sabe.

—No es tuyo.

Ella se volvió hacia él con mirada perpleja.

—No —dijo—, pero estaba pensando que podría serlo —dijo con apasionamiento—. Yo no lo dejaría solo toda la tarde.

Él respondió, incómodo:

—Ni ellos tampoco. Ya ha dejado de llorar. ¿Qué te había dicho?

Pero sus palabras se le grabaron en el cerebro: «podría serlo». Nunca se había parado a pensarlo. La observó con miedo y asco, como si estuviese viendo el desagradable acto del parto, el remache de otra vida clavándolo al suelo, mientras ella seguía de pie, escuchando con alivio y paciencia, como si llevase años experimentando esas preocupaciones y supiera que el alivio nunca duraba mucho y que la preocupación siempre volvía a empezar.

5

Las nueve de la mañana. Salió, furioso, al pasillo; el sol matutino se colaba por el montante de la puerta de abajo y teñía el teléfono. Llamó:

—¡Dallow, Dallow!

Dallow subió despacio del sótano en mangas de camisa. Dijo:

—Hola, Pinkie. Parece que no hayas dormido.

El Chico dijo:

—¿Me estás evitando?

—Pues claro que no, Pinkie. Solo que… como te has casado, pensé que querrías estar solo.

—¿Llamas a esto «estar solo»? —preguntó el Chico.

Bajó las escaleras; llevaba en la mano el sobre con perfume de malva que le había deslizado Judy debajo de la puerta. No lo había abierto. Tenía los ojos enrojecidos. Bajaba con síntomas de fiebre: el pulso acelerado, la frente caliente y el cerebro agitado.

—Johnnie me ha telefoneado temprano —dijo Dallow—. Lleva vigilando desde ayer. Nadie ha ido a ver a Prewitt. Nos hemos asustado por nada.

El Chico no le prestó atención. Dijo:

—Quiero estar solo, Dallow. Solo de verdad.

—Son demasiadas cosas para tu edad —replicó Dallow, y se echó a reír—. Dos noches…

El Chico dijo:

—Tiene que desaparecer antes de…

No podía expresarle a nadie la magnitud o la naturaleza de su temor.

—Discutir no es seguro —dijo enseguida Dallow, con cautela.

—No —replicó el Chico—, no volverá a ser seguro nunca. Lo sé. Nada de divorcio. Solo la muerte. En cualquier caso —puso la mano en la vulcanita, que estaba fresca—, ya te dije que tenía un plan.

—Es una locura. ¿Por qué iba a querer morir esa pobre chica?

Respondió con rencor:

—Me quiere. Dice que quiere estar siempre conmigo. Y si yo no quiero vivir…

—Dally —llamó una voz—, Dally.

El Chico miró con brusquedad y culpabilidad a su alrededor; no había oído a Judy moverse arriba en silencio, descalza y en ropa interior. Estaba concentrado, intentando urdir su plan, enfrascado en su complejidad, inseguro de quién tenía que morir… él o ella o ambos…

—¿Qué quieres, Judy? —preguntó Dallow.

—Frank ha terminado con tu chaqueta.

—Déjala —dijo Dallow—. Iré a recogerla enseguida.

Ella le envió un beso insatisfecho y codicioso, y volvió sin hacer ruido a su cuarto.

—Me he dejado enredar —dijo Dallow—. A veces creo que sería mejor no haberlo hecho. No quiero tener problemas con el pobre Frank, y ella es muy poco cuidadosa.

El Chico miró pensativo a Dallow, como si supiese por experiencia lo que hacía uno en esos casos.

—Imagínate —dijo— que la dejas embarazada.

—¡Ah! —replicó Dallow—. Ya se las apañará. Es cosa suya —dijo—. ¿Has recibido carta de Colleoni?

—¿Pero qué se suele hacer?

—Lo típico, supongo.

—¿Y si no lo hace —insistió el Chico— y está embarazada?

—Hay pastillas.

—Pero no siempre funcionan, ¿no? —preguntó el Chico.

Creía haberlo aprendido todo, pero volvía a estar en un estado de consternada ignorancia

—En mi opinión, no funcionan nunca —respondió Dallow—. ¿Te ha escrito Colleoni?

—Si Prewitt le fuese con el cuento a la policía, no habría esperanza, ¿verdad? —dijo pensativo el Chico.

—No cantará. Y, además, esta noche estará en Boulogne.

—Pero si lo hiciese o, digamos, si yo pensara que lo ha hecho…, no me quedaría otra salida que suicidarme. Y ella…, ella no querría vivir sin mí. Si creyera… Y tal vez no fuese cierto. Lo llaman un pacto de suicidio, ¿no?

—¿Qué mosca te ha picado, Pinkie? ¿No vas a darte por vencido?

—Yo podría no morir.

—Eso también es asesinato.

—Pero no te ahorcan por eso.

—Estás loco, Pinkie, caramba, yo no permitiría algo así. —Le dio al Chico un golpe amistoso y sorprendido—. Lo dices en broma, Pinkie… La pobre chica no tiene nada de malo, solo que le gustas.

El Chico no dijo nada; daba la impresión de estar moviendo sus pensamientos, como fardos muy pesados, y de

estar almacenándolos dentro, cerrándolos con llave al mundo entero.

—Deberías tumbarte a descansar un rato —dijo Dallow, incómodo.

—Quiero tumbarme solo —replicó el Chico.

Subió las escaleras despacio. Al abrir la puerta sabía lo que vería: desvió la mirada como para apartar la tentación del cerebro ascético e intoxicado. La oyó decir:

—Estaba a punto de salir un rato. ¿Quieres alguna cosa?

Alguna cosa… Su cerebro tembló con la inmensidad de sus exigencias. Dijo en voz baja:

—Nada —e imprimió suavidad a su voz—. Vuelve pronto. Tenemos que hablar.

—¿Estás preocupado?

—No, preocupado no. Ya lo tengo todo arreglado —señaló con un humor mortífero a su cabeza—, aquí dentro.

Era consciente del temor y la tensión de ella, de su aliento entrecortado, de su silencio y, luego, su voz armada de valor ante la desesperanza.

—¿No serán malas noticias, Pinkie?

Él le espetó:

—Por el amor de Dios, lárgate.

La oyó ir hacia él, pero no levantó la vista: esta era su habitación, su vida. Tenía la sensación de que, si lograba concentrarse lo suficiente, podría eliminar hasta el último indicio de ella… Todo sería igual que antes; antes de que entrara en Snow's y de que buscase una tarjeta que no estaba allí, y de que empezaran los engaños y la vergüenza. Había olvidado el origen de todo; apenas podía recordar a Hale como una persona o su asesinato como un crimen: ya solo estaban ella y él.

—Si ha pasado algo… puedes decírmelo… No tengo miedo. Debe de haber algún modo, Pinkie, de no… —le imploró—. Hablémoslo antes.

—Estás armando mucho revuelo por nada. Quiero que te vayas, puedes irte a… —continuó con brusquedad, pero se contuvo a tiempo y esbozó una sonrisa—. Ve y diviértete.

—No tardaré, Pinkie.

Él la oyó cerrar la puerta, pero sabía que se había quedado husmeando en el pasillo… Ahora toda la casa era de ella. Metió la mano en el bolsillo y sacó el papel: «No me importa lo que hagas… Allí donde tú vayas iré yo también». Sonaba como una carta leída en los tribunales e impresa en los periódicos. Oyó sus pasos, que se alejaban por las escaleras.

Dallow se asomó y dijo:

—Prewitt debe de estar saliendo ahora. Me sentiré mejor cuando esté a bordo de ese barco. No crees que esa mujer vaya a ir a la policía para que lo sigan, ¿verdad?

—No tiene pruebas —respondió el Chico—. Estás a salvo mientras él esté fuera.

Habló sin ánimo, como si hubiese dejado de interesarle que Prewitt se fuera o se quedara… era algo que concernía a otros. Él estaba por encima de eso.

—Tú también estarás a salvo —dijo Dallow.

El Chico no respondió.

—Le dije a Johnnie que se asegurase de que subía a bordo sano y salvo, y que nos telefoneara. Debe de estar a punto de llamar. Deberíamos organizar una fiesta para celebrarlo, Pinkie. Dios, menudo chasco se va a llevar esa mujer cuando se presente allí y descubra que se ha ido. —Fue a la ventana y se asomó—. A lo mejor entonces tendremos un poco de paz. Nos habremos librado del asunto sin más. Si te paras a pensarlo… Hale y el pobre Spicer. Vete a saber dónde estarán ahora.

Miró, melancólico, a través del humo fino de las chimeneas y los postes de telégrafo.

—¿Qué haremos tú y yo…, y la chica, claro? ¿Nos iremos a otro sitio? Aquí ya no se estará tan bien, ahora que ha venido Colleoni.

Se volvió de nuevo hacia la habitación:

—Esa carta… —Y el teléfono empezó a sonar. Dijo—: Debe de ser Johnnie.

Y salió a toda prisa.

Al Chico se le ocurrió que lo que había reconocido no era el ruido de los pasos en las escaleras, sino el ruido de las escaleras mismas: habría reconocido aquellas escaleras en concreto, incluso bajo el peso de un extraño: siempre crujían en el tercer y el séptimo escalón. Este era el lugar al que había acudido cuando lo reclutó Kite: estaba tosiendo en el muelle del Palace con un frío atroz, escuchando el quejido del violín detrás del cristal. Kite le había dado una taza de café caliente y lo había llevado allí, tal vez porque, aunque estuviese en la calle, no estaba acabado, tal vez porque un hombre como Kite necesitaba cierto sentimentalismo, como la prostituta que tiene un pequinés. Kite había abierto la puerta del número 63 y lo primero que había visto había sido a Dallow abrazando a Judy en las escaleras, y lo primero que había olido había sido la plancha de Frank en el sótano. Todo había seguido igual, en realidad nada había cambiado. Kite había muerto, pero él había prolongado su existencia: sin probar el alcohol, mordiéndose las uñas igual que hacía Kite, hasta que llegó ella y lo cambió todo.

La voz de Dallow sonó por las escaleras.

—Eeeh, no sé. Ponga unas salchichas de cerdo. O una lata de judías.

Volvió a la habitación.

—No era Johnnie. Solo el International. Deberíamos haber tenido ya noticias de Johnnie. —Se sentó, preocupado, en la cama y dijo—: Esa carta de Colleoni. ¿Qué dice?

El Chico se la lanzó.

—Caramba —dijo Dallow—, no la has abierto.

Empezó a leer.

—Bueno —comentó—, es malo, claro. Es lo que pensaba. Aunque, si te paras a pensarlo, no es tan malo.

Miró con cautela por encima de la carta al Chico, que estaba sentado junto al lavabo, pensando.

—Aquí ya no tenemos nada que hacer, a eso se reduce. Tiene a casi todos nuestros chicos y a todos los corredores de apuestas de su lado. Pero no quiere complicaciones. Es un hombre de negocios… Dice que una pelea como la del otro día da mala reputación al hipódromo. Mala reputación… —repitió, pensativo, Dallow.

—Quiere decir —le aclaró el Chico— que los incautos dejan de ir.

—Bueno, tiene sentido. Añade que está dispuesto a pagarte trescientas libras por tu buena voluntad. ¿Buena voluntad?

—Quiere decir si no rajo a sus hombres.

—Es una buena oferta —dijo Dallow—. Es lo que te estaba diciendo: podríamos dejar esta puñetera ciudad y a esa fulana tan rara que no deja de hacer preguntas, empezar de nuevo… o retirarnos del todo, comprar un pub, tú, yo…, y la chica, claro —dijo—. ¿Cuándo demonios va a llamar Johnnie? Me pone nervioso.

El Chico no dijo nada durante un rato y se miró las uñas mordidas. Luego dijo:

—Claro… tú tienes mucho mundo, Dallow. Has viajado.

—Hay pocos sitios que no conozca entre Leicester y Brighton.

—Yo nací aquí —dijo el Chico—. Conozco Goodwood y Hurst Park. He estado en Newmarket. Pero me sentiría como un extraño fuera de aquí —afirmó, con lúgubre orgullo—. Supongo que soy el auténtico Brighton.

Lo dijo como si su corazón albergara todas las atracciones baratas, los coches cama, los fines de semana sin amor en hoteles vulgares y la tristeza poscoital.

Se oyó un timbre.

—Escucha —dijo Dallow—. ¿Será Johnnie?

Pero solo era la puerta principal. Dallow miró su reloj.

—No entiendo por qué tarda tanto —dijo—. A estas alturas Prewitt ya debería estar a bordo.

—En fin —dijo, lúgubre, el Chico—, la gente cambia, ¿no? Es lo que tú dices… Al fin y al cabo, he empezado a beber, ¿no? Puedo hacer otras cosas.

—Y tienes una chica —dijo Dallow con falsa alegría—. Te estás haciendo mayor, Pinkie… como tu padre.

«Como mi padre…» Al Chico volvió a estremecerlo la repugnancia de los sábados por la noche. Ahora no podía culpar a su padre; eso era lo que pasaba, te ibas dejando enredar, y luego, supuso, te acostumbrabas, te rendías por debilidad. Ni siquiera podía culpar a la chica. Era la vida, que te alcanzaba… Había unos segundos ciegos en que a uno le parecía bien.

—Estaríamos más seguros sin ella —dijo, tocando la notita amorosa que llevaba en el bolsillo del pantalón.

—Ya lo estamos. Está loca por ti.

—Tu problema —replicó el Chico— es que no eres previsor. Estamos hablando de años. Y cualquier día podría

encapricharse de otro o enfadarse por algo o lo que sea; si no la tengo contenta, no estaremos seguros.

La puerta se abrió y ahí estaba otra vez. Se mordió la lengua y le sonrió para darle la bienvenida. Pero no le resultó difícil. La pobre se tragaba sus engaños con tanta impotencia y facilidad que él sentía una especie de ternura por su estupidez y cierto compañerismo por su bondad: los dos estaban condenados a su manera. Una vez más tuvo la sensación de que lo completaba. Dijo:

—No tenía llave. He tenido que llamar al timbre. Nada más salir me asustó pensar que algo pudiese ir mal. Quería estar aquí, Pinkie.

—No pasa nada —dijo.

El teléfono empezó a sonar.

—Ya lo ves, ahí está Johnnie —le dijo a Dallow sin alegría—. Se ha cumplido tu deseo.

Oyeron su voz al teléfono, estridente por la emoción.

—¿Eres tú, Johnnie? ¿Sí? ¿Cómo dices? No dirás que… Sí, claro, nos veremos luego. Pues claro que cobrarás tu dinero.

Volvió a subir y las escaleras crujieron en el lugar exacto; su rostro ancho, brutal e inocente le llevó las buenas noticias, como si fuese una cabeza de jabalí en un banquete.

—Todo va bien —dijo—, estupendo. Me estaba empezando a preocupar. No me importa reconocerlo. Pero ya está en el barco y ha zarpado hace diez minutos. Tenemos que celebrarlo. Dios, qué listo eres, Pinkie. Piensas en todo.

6

Ida Arnold se había tomado varias copas de más. Canturreó en voz baja para sus adentros mientras se tomaba la Guinness: «Una noche, en un callejón, lord Rothschild me dijo…». El lento movimiento de las olas bajo el muelle le recordaba al ruido del agua en el baño: la animaba a seguir. Estaba ahí sentada, enormemente sola; no le deseaba ningún mal a nadie, excepto a una persona. El mundo era un buen sitio si no te ablandabas; era como el carro en un desfile triunfal, detrás iban todos los grandes batallones; lo justo es justo, ojo por ojo, si quieres hacer algo bien, hazlo tú. Phil Corkery fue hacia ella; detrás de él, a través del ventanal del salón de té, se veían las luces de Hove, las cúpulas de cobre verde del Metropole flotaban en la capa formada por la última luz bajo las espesas nubes nocturnas que se habían ido amontonando. La espuma de las olas se alzaba como una lluvia fina contra las ventanas. Ida Arnold dejó de cantar y dijo:

—¿Estás viendo lo mismo que yo?

Phil Corkery se sentó; en aquel rompeolas de cristal no parecía que fuese verano: tenía cara de frío, con sus pantalones de franela gris y su chaqueta con no sé qué viejo escudo de armas en la pechera, un poco mustio, sin pasión.

—Son ellos —dijo con aire fatigado—. ¿Cómo sabías que estarían aquí?

—No lo sabía —dijo Ida—. Es el destino.

—Estoy harto de verlos.

—Pero piensa en lo cansados que están ellos —dijo ella tan contenta.

Miraron al otro lado de una extensión de mesas vacías en dirección a Francia, hacia el Chico y Rose, y hacia un hombre y una mujer a quienes no reconocieron. Si el grupo había salido a celebrar algo, ella les había arruinado la diversión. La Guinness rebosó, cálida, en su garganta. Tenía una inmensa sensación de bienestar. Eructó y dijo:

—Perdón.

Luego levantó la mano enfundada en un guante negro y añadió:

—Supongo que él se habrá ido también.

—Se ha ido.

—No tenemos suerte con los testigos —comentó ella—. Primero Spicer, luego la chica, después Prewitt y ahora Cubitt.

—Cogió el primer tren de la mañana… con tu dinero.

—Da igual —dijo—. Están vivos. Volverán. Y yo puedo esperar, gracias a *Black Boy*.

Phil Corkery la miró con recelo; era asombroso que se hubiese atrevido a enviarle, a aquella fuerza de la naturaleza y la determinación, postales desde balnearios de la costa: de Hastings, un cangrejo de cuyo estómago se podía sacar una serie de fotos; de Eastbourne, un bebé sentado sobre una roca que se levantaba para mostrar la calle mayor, la biblioteca Boots y un invernadero de helechos; de Bournemouth (¿era de allí?), una botella con fotografías del paseo, el jardín de rocas, la nueva piscina… Era como ofrecerle un bollo a un elefante en África. Le estremeció una sensación de inmensa fuerza. Cuando quería pasarlo bien, no había quien la parara, y cuando quería justicia… Dijo, con nerviosismo:

—¿No te parece, Ida, que ya hemos hecho bastante?…?

Ella replicó:

—Aún no he terminado —miró al aciago grupito—. Nunca se sabe. Se creen a salvo: ahora cometerán alguna

estupidez.

El Chico estaba sentado en silencio al lado de Rose. Tenía una copa, pero no la había probado; solo el hombre y la mujer charlaban de esto y lo otro.

—Hemos hecho todo lo posible. Es un asunto para la policía o para nadie —dijo Phil.

—Ya los oíste la primera vez.

Empezó a cantar de nuevo: «Una noche, en un callejón…».

—Ahora no es asunto nuestro.

«… Lord Rothschild me dijo…» Se interrumpió para tranquilizarlo. No podía dejar que un amigo se llevase una idea equivocada.

—Es asunto de cualquiera que sepa la diferencia entre el bien y el mal..

—Pero estás tan segura de todo, Ida. Irrumpes como… Ya sé que tienes buena intención, pero no sabemos nada de los motivos que hayan podido tener y, además —la acusó—, lo haces solo porque te divierte. Fred no significaba nada para ti.

Ella volvió hacia él sus ojazos encendidos.

—Caramba —dijo—, no te negaré que ha sido… emocionante. —Lamentaba que todo hubiese terminado—. ¿Qué tiene de malo? Me gusta actuar como es debido, y ya está.

Un asomo de rebelión salió tímidamente a flote:

—Y también como no es debido, Ida.

—¡Ah, eso! Eso no está mal. No le hace daño a nadie. No es como un asesinato.

—Los curas dicen que sí.

—¡Los curas! —exclamó ella con desprecio—. Caramba, ni siquiera los católicos creen en eso. O esa chica no estaría

viviendo con él ahora —dijo—. Puedes confiar en mí. He visto mucho mundo. Conozco a la gente. —Volvió a concentrar su atención en Rose—. ¿No querrás que deje a una chica así… con él? Es irritante, claro, es tonta, pero no se merece eso.

—¿Y cómo sabes que ella no quiere que la dejen?

—¿No irás a decirme que quiere morir? Nadie quiere eso. Oh, no. No cejaré hasta que ella esté a salvo. Pídeme otra Guinness.

Muy a lo lejos, más allá del muelle del Oeste, se veían las luces de Worthing, un indicio de mal tiempo, y la marea subía con regularidad, una gigantesca salpicadura blanca en la oscuridad, contra los rompeolas más próximos a la orilla. Se la oía golpear contra los pilotes, como el puño de un boxeador contra un saco cuando se entrena para acertar en una mandíbula humana, y en voz baja, y un poco achispada, Ida Arnold empezó a recordar a las personas a las que había salvado: un hombre al que había sacado del agua de joven, el dinero que le dio a un mendigo ciego, y la palabra amable dicha a tiempo a una colegiala desesperada en el Strand.

7

—Al pobre Spicer también se le ocurrió la misma idea —dijo Dallow—, pensaba que algún día tendría un pub en alguna parte.

Le palmeó el muslo a Judy y dijo:

—¿Qué te parecería si nos instaláramos con los jóvenes? —Añadió—: Me parece estar viéndolo. En el campo. En una de esas carreteras por las que pasan los autobuses turísticos: la carretera del Norte: «Paren aquí». No me sorprendería que acabásemos ganando un dineral. —Se interrumpió y le dijo al Chico—: ¿Qué pasa? Tómate una copa. Ya no hay de qué preocuparse.

El Chico miró a través del salón y las mesas vacías hacia donde estaba la mujer. Qué tenacidad. Igual que un hurón al que había visto una vez en las colinas, entre los agujeros calizos, mordiendo el cuello de una liebre, sin soltarla. De todos modos, a ella esta liebre se le había escapado. Ya no tenía motivos para temerla. Dijo, en tono inexpresivo:

—El campo. No sé mucho del campo.

—Es saludable —dijo Dallow—. Caramba, vivirás hasta los ochenta con tu chica.

—Sesenta y tantos años —replicó el Chico— es mucho tiempo.

Detrás de la cabeza de la mujer, las farolas de Brighton parecían cuentas de un collar en dirección a Worthing. La última luz del crepúsculo se deslizó por el cielo y las densas nubes de color azul índigo descendieron sobre el Grand, el Metropole, el Cosmopolitan, sobre las torres y las cúpulas.

Sesenta años; parecía una profecía, un futuro seguro, un horror sin fin.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —dijo Dallow.

Este era el salón de té al que habían ido después de la muerte de Fred: Spicer, Dallow y Cubitt. Dallow tenía razón, claro, estaban a salvo, con Spicer muerto, Prewitt fuera del país y Cubitt Dios sabe dónde. (Nunca lo convencerían para declarar como testigo: sabía muy bien que acabaría en la horca, había desempeñado un papel demasiado relevante y tenía antecedentes desde 1923). Y Rose era su mujer. No podía estar más a salvo. Habían ganado, por fin. Le quedaban —Dallow tenía razón otra vez— sesenta años por delante. Sus pensamientos se hicieron pedazos en sus manos: los sábados por la noche, y luego el nacimiento, el niño, la costumbre y el odio. Miró más allá de las mesas; la risa de la mujer sonaba a derrota. Dijo:

—Este sitio está muy cargado. Quiero respirar un poco de aire fresco. —Se volvió despacio hacia Rose—. Ven a dar un paseo.

Entre la mesa y la puerta escogió el pensamiento correcto entre todos los pedazos y, cuando salieron al lado más ventoso del muelle, le gritó:

—¡Tengo que irme de aquí!

Le puso la mano en el brazo y la llevó a cubierto con una terrible ternura. Las olas llegaban desde Francia y rompían con estrépito bajo sus pies. Lo dominó un espíritu de temeridad: fue como cuando vio a Spicer inclinado sobre la maleta, o a Cubitt rogándole dinero en el pasillo. A través de las cristaleras se veía a Dallow sentado con Judy al lado de las copas. Era como la primera semana de los sesenta años: el contacto y el temblor sensual y el sueño mancillado y no despertar solo; en la oscuridad turbulenta y ruidosa tenía todo el futuro en su cerebro. Era como una máquina de monedas:

metes un penique y la luz se enciende, las puertas se abren y las figuras se mueven. Observó, con ágil ternura:

—Aquí fue donde nos vimos aquella noche, ¿lo recuerdas?

—Sí —respondió ella, y lo miró con temor.

—No necesitamos estar con ellos —dijo—. Subamos al coche y demos un paseo —la miró con atención— por el campo.

—Hace frío.

—En el coche no hará frío. —Le soltó el brazo y añadió —: Por supuesto, si no quieres venir, me iré solo.

—Pero ¿dónde?

Respondió, con estudiada despreocupación:

—Ya te lo he dicho. Al campo.

Sacó un penique del bolsillo y lo metió en la máquina más cercana. Tiró de una palanca sin mirar lo que hacía y los paquetes de gominolas cayeron con estrépito: un premio, limón y pomelo y regaliz de todos los sabores. Dijo:

—Estoy de suerte.

—¿Pasa algo? —preguntó Rose.

Dijo:

—La has visto, ¿no? Créeme, nunca parará. Una vez vi un hurón… junto al camino. —Al volverse, una de las luces del muelle iluminó sus ojos: el resplandor, la euforia. Repitió —: Voy a dar una vuelta, quédate si quieres.

—Iré —dijo ella.

—No hace falta.

—Iré.

Se detuvo en la caseta de tiro al blanco. Le dominó una especie de humor negro.

—¿Tienes hora? —le preguntó al hombre.

—Sabes muy bien qué hora es. Ya te he dicho que no pienso tolerar…

—No hay por qué ponerse así —replicó el Chico—. Dame una escopeta.

La levantó, puso la mira sobre el blanco y luego la movió a propósito y disparó. Pensó: «El testigo dijo que algo le había perturbado».

—¿Qué te pasa hoy? —exclamó el hombre—. Has fallado el tiro.

Dejó la escopeta en el mostrador.

—Necesitamos tomar el aire. Vamos a ir a dar una vuelta en coche por el campo. Buenas noches. —Le proporcionó esa información con pedantería, con tanto cuidado como habían dejado las tarjetas de Fred a lo largo de su ruta… para utilizarla después. Incluso se volvió y dijo—: Vamos a ir en dirección a Hastings.

—No quiero saber dónde vas —respondió el hombre.

El viejo Morris estaba aparcado cerca del muelle. El estrangulador de la gasolina no funcionaba: tuvo que usar la palanca. Se quedó un momento mirando el coche con desagrado, como si eso fuese todo lo que se ganara con el negocio… Dijo:

—Iremos donde aquel día. Acuérdate. En el autobús. —Una vez más, soltó esa información para que la oyese el guarda—. A Peacehaven. Tomaremos una copa.

Dieron la vuelta por el Acuario y subieron la pendiente en segunda. Él llevaba una mano en el bolsillo y toqueteaba el papelito en el que ella había escrito su mensaje. La capota aleteaba y el cristal rajado del parabrisas dificultaba la visibilidad. Dijo:

—Va a caer una buena.

—¿Resistirá la capota?

—Da igual —respondió él mirando hacia delante—. Nosotros no nos mojaremos.

Rose no se atrevió a preguntarle qué quería decir con eso; no estaba segura, y mientras no lo estuviese podía decirse a sí misma que eran felices, que eran dos enamorados dando un paseo en la oscuridad y que habían dejado atrás todos sus problemas. Le puso una mano encima y notó cómo se apartaba por instinto; por un momento, la estremeció una duda espantosa: si no sería esta la peor de las pesadillas, si no la querría, como le había dicho la mujer… El aire húmedo y ventoso le azotó la cara a través del desgarrón de la capota. Daba igual: ella sí le quería, tenía su responsabilidad. Se cruzaron con autobuses que bajaban hacia la ciudad, pequeñas jaulas domésticas e iluminadas en las que había gente sentada con cestas y libros; un crío apretó la cara contra el cristal y en un semáforo estuvieron tan cerca que la cara podría haber estado apoyada contra su pecho.

—¿En qué piensas? —dijo él, y la pilló desprevenida.

—En que la vida no está tan mal.

—No creas —dijo—. Te diré lo que es. Es una cárcel, es no saber de dónde sacar dinero. Gusanos y cataratas, cáncer. Los oyes chillando en las ventanas de arriba: niños naciendo. Es morir poco a poco.

Ella supo lo que estaba a punto de ocurrir: la luz del salpicadero iluminaba los huesudos dedos decididos; el rostro estaba en la oscuridad, pero podía imaginar el regocijo, la amarga emoción, la anarquía de los ojos. El coche particular de un rico —un Daimler o un Bentley, no conocía la marca— les adelantó con suavidad. Pinkie dijo:

—¿Qué prisa hay?

Sacó la mano del bolsillo y le puso en la rodilla un papel que ella reconoció. Luego le preguntó:

—Lo decías en serio, ¿verdad? —Tuvo que repetirlo—: ¿Verdad?

Ella tuvo la sensación de estar renunciando no solo a su vida, al cielo, a lo que quiera que fuese eso, sino al niño del autobús y al bebé que lloraba en la casa del vecino.

—Sí —respondió.

—Iremos a tomar una copa —dijo— y luego… ya verás. Lo tengo todo preparado —dijo, con espantosa facilidad—. Será menos de un minuto.

Le pasó el brazo por la cintura y acercó su cara a la de ella. Ahora podía verlo, dándole vueltas y más vueltas; la piel le olía a gasolina, todo olía a gasolina en aquel coche con goteras, pequeño y anticuado. Rose dijo:

—¿Estás seguro?… ¿No podemos esperar… un día?

—¿Para qué? Ya la has visto esta noche. No va a parar. Acabará consiguiendo pruebas. ¿De qué serviría?

—¿Por qué no hacerlo cuando las consiga?

—Entonces podría ser demasiado tarde —respondió, de forma entrecortada por el ruido de la capota—. Una llamada a la puerta y antes de que te des cuenta, las esposas… Demasiado tarde. —Luego añadió, con astucia—: No estaríamos juntos.

Apretó el acelerador y la aguja tembló hasta indicar ochenta kilómetros por hora: el coche no podía ir a más de noventa, pero daba una inmensa sensación de velocidad imprudente: el viento golpeaba el parabrisas y se colaba por el desgarrón de la capota. Empezó a entonar en voz baja: «*Dona nobis pacem*».

—No lo hará.

—¿Qué quieres decir?

—Darnos la paz.

Él pensó: tiempo habrá, en sesenta años, de arrepentirse de esto. De ir a un cura y decirle: «Padre, he cometido dos asesinatos. Y había una chica que… se suicidó». E, incluso, si le sobrevenía la muerte, al volver a casa en coche, un choque contra una farola…, siempre quedaba «entre el estribo y el suelo». Las casas a un lado desaparecieron y volvieron a ver el mar, golpeando los acantilados al pie de la carretera, la oscuridad y un estruendo sordo. En realidad no estaba engañándose a sí mismo, el día de la pelea había aprendido que, cuando el tiempo apremiaba, había otras cosas que tener en cuenta, aparte de la contrición. De todos modos, daba igual; no estaba hecho para la paz, no creía en ella. El cielo era una palabra: en el infierno sí que podía confiar. El cerebro solo era capaz de aquello que podía concebir, y no podía concebir aquello que no había experimentado; sus células estaban hechas del patio de cemento de la escuela, del fuego apagado y del hombre agonizante en la sala de espera del hospital de Saint Pancras, de su cama en la pensión de Frank y de la cama de sus padres. Un espantoso resentimiento se agitó en su interior… ¿por qué no podía haber tenido una oportunidad como los demás y vislumbrar el Cielo, aunque fuese solo por una grieta en las paredes de Brighton?… Giró al bajar hacia Rottingdean y la miró un buen rato como si ella pudiese ser el Cielo, pero el cerebro no podía concebirlo… Vio una boca que ansiaba un abrazo sexual, la forma de los pechos que pedían un hijo. Bueno, ella no estaba mal, pero no era lo bastante buena: la había rebajado.

Cerca de Rottingdean empezaban los chalés nuevos: arquitectura de sueños imposibles. En las montañas se veía el oscuro esqueleto de una casa de reposo, con alas como las de un avión. Dijo:

—En el campo nadie nos oirá.

Los faros apenas iluminaban la carretera de Peacehaven. Al girar de nuevo, la tierra caliza aleteó como sábanas blancas a la luz de los faros; los coches que venían de frente los deslumbraban. Dijo:

—La batería está baja.

Rose tuvo la sensación de que Pinkie se hallaba a miles de kilómetros, de que sus pensamientos se habían ido más allá del acto en sí, no sabía dónde. Era listo, era capaz de prever cosas que ella no podía concebir: el castigo eterno, las llamas… Sintió pánico, la idea del dolor la estremeció, su propósito avanzaba golpeando con la fuerza de un chaparrón contra el parabrisas sucio y viejo. Esta carretera no llevaba a ningún otro sitio. Se decía que era el peor acto de todos, el acto desesperado, el pecado sin perdón. Sentada allí, con aquel olor a gasolina, se esforzó por alcanzar la desesperación, el pecado mortal, pero no pudo; no sentía desesperación. Él iba a condenarse, pero ella les demostraría que no podían condenarlo a él sin condenarla también a ella. No había nada que él pudiera hacer que ella no estuviese dispuesta a hacer también: se sentía capaz de compartir cualquier asesinato. Un faro iluminó la cara de él y se desvió; el ceño fruncido, una idea, el rostro de un niño. Sentía la responsabilidad agitarse en sus pechos; no le dejaría internarse solo en esa oscuridad.

Llegaron a las primeras calles de Peacehaven, que se extendían en dirección a los acantilados y a las montañas; los arbustos de espino crecían en torno a los postes de «Se alquila», las calles acababan en la oscuridad, en un charco de agua y en matas de salicornia. Era como el último esfuerzo de unos pioneros desesperados por dominar un país nuevo. El país había acabado dominándolos a ellos. Dijo:

—Iremos al hotel, tomaremos una copa y luego… Conozco el sitio ideal.

Estaba empezando a lloviznar; la lluvia golpeaba los carteles rojos y descoloridos de Lureland, el cartel de la partida de Whist de la semana siguiente y el baile de la semana anterior. Corrieron hasta la puerta del hotel. En el vestíbulo no había nadie; unas estatuas de mármol blanco y, sobre el friso de color verde, rosas Tudor y lirios resaltados en dorado por encima de las paredes cubiertas de paneles de madera. Había

botellas de sifón sobre las mesas con tapetes azules, y en las vidrieras, unos barcos medievales se agitaban sobre unas olas frías y curvas. Alguien le había roto las manos a una de las estatuas, o tal vez fuese así, una pieza clásica con túnica blanca, un símbolo de la victoria o de la desesperación. El Chico tocó un timbre y un muchacho de su misma edad llegó del bar para tomar nota del pedido: tenían un extraño parecido y al mismo tiempo eran distintos: hombros estrechos, cara fina, los dos se erizaron como perros al verse.

—Piker —dijo el Chico.

—¿Qué pasa?

—Sírvenos —dijo el Chico. Dio un paso adelante, el otro retrocedió y Pinkie sonrió—. Tráenos dos brandis dobles —dijo—, y deprisa. —Luego añadió, en voz baja—: Quién iba a pensar que encontraría aquí a Piker.

Ella lo miró, sorprendida de que algo pudiera distraerlo de su propósito. Oyó el viento en las ventanas del piso de arriba; en la curva de las escaleras, otra estatua fúnebre alzaba sus miembros rotos. Pinkie le explicó:

—Fuimos juntos al colegio. Se las hacía pasar canutas en los recreos.

El otro volvió con los brandis y trajo consigo, además, asustado y cauteloso, toda una turbia infancia consigo. Rose sintió una punzada de celos porque esa noche Pinkie tenía que ser solo para él.

—¿Eres un criado? —dijo el Chico.

—No soy un criado, soy camarero.

—¿Quieres que te deje propina?

—No quiero tus propinas.

El Chico cogió el brandi y se lo bebió; tosió cuando le pasó por la garganta. Era como sentir la mancha del mundo en su estómago. Dijo:

—Por la valentía. —Luego le preguntó a Piker—: ¿Qué hora es?

—Ahí tienes el reloj —respondió el muchacho—, si es que sabes leer la hora.

—¿No tenéis música? —dijo el Chico—. Qué demonios, estamos de celebración.

—Tenemos un piano. Y la radio.

—Enciéndela.

La radio estaba oculta detrás de una planta en una maceta: se oyó gemir un violín con las notas distorsionadas por la estática. El Chico dijo:

—Me odia. Con toda su alma. —Y se volvió para burlarse de Piker, pero se había ido. Le dijo a Rose—: Será mejor que te bebas ese brandi.

—No me hace falta —replicó ella.

—Como quieras.

Se quedó al lado de la radio y ella fue junto a la chimenea vacía; entre ellos había tres mesas, tres botellas de sifón y una lámpara morisca, Tudor o vete a saber qué. Estaban atrapados en una espantosa irrealidad, sentían la necesidad de conversar, de decir: «¡Menuda nochecita!» o «Hace frío para esta época del año». Ella dijo:

—Así que iba a tu colegio.

—Sí.

Los dos miraron el reloj: eran casi las nueve y, detrás de la música del violín, la lluvia golpeaba contra las ventanas que daban al mar. Él dijo, con torpeza:

—Será mejor que no nos entretengamos.

Ella empezó a rezar para sus adentros: «Santa María, madre de Dios», pero luego se interrumpió: estaba en pecado mortal, de nada servía rezar. Sus rezos se quedaron ahí, con los

sifones y las estatuas: no tenían alas. Esperó al lado de la chimenea con una paciencia aterrorizada. Él dijo, incómodo:

—Será mejor que escribamos alguna cosa, para que la gente lo sepa.

—Eso no importa, ¿no crees? —dijo ella.

—¡Oh, sí! —respondió, atropellado, él—, claro que importa. Conviene hacer las cosas bien. Esto es un pacto. Lo habrás leído en los periódicos.

—¿Hay mucha gente que hace esto?…

—Ocurre constantemente —dijo.

Le dominó una horrible confianza momentánea y altanera: el violín dejó de sonar y la señal horaria retumbó en el aire. Desde detrás de la planta, una voz les dio el parte meteorológico: tormentas desde el continente, una depresión en el Atlántico, el pronóstico del día siguiente. Rose empezó a escuchar y de pronto recordó que daba igual qué tiempo hiciese al día siguiente.

Él dijo:

—¿Quieres otra copa… o algo? —Miró a su alrededor buscando el cartel del lavabo de caballeros—: Tengo que ir a adecentarme un poco. —Ella reparó en el peso que había en su bolsillo… conque iba a ser así. Él le dijo—: Añade alguna cosa a la nota mientras tanto. Aquí tienes un lápiz. Di que no podías vivir sin mí o algo así. Tenemos que hacerlo bien, como se hace siempre.

Salió al pasillo, llamó a Piker y le preguntó por el baño, luego subió las escaleras. Al llegar a la estatua se volvió y miró hacia el salón forrado de paneles de madera. Este era uno de esos momentos que se graban en la memoria: el viento al final del muelle, Sherry's y los hombres cantando, la luz de una farola sobre un borgoña joven, la tensión mientras Cubitt golpeaba la puerta. Comprobó que lo recordaba todo sin repulsión. Tenía la sensación, igual que un mendigo ante una

casa cerrada a cal y canto, de que en alguna parte se agitaba cierta ternura, pero estaba acostumbrado a odiar. Se volvió y siguió subiendo por las escaleras. Se dijo que muy pronto volvería a ser libre: verían la nota. Diría que no se había dado cuenta de que ella fuese tan desdichada por tener que separarse, que debió de encontrar el revólver en el cuarto de Dallow y de llevárselo consigo. Comprobarían las huellas dactilares, claro, y luego… Miró por la ventana del baño: las olas invisibles rompían contra el acantilado. La vida seguiría. Se acabaría el contacto con la gente, las emociones ajenas inmiscuyéndose en su cerebro; volvería a ser libre: «No tendré que pensar en nadie más que en mí mismo». En mí mismo: la expresión resonó, higiénica, entre los lavabos de porcelana, los grifos, los tapones y la suciedad. Sacó el revólver del bolsillo y lo cargó: dos balas. En el espejo del lavabo pudo ver su mano moverse alrededor de la muerte metálica, ajustando el seguro. En el piso de abajo habían terminado las noticias y se había reanudado la música: se elevaba con un gemido como un perro en una tumba, y la inmensa oscuridad apretó su boca húmeda contra los cristales. Volvió a guardarse el revólver y salió al pasillo. Ese era el siguiente paso. Otra estatua señalaba una oscura moraleja con manos de cementerio y una capillita de flores de mármol, y una vez más, sintió la presencia acechante de la compasión.

8

—Ya hace mucho que se han ido —dijo Dallow—. ¿Qué se traerán entre manos?

—¿Qué más te da? —replicó Judy—. Quieren estar solos. —Apretó los labios rechonchos contra la mejilla de Dallow. El pelo pelirrojo se le metió en la boca, con un regusto amargo—. Ya sabes cómo es el amor —añadió.

—Él no lo sabe. —Estaba inquieto, recordó varias conversaciones. Dijo—: La odia con toda su alma.

Le pasó, sin demasiado convencimiento, el brazo por encima a Judy; no quería ser un aguafiestas, pero le habría gustado saber qué tramaba Pinkie. Echó un largo trago del vaso de Judy, y en algún lugar, en dirección a Worthing, aulló una sirena. A través de la ventana vio a una pareja arrullándose en un extremo del muelle y a un viejo que estaba sacando su tarjeta de la buenaventura de la bruja detrás del cristal.

—Entonces ¿por qué no la deja? —preguntó Judy. Su boca buscó la de él a lo largo de la línea de su mandíbula. Se incorporó indignada y dijo—: ¿Quién es esa palurda de ahí? ¿Por qué nos mira todo el tiempo? Este es un país libre.

Dallow se volvió y la miró. Su cerebro funcionaba muy despacio, primero la frase: «No la he visto nunca», y luego el recuerdo:

—Caramba. Es esa puñetera furcia que tiene a Pinkie tan nervioso.

Se puso en pie con dificultad y fue dando tumbos entre las mesas.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Quién es usted?

—Ida Arnold —respondió ella—, para bien y para mal. Mis amigos me llaman Ida.

—Yo no soy su amigo.

—Más le vale serlo —dijo ella, con amabilidad—. Tómese una copa. ¿Dónde han ido Pinkie… y Rose? Tendría que haberlos traído con usted. Este es Phil. Preséntememe a su amiga —continuó en voz baja—. Ya es hora de que nos conozcamos. ¿Cómo se llama?

—¿No sabe lo que le pasa a la gente que mete la nariz en…?

—Oh, sí que lo sé —dijo—. Lo sé muy bien. Yo estaba con Fred el día que lo liquidaron.

—Tenga cuidado con lo que dice —replicó Dallow—. ¿Quién demonios es usted?

—Debería saberlo. Nos siguió por todo el paseo con ese viejo Morris suyo. —Le sonrió con bastante amabilidad. No era a él a quien buscaba.— Parece que hayan pasado siglos ¿verdad?

Era cierto… parecía que habían pasado siglos.

—Tómese una copa —dijo Ida—, ya puestos. ¿Y dónde está Pinkie? No parece que se haya alegrado mucho de verme esta noche. ¿Qué estaban celebrando? ¿No será lo que le ha pasado al señor Prewitt? Aunque no creo que se hayan enterado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Dallow.

El viento chocó contra los cristales y las camareras bostezaron.

—Lo verá en los periódicos matutinos. No quiero estropearle la diversión. Aunque, como hable, aún se enterarán antes.

—Se ha ido al extranjero.

—Ahora mismo está en comisaría —replicó ella con total seguridad—. Lo han traído de vuelta —prosiguió, parsimoniosa—. Deberían escoger mejor a sus abogados, hombres que puedan permitirse unas vacaciones. Lo han acusado de estafa. Lo detuvieron en el muelle mismo.

Él la miró, incómodo. No la creía, pero aun así…

—Sabe usted muchas cosas —dijo—. ¿Duerme bien por las noches?

—¿Y usted?

Su carota llena de cicatrices tenía una especie de inocencia.

—¿Yo? —respondió—. Yo no sé nada.

—Fue un despilfarro darle todo ese dinero. De todos modos habría huido… y no causó muy buena impresión. Cuando me encontré con Johnnie en el muelle…

Él la miró, con sorpresa e impotencia.

—¿Se encontró con Johnnie? ¿Cómo diablos…?

Ella dijo, sin más:

—Le caigo bien a la gente. —Echó un trago y dijo—: Su madre se portó muy mal con él cuando era un crío.

—¿Qué madre?

—La de Johnnie.

Dallow estaba impaciente, perplejo, asustado.

—¿Qué demonios sabe usted de la madre de Johnnie? —preguntó.

—Lo que él me contó —respondió Ida.

Se quedó allí, totalmente a sus anchas, con los grandes pechos dispuestos a recibir cualquier secreto. Llevaba consigo ese aire compasivo y tolerante como quien lleva un perfume rancio y barato. Dijo, con suavidad:

—No tengo nada contra usted. Me gusta ser amable. Traiga a su amiga.

Él miró deprisa por encima del hombro y volvió a mirarla a ella.

—Mejor no —dijo. Bajó la voz. También él empezó, automáticamente, a confiar en ella—. La verdad es que es muy celosa.

—No me diga. Y su marido…

—Ah, su marido —replicó él—, no está mal. Lo que Frank no ve no le molesta. —Bajó aún más la voz—. Y no es que vea mucho: es ciego.

—No lo sabía —dijo ella.

—Nadie lo diría —replicó él—. Al menos por cómo plancha. Tiene una mano extraordinaria con la plancha. —De pronto se interrumpió—. ¿Qué demonios —dijo— ha querido decir con que no lo sabía? ¿Qué es lo que sí sabe?

—No hay mucho que no haya oído —replicó ella—, aquí y allá. Los vecinos siempre hablan.

Estaba cubierta, como si fuesen lapas, de retazos de sabiduría popular.

—¿Quién habla más de la cuenta? —Era Judy, que se había acercado a donde estaban—. ¿Y de qué tienen que hablar? Si empezase yo a contar algunas de las cosas que hacen ellos… Lo que pasa es que no quiero —dijo Judy—. No quiero. —Miró distraída a su alrededor—. ¿Qué ha sido de esos dos?

—A lo mejor los he asustado yo —dijo Ida Arnold.

—¿Usted? —replicó Dallow—. Esa sí que es buena. Pinkie no se asusta tan fácilmente.

—Lo que yo querría saber —dijo Judy— es qué vecino ha dicho qué.

Alguien estaba disparando en la caseta de tiro al blanco; cuando la puerta se abrió y entró una pareja, oyeron los disparos: uno, dos y tres.

—Ese debe de ser Pinkie —dijo Dallow—. Siempre se le han dado bien las escopetas.

—Será mejor que vaya a comprobarlo —dijo, muy amable, Ida—, no vaya a hacer alguna barbaridad con la escopeta cuando se entere.

Dallow replicó:

—Saca usted muchas conclusiones. No tenemos nada que temer del señor Prewitt.

—Le dieron dinero, supongo, por algo.

—¡Bah! —dijo él—, Johnnie lo diría en broma.

—Su amigo Cubitt era de la opinión…

—Cubitt no sabe nada.

—Claro —admitió Ida—, él no estaba allí, ¿verdad? En esa ocasión, quiero decir. En cambio usted… —continuó—. ¿No le vendrían bien veinte libras? Al fin y al cabo, no querrá usted meterse en líos… Que Pinkie cargue son sus propios crímenes.

—Me saca usted de quicio —replicó él—. Cree que sabe muchas cosas y no se entera de nada. —Luego le dijo a Judy —: Voy a cambiarle el agua al canario. Más te vale tener la boca cerrada, o esta pájara… —Hizo un gesto de desesperación, como dando a entender que Ida Arnold podía echarle encima a uno cualquier cosa.

Salió, inquieto; el viento le sorprendió y tuvo que sujetarse el sombrero viejo y grasiento. Bajar las escaleras del lavabo de caballeros era como bajar a la sala de máquinas de un barco en plena tormenta. Todo se estremecía bajo los pies cuando las olas chocaban contra los pilotes y avanzaban hasta romper en la playa. Pensó: Debería advertir a Pinkie de lo de

Prewitt, si es que es cierto… Tenía algo en la cabeza, otras cosas aparte del viejo Spicer. Subió las escaleras y miró hacia el puerto: Pinkie no estaba por ninguna parte. Pasó por delante de las máquinas de fotos eróticas…; no lo vio. El de la caseta de tiro era otra persona.

Le preguntó al encargado:

—¿Has visto a Pinkie?

—¿A qué estáis jugando? —respondió el hombre—. Sabes que lo he visto. Y que se ha ido a dar un paseo por el campo, con su chica, a tomar el aire, en dirección a Hastings. Y supongo que también querrás saber la hora. Pues bien —dijo el hombre—, no pienso testificar. Podéis liar a otro para vuestras coartadas de pacotilla.

—Estás chiflado —dijo Dallow.

Pasó de largo. A través del murmullo del mar, las iglesias de Brighton empezaron a dar la hora: contó uno, dos, tres, cuatro, y se detuvo. Tuvo miedo, ¿y si era cierto? ¿Y si Pinkie lo sabía y ese plan descabellado…? ¿Por qué demonios iba a llevarse a nadie a dar un paseo por el campo a esas horas, como no fuese a un bar de carretera? Y Pinkie no iba a bares de carretera. Dijo en voz alta, despacio:

—No lo permitiré.

Se sentía confundido, deseó no haberse bebido toda esa cerveza. Era una buena chica. La recordó en la cocina, yendo a encender la estufa. ¿Y por qué no?, pensó, mirando hacia el mar, con tristeza. Le conmovió un repentino deseo sentimental que Judy no podía satisfacer: un periódico con el desayuno y un fuego encendido. Echó a andar por el muelle hacia los torniquetes. Había cosas que no pensaba permitir.

Sabía que el Morris no estaría en el aparcamiento pero, aun así, tenía que ir a comprobarlo por sí mismo. Su ausencia era como una voz que le dijera con claridad al oído: «Imagina que se suicidara… un pacto puede ser asesinato, pero no te ahorcan por eso». Se quedó allí, impotente, sin saber qué

hacer. La cerveza le nublaba el cerebro: se pasó la mano por la cara con agobio. Le preguntó al guarda:

—¿Ha visto salir a ese Morris?

—Se lo llevaron su amigo y la chica —respondió el hombre, mientras cojeaba entre un Talbot y un Austin.

Tenía una pierna ortopédica que movía con un mecanismo accionado desde el bolsillo. Se acercó con mucho esfuerzo para embolsarse seis peniques y dijo:

—Bonita noche. —Parecía agotado por el tremendo esfuerzo de ese acto trivial. Añadió—: Van a Peacehaven a tomar una copa. No me pregunte por qué.

Con la mano en el bolsillo, tiró del alambre oculto y fue, vacilante, en diagonal hacia un Ford.

—No tardará en llover —volvió a oírse su voz—. Gracias, señor.

Y luego otra vez el trabajoso movimiento cuando un Morris Oxford dio marcha atrás, el tirón del alambre.

Dallow se quedó allí impotente, sin saber qué hacer. Había autobuses… pero todo habría terminado mucho antes de que llegara el autobús. Mejor desentenderse de aquel asunto… Al fin y al cabo, él no sabía nada; a lo mejor en media hora los veía regresar en el coche por delante del Acuario, Pinkie al volante y la chica a su lado; pero, en el fondo de su corazón, sabía muy bien que no lo vería, al menos no así, con los dos a bordo. El Chico había dejado demasiados indicios a su paso: el recado en la caseta de tiro, en el aparcamiento; quería que supiesen dónde estaba en cada momento, para que encajara con su historia. El hombre volvió cojeando. Dijo:

—Su amigo estaba raro esta noche. Como ido.

Fue como si ese hombre estuviese declarando en el estrado de los testigos, prestando el testimonio que debía dar.

Dallow se volvió, sin esperanza. Tenía que recoger a Judy, volver a casa, esperar… Y ahí estaba la mujer, a pocos metros de él. Lo había seguido y lo había oído todo. Dallow exclamó:

—Por el amor de Dios, esto es culpa suya. Usted lo empujó a casarse con ella, lo obligó a…

—Busque un coche —replicó ella—, deprisa.

—No tengo dinero para pagar un coche.

—Yo sí. Será mejor que se dé prisa.

—No hay por qué darse prisa —dijo él sin convicción—. Solo han ido a tomar una copa.

—Usted sabe a qué han ido —replicó ella—. Yo no. Pero si no quiere estar involucrado en esto, será mejor que busque un coche.

Las primeras gotas de lluvia empezaron a recorrer el paseo mientras él discutía sin ganas:

—Yo no sé nada.

—Muy bien —dijo ella—. Solo me va a llevar a dar un paseo y ya está. —De pronto, le espetó—: No sea idiota. Más le vale tenerme como amiga… —Y añadió—: Ya ve lo que le ha pasado a Pinkie.

De todos modos, no se apresuró. ¿Para qué? Pinkie había dejado aquellas pistas. Pinkie pensaba en todo: estaba previsto que las siguieran en su debido momento, y encontrarían… Le faltó imaginación para ver lo que encontrarían.

9

El Chico se detuvo en lo alto de las escaleras y miró hacia abajo. Dos hombres acababan de entrar en el salón: cordiales, con los abrigos de pelo de camello empapados, se sacudieron el agua como perros y pidieron la bebida muy bulliciosos.

—¡Dos pintas, servidas en jarras! —exclamaron, y de pronto se callaron al intuir que había una chica en el salón.

Eran de clase alta, habían aprendido lo de las jarras en los hoteles elegantes: observó, con odio, sus estrategias desde las escaleras. Cualquier mujer era mejor que ninguna, aunque fuese Rose; pero aun así, notó su desgana. No merecía más que una cierta jactancia por su parte.

—Creo que hemos llegado a ir a ciento veinticinco kilómetros por hora.

—Lo he puesto a ciento treinta.

—Es un buen coche.

—¿Cuánto te sacaron por él?

—Un par de cientos. Pero fue barato.

Luego los dos se interrumpieron y miraron con arrogancia a la joven que había al lado de la estatua. No valía la pena molestarse, pero si caía a sus pies sin esfuerzo… Uno de ellos dijo algo en voz baja y el otro se rio. Dieron largos tragos de cerveza amarga de las jarras.

La ternura se acercó hasta la ventana misma y se asomó. Qué derecho tenían a pavonearse y reírse…, si era lo bastante buena para él. Bajó las escaleras hasta el vestíbulo; ellos alzaron la vista y se miraron con fastidio, como diciendo: «Bueno, en realidad no valía la pena molestarse». Uno dijo:

—Apura la cerveza. Será mejor que nos pongamos en camino. ¿Crees que Zoe habrá salido?

—Ah, no. Le dije que igual me pasaba yo.

—¿Qué tal es su amiga?

—Es un bombón.

—Pues vamos.

Apuraron la cerveza y fueron con arrogancia hacia la salida, mirando de reojo a Rose al pasar. Los oyó reírse al otro lado de la puerta. Se estaban riendo de él. Dio unos pasos hacia el salón: una vez más, se encontraban ligados por una gélida reserva. Tuvo la súbita tentación de dejar correr el asunto, de subir al coche y volver a casa, y dejarla vivir. No fue tanto un impulso piadoso como de hartazgo: había tantas cosas que hacer y en las que pensar, habría tantas preguntas a las que responder. Apenas podía creer que al final lo esperase la libertad, e incluso, si así fuese, estaría en un lugar extraño. Dijo:

—La lluvia arrecia.

Ella se quedó allí, esperando; no podía responder; respiraba con dificultad, como si hubiese corrido una gran distancia, y parecía vieja. Tenía dieciséis años, pero así sería después de años de matrimonio, de dar a luz y de la lucha diaria. Habían dado alcance a la muerte y les afectaba como la edad. Dijo:

—He escrito lo que me has pedido.

Esperó a que él cogiera el pedazo de papel y escribiese su propio mensaje para el forense, para los lectores del *Daily Express*, para eso que la gente llamaba «el mundo». El camarero entró con cautela en el salón y dijo:

—No habéis pagado.

Mientras Pinkie buscaba el dinero, a ella la embargó una sensación de rebeldía casi incontenible: no tenía más que irse,

dejarlo, negarse a seguir su juego. No podía obligarla a matarse: la vida no era tan mala. Fue como una revelación, como si alguien le hubiese susurrado que era una persona, un ser aparte, y no uña y carne con él. Siempre podía escapar…, si él no cambiaba de opinión. No había nada decidido. Podían ir en coche donde él quisiera; ella podía quitarle el revólver de la mano, e incluso entonces, en el último momento, no tenía por qué disparar. No había nada decidido…, siempre quedaba una esperanza.

—Ahí tienes la propina —dijo el Chico—. Siempre le doy propina al camarero. Volvió a embargarlo el odio y dijo—: ¿Eres un buen católico, Piker? ¿Vas a misa los domingos, como te ordenan?

Piker respondió, con débil rebeldía.

—¿Por qué no iba a ir, Pinkie?

—Tienes miedo —dijo el Chico—. Miedo de arder en el Infierno.

—¿Y quién no lo tiene?

—Yo.

Miró con odio hacia el pasado: el tañido de una campana rajada, un niño llorando bajo la vara del maestro…, y repitió:

—Yo no tengo miedo.

Le dijo a Rose:

—Tenemos que irnos.

Se le acercó, dubitativo, le puso una uña en la mejilla, mitad caricia, mitad amenaza, y dijo:

—Siempre me querrás, ¿verdad?

—Sí.

Le dio otra oportunidad.

—Siempre estarás a mi lado.

Y, cuando ella asintió con la cabeza, él dio comienzo, hastiado, al largo camino que un día volvería a liberarlo.

Fuera, bajo la lluvia, el estrangulador de la gasolina volvió a fallar. Se subió el cuello del abrigo y giró la manivela. Ella quería decirle que no hacía falta que estuviese ahí mojándose, porque había cambiado de idea, de un modo u otro iban a vivir, pero no se atrevió. Postergó las esperanzas hasta el último momento posible. Cuando se fueron, le dijo:

—Anoche…, no me odias por lo que hicimos anoche, ¿verdad?

Él respondió:

—No, no te odio.

—Aunque fuese un pecado mortal.

Era cierto, no la odiaba por ello; ni siquiera odiaba el acto en sí. Había sentido cierto placer, una especie de orgullo, una especie de… algo más. El coche volvió, dando tumbos, a la carretera principal; puso el capó en dirección a Brighton. Sintió una enorme emoción; era como si algo quisiera entrar, la presión de unas alas gigantescas contra el parabrisas. *Dona nobis pacem*. Lo resistió, con toda la fuerza del banco escolar, del patio de cemento, la sala de espera en Saint Pancras, la secreta lujuria de Dallow y Judy, y el frío y desdichado momento en el muelle. Si el parabrisas se rompía, si la bestia —fuese lo que fuese— conseguía entrar, sabe Dios lo que ocurriría. Presentía una gran destrucción —la confesión, el arrepentimiento y el sacramento— y una espantosa enajenación, y condujo ciegamente hacia la lluvia. No veía nada a través del parabrisas sucio y rajado. Un autobús fue hacia ellos y se desvió justo a tiempo; estaban en el carril contrario. De pronto, dijo sin pensarlo:

—Pararemos aquí.

Una calle a medio construir se abría hacia el acantilado: bungalós de todo tipo y forma, un solar vacío cubierto de salicornia y arbustos de espino mojados como aves

embarradas, ninguna luz, excepto la que provenía de tres ventanas. Se oía una radio, y en un garaje un hombre reparaba una moto que rugía y petardeaba en la oscuridad. Siguió unos metros más, apagó los faros y desconectó el motor. La lluvia se colaba con mucho ruido por el desgarrón de la capota y se oía el mar, que golpeaba contra el acantilado. Dijo:

—Bueno, mira a tu alrededor. Es el mundo.

Otra luz se encendió tras la vidriera de una puerta (el caballero sonriente entre unas rosas Tudor), y, contemplándolo como si fuese él quien tuviese que despedirse de la moto y de los bungalós y de la calle lluviosa, pensó en las palabras de la misa: «Él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por medio de Él, y el mundo no lo conoció».

No podría prolongar la esperanza más allá de ese punto; ella tenía que decir, ahora o nunca: «No lo haré. Nunca he querido hacerlo». Era como una aventura de novela: piensas en ir a combatir a España, y, antes de que te des cuenta, te sacan los billetes, te entregan las cartas de presentación, alguien va a despedirte y todo es real. Él se metió una mano en el bolsillo y sacó el revólver. Dijo:

—Lo he cogido del cuarto de Dallow.

Ella quiso poner como excusa que no sabía utilizarlo, pero él parecía haber pensado en todo. Le explicó:

—He puesto el seguro, lo único que tienes que hacer es tirar de aquí. No es difícil. Póntelo en la oreja…, así estará firme. —Su juventud asomó en la crudeza de sus instrucciones; era como un niño jugando en un montón de cenizas—. Vamos, cógelo.

Era increíble cuánto podía prolongarse la esperanza. Pensó: «No tengo por qué decir nada todavía. Puedo coger el revólver y luego tirarlo por la ventanilla, huir, hacer algo para impedirlo». Pero notaba todo el tiempo la presión constante de la voluntad de él. Él sí estaba decidido. Cogió el revólver; fue como una traición. «¿Qué hará si yo no… disparo?», pensó.

¿Se dispararía sin ella? En ese caso, se condenaría y ella no tendría ocasión de condenarse también, de demostrarles que no podían escoger. Seguir viviendo muchos años… Nunca se sabe lo que haría la vida para volverla humilde, buena, arrepentida. La fe, en su imaginación, tenía la claridad luminosa de las imágenes, del pesebre en Navidad; ahí terminaba la bondad, después del buey y las ovejas, y allí empezaba el mal: Herodes buscando el lugar de nacimiento del niño desde las almenas de su fortaleza. Habría querido estar con Herodes… si él estuviese allí. Podía dejarse vencer por el mal de pronto, en un momento de pasión o de desesperación; pero, a lo largo de una larga vida, el ángel guardián te empujaba implacable hacia el pesebre, la «muerte feliz». Él dijo:

—No hace falta esperar más. ¿Quieres que lo haga yo primero?

—No —dijo ella—, no.

—De acuerdo. Ve a dar un paseo… o, mejor aún, iré yo a dar un paseo y tú te quedas aquí. Cuando haya pasado, volveré y lo haré yo.

Una vez más, dio la sensación de ser un niño jugando a un juego, un juego en el que se podía hablar con la mayor frialdad de la herida del cuchillo o la bayoneta, y luego volver a casa a cenar. Añadió:

—Estará demasiado oscuro para ver gran cosa.

Abrió la puerta del coche. Ella se quedó inmóvil con el revólver en el regazo. Detrás de ellos, un coche pasó despacio por la carretera principal en dirección a Peacehaven.

—¿Sabes lo que hay que hacer? —preguntó con torpeza.

Pinkie pareció pensar que ella esperaba algún gesto de ternura por su parte. Acercó la boca y la besó en la mejilla. Le daba miedo la boca, los pensamientos viajan con demasiada facilidad de boca a boca. Dijo:

—No te dolerá.

Y empezó a retroceder un poco hacia la carretera principal. Ahora la esperanza ya se había prolongado hasta el límite. La radio se había apagado; la motocicleta petardeó dos veces en el garaje, unos pies se movieron sobre la grava y, en la carretera principal, oyó dar marcha atrás a un coche.

Si quien le hablaba ahora era un ángel de la guarda, hablaba como un demonio; le tentaba la virtud como si fuese un pecado. Tirar el revólver era una traición, sería un acto de cobardía: significaría que elegía no volver a verlo nunca. Las máximas morales se revestían de tonos pedantes y sacerdotales, recordados de viejos sermones, instrucciones, confesiones —«puedes rogar por él en el trono de la Gracia»— y llegaban a ella como insinuaciones poco convincentes. El acto malvado era el acto sincero, osado y fiel; tenía la impresión de que era solo la falta de valor lo que le hablaba de forma tan virtuosa. Se puso el revólver en la oreja y volvió a bajarlo con una sensación de náusea; qué amor tan triste el que teme a la muerte. No le había asustado cometer un pecado mortal, era la muerte y no la condenación lo que le asustaba. Pinkie había dicho que no le dolería. Notó la voluntad de él moviendo su mano, podía confiar en él. Volvió a alzar el revólver.

Una voz dijo con brusquedad:

—¡Pinkie!

Y oyó a alguien chapoteando en los charcos. Oyó unos pasos que corrían… no habría sabido decir hacia dónde. Le pareció que debía de tratarse de alguna noticia, que esto cambiaría las cosas. No podía suicidarse cuando aquello podían ser buenas noticias. Fue como si, en alguna parte de la oscuridad, la voluntad que había gobernado su mano se hubiese relajado, y la espantosa fuerza de la supervivencia hubiera vuelto de pronto. No parecía real… que en verdad ella hubiese pensado en sentarse allí y apretar el gatillo. «¡Pinkie!», volvió a gritar la voz y el chapoteo se acercó.

Abrió la puerta del coche y tiró el revólver lejos, hacia los arbustos mojados.

A la luz, a través del cristal mojado, vio a Dallow y a la mujer…, y a un policía que parecía confuso, como si no supiera muy bien qué ocurría. Alguien llegó por detrás del coche y dijo.

—¿Dónde está el revólver? ¿Por qué no has disparado? Dámelo.

Ella respondió:

—Lo he tirado.

Los demás se acercaron con cautela, como una delegación. Pinkie gritó de pronto, con voz entrecortada e infantil:

—Eres un asqueroso soplón, Dallow.

—Pinkie —dijo Dallow—, no vale la pena. Han cogido a Prewitt.

El policía parecía incómodo, como un desconocido en una fiesta.

—¿Dónde está el revólver? —repitió Pinkie. Gritó, con miedo y odio—: ¡Dios!, ¿es que tengo que hacer una masacre?

Ella respondió:

—Lo he tirado.

Vio el rostro borroso de él cuando se inclinó sobre la tenue luz del salpicadero. Era el rostro de un niño, acosado, confuso, traicionado; la edad fingida se apartó, y se vio arrastrado otra vez al infeliz patio de recreo. Dijo:

—Maldita…

No terminó la frase. La delegación se acercó, él se apartó y buscó algo en el bolsillo.

—Vamos, Dallow, puñetero soplón.

Y sacó la mano. Luego Rose no pudo ver lo que pasaba: en algún sitio se rompió un cristal, él gritó y ella vio su rostro sudoroso. Pinkie gritaba y gritaba, con las manos en los ojos. Se dio la vuelta y echó a correr. Ella vio una porra de policía a sus pies y cristales rotos. Pinkie parecía haberse reducido a la mitad de su tamaño, estaba doblado con una agonía espantosa: era como si las llamas lo hubieran alcanzado y se hubiera encogido hasta convertirse en un colegial que huyese, empujado por el pánico y el dolor; saltó una cerca y siguió corriendo.

—¡Detenedlo! —gritó Dallow.

No sirvió de nada, estaba en el borde, más allá del borde; ni siquiera oyeron el chapoteo al caer. Fue como si una mano lo hubiese borrado de pronto de toda existencia pasada o presente, como si lo hubiera convertido en cero, en nada.

10

—Lo cual demuestra —dijo Ida Arnold— que basta con perseverar. —Vació su vaso de cerveza negra y lo dejó sobre el barril vuelto del revés de Henekey.

—¿Y Prewitt? —preguntó Clarence.

—¡Qué simple eres, viejo espectro! Me lo inventé. No podía seguirlo a Francia, y la policía…, ya sabes cómo es la policía, siempre quieren pruebas.

—¿Detuvieron a Cubitt?

—Cubitt no quería hablar cuando estaba sobrio. Y no se le habría podido emborrachar lo suficiente para que hablara. Caramba, lo que te he contado son injurias. O lo serían…, si estuviese vivo.

—No sé cómo no te sientes mal por eso, Ida.

—Si no hubiésemos aparecido, habría muerto otra persona.

—Fue su decisión.

Pero Ida Arnold tenía una respuesta para todo:

—Ella no entendía nada. Era solo una niña. Creía que él la quería.

—¿Y qué cree ahora?

—A mí no me lo preguntes. He hecho todo lo que he podido. La llevé a su casa. Lo que necesita una cría en un momento así es a su padre y a su madre. En fin, debería agradecerme no estar muerta.

—¿Y cómo conseguiste que os acompañara el policía?

—Le dijimos que habían robado el coche. El pobre hombre no se enteraba de nada, pero actuó con rapidez cuando Pinkie sacó el vitriolo.

—¿Y Phil Corkery?

—Dice que el año que viene irá a Hastings —respondió —, pero tengo el pálpito de que, después de esto, ya no volverá a enviarme postales.

—Eres una mujer temible, Ida —dijo Clarence. Soltó un profundo suspiro y se quedó mirando su vaso—. ¿Quieres otra?

—No, gracias, Clarence. Tengo que irme a casa.

—Eres una mujer temible —repitió Clarence; estaba un poco borracho—, pero tengo que reconocer una cosa. Tu intención es buena.

—En cualquier caso, no lo tengo en mi conciencia.

—Como tú dices, era ella o él.

—No había elección —dijo Ida Arnold.

Se levantó; era como una imagen de la Victoria. Saludó con un gesto a Harry en el bar.

—¿Has estado fuera, Ida?

—Solo una semana o dos.

—No parece que haya sido tanto —dijo Harry.

—En fin, buenas noches a todos.

—Buenas noches, buenas noches.

Cogió el metro hasta Russell Square y fue andando, cargada con su maleta; abrió la puerta y miró en el vestíbulo por si había alguna carta. Solo había una…, de Tom. Sabía lo que diría, y su corazón afectuoso se ablandó al pensar: «Después de todo, la verdad es que Tom y yo sabemos lo que es el Amor». Abrió la puerta que daba a las escaleras del sótano y llamó:

—Crowe. Crowe.

—¿Eres tú, Ida?

—Sube a charlar un rato y probaremos con el tablero.

Las cortinas estaban echadas, como las había dejado… Nadie había tocado la porcelana de la repisa de la chimenea, pero el libro de Warwick Deeping ya no estaba en el estante y *Compañeros de fatigas* estaba tumbado. La señora de la limpieza había pasado por allí, era evidente, y se había llevado algunas cosas prestadas. Sacó una caja de galletas de chocolate para el viejo Crowe; no habían dejado la tapa bien cerrada y se habían quedado un poco blandas y rancias. Luego sacó el tablero con cuidado, despejó la mesa y lo puso en el centro. «"FRESUICILLTOJO" —pensó—. Ahora sé qué significa. El tablero lo había predicho todo: "Sui", su propia palabra para el grito, el sufrimiento, el salto.» Se quedó pensativa, con los dedos en el tablero. Si te parabas a pensarlo, el tablero había salvado a Rose, y una multitud de dichos populares acudieron a su imaginación. Era como cuando baja la señal y la luz roja cambia a verde y la enorme máquina sigue por los raíles de siempre. Es un mundo raro; hay más cosas en el cielo y la tierra…

El viejo Crowe se asomó.

—¿Qué quieres, Ida?

—Quiero pedir consejo —dijo Ida—. Quiero preguntar si debo volver con Tom.

11

Rose solo veía la anciana cabeza inclinada hacia la celosía. El cura respiraba con un silbido. Escuchaba, con paciencia, entre silbidos, mientras ella le detallaba, dolorosamente, toda su agonía. Oyó a las mujeres, irritadas, que hacían crujir la silla mientras esperaban para confesarse. Dijo:

—De eso es de lo que me arrepiento, de no haberme ido con él.

Su tono era desafiante y no lloraba en el sofocante habitáculo; el viejo cura tenía un resfriado y olía a eucalipto. Dijo, amable y con voz nasal:

—Continúa, hija mía.

Ella dijo:

—Ojalá me hubiese suicidado. Tendría que haberme matado.

El anciano empezó a decir algo, pero ella lo interrumpió:

—No pido la absolución. No quiero la absolución. Quiero estar como él: condenada.

El anciano tomó aliento con un silbido. Ella estaba convencida de que no había entendido nada. Repetía, monótona: «Ojalá me hubiese matado». Se apretaba las manos contra los pechos con patético apasionamiento. No había ido a confesarse, había ido a pensar; en casa no podía pensar, con la estufa apagada, su padre de mal humor y su madre —lo notaba por sus preguntas indirectas— preguntándose cuánto dinero tendría Pinkie… Habría encontrado el valor para matarse si no le hubiese asustado que en algún lugar de ese oscuro paisaje de la muerte pudiesen no encontrarse; que, de algún modo, la

misericordia hubiese obrado para uno y no para el otro. Dijo, con voz entrecortada:

—Esa mujer. Es ella quien debería condenarse. Mira que decir que él quería librarse de mí. No sabe qué es el amor.

—Tal vez estuviera en lo cierto —murmuró el anciano cura.

—Y usted tampoco lo sabe —replicó, furiosa, ella, apretando la cara infantil contra la celosía.

El anciano empezó a hablar de pronto, entre silbidos y exhalando eucalipto a través de la celosía. Dijo:

—Hubo un hombre, un francés, no habrás oído hablar de él, hija mía, que opinaba como tú. Era un buen hombre, un hombre piadoso, y vivió en pecado toda su vida, porque no soportaba la idea de que ningún alma pudiera sufrir la condenación.

Ella le escuchó, perpleja; el cura continuó:

—Ese hombre decidió que si un alma iba a condenarse, él también se condenaría. No tomaba los sacramentos, no se casó con su mujer por la Iglesia. No sé, hija mía, pero hay quien piensa que fue…, en fin, un santo. Creo que murió en lo que nos dicen que es pecado mortal… No lo sé con seguridad, fue en la guerra, tal vez.

Suspiró con un silbido e inclinó la anciana cabeza. Dijo:

—Tú, hija mía, no puedes concebir, en realidad nadie puede, la… tremenda… y extraña misericordia de Dios.

Fuera, las sillas crujían una y otra vez; era la gente, impaciente por conseguir su propio arrepentimiento, absolución, penitencia de la semana. Dijo:

—No hay amor más grande que el de este hombre que sacrificó su alma por su amigo. —Se estremeció y estornudó —. Debemos tener esperanza y rezar —dijo—, tener esperanza

y rezar. La Iglesia no nos pide que creamos que ningún alma puede quedar sin misericordia.

Ella replicó, con triste convicción:

—Está condenado. Sabía lo que hacía. Y era católico.

El cura dijo, en voz baja:

—*Corruptio optimi est pessima*.

—¿Cómo, padre?

—Quiero decir que un católico es capaz de hacer más mal que cualquier otra persona. Creo que, tal vez porque creemos en Él, estamos más en contacto con el demonio que los demás. Pero debemos tener esperanza —dijo, mecánicamente—, tener esperanza y rezar.

—Quiero tener esperanza, pero no sé cómo.

—Si te quería —dijo el anciano—, eso demuestra que había algo bueno…

—¿Incluso en un amor así?

—Sí.

Ella meditó sobre esa idea en el pequeño habitáculo oscuro. Él dijo:

—Y vuelve pronto… No puedo darte la absolución ahora, pero vuelve… mañana.

Ella respondió en voz baja:

—Sí, padre… Y si hay un bebé…

Él replicó:

—Con tu sencillez y la fuerza de él… Conviértelo en un santo, para que rece por su padre.

Una repentina sensación de enorme gratitud se abrió paso a través del dolor; fue como si hubiese visto, a lo lejos, la vida que continuaba. El cura dijo:

—Reza por mí, hija mía.

Ella respondió:

—Sí, oh, sí.

Fuera, miró el nombre del cura en el confesonario; no le sonaba de nada. Los curas vienen y van.

Salió a la calle. El dolor seguía allí, no podías quitártelo de encima con una sola palabra; pero el peor espanto que había imaginado había desaparecido: el horror del círculo completo, de volver a casa, a Snow's —donde estarían dispuestos a readmitirla— como si el Chico nunca hubiese existido. Había existido y existiría siempre. Tuvo la súbita convicción de que llevaba una vida en su seno y pensó, con orgullo: «Que olviden esto si pueden; que lo olviden». Se volvió hacia el paseo marítimo delante del muelle del Palace y empezó a andar con firmeza en dirección contraria a su casa, hacia la pensión de Frank. Tenía algo que rescatar de esa casa y de esa habitación, algo que tampoco podrían olvidar: la voz de él con un mensaje para ella; si había un hijo, con un mensaje para el hijo. «Si te quería —había dicho el cura—, eso demuestra que…» Fue deprisa, bajo la tenue luz de junio, hacia el peor espanto de todos.

«¿Es usted un demonio? Soy un hombre. Y por lo tanto tengo dentro de mí todos los demonios.»

G. K. CHESTERTON

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Brighton Rock*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

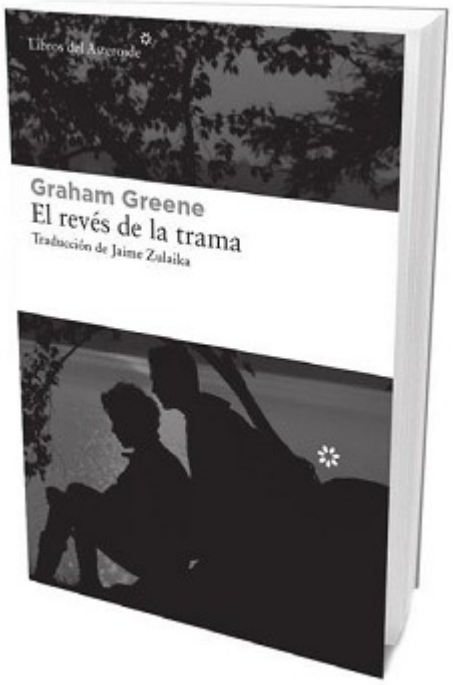
Le esperamos.

«Conmueve a todo lector sensible, por la eficacia de su estilo y la delicadeza de su construcción. (…) Sarah es el mejor personaje femenino de toda su obra.»

Mario Vargas Llosa

«Una de las novelas más auténticas y conmovedoras de mi tiempo.»

William Faulkner



«El lector tardará en encontrar otra novela que explore este básico malestar con tanta profundidad y con tanta compasión.»

William Du Bois (The New York Times)

«Pocas novelas han tratado mejor el deber y la culpa. Esta es, a mi juicio, la mejor de Greene. (…) el estudio psicológico de su protagonista, el comandante Scobie, hace de ella una obra sin parangón en la literatura del siglo XX.»

Jorge Freire (The Objective)

Nota biográfica

Graham Greene (1904-1991) fue uno de los escritores ingleses más importantes del siglo xx. Tras licenciarse en Oxford en 1926, empezó su carrera profesional como corrector de The Times y crítico literario y cinematográfico de The Spectator. Durante la segunda guerra mundial trabajó para el servicio secreto británico, fue destinado varios años a Sierra Leona y posteriormente viajó por todo el mundo, experiencias que le servirían de inspiración para sus historias. Es autor de una amplia y variada obra que comprende desde novelas de intriga hasta otras de corte más literario, muchas de las cuales han sido llevadas al cine. Entre toda su producción destacan especialmente *Brighton Rock* (1938), *El revés de la trama* (1948) y *El final del affaire* (1951), todas publicadas por Libros del Asteroide, además de *El poder y la gloria* (1940), *El tercer hombre* (1950), *El americano tranquilo* (1955), *Nuestro hombre en La Habana* (1958), *Viajes con mi tía* (1969), *El cónsul honorari*o (1973) y *El factor humano* (1978).

* Una marca de cerveza inglesa. [Todas las notas, salvo indicación expresa de lo contrario, son del traductor.]

* Una empresa especializada en la venta al por menor de sellos coleccionables.

* *The Good Companions* (1929), una de las novelas más populares del escritor británico J. B. Priestley.

** *Sorrell and Son* (1925), una conocida novela del prolífico escritor británico Warwick Deeping.

* Alusión a una frase atribuida a Cicerón: «Los tendones de la guerra son el dinero infinito».

* En el tarot.

* El 11 de noviembre se celebra en el Reino Unido el Día del Armisticio y la gente se pone amapolas de papel en la solapa.

* *Otelo*, acto V, escena II.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Brighton Rock*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

El revés de la trama, Graham Greene

El final del affaire, Graham Greene

La gran fortuna, Olivia Manning